



# INVISIBLES

GRAZIELLA MORENO

ALREVES  
NOVELA NEGRA

# **INVISIBLES**

**GRAZIELLA MORENO**

**ALREVÉS**  
BARCELONA 2019

Primera edición: enero del 2019

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a  
08034 Barcelona  
[info@alreveseditorial.com](mailto:info@alreveseditorial.com)  
[www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)

© 2019, Graziella Moreno  
© de la presente edición, 2019, Editorial Alrevés, S.L.  
© Ilustración de portada: José Luis Cortés

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-17077-85-3  
Código IBIC: FF  
Producción del ebook: [booqlab.com](http://booqlab.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Graziella Moreno (Barcelona, 1965) quería estudiar Periodismo, pero por un error de cálculo empezó Derecho, que le gustó, sin dejar de escribir a ratos perdidos. Conoce las tripas de la administración de Justicia desde 1991, año en que empezó a trabajar como funcionaria, y ya en 2002, como juez. Ha estado destinada en los juzgados de Amposta, Gavà, Martorell y Barcelona y se ha especializado en derecho penal.

Escribe relatos y artículos en revistas y diarios digitales. Publicó su primera novela en 2015, *Juegos de maldad* (Grijalbo), que fue nominada a mejor novela negra de 2015 en el festival de Cubelles Noir y recibió una mención especial del jurado. En 2016 publicó *El bosque de los inocentes* (Grijalbo), y en 2017, *Flor seca* (Alrevés), continuación de los personajes de la primera.

Barcelona. La noche del 25 de octubre de 1992, la vida de Miguel Montero, un chico de doce años, cambiará para siempre. Veintiséis años después, las heridas siguen abiertas porque el pasado nos convierte en lo que

somos. Barcelona. Primavera del 2018. Sara, Simón y Pablo, con muchos motivos para no mirar hacia atrás y muy pocos para seguir adelante, recorrerán la ciudad en busca de respuestas a las inexplicables desapariciones de mujeres que nada tienen en común; ni la edad, ni la profesión, ni siquiera sus trayectorias vitales coinciden, hermanadas sin embargo, en un trágico destino. Sara, una policía expedientada, a la espera de conocer su sanción, encontrará en esta búsqueda un motivo para probarse a sí misma, pero ello conllevará consecuencias: descubrir una realidad terrible que se esconde a la vista de todos. Porque hay personas a las que nadie echa de menos, a las que nadie busca y que, allí donde estén, esperan ser halladas. Basada en hechos reales, los protagonistas de esta historia deberán asumir sus vidas para poder encarar el presente, porque la verdad es incómoda, y la mayoría preferimos mirar hacia otro lado, aunque eso no nos garantiza que deje de existir. En el 2017, figuraban en el sistema de Personas Desaparecidas y Restos Humanos sin identificar un total de 6.053 personas. A mediados del 2018, ya se había superado esa cifra. Una media de 38 al día.

**INVISIBLES**

,

*A los que desaparecen sin dejar rastro y  
a los que no renuncian a encontrarlos.*

So what am I?  
What do I have but negativity?  
Cause I can't justify the way everyone is looking at me  
Nothing to lose  
Nothing to gain, hollow and alone  
And the fault is my own, and the fault is my own

LINKIN PARK,

«Somewhere I Belong»  
—¿De los desaparecidos y de los muertos? ¿Cuál es la diferencia?

JUAN RAMÓN BIEDMA,  
*El imán y la brújula*

## **NOTA DE LA AUTORA**

Ninguno de los personajes de esta novela es real, aunque están basados en experiencias personales y profesionales. Salvo la ciudad de Barcelona y sus calles, Sara y el resto solo existen en mi imaginación.

*Barcelona, 25 de octubre de 1992.*

*No hay escapatoria posible. La bestia es mucho más rápida y reptante por las paredes, por el techo, siseando enloquecida. Los mecanismos de cierre de las compuertas no son garantía de que la criatura quede atrapada, es demasiado fuerte y muy capaz de romper el acero. La respiración de Miguel se acelera y se pasa una mano por la frente húmeda, apartando el cabello que le cae sobre los ojos. La cosa está jodida, si no consiguen atraerla hasta la trampa que le han preparado, no se salvará nadie.*

*Un ruido sordo le hace saltar. Ha sonado cerca.*

*—¿Mamá? —pregunta Miguel mientras se da la vuelta y mira por encima del hombro.*

*No hay nadie. Está solo en el comedor, pero, por si acaso, se arrodilla sobre la moqueta frente al televisor, apaga el aparato de vídeo y saca la cinta que guarda con cuidado detrás de los libros de la estantería. Si su madre lo coge viendo esa película le espera una buena bronca. No soporta la ciencia ficción, y las de Alien menos. Cuando su padre se la puso en la mochila antes de llevarlo a casa le recomendó que la escondiera, aunque la advertencia no era necesaria. A sus doce años, ya ha aprendido que vivir con su madre es como andar sobre un campo de minas, hay que moverse con cuidado, como hace en los videojuegos para evitar que su personaje caiga por el precipicio y en la pantalla aparezcan las letras «GAME OVER».*

*El piso está oscuro. La única luz proviene del pequeño acuario en el que cuatro peces negros con franjas amarillas nadan con desgana en el agua turbia, entrando y saliendo del pequeño barco pirata que hay en el fondo. Su madre no quiere saber nada del acuario. Como repite a diario, ya tiene bastante con la carga que le ha tocado llevar: su marido la ha abandonado por una puta, y Ricardo, su hijo mayor, va a la suya, entra y sale de casa cuando le conviene. Miguel tira comida a los peces cuando se acuerda, por lo que no le extrañó descubrir el viernes a dos de ellos muertos en el fondo, rodeados de piedrecitas verdes y azules. Se quedó fascinado un buen rato*

viendo cómo los sobrevivientes empezaban a devorarlos, y solo se apartó cuando el timbre de la puerta lo avisó de que su padre había venido a buscarlo.

Se supone que a esa hora debería estar en su cuarto ordenando su mochila o acabando los deberes. Falta poco para la cena, y seguro que, como cada domingo, le tocará calentarse algo de lo que la chica dejó hecho el viernes. Espera que no sea un puré de verduras, piensa frunciendo el ceño, porque le acabarán saliendo dientes de conejo. Su madre está obsesionada con la comida, y desde que el pediatra le dijo que su hijo pequeño tenía tendencia a la obesidad, lo está matando de hambre. Suspira pensando en la hamburguesa con patatas que se ha comido ese mediodía y que no volverá a catar, al menos, hasta dentro de quince días.

Vuelve a oír ruidos que no puede identificar, parece como si alguien diera patadas a una puerta.

—¿Mamá? —pregunta de nuevo, alzando la voz.

Sale al pasillo y enciende la luz. Camina hasta la habitación de su madre sin ganas. Al volver esa tarde, la encontró tumbada en el sofá, con las persianas bajadas. Parecía un espectro, con el pelo revuelto y los ojos cerrados, el cuerpo envuelto en una bata rosa que se le abría en el pecho y dejaba al descubierto la medalla de oro de santa Rita que siempre lleva colgada al cuello.

—La cabeza va a estallarme —gimoteó ella—. Llevo todo el día aquí, sufriendo, sola. —Aprovechó para dar a su voz un tono de reprobación que hizo sentirse culpable a su hijo pequeño.

—Lo siento, mamá —balbuceó—. No lo sabía, podías haber llamado a papá para que me lo dijera y...

—¿Llamar? ¿Llamar yo a casa de esa puta? —Había abierto los ojos, de los que caían lágrimas de autocompasión—. ¡Antes moriré aquí sola! Y Ricardo, sin venir tampoco. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuándo se acabará este calvario?

Miguel se acercó y se inclinó para darle un beso en la frente, pero ella lo rechazó con violencia.

—¡Te he dicho que me va a estallar la cabeza! Si quieres hacer algo por mí, prepárame las pastillas y me ayudas a llegar a mi habitación. Primero necesito dormir, luego me las tomaré, si tengo fuerzas... —lloriqueó.

*Aliviado por tener algo que hacer, fue hasta la cocina y abrió el armario donde guarda los medicamentos. Sacó las cajas y las puso sobre la encimera. Algunas pastillas son tan pequeñas que siempre se le escurren entre los dedos, como las piedrecitas de colores del acuario. Para que no haya confusiones, Ricardo ha ordenado las cajas y ha escrito la pauta de cada día con su letra de futuro médico. Hay noches en las que toca una roja, y son las mejores, porque cae dormida pronto, y Miguel es libre de atrincherarse en su habitación para leer los cómics que le trae su hermano: Superman, Doctor Strange, Spiderman... Su favorito es Batman. Un tipo fuerte, con un pasado oscuro, siempre luchando contra el Mal, con mayúsculas.*

*—¡Miguel! ¿Qué estás haciendo? —gritó su madre desde el salón.*

*—Ya voy, ya voy —respondió, sobresaltado.*

*Cogió las pastillas en un segundo, llenó un vaso de leche y volvió sobre sus pasos. Ella estaba sentada en el sofá, con los codos sobre las rodillas y las manos apoyadas en la frente, balanceándose de un lado a otro mientras murmuraba algo que no alcanzaba a entender. La quiere mucho, aunque a veces desearía vivir con su padre, a pesar de que esté con otra mujer. O que su hermano estuviera más en casa, eso también estaría bien; desde que tiene novia, cada día lo ve menos.*

*No se oyen más ruidos. Pasa delante de un espejo, encoge la barriga y se peina el pelo con los dedos. Se dice que cuando sea mayor, será alto como Ricardo, irá al gimnasio y tendrá unos músculos impresionantes. Su hermano ya será médico y podrá cuidar de su madre, y él vivirá solo en una casa con jardín, se hartará de la comida que le gusta y jugará con la consola cuando le dé la gana.*

*Mueve el picaporte para abrir la puerta, pero no lo consigue, hay algo detrás que se lo impide. Empuja con el cuerpo y, por fin, se abre lo suficiente como para que pueda entrar de lado.*

*Ella está en el suelo, el camisón arremolinado sobre su cuerpo, dejando al descubierto sus piernas desnudas. El cabello le oculta parcialmente la cara, y las manos, agarrotadas, parecen querer arañar el aire.*

*—¡Mamá, mamá! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —grita, asustado.*

*Se arrodilla y le aparta los mechones del rostro. Vuelve a gritar y retrocede con rapidez, como si fuera a quemarse. Un líquido blanco y*

*espeso, moteado de puntos verdes, le sale de la boca torcida y ligeramente entreabierta; los ojos, desorbitados, lo miran y se le antojan acusadores. Es incapaz de tocarla, tiene el mismo aspecto que la cabeza del androide de Alien que la teniente Ripley hace revivir enchufándolo a un ordenador. Aterrorizado, piensa que si ella hablase en ese instante, lo haría igual que en la película, con esa voz chirriante y horrible.*

*Miguel, sin perderla de vista, alarga el brazo hacia la mesita de noche y sus manos, torpes, aferran el teléfono y marca el número de casa de su padre. Mientras espera que alguien conteste, empieza a temblar, ha sido culpa suya lo que le ha pasado a su madre; tenía que haberla cuidado más, puede ser que le hayan sentado mal las pastillas. O quizá se ha equivocado y no le ha dado las que le tocaban. Hay tantas... Las que toma para adelgazar, las del estómago, las de la depresión. Se estremece, todos van a reñirle, seguro. Las lágrimas empiezan a caer sobre sus mejillas mientras se encoge y se hace más pequeño para ocupar menos espacio, para desaparecer en una esquina de la habitación. Como si pudiera conseguirlo.*

# PRIMERA PARTE

¿Qué es lo normal? Nada, nadie.

STEPHEN KING,  
*La zona muerta*

# 1

Barcelona, abril del 2018.

Sara guarda el móvil en el cajón de su mesa. A pesar de que ya pasa de la medianoche, Simón lleva horas enviándole mensajes como un loco. Es mejor no contestar, porque seguirle la corriente a su hermano significa perderse en una madeja de frases sin sentido que acaba con su paciencia. Precisamente, es lo que más necesita en ese momento y de lo que más carece. Disimula un bostezo. La noche del jueves se le está haciendo larga en la comisaría y todavía le queda bastante para acabar su turno.

*Qué mierda de trabajo.*

La chica de grandes ojos verdes sentada frente a ella levanta la vista del papel que tiene delante, bolígrafo en mano, y observa a la agente de Mossos d'Esquadra. En su mirada hay temor y duda a partes iguales. Vuelve la cabeza hacia su madre, y esta, una versión madura de su hija, los labios prietos y el gesto huraño, la mira dispuesta, si es necesario, a suplir la indecisión que ve en ella. Ambas destilan clase y pasta por los cuatro costados; lo más barato que llevan puesto deben de ser las deportivas de la chica, calcula Sara, que, tirando por lo bajo, fijo que cuestan más de doscientos euros. Hasta ella llega el perfume de la madre, que, impaciente, se toquetea el cabello por enésima vez y dice:

—Está todo correcto, debes firmarla, Alicia.

Sara espera con deleite el momento en el que, con tanto manoseo, se le desprendan las extensiones. Piensa que, para no ser menos, ella también podría soltarse el pelo y hacerse unas trencitas para pasar el rato. No viene de media hora más, total... Aprieta las mandíbulas para disimular su fastidio y, con la mano, roza su flequillo para asegurarse de que está en su sitio.

La chica duda una vez más con el bolígrafo en el aire, buscando ahora con la mirada la aprobación de Sara, que no puede evitar un bufido de impaciencia:

—He puesto lo que me has contado, sus datos, los tatuajes que dices que lleva en los brazos, con esto es suficiente. Si lo que hay escrito coincide, deberías firmarla para que podamos seguir con el trámite e iniciar diligencias —le repite por tercera vez.

*Joder con la niña pija, encima cortita. Qué pintáis en este barrio.*

—No sé qué hacer —reconoce Alicia, mordiéndose el labio inferior.

Sara se obliga a permanecer en silencio y mira a su izquierda a través del cristal. No tiene las persianas bajadas porque no soporta los espacios cerrados; las paredes la ahogan, y es incapaz de estar mucho rato en una habitación sin ver el exterior.

Una mujer con un vestido de cuero de imitación que le ciñe el cuerpo y una chaqueta de lentejuelas doradas está sentada en la sala esperando su turno para ser atendida. Quizá ha salido de fiesta y la noche ha acabado tan mal como para ponerle el broche en una comisaría, nunca se sabe. La mujer alza la vista, y se aparta los rizos platino de la cara, dejando ver un rostro en el que el exceso de maquillaje marca aún más las arrugas que han puesto el tiempo y los años de puterío. Melly. Hacía tiempo que no la veía, meses quizá. Desde luego, la última vez había sido poco antes de que Sara recibiera la notificación de su traslado forzoso mientras se tramitaba su expediente disciplinario. La prostituta no para quieta, cruza y descruza las largas piernas constantemente, y consulta su móvil. Le extraña que esté ahí, tan lejos de su barrio. Y de su lugar de trabajo.

Carlos, su compañero, aparece ahora en su campo de visión, hablando con el sargento. Este luce una ajustada camiseta negra de manga corta que deja a la vista unos bíceps desarrollados. Sara está convencida de que usa una talla menos de pantalón para marcar bien el culo. Observa que se ha rapado el pelo en las sienes. Los mira con atención. A juzgar por sus caras, el asunto parece serio. Espera que no tenga nada que ver con ella, porque ya tiene bastante mierda encima. Carlos coge los papeles que el otro le tiende y da media vuelta para marcharse. En ese momento, el sargento alza la vista en su dirección y sus miradas se encuentran, la de él se endurece y ella opta por desviar la suya.

Se concentra de nuevo en Alicia y abre la boca para responderle, pero su

madre se le adelanta, exasperada:

—Vamos a ver, ya lo hemos hablado, no para de molestarte con llamadas, te ha pegado, y lo que ha pasado hoy no tiene nombre, te ha amenazado de muerte. Mira lo que te ha dicho la agente... —Duda y mira a Sara—. Peña, ¿verdad? —Esta asiente—. Tienes que acabar con esto —le insiste.

—Yo no quiero que le hagan nada, es que él es así, tiene mucho carácter. Si firmo, ¿puede ir a la cárcel?

*Pues no le iría mal al cabrón.*

En voz alta, Sara enumera las consecuencias de una denuncia contra su exnovio. Un chico encantador, de su entorno. Le lleva algunos años, aunque eso no es problema. Su padre trabaja en una multinacional alemana y son socios del Real Club de Polo, como ella, como sus papis, como todos con los que se relaciona. Se supone que está cursando unos estudios que parecen no terminar nunca. No importa, la tarjeta de crédito de papá funciona a la perfección. Todo fantástico. Salvo por un pequeño detalle. El chico resultó ser un poco posesivo, le gustaba tenerla controlada, y si las explicaciones de su novia no lo convencían no dudaba en hacérselo saber, tal y como delata la marca oscura que hay bajo el ojo derecho de Alicia, casi imperceptible por el maquillaje. Y hoy, cuando madre e hija circulaban con el coche por el barrio de Sant Martí, a dos calles de la comisaría, su ya exnovio la ha amenazado en una llamada telefónica que ambas han escuchado y grabado. Así que ya no es tan guapo ni de tan buena familia.

*Bienvenidas al mundo real.*

—De acuerdo —dice Alicia por fin, y para alivio de su madre firma la declaración.

Con disimulo, Sara abre el cajón de su mesa y comprueba que se le han acabado las pastillas de regaliz. *Mierda*. Aprovecha para mirar el móvil. Simón ha dejado de escribir. Desea que se haya ido a la cama, todos los médicos le han recomendado siempre que es importante mantener una rutina de horarios y comidas y, sobre todo, dormir al menos ocho horas, lo que referido a él es como pedir la Luna. *No soporta que un reloj no marque la hora exacta, pero es incapaz de llevar una vida ordenada*, piensa con amargura mientras entrega a la chica una copia de lo que acababa de firmar.

La madre le tiende una mano lánguida, cargada de anillos, y Sara hace como si no la viera. No le gusta dar la mano a la gente, si puede evitar el

contacto, mucho mejor. Ambas salen del despacho dejando sus dos perfumes en el aire peleándose entre sí.

—Rumbo a casita, sí, señor, donde nada huele mal, salvo el fulano que te has buscado. Vaya tatuajes que lleva el tío —dice Sara en voz alta, mientras saca el móvil.

Mira el último mensaje de su hermano: «Quién se quedó con el corazón de Mary Jane Kelly??????».

—Coño —murmura—. Sigue con la misma mierda.

*Al menos, mientras está con eso, no se come la cabeza.*

—¿Hablas sola?

Levanta la vista y ve a Carlos, su compañero, que la observa con una sonrisa.

—Joder, sí, hablo sola. Mi hermano, que no para con lo de Jack el Destripador, creo que en casa están todos los libros que existen sobre ese hijo de puta. Le ha sorbido el seso y ya sabes cómo es. —Sopla.

—Déjalo en paz, Simón es más listo que nosotros dos juntos. Ahora que lo pienso, tengo unos libros que devolverle, a ver si le escribo. Y te recuerdo que no es un crío.

—Pues como si lo fuera, hostia. Cómo se nota que no tienes que vivir con un tío de veintisiete años, obsesivo, depresivo y...

—Esa boca... ¿Te he dicho que un día voy a lavártela con jabón?

—Muchas veces —espeta ella, frunciendo el ceño—. ¿Tienes pastillas de regaliz? ¿Qué tal tu cita de ayer? —Se levanta y empieza a ordenar los papeles sobre su mesa.

—¿Regaliz? Qué va, deja los dientes negros. Deberías dejar de comer esas porquerías, no va a quitarte el ansia de fumar. Mi cita, genial, creo que he encontrado al hombre de mi vida. —Sus ojos claros tienen una expresión soñadora y se acaricia la barba rubia.

—Se nota, vaya cara de gilipollas que se te ha puesto. Lo mismo dijiste la última vez.

—Es diferente, ya verás, tiene unas manos...

—No me cuentes nada, mi imaginación no da para tanto.

—Me has interrumpido, escucha primero. Es cocinero, puede ser que este año su restaurante reciba algún premio, está trabajando a tope. Me hizo la

mejor zarzuela de pescado que he comido en mi vida, y de postre, *mousse* de tres chocolates, todavía me estoy relamiendo.

—Vaya, eso tiene peligro, tú que te cuidas tanto; que sepas que con ese tipo vas a engordar. Tendrás que follar mucho para quemar el exceso de calorías, y ya tienes una edad.

—¿Una edad? Deberías saber que los cuarenta es la mejor edad para un hombre. —Frunce el ceño—. ¿Por qué eres tan desagradable?

—Ya me conoces. Estoy cabreada. Los pijos siempre me ponen de mal humor. ¿Hablabas con el sargento?

—Siempre estás cabreada. —Esboza una expresión de disgusto—. Sí, hemos hablado de la desaparición de una mujer, ha salido en la prensa, y, ya sabes, más presión para los de Investigación.

—Pues muy bien, que les den. Ni tú ni yo estamos en eso, nos importa una mierda. —Lo mira—. ¿Te ha dicho algo de mí?

—Me toca buscar unos datos. —Agita los papeles que lleva en la mano—. De ti solo ha comentado que pensaba pedirte las estadísticas. Ya sabes cómo habla: «Voy a tener que hablar seriamente con la agente Peña» —anuncia, solemne.

—Joder, pues no las tengo, quería hacerlas esta semana, no he tenido tiempo...

—Ni ganas tampoco —remata él—. Ponte ya, porque está en su línea de jefe exigente, creo que lo aprietan los de arriba. —Eleva la mirada al techo.

—Y a mí qué. Es su problema, y si no, que no sea sargento. Quiere cobrar más, ¿no? Pues venga, a apechugar. No puedo con esa chorrada de las estadísticas, si no sirven para nada, todo el mundo lo sabe.

—Tú misma, pero sácalas ya o te caerá una bronca. Te veo tensa, no sé si la terapia te sirve de algo —sonríe—, creo que necesitas a alguien en tu vida, cariño.

—La terapia... No me hagas hablar. Y te equivocas, no necesito a nadie —gruñe ella, sentándose de nuevo en la silla—. El sargento es un puñetero engreído. Con todos esos músculos y ese cerebro de mosquito, le encanta mandar y poco más.

—No es mal tipo. —Bosteza—. Estoy que me caigo de sueño. Me voy, guapa. Cuando quieras nos tomamos un café; hasta luego.

Con una mueca de fastidio, Sara se concentra en la pantalla del ordenador. Minimiza la declaración de la chica y, con desgana, busca la carpeta donde guarda las estadísticas. Solo de verla le entran unas enormes ganas de largarse a casa.

—Vaya palo —murmura.

Mueve el ratón y accede a la memoria USB que tiene conectada; le apetece más echar unas cuantas partidas de cartas, y ya se pondrá con ese rollo. Más tarde. O mañana, o... Cuando le dé la gana.

## 2

El avión desciende de improviso, lo que provoca que el estómago de Miguel se encoja dolorosamente. Solo le faltaría ponerse a vomitar. Una azafata pasa por su lado, controlando que todo el mundo tenga los cinturones abrochados, y lo mira, comprensiva. Tampoco hace muy buena cara a pesar del maquillaje.

Miguel cierra los ojos e intenta relajarse. Todavía puede oír en su cabeza la bachata que ponían en la discoteca del hotel de Puerto de la Cruz de Tenerife en el que ha pasado dos días. *Qué mierda de música*, piensa. *Y qué mierda de convención*, oyendo disertaciones interminables sobre técnicas de venta, viendo gráficos, analizando estadísticas, y para desfogarse, nada mejor que beber gin-tonics como si fuesen botellines de agua mineral. Hubo quien se lo montó mejor, a juzgar por los gemidos que le llegaban de la habitación contigua y que no le dejaron pegar ojo la noche anterior. Tiene una resaca importante, y el viaje en avión no ha servido para mejorarla.

El avión baja un poco más y la cabeza empieza a dolerle con ganas. La pasajera situada a su derecha lee una novela en inglés, al parecer sangrienta, a juzgar por las ilustraciones de la cubierta, mientras que el hombre sentado junto a ella, grueso y con unas patillas espesas que le llegan casi a las comisuras de la boca, despliega un cumplido concierto de ronquidos que han comenzado en el momento del despegue y que, por lo que se ve, van a durar hasta el aterrizaje. Miguel envidia esa capacidad de dormir profundamente, siempre ha tenido el sueño muy ligero. Como su madre.

El descenso se le antoja interminable hasta que, por fin, las ruedas del tren de aterrizaje tocan el asfalto. Ello parece ser suficiente para despertar al hombre de los ronquidos, que se despereza, mira a su alrededor con aire de no saber dónde está y se atusa el cabello revuelto. La mujer cierra la novela y suspira, disponiéndose a recoger el bolso que tenía en el suelo. A pesar de que

todavía no se ha apagado la luz que indica que todo el mundo debe mantener su cinturón de seguridad abrochado, se oyen varios clics, indicativos de la impaciencia de algunos.

Tras la interminable espera habitual, consigue salir del avión y entrar en la terminal. Le cuesta andar y nota las articulaciones entumecidas. A medida que avanza se estira en toda su estatura, y el aire fresco de la instalación hace que mejore su dolor de cabeza.

Llega a la zona de recogida de equipajes y observa las pantallas en las que aparecen los números identificativos, las letras de cada vuelo y su procedencia. Tras unos minutos de espera, ve aparecer en la cinta transportadora su maleta, negra y baqueteada. *No le vendría mal la jubilación*, piensa. Tras inclinarse y recuperarla, levanta la vista y su mirada queda prendida de una maleta que se acerca a su posición. De un color indefinido entre el marrón claro y el amarillo sucio, parece haber recorrido medio mundo. Es pequeña, por lo que le extraña que la hayan embarcado. La observa con atención. Aparenta tener un tacto suave de piel envejecida a pesar de su deplorable estado. Solo con ver cómo se aproxima le dan ganas de extender la mano y tocarla para comprobarlo. Le es familiar, como si la hubiera visto antes.

Cuando llega a su altura, se contiene para no hacer el gesto, avergonzado ante la idea de que los pasajeros que se hallan junto a él sean los dueños y le increpen por ello. Sin embargo, nadie la coge y, lo que es más, ni siquiera la miran. Es como si ninguno de los presentes la esté viendo. Recuerda a su psiquiatra advirtiéndole que tiene que controlar esos impulsos que lo llevan a obsesionarse por ciertos objetos. Traga saliva, hace tiempo que no ha notado esta pulsión como ahora. *No pasa nada*, se dice, es perfectamente capaz de dominarse. Ahora recuerda: su madre tenía una muy parecida, la llamaba su «maleta de los tiempos felices». Fue uno de sus regalos de bodas, una buena maleta de ante, coqueta y cara. La había usado durante mucho tiempo, hasta que la estabilidad familiar se rompió cuando su amante esposo la dejó por una puta, como decía ella con amargura.

Puede marcharse ya, tiene su equipaje y es hora de llegar a casa, pero no se mueve. Necesita saber si alguno de los que esperan es su propietario, o si es cierto que nadie parece verla. Nota las palmas de las manos húmedas. Conoce los síntomas de sus obsesiones y sabe controlarlos. *Sin problemas*, se

repite.

Todos se marchan empujando carritos y bolsas. Solo queda él, de pie, ante una cinta transportadora en la que hay una maleta que da vueltas en un viaje a ninguna parte. Su mirada está absolutamente prendida en ella, hipnotizado, sin ver ni oír nada más, hasta que un empleado se le acerca y le dice con sequedad:

—¿Es suya?

No contesta y el hombre tiene que repetirle la pregunta, justo en el momento en que el objeto de su obsesión llega por enésima vez a su altura:

—Sí, sí —responde—. Ya me la llevo.

Y realiza el gesto que ansiaba, estira el brazo y la coge por una esquina. Es sorprendentemente ligera, y ha acertado, a pesar de la suciedad que acumula: es suave y agradable al tacto. La pone a su lado y el empleado se aleja. En ese momento, la cinta se detiene y decide que es hora de marcharse a casa. Por su lado pasa el hombre de las patillas gruesas, bostezando, mientras arrastra una bolsa con ruedas que chirrían.

Miguel echa a andar hasta la salida, intentando ahogar esa voz en su cabeza que le dice que lo que está haciendo es una estupidez. Ha cedido a la tentación, otra vez. Meses de terapia al carajo. Llevarse algo que no le pertenece puede acarrearle problemas. Si alguien le llama la atención tendrá que dar unas explicaciones que no posee. *Solo es una maleta, joder*, se repite para tranquilizarse.

Sale del recinto del aeropuerto, se dirige a la zona de taxis y sube al primero de la fila. El taxista mete su equipaje en el maletero y pone rumbo a Barcelona. Miguel se pasa las manos por la cara, nervioso. Como diría su psiquiatra, tal vez esté sufriendo un retroceso. *A la mierda*. Cierra los ojos e intenta calmar su mente. Al poco, se adormece hasta que el vehículo para delante de su edificio.

### 3

Sara empuja la puerta del lavabo con el cuerpo y entra con la mano derecha alzada, envuelto el dedo medio en un pañuelo de papel. En un descuido, ha tirado su taza de café al suelo y se ha roto en mil pedazos. Limpió el estropicio como pudo, pero mientras recogía los trozos de cerámica se hizo un buen tajo en la yema.

—¡Hostia puta! —exclamó cuando vio que empezaba a sangrar—. Ahora sí que la has cagado.

Le costó encontrar un pañuelo en el bolso mientras la sangre le caía por la mano, ensuciándole el puño de la camisa. Lo apretó sobre la herida y se empapó en segundos. No le iría mal agua oxigenada para cortar la hemorragia, aunque duda que haya algo en el botiquín. Sería pedir demasiado.

Por suerte, el lavabo está vacío, así no tendrá que dar explicaciones a nadie. Pone la mano bajo el chorro de agua. La herida escuece, pero no parece demasiado profunda; larga, eso sí. Tendrá que buscar una tirita o algo.

—Accidente laboral, una semana de baja —dice en voz alta.

No estaría mal. Una semana sin aparecer por el curro, sin copiar denuncias como una gilipollas, aburriéndose como una ostra con un trabajo que puede hacer cualquier administrativa. Para eso no es necesario pasar por una oposición, le repite siempre a Carlos. Él sonríe diciendo que es mucho mejor la tranquilidad de la oficina a jugársela en la calle; es hombre de despacho, le gusta trastear en los ordenadores, y no tiene ninguna ambición por subir en el escalafón. Con su trabajo diario y con disfrutar al máximo su tiempo libre, tiene bastante. En cambio, ella siente que la silla le quema el trasero.

*Esto te pasa por cagarla.*

Parece que ya no sangra. Cierra el grifo y mira ensimismada cómo el agua

dibuja un círculo antes de desaparecer por el desagüe, y recuerda a Simón, esa misma tarde, mientras ella lavaba los platos, explicándole muy serio un rollo de los suyos sobre por qué el agua circula hacia la derecha o a la izquierda. Según él, no tiene nada que ver con si estás en el hemisferio sur o en el norte, como mucha gente cree. Cuando su hermano empezó con la fuerza centrífuga y la fuerza de Coriolis, o como fuese que se llamase, dejó de escuchar. Qué coño le importaba a ella el Coriolis ese. Lo interrumpió para recordarle que era hora de tomar la medicación y él se calló. Dio media vuelta y se marchó a su habitación, cerrando la puerta a sus espaldas. Estuvo a punto de llamarlo, pero se contuvo. A veces la saca de quicio; casi siempre.

Alza la vista, comprueba en un instante que el flequillo le cubre la frente y se da media vuelta. Ya se ha mirado al espejo esa tarde, después de lavarse la cara, y con eso ha cubierto su cuota diaria.

—Ni tiritas ni leches, aquí no hay de nada —dice en voz alta después de rebuscar con la mano sana en el botiquín colgado en la pared. Ha encontrado dos compresas, unas tijeras y un preservativo—. ¡Vaya! Hay quien tiene esperanzas de echar un polvo en la oficina.

Coge un buen trozo de papel higiénico, se envuelve el dedo y, manteniendo la mano alzada, va hacia la puerta, que empuja de espaldas para salir.

—¡Eh! ¡A ver si vamos con cuidado! —exclama alguien.

Sorprendida, se vuelve y se encuentra frente al sargento, que la mira con el ceño fruncido.

—Eres tú... No te había visto —contesta. Ahora no tendrá forma de escaparse de la bronca que, sin duda, va a caerle encima—. No te he dado con la puerta, ¿no? Pues nada, me alegro, me voy a mi mesa, que tengo trabajo. — Intenta pasar por su lado.

—Un momento —la detiene, cogiéndola del brazo.

—¿Qué haces? —se revuelve ella, liberándose.

—Tengo que hablar contigo... ¿Qué llevas en el dedo?

—Nada, me he cortado y en esta puñetera comisaría no hay ni una tirita. Deberías solucionar eso. Eh, hablamos más tarde...

—Agente Peña, hace quince días que espero que me envíes las estadísticas. —El tono es helado.

Se vuelve hacia el sargento dispuesta a buscar una excusa, pero antes de que abra la boca, él sigue hablando:

—Tu rendimiento está bajo mínimos, y no me refiero solo a las estadísticas. —Se cruza de brazos—. Llevas casi seis meses aquí, he esperado a que te adaptaras. No sé si tienes algún problema para entender lo que es trabajar en equipo y a las órdenes de un superior. Hay volumen de trabajo, perfectamente asumible si te dedicas un poco, otra cosa es que estés cazando moscas la mayor parte del tiempo.

Sara frunce el ceño y se obliga a hablar con calma:

—Cumpló el horario, recojo las denuncias, contesto las peticiones del resto de las comisarías, archivo lo que haya que archivar, soy la reina del papeleo, vamos. —Alza el tono de voz—. Dices que me he retrasado con la estadística: es cierto, ¿y qué? No creo que vaya a hundirse el país por eso, ni que ser policía tenga nada que ver con hacer el trabajo de una secretaria, ¿no?

—Estás aquí para lo que yo te diga. —Su rostro ha enrojecido.

—Estoy aquí porque no tengo más remedio —masculla.

—Solo tú tienes la culpa de estar expedientada. —Esboza una sonrisa desagradable—. Te crees muy buena, ¿verdad? La has cagado un par de veces y la última ha sido sonada. Aún has tenido suerte de que la denuncia no llegó a nada y ha quedado en una investigación interna. —Da un paso hacia ella. Huele a café y a loción de afeitado—. No voy a permitir que causes problemas aquí. Eres inestable, está claro que no eres válida para puestos de responsabilidad.

—Tú sí, por lo que veo, te gustan los galones.

—Haré como si no te hubiera oído. —Alza un dedo—. Mi paciencia tiene un límite. Tienes un día para traerme las estadísticas, en caso contrario, las cosas se pondrán muy feas. ¿Lo has entendido?

Ella asiente y por una vez mantiene la boca cerrada. Le sostiene la mirada mientras aprieta el trozo de papel sobre el dedo herido, y piensa en cómo disfrutaría si pudiera estrellarle el puño cerrado en toda la cara y romperle la mitad de los dientes. No le costaría nada ceder a la tentación, pero no puede permitírselo. Ha sido su falta de autocontrol la que la ha llevado a esta puta comisaría y no puede olvidarlo.

—Lo he entendido.

—Venga —dice él, haciéndose a un lado—. Ya estás tardando.

Sara camina erguida hacia su mesa mirando al frente, y al doblar una esquina su mano roza una columna y ahoga un gemido. La herida se ha abierto

de nuevo y el papel se tiñe lentamente de rojo. Se lo quita con rabia y se mete el dedo en la boca. El sabor metálico de la sangre la inunda, trayéndole recuerdos de infancia. La sangre siempre es amarga.

## 4

Con un grito, Miguel se sienta de golpe en la cama. Está sudando y las sábanas son un bulto deforme a sus pies. Intenta serenarse diciéndose a sí mismo que todo está bien.

Ha estado soñando con su madre, la noche en que murió. Vuelve a tener doce años, paralizado por el horror de lo que está viendo. Se acerca al cuerpo tendido en el suelo y le abre la bata rosa. Observa la carne blanca y arrugada de su madre, como si fuese la de una anciana, y empieza a hundir las manos en el vientre, que tiene una consistencia gelatinosa. A pesar del asco que siente, una parte de su mente le dice que eso es lo que toca hacer, que hay que matar al monstruo. La sangre fluye del cuerpo y lo inunda todo.

Levanta la vista y ve frente a él a su hermano, que lleva en brazos el acuario en el que ya no hay peces vivos, están todos muertos en el fondo. Lo mira con frialdad, sin proferir palabra, y sale de la habitación. Miguel, enloquecido, retrocede, gritando y llamando a su hermano.

No es la primera vez que tiene una pesadilla semejante, pero esta ha sido más real que las anteriores. Se toca el estómago para comprobar que todo está en orden y, rependiéndose por su estupidez, se obliga a tranquilizarse. Tal vez debería pedir hora con el psiquiatra y reanudar la terapia. Hace tiempo que no se siente tan nervioso, le ha costado mucho dormirse, y no es bueno haber recaído en sus obsesiones, como le ha pasado en el aeropuerto con esa maleta de dueño desconocido.

La habitación está oscura y silenciosa, *casi demasiado*, piensa. Hasta echa de menos el ruido del motor de algún coche o el ladrido de un perro. Solo escucha su propio pulso en los oídos. Necesita beber algo. Pone los pies desnudos en el frío suelo de gres, se levanta y su pie tropieza con algo duro.

—¡Mierda! —Se ha golpeado el dedo gordo del pie y ve las estrellas.

Opta por abrir la luz de la mesilla de noche y se deja caer sentado en la cama. Ha tropezado con la maleta marrón, pulcramente colocada junto a su cama. No recuerda haberla dejado allí y su mirada va hacia el salón. Su maleta yace en el suelo, donde la dejó cuando entró. Nervioso, se pasa la mano por el pelo. Lo cierto es que no recuerda qué ha hecho desde que llegó a casa.

Quizá antes de acostarse la ha llevado a su habitación para abrirla y el cansancio le ha vencido, se dice. Es la única explicación lógica. Eso, y la resaca que arrastra. Mira el reloj. Son más de las cuatro de la madrugada, a las nueve tiene que estar duchado y afeitado en la empresa.

Cojeando, va al lavabo y se moja la cara. Mientras se seca con la toalla, observa su imagen en el espejo. Está engordando, va a tener que ponerse a dieta de nuevo, un cinturón de grasa amenaza con cubrirle el abdomen y enterrar los músculos que tanto le cuesta cultivar en el gimnasio. Hay que ser disciplinado con eso, para su metro noventa no puede pesar más de ochenta kilos si quiere mantenerse bien. Si su madre lo viera ahora le echaría un buen sermón.

La pesadilla, insidiosa, vuelve a colarse en su mente y le devuelve la sensación de miedo. Inspira con fuerza y arroja la toalla sobre el lavabo. Es un hombre maduro, su madre murió hace veintiséis años y pensar en ella no le va a aportar nada.

Vuelve a la habitación y, con decisión, coge la maleta y la coloca junto a la otra. Se mete en la cama y se cubre con las sábanas. Ahora tiene frío, nota un aire helado que circula por la habitación a pesar de que tiene las ventanas cerradas. Se encoge en posición fetal y aprieta los párpados con fuerza. Debería hablar con Ricardo, hace bastante que no se ven y lo echa de menos; su hermano mayor siempre tiene algún buen consejo que darle. Y, sobre todo, se ha ocupado de sacarlo de los líos en los que se ha metido por esa absurda manía de coger cosas que no le pertenecen. Si no hubiera sido por su ayuda todos estos años, no sabe qué habría hecho. O sí. Acabar en una cárcel o en un psiquiátrico, con una camisa de fuerza, soñando cosas como la de esta noche. Loco, como su padre.

Se da la vuelta, y piensa que ya toca hacerle una visita. Hace casi un mes desde la última vez, y durante todo ese tiempo no ha hecho más que inventarse excusas para no ir. Ricardo se encargó de buscar un buen centro cuando el

deterioro psíquico del padre de ambos era ya evidente. Y de incapacitarlo y de gestionar su patrimonio. Miguel no quiso saber nada de todo el papeleo, aunque su hermano se lo explicó en su día. Confía ciegamente en él, que es quien se ha ocupado siempre; no entiende nada de acciones o de fluctuaciones de la bolsa y lo agobia tener que pensar si es mejor vender o conservar. Bastante tiene consigo mismo.

Le deprime la mirada vacía de su padre, cada vez más encogido, una caricatura mal hecha del hombre alto y fuerte que fue. El deterioro físico avanza con lentitud, pero el mental no tiene freno. Los días que hace buen tiempo, si está tranquilo, lo pasean por el jardín, sentado en la silla de ruedas, hasta llegar al estanque. Es un buen sitio para morir poco a poco, sin malos olores, sin ruidos desagradables; un buen lugar para disfrazar de bienestar un final de vida totalmente inútil.

La última vez que lo fue a ver, hablaron poco, aunque Miguel se esforzó en intentar sacarlo de su mutismo. Su progenitor, sentado en una butaca junto a él, dirigía la mirada hacia la ventana. Ese día hacía viento y unas amenazadoras nubes grises corrían por el cielo. La enfermera ya le dijo cuando llegó que lo veía más nervioso que de costumbre. Tras varios minutos en silencio, sin que se le ocurriera qué más decir, Miguel estaba a punto de levantarse y decirle que se marchaba, cuando su padre le cogió el brazo con fuerza y le susurró algo que no comprendió. Los ojos de su progenitor, muy abiertos, parecían salirse de las órbitas.

—No te entiendo, papá. —Se acercó más a él.

—Están escondidas debajo de la cama, todas —repitió—. Vienen para chuparme el cerebro, ¿sabes?

—¿Quiénes están escondidos? No es verdad, papá, aquí solo estamos tú y yo —respondió, intentando mantener la calma.

El enfermo negó con la cabeza:

—Son criaturas espantosas. Eso es lo que quieren que creas, hijo, que son imaginaciones mías, pero son listas, y cuando tú te vayas... —gimió.

Miguel le pasó una mano por la espalda atrayéndolo hacia sí, mientras murmuraba palabras sin sentido, intentando calmarlo y sintiendo un nudo en la garganta. Le entraron ganas de escapar, de llamar a la enfermera y que se encargase ella. No podía soportar la locura que veía en los ojos de su padre, que ahora lo miraban llenos de lágrimas.

—Tú también tienes que tener cuidado, después de que me maten irán a por ti. Sé que tú también las ves. A esas criaturas.

—¡No digas tonterías! —explotó, enojado—. ¡Yo no veo nada! Estás cansado, tienes que acostarte. —Se levantó con rapidez y fue hasta la puerta para buscar a alguien. *Tengo que salir de aquí*, se dijo, angustiado.

—¡Las ves, tú también las ves, las ves! —aullaba su padre, encogido en el sillón, los brazos apretados contra el cuerpo.

La enfermera entró, alarmada:

—¿Qué pasa? He oído que gritaba...

—No sé, creo que le ha dado una especie de ataque, o algo así.

—Será mejor que se vaya, señor Montero, tendré que darle un calmante. Avisaré al doctor. Ya le dije que hoy no estaba muy fino.

Miguel asintió y, sin volverse, salió al pasillo. Los gritos resonaban en sus oídos mientras se alejaba a grandes zancadas.

Con un suspiro, coloca las manos bajo la almohada e intenta vaciar su mente de pensamientos. Mañana, hoy, se corrige, dentro de poco, debe volver al mundo real y aparcar las pesadillas. Si le dejan.

## 5

No hace mucho que ha amanecido cuando Sara coge su bolso y sale a la calle a paso rápido. No tiene ganas de coincidir con Carlos, ni de escuchar su charla. Aunque sea la única persona en quien confía en la comisaría. Se ha pasado las últimas horas con la estadística y nota la cabeza embotada. Joder con el imbécil del sargento, seguro que le han silbado los oídos toda la noche. Lo que daría por fumarse un cigarro.

Caminar al aire libre la tranquiliza. La gente se apresura a bajar por las escaleras de la boca del metro, pero a ella no le apetece apretujarse en un vagón subterráneo, así que sigue andando, al menos hasta la parada del autobús. Se ha despejado del todo y, aunque sabe que acabará por caer muerta de cansancio en la cama, antes le apetece tomarse un café bien cargado.

Mira al cielo. Es imposible saber si el día es gris porque va a llover o porque la contaminación y la humedad han formado una densa nube de suciedad que planea sobre la ciudad. Con las manos en los bolsillos esquiva a los de la limpieza del ayuntamiento, a las personas que, con la mirada fija en la pantalla del móvil, se aferran a él como si allí estuviera escrito su futuro, a la pareja de rumanos, que con el palo de una escoba vieja remueven el interior de un contenedor de basura con la esperanza de hallar algo aprovechable. Las mismas caras, los mismos gestos, se repiten cada día; ella también es la misma, con el bolso al hombro y el gesto adusto. Sara no sonríe nunca.

Unas cuantas calles más allá tiene que correr para alcanzar el autobús. Está lleno. Todo el mundo va con la mirada perdida y cara de sueño. Recuerda a su madre, que siempre se quejaba de que la primavera no le sentaba bien y le daba ganas de llorar. Lo mismo decía del otoño, hasta que llegó un momento en que esto servía también para el invierno y el verano.

*Un buen recurso, darle la culpa al tiempo.*

Baja en su parada, camina por la avenida Mistral y decide tomarse el café antes de subir a casa. *Ojalá que Simón se haya marchado ya, o esté a punto de hacerlo*. Prefiere no verlo, y menos sin haber dormido un poco.

Llega hasta la panadería de Lorena, que está en los bajos de su finca, y entra. Solo hay cuatro personas en las mesas, entre ellas, su vecino del entresuelo, con su bigote blanco y su inseparable barretina cubriéndole la calva. Como cada día, moja en el café una de las magdalenas que sobraron el día anterior. El abuelo Josep, como lo llama todo el mundo, vive con un perro mestizo que saca en brazos a la calle porque está tan gordo que le cuesta caminar con sus patas demasiado cortas. Tiene dos hijos que viven lejos y no parece que recuerden que tienen un padre; como dice Lorena, si no fuera por la caridad de los vecinos haría tiempo que lo hubiesen encontrado muerto en su piso. El abuelo levanta la cabeza y al ver a Sara la saluda con un sonoro «*bon dia*», al que ella responde de igual forma. Se acerca al mostrador y espera a que aparezca su amiga.

—¡Ahora salgo! —la oye gritar desde el obrador.

—Tranquila, no hay prisa —contesta.

Se sienta en un taburete y hojea el periódico que alguien ha dejado olvidado. En portada aparece la fotografía de una mujer gruesa con gafas, el cabello corto y rizado, y una sonrisa contagiosa en la cara, bajo un titular que reza: «La familia de Emma Ribó hace un llamamiento», y en letra más pequeña habla de la «misteriosa desaparición» de la mujer de la foto, de la que su familia no sabe nada desde hace una semana. Piensa que igual es el caso al que se refería Carlos y busca en las páginas interiores. Este sí que podría ser un asunto interesante, y no la mierda de las estadísticas.

—¡Ya estoy aquí! ¡Buenos días! ¿Qué te pongo, café largo?

Sara levanta la vista para ver a Lorena, que lleva con cuidado una bandeja de pastas de chocolate y crema, las mejillas sonrosadas por el calor del horno. Del minúsculo gorrito blanco que apenas le tapa la cabeza, se escapan unos cuantos rizos oscuros que le caen sobre la frente.

—Mira qué preciosidad, están recién hechas, ¿te pongo unas cuantas?

—Sabes que no me gusta el dulce. —Cierra el diario y lo guarda dentro del bolso—. Solo café, y si pudiera, ahora mismo me fumaría un cigarro.

—¡Ni hablar! —exclama Lorena mientras acaba de colocar la bandeja junto al resto de la repostería—. ¿Cuánto hace que lo dejaste? Casi tres años,

¿no? —Sara asiente—. ¡Ya era hora! ¿Te acuerdas de que con catorce años lo primero que hacías al salir del colegio era ponerte el cigarrillo en la boca?

—Es verdad. Y me costaba lo mío que no lo notaran en casa, ya sabes, mi padre... Simón no me dejaba acercarme a él con el pitillo, siempre le ha dado asco el olor a tabaco. Se alegró cuando lo dejé de golpe al morir mamá.

—Y ni se te ocurra volver. ¿Te pongo una bolsa de estas para Simón o qué? —pregunta esperanzada.

—Qué pesadita eres, coño; haz lo que quieras. ¿Ha venido esta mañana?

—¿Quién?, ¿tu hermano? —Con las pinzas llena de pastas una bolsa de papel que deja en el mostrador y va hasta la cafetera—. Qué va, no ha asomado la nariz, y mira que hoy tengo mis delicias especiales de nata y trufa que tanto le gustan. Ya me he zampado unas cuantas. —Suelta una carcajada—. No tengo remedio, suerte que no me preocupan los kilos. —Se vuelve y pone los brazos en jarras—. Y tú a ver si comes un poco, que se te va a llevar el viento. —Sonríe y en su rostro aparecen un par de hoyuelos.

—Cállate ya y ponme el café, que tengo que dormir. No tendrás nada de regaliz...

—Pues no. Deberías probar con otra cosa; ¿no hay parches de esos de nicotina o algo así? A estas alturas ya tendrías que haber superado el vicio... Aquí tienes. No te pregunto cómo te ha ido el trabajo, vaya cara traes. —Le pone la taza delante—. A quien he visto esta mañana es a Pablo, el vigilante del parking; ha venido a por un café para llevar. Cada vez que me mira me da escalofríos, parece que pueda verte el alma, como si fuera el diablo... No entiendo cómo puede ser amigo de tu hermano, ese tío es un yonqui, te lo digo yo.

Sara esboza una mueca y se remueve en el asiento.

—Se conocieron en la época que Simón estaba bien jodido, ya sabes. Bueno, la verdad es que los dos lo estaban. Pablo iba colocado todo el tiempo, creo que ahora está limpio, o al menos eso parece. —Tuerce el gesto—. Joder, seguro que han estado los dos en casa esta noche. Hasta las narices me tienen.

—Te dejo, voy a despachar, y dale las pastas a Simón, ¿eh?

—Vale, pesada, pero no te servirá de nada, Lorena, ya sabes que pasa de ti.

Esta se encoge de hombros y le guiña un ojo mientras se vuelve hacia la

cliente que acaba de entrar. Sara se toma el café en dos tragos, coge la bolsa, deja unas monedas y sale haciendo un gesto al abuelo. De golpe le han entrado unas ganas locas de meterse en la cama.

Entra en la finca y, para variar, el ascensor vuelve a estar estropeado. *Coño*, piensa, *cinco malditos pisos*. Jadeando, abre la puerta de casa, que está cerrada con dos vueltas. Tal vez tenga suerte y su hermano haya salido ya.

—¿Simón? —grita al entrar, para asegurarse.

—Estoy aquí.

*Mierda.*

La casa está tan oscura que teme tropezar con cualquier cosa. Enciende la luz del recibidor, va hasta el comedor y deja sobre la mesa la bolsa de la panadería. El aire está viciado, huele a cerrado, a comida recalentada.

—Podrías ventilar un poco, joder, apesta —suelta, malhumorada—. Haz el favor de marcharte, vas a llegar tarde a la biblioteca.

Abre el balcón y las persianas de madera. La luz que inunda ahora la habitación muestra el espectáculo de cajas de pizza vacías, vasos sucios y cojines descolocados. Le consta que, en la biblioteca, Simón mantiene el orden a rajatabla; ya le hubieran dado la patada si no fuese así. En casa es otra historia. Realmente, va a tener que contar no hasta diez, sino hasta cien, para no saltarle al cuello. Se prepara para echarle la bronca, aunque sabe que va a ser inútil, que lo que le diga le va a resbalar y que se limitará a observarla, impasible, mientras se manosea la barba. La dejará hablar, como siempre, para luego hacer lo que le dé la gana. De pronto se siente agotada, cansada de representar su papel de hermana mayor, incapaz de enfrentarse en esa mañana gris a la mirada esquiva de su hermano.

—Lorena me ha dado pastas para ti, llévatelas, no quiero tener que limpiar más porquerías —dice, alzando la voz.

Sin esperar respuesta, da media vuelta y recorre el pasillo hasta llegar a su habitación. Hablará con él cuando lo vea por la tarde. Tal vez.

## 6

«Hoy vamos a tener un día soleado, las nubes se abrirán al mediodía y la temperatura subirá al menos dos grados, pero recuerden, la primavera es traidora y...»

El estruendo de la radio de su vecina despierta a Miguel, que abre los ojos con dificultad. Esta mujer cada día está más sorda, piensa con esfuerzo. Bosteza y estira brazos y piernas. Se siente más descansado, el dolor de cabeza casi ha desaparecido.

Aparta las sábanas y va hacia la ducha, cojeando un poco debido al dedo lastimado. Respira aliviado cuando el agua caliente cae sobre su cuerpo. Casi no recuerda la pesadilla y se dice a sí mismo que todo ha sido fruto de la resaca. Lo que le haría falta para recuperarse del todo sería un buen polvo, piensa, y nota cómo comienza a excitarse. Debería llamar a la chica con la que estuvo la última vez, la de la casa con jacuzzi y las tetas operadas. ¿Se llamaba Adela o Alejandra? Algo así. Se habían visto un par de veces y follaba como si le fuera la vida en ello; quizá estaba un poco loca, pero con la lengua hacía maravillas. Su sexo, ahora erecto, conserva un buen recuerdo. Mientras se seca, se promete que esa tarde irá al gimnasio a machacar los abdominales y luego tal vez la llame.

Vestido, se ajusta la corbata, va hasta el comedor y recuerda que debe deshacer el equipaje. Se acerca a su maleta y la abre, desparramando el contenido sobre el sofá. Por la noche pondrá la ropa a lavar y listos. Su mirada cae sobre la maleta marrón, sin decidirse a abrirla. Acerca la mano y la acaricia. Es tan agradable al tacto... Hay algo sensual en el ante, como tocar la piel suave de una mujer. Ha cedido a la tentación, está mal, pero no va a pasarle más, se promete. La tiende en el suelo y abre la oxidada cremallera con dificultad. Tal vez esté llena de billetes, piensa sonriendo, los suficientes

para poder jubilarse y marcharse a vivir al Caribe.

—¡Vaya! —exclama.

Dentro hay una pequeña caja de madera oscura y un sobre amarillento. Nada más. *Qué absurdo*, piensa, *embarcar una maleta con ese contenido, hay mucho majara suelto*. Saca la caja y la observa con atención. Es sencilla y sin adornos, pero le resulta extrañamente familiar. *Qué gilipollez*. Tal vez dentro haya algún dato sobre su propietario. Quizá algo de valor y le van a dar una buena recompensa por devolverlo. Soñar no cuesta nada. La coloca sobre sus rodillas y hace girar la pequeña llave que hay en la cerradura.

Se le corta la respiración y de nuevo siente que ha bajado la temperatura de la habitación. Sus manos, rígidas, sostienen la caja, mientras su estómago se retuerce y nota la bilis en la boca. No puede ser. Seguro que está dormido y va a despertarse ya de esta pesadilla, se repite mientras el corazón lo golpea en el pecho. En breve, tendrá que salir cagando leches para llegar puntual al trabajo, aguantar las chanzas de los compañeros y las indirectas del cabrón de su jefe sobre sus malos números de ventas en el último trimestre. Tendrá que escucharlo con cara de circunstancias, mientras juega con la idea de preguntarle a bocajarro qué le parece que el supervisor se esté tirando a su mujer desde la cena de Navidad de empresa, y que cómo es que siendo un halcón de los negocios, según él mismo, no haya sido capaz de darse cuenta.

Pero eso será después.

Ahora está sentado en el sofá de su casa, despierto, mirando la medalla de Santa Rita que llevaba su madre colgada al cuello la noche que murió. Como si pudiera romperse, deja con cuidado la caja en el suelo y se levanta despacio para ir hasta la cómoda del dormitorio. Revuelve todos los cajones. Los de la mesilla de noche también. No está. Por eso le era familiar, esa puta caja era de su madre y ahí guardaba algunas joyas, que a su muerte se vendieron todas, salvo esa medalla que Ricardo quiso conservar y se la dio para que la tuviera él, no recuerda cuándo. Seguro que hace un montón de años, los mismos que lleva sin pensar en ella.

—Mierda, mierda, mierda... —murmura mientras vuelve al comedor.

Se obliga a respirar lenta y profundamente, y se repite que todo tiene una explicación lógica. Tiene que haberla. Debió de abrir la maleta cuando llegó y por alguna razón metió la caja dentro y ahora no lo recuerda. Sencillamente. Vuelve a sentarse en el sofá y observa con miedo el sobre. No quiere cogerlo,

intenta convencerse a sí mismo de que le importa una mierda lo que hay dentro.

Alarga el brazo, y casi sin tocarlo, como si quemara, lo abre.

—No puede ser —susurra.

Dentro hay una fotografía en color que conoce bien, la ha visto cientos de veces y ahora la sostiene con dedos temblorosos. La tomó Ricardo con la Polaroid que le regaló su padre cuando este todavía vivía con ellos. Día familiar en el zoológico. Un elefante extiende la trompa mientras un pequeño Miguel hace el gesto de tirarle cacahuetes, y su madre lo coge de la otra mano con el rostro serio, los ojos alerta, como si temiera que fuese a caerse en el recinto del animal, mientras su padre, con las manos en los bolsillos del pantalón, mira socarrón a la cámara. Recuerda ese día, debía de tener diez años y Ricardo dieciocho, y eran felices, o al menos él lo era. Al año siguiente vendría el desastre, la separación, las lágrimas y las depresiones de su madre, su muerte.

—Joder, ¿qué me está pasando? Me estoy volviendo loco... —gime sin dejar de mirar la fotografía.

Busca el móvil y marca el número de Ricardo.

## 7

Sara abre los ojos y permanece unos instantes sin moverse. Está encogida, en posición fetal bajo las sábanas, disfrutando del silencio y de la luz del sol que se cuele por las ranuras de las persianas. Echa una ojeada al despertador. Son las dos de la tarde. Hoy es jueves, se recuerda, todavía le quedan tres días más de trabajo nocturno para tener su semana de fiesta. Debería levantarse y arreglar la cocina, darle un repaso a la casa, ir a comprar al supermercado, comer. Y para postre no puede faltar a su obligada cita con la psicóloga, su expediente disciplinario depende de que demuestre ser capaz de controlarse. Debería pensar en todo ello. Se da la vuelta.

Pasadas las tres ya no puede ignorar a su estómago y se levanta con dificultad para meterse en la ducha. Una vez vestida, echa una ojeada a la nevera. Dos cervezas, un triste yogur y una lechuga mustia la contemplan, y en la puerta hay dos huevos que parecen en buen estado.

Mientras da buena cuenta de los huevos, va haciendo una lista mental de todo lo que hace falta y vuelve a desear con todas sus fuerzas fumarse un cigarro. Solo uno. La última vez fue sentada en esa misma silla y ante esa misma mesa.

Hacía calor, ese calor pegajoso de agosto en Barcelona que no te deja dormir, que te hace dar vueltas en la cama, ansiando algo de aire, que te obliga a tener los balcones abiertos a pesar del ruido de la calle y que pone nerviosa a la gente. Esa noche se levantó con el paquete de tabaco en la mano y fue hasta la cocina. Simón había desaparecido después de salir del cementerio y no tenía ni puta idea de dónde estaba. Qué más daba. «Para llorar no se necesita a nadie», le había dicho a Lorena esa mañana. Había aguantado sin derramar una lágrima todos los meses que duró su madre mientras el cáncer le comía las entrañas, y siguió haciéndolo cuando su hermano la llamó a la

comisaría para decirle que había muerto.

Esa noche se fumó todos los cigarrillos que le quedaban y los colocó uno junto al otro en el cenicero, a modo de un ramillete de flores de ceniza, grises y consumidas. Y mientras lo hacía, lloraba sin darse cuenta, por su madre, por su hermano, por ella misma, por la mierda de vida que habían tenido todos, y por la cicatriz que llevaba en la frente, que le servía de recordatorio de todo ello cada vez que se miraba en el espejo. Y por el resto de las marcas que tenía en el cuerpo. Y con rabia, por el cabrón de su padre, que murió cuando ella tenía diecisiete años. Sara no lo lamentó en absoluto. Y creía que su madre tampoco.

*Pero Simón...*

Se juró que nunca más fumaría ni volvería a llorar, y hasta la fecha, lo ha cumplido. Como escribió ese escritor irlandés del que su hermano habla a menudo, el día en que no lloramos es porque nuestro corazón se ha endurecido, o algo parecido. No sabe cómo se llama ese tío, pero dio en el clavo; se siente dura y seca por dentro, y no recuerda desde cuándo, ni siquiera es consciente de que en algún momento no haya sido así. Y ahora, nota en el cuerpo un anhelo que le encoge el corazón y le hace desear el consuelo del humo inundando sus pulmones.

Se levanta y, tras lavar los platos, recorre el piso intentando poner un poco de orden. Cuando llega frente a la puerta cerrada de la habitación de Simón, se detiene y duda. Entra muy poco, lo justo para no ponerse enferma por la cantidad de mierda que acumula. Está atestada de libros en las estanterías, papeles y objetos extraños en la mesa del ordenador, piedras, estatuas tribales, calaveras mexicanas, un abrecartas con empuñadura de madera y una cruz templaria grabada que Simón compró por Internet, en esa época en la que le dio por obsesionarse por los misterios de la Orden del Temple, y muchas más chorradas que Sara no sabe ni lo que son. Aunque lo mejor de todo es ese murciélago disecado, grande y peludo, que colgó del techo. Cada vez que entra no puede evitar quedarse mirándolo, sintiendo repulsa y fascinación a partes iguales, con la absurda idea de que en cualquier momento el animal puede resucitar y lanzarse sobre ella. Los ojillos negros y brillantes dan la sensación de observar a todo el que se atreviese a entrar y de ser capaz de morder al intruso con sus colmillos.

*Como un simbólico perro guardián de los secretos de Simón.*

Decidida, abre la puerta y camina sin mirar al bicho para abrir la ventana que da al patio interior. Al menos, que entre un poco de aire. Las zapatillas se le enganchan en el suelo. Mejor no saber qué clase de porquería es. Tantea la pared buscando el interruptor para encender la luz y su dedo herido choca con algo que no debería estar ahí.

—Joder, ¿qué mierda ha puesto? —exclama.

Colgado sobre el interruptor descansa una reproducción de *Saturno devorando a sus hijos* de Goya, que conoce bien. Su padre lo tenía en gran estima, lo había pintado un amigo suyo con talento para copiar al detalle obras conocidas, aunque se ganaba la vida vendiendo botes de pintura en una droguería. A Sara siempre le había dado miedo esa pintura. Los ojos enloquecidos del dios, la boca inmensa, engullendo a su hijo, ya sin cabeza, le ponían la carne de gallina. El lienzo es pequeño, pero el marco es grueso, de madera, con relieves y duro, muy duro, vaya si lo es.

Sara mira la pintura con asco y se toca la cicatriz de la frente, que ahora le escuece como si su padre acabase de golpearla. Siente la boca seca y tensa el cuerpo. Recuerda estar de pie en el pasillo, con dos ceras de colores en cada mano, frente a la pared que acababa de dejar «decorada» con sus dibujos. Ese día no había ido al colegio porque se levantó con fiebre y pasó la mañana dando vueltas en casa, aburrida, y echando de menos a Simón.

—¿Qué estás haciendo? —gritó su padre.

Sara se dio la vuelta despacio y abrió la boca para decir algo, pero cuando lo vio avanzar hacia ella con una expresión enloquecida en los ojos, su vejiga se aflojó y la orina le mojó los pantalones del pijama. Paralizada, fue incapaz de reaccionar cuando su padre, alto y grande, alargó el brazo, descolgó el cuadro de la pared y, con él en la mano, se le echó encima. Ahora siente, como entonces, el dolor del primer golpe, la caída al suelo y los gritos de su madre en la distancia. Lo siguiente, el día entero que pasó castigada, encerrada en el aseo, con la cabeza latiéndole dolorosamente y con Simón arañando la puerta cerrada para que supiera que no estaba sola, que él estaba ahí. Ella tenía cinco años, y él cuatro. No era la primera paliza que recibía ni tampoco sería la última.

Alza la mano para coger el cuadro y tirarlo a la basura. Estaba convencida de que ya no existía. Simón debe de haberlo rescatado del trastero. Él no supo nunca para qué había usado su padre la pintura. A medio camino se detiene,

cambia de idea, no tiene ganas ni de rozar esa mierda, con no mirarla es suficiente. Va hasta la ventana, la abre y se vuelve para salir de la habitación.

Todavía no ha cerrado la puerta a sus espaldas cuando un fuerte ruido la sobresalta y le hace dar media vuelta. El cuadro está en el suelo.

—¡Qué coño! ¡Si no lo he tocado!

Se agacha y, con mucho cuidado, como si estuviera infectado, lo recoge usando la manga del jersey a modo de un guante protector y examina la pared. El clavo está en su sitio y el enganche del cuadro no parece en mal estado. No hay una explicación lógica para que se haya caído. Se encoge de hombros, lo cuelga de nuevo y se aparta sin dejar de observarlo. El dios Saturno le devuelve la mirada.

—Ahí te quedas, hijo de puta —pronuncia con rabia, conteniendo las ganas de escupirle.

Sale dando un portazo. Ya llega tarde a la cita con la psicóloga.

## 8

Las seis. No, faltan treinta segundos. El señor Roca no se acercará al mostrador de la biblioteca hasta que queden quince segundos exactos para la hora de cerrar. Siempre es así, Simón y el señor Roca están totalmente sincronizados; los dos desprecian el enorme reloj colgado junto a la puerta de la sala de la biblioteca que siempre va atrasado tres minutos. Weifen sabe que a Simón le pone muy nervioso. Un día le habló de los cálculos que había hecho en un papel y le enumeró los problemas que tendrían si viviesen acorde con la hora de ese reloj. Todo lo que se perderían y las cosas que podrían haber hecho. Ella no entendió ninguno de los garabatos que le mostró, pero asintió dándole la razón.

El padre de Weifen le ha enseñado el valor del tiempo. Le dice también que si los demás ven que eres responsable confiarán en ti. Que no se comporte como su tía, Li, que nunca ha hecho caso de los consejos de su hermano, ni ha querido estudiar nada de provecho con esa manía de ir haciendo fotografías, y ahora nadie sabe dónde está, dice su padre con el ceño fruncido. Weifen solo tiene ocho años y echa de menos a su tía, una chica alegre, divertida, moderna, todo lo que no es el resto de la familia. No se lo ha dicho a su padre, pero le gustaría ser como ella cuando sea mayor.

Mira el libro que tiene encima de la mesa. *Vidas ejemplares*. Le encanta su olor y le fascinan los títulos como este, que no entiende, que le dan pie a imaginarse historias bonitas, como las que le cuenta su madre cuando se va a dormir. Cada tarde, al salir del colegio, llega a la tienda, da un beso a su padre, se rehace la coleta ante el espejo y cruza la acera para empujar la gruesa puerta de madera y subir las escaleras del patio para llegar a la biblioteca. Aquí hace los deberes y estudia, y cuando acaba, coge libros de las estanterías y pasa las páginas, extasiada. Al principio, el jefe de Simón,

cuando venía, la miraba con desagrado. Ahora ya ni siquiera la ve.

Faltan veinte segundos. Sentada en una silla frente a una mesa de lectura a poca distancia del mostrador donde está Simón, escucha el roce desigual de unos zapatos de suela de goma en el parqué. El señor Roca no es muy alto y cojea un poco, como si tuviese una pierna más corta que la otra. La niña sabe que Simón ya está preparado y que tiene en su mano un lápiz marca Staedtler de mina dos, amarillo y negro, goma de borrar blanca inmaculada y su cuaderno delante, abierto por una página en blanco. Weifen echa una ojeada furtiva a su reloj. Quince segundos. Ante el mostrador aparece la camisa blanca, el traje gris claro y la corbata negra que el señor Roca viste siempre en primavera. Ella alza la vista y los mira. Simón sigue con la cabeza baja, a la espera. Las seis en punto.

—He estado buscando imágenes de las Erinias, ¿no tenéis nada? —dice Roca con su voz ronca. Echa una mirada por encima del hombro, como si esperase ver a alguien o algo tras él.

Simón escribe en su cuaderno y contesta:

—No demasiado. Creo recordar que hay una publicación que comenta las ilustraciones de Doré para la *Divina Comedia* de Dante y poca cosa más. Buscaré en la base de datos. De todas formas, en Internet seguro que encuentra. —Alza la mirada y lo observa.

—No me gustan los ordenadores, ya lo sabes. —Frunce el ceño—. Y además, Internet está lleno de barbaridades e inexactitudes. La gente se cree muy lista.

—Hay un cuadro... —Simón teclea en el ordenador—. Es este. De William Bouguereau, que las representa atormentando a Orestes.

—Ya lo conozco, no me gusta, parecen mujeres vulgares. Las Erinias son monstruos terribles y así tienen que pintarse. —Mira a Weifen, que lo observa con los ojos muy abiertos—. ¿Sabes lo que son las Erinias, niña? —Ella niega con la cabeza—. Tisífone, Alecto y Megera, criaturas aladas con serpientes en su cabellera y antorchas o látigos en la mano. Castigan a los criminales, los enloquecen, los torturan y solo se detienen cuando alguien ayuda al delincuente a purificar sus delitos. —Se aclara la garganta—. Te siguen de cerca, puedes notar su fétido aliento en la nuca. También las llamaban «las perras» porque nunca se cansan ni pierden el rastro. —Sus pupilas dilatadas hacen parecer negros sus pequeños ojos azules tras las gafas de montura metálica—. La más

vengativa es Tisífone, la que guarda las puertas de Dite, la ciudad infernal...

—No creo que a Weifen le interese. Solo son mitos —lo interrumpe Simón al ver la expresión de espanto de ella.

—¡Oh, seguro que sí! ¿No es verdad, niña? —No espera respuesta—. A todos nos gustan esas historias. Mi madre me las explicaba cuando yo era pequeño. Un buen cuento antes de ir a dormir. —Esboza una sonrisa torcida y se vuelve hacia Simón—. ¿Recuerdas lo que escribió Esquilo en las *Euménides*? —Recita sin esperar respuesta—: «Para mí reservé la total destrucción de los hogares, cuando algún Ares doméstico asesina algún deudo. Entonces nos lanzamos en su persecución y, por fuerte que sea, al fin lo aniquilamos con el peso de la sangre derramada». Pórtate bien, niña, o Tisífone vendrá a por ti. —Su rostro tiene una expresión cruel.

—Yo me porto bien —balbucea ella.

—Claro que sí, no hagas caso —interviene Simón—. ¿Ha terminado por hoy?

—Sí. No he visto nada de interés, si encuentras algo ya me lo dirás. Estoy en baja forma —confiesa Roca—. Me duelen todos los huesos, maldita humedad, y encima se os ha ocurrido poner el aire acondicionado, me sienta fatal.

—He tomado nota, tengo algún libro en casa en el que quizá aparezca algo más sobre Tisífone. Si no recuerdo mal, se enamoró de Citerón y él la despreció, por lo que, despechada, transformó uno de sus cabellos en una serpiente que mordió a su amado. —El otro asiente—. Mi jefe conecta el aire cuando viene al mediodía, dice que renueva el ambiente, ayuda a mantener constante la temperatura y es bueno para los libros. No estoy muy de acuerdo con eso. —Se encoge de hombros.

—Son los inconvenientes de una biblioteca privada junto a las Ramblas de Barcelona, en una calle que no conoce nadie. Al menos no hay que aguantar a esos impresentables del ayuntamiento —masculla Roca—. Creo que me voy a casa. ¿Y tú, niña, no tendrías que estar haciendo los deberes?

—Ya los he terminado.

—Pues entonces ponte a estudiar si quieres llegar a ser algo en la vida. Mal vamos con lo que os enseñan hoy en día, no sabéis nada de historia o de geografía, o de nada. Vaya país de analfabetos. —Hace un gesto de despedida y camina hacia la salida mascullando para sí.

Mientras Roca se aleja, Weifen se acerca a Simón, que guarda su libreta en el cajón del escritorio y ordena la mesa.

—No le gustan los niños, ¿verdad?

Él sonríe y sus ojos oscuros se animan.

—No.

—¿Y las personas mayores?

—Mmm... No demasiado. —Su sonrisa se apaga y desvía la mirada.

—Tú si le gustas, habla contigo.

—Bueno, yo le ayudo a buscar esas historias antiguas. Hace tiempo que viene por aquí.

—¿Y para qué las quiere? ¿Todavía trabaja?

La niña vuelve a su mesa y coge su mochila mientras Simón se pone en pie y coge el mando a distancia para desconectar el aire acondicionado.

—No lo sé. Era médico. Anda, ayúdame a colocar estos libros en su sitio, tengo que cerrar.

La niña, obediente, coge los volúmenes y, con rapidez, los pone en su sitio. La verdad es que no viene mucha gente a la biblioteca, al menos cuando ella va, así que mantener el orden es una tarea sencilla. Se cuelga la mochila a la espalda y espera a Simón junto a su mesa, observándolo mientras repite la rutina de todas las tardes. Este es el momento que le gusta más, cuando están los dos solos y los libros se preparan para dormir. Un día le preguntó si por las noches hay fantasmas que se deslizan entre las estanterías; él le guiñó un ojo y le dijo que no estaba seguro, pero que, si los había, eran fantasmas buenos, de los que cuidan los libros.

—El señor Roca siempre habla de monstruos —dice ella.

Simón ha apagado las luces del techo y solo queda la de la lámpara del mostrador. Se acerca a ella y sus ojos la miran con tristeza. La escasa luz resalta sus ojeras y sus pómulos afilados. A Weifen le recuerda a esos dibujos de los santos que hay en los cuadros de la biblioteca, con una aureola dorada sobre las cabezas, y que alzan la vista hacia un cielo que siempre está pintado de azul y en el que nunca hay nubes.

—Son leyendas antiguas, a él le gustan estas cosas. No hay que hacerle mucho caso.

—Tú también sabes de monstruos —afirma ella.

Él no contesta y apaga la lámpara.

## 9

—Vamos a empezar la sesión de hoy. ¿Estás cansada, Sara?

—Un poco, la semana de noches me deja hecha polvo. No llevo bien lo de dormir de día y hoy entro a las diez. Ya queda menos, el domingo termino.

—Antes de que vinieras he repasado las notas que tomé...

—Todo esto se graba, ¿no? ¿Es normal que los psicólogos grabéis las sesiones? He ido a otros que no lo hacían.

—Sí, ya te lo comenté el primer día. Es mi método de trabajo, luego lo comparo con lo que he ido apuntando. ¿Tienes algún inconveniente?

—No, solo pensaba en voz alta. ¿Les darás las grabaciones?

—Esto es confidencial, ya lo sabes. Cuando terminemos la terapia, elaboraré un informe y eso será lo que llegue a tus superiores. Creo que estaría bien que la semana que viene nos veamos más días.

—De acuerdo.

—Si te parece, seguimos donde lo dejamos en la sesión anterior. Empiezo a grabar. Uno, dos, ya. Cuarta sesión de terapia de Sara Peña. Bien, me contaste los problemas que había en casa...

—Las palizas que nos daba mi padre. A las cosas hay que llamarlas por su nombre.

—Tienes razón. ¿Quieres añadir algo más?

—Ahora no.

—Como quieras. El otro día empezamos a hablar de algo que pasó cuando tenías doce años. Dijiste que tus padres te cambiaron de colegio.

—No fue un cambio voluntario, las monjas me «invitaron» a marchar. Me echaron, vaya.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—Lo de siempre, perdí el control. Bueno, antes me metí donde no me llamaban.

—¿Qué quieres decir?

—En mi clase había una niña que no paraba de dar patadas y bofetadas a las demás. Era un saco de huesos, nerviosa, siempre estaba como ida, te miraba con aquellos ojos de loca y entonces estabas perdida, sabías que iba a por ti. Sin ningún motivo. Solo necesitaba pegar, desfogarse. Las monjas la protegían, hablaban con ella, la disculpaban frente a los padres de las niñas diciéndoles que tenía una vida familiar complicada y que había que apoyarla.

—¿Qué pasó?

—Decidí ayudarla.

—...

—Sí, a veces me daba por ahí. Todas sabíamos que su padre era alcohólico, que la madre recibía lo suyo y las hijas también. Vivían en una portería y la madre las sacaba adelante como podía fregando escaleras. La hija mayor ya tenía quince años, y la gente decía que era una puta, que la habían visto manosearse con algún viejo en un coche. Vete a saber. La verdad es que vestía como si lo fuera. Así que pensé que toda esa agresividad era el resultado de lo que estaba viviendo. Era posible que estuviera llena de rabia, como...

—¿Como lo estabas tú?

—Puede ser. Pero yo no era como ella, no amargaba la vida a nadie, ¿eh? Todo me lo tragaba yo. Así que un día, en el patio, la llevé aparte y le solté un rollo, no recuerdo sobre qué, supongo que del tipo de que la gente iba a ayudarla si se portaba bien, gilipolleces que dices a los doce años. Parecía que me escuchaba, no decía nada. Solo me miraba con aquellos ojos de loca, y cuando acabé, me escupió a la cara y me dio una patada en la rodilla. Tengo la cicatriz de recuerdo. Una más.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le partí la cara y le pateé las costillas.

## 10

Con el pelo mojado y la bolsa de deporte colgada del hombro, Miguel sale del gimnasio y camina hacia su moto. Consulta el móvil. Nada. Por fin consiguió recordar el nombre de la chica de la casa con jacuzzi, Adriana, pero no se ha atrevido a llamarla, es muy posible que no se acuerde de él. Se limitó a mandarle un *whatsapp* que ella no ha leído todavía. Necesita descargar toda la tensión que acumula, el gimnasio no lo ha ayudado demasiado. Duda si intentarlo ahora, al teléfono no le queda demasiada batería.

La mañana se le ha hecho interminable, ha tenido que esforzarse por ponerse al día y volver a la rutina. Su cabeza estaba muy lejos de catálogos, balances y cifras; para postre, tuvo que soportar el discurso habitual del jefe de ventas. No hay nada como haber hecho un curso de *coaching* y querer recordárselo a los demás una y otra vez. Consiguió que su rostro adoptara una expresión de educado interés mientras consultaba su móvil compulsivamente. No había forma de localizar a Ricardo, y eso que llevaba intentándolo desde antes de salir de casa.

—¿Estamos, Miguel? —La voz del jefe lo sacó de la contemplación de la pantalla—. ¿Algo interesante? ¿Alguna venta confirmada o similar?

—Estaba comprobando si me había llamado un cliente, estoy pendiente de él —consiguió responderle.

El jefe enarcó una ceja y volvió con los gráficos, mientras que sus compañeros le lanzaron miradas burlonas a las que no hizo caso. Finalizada la reunión y antes de salir a comer, llamó a la clínica. Por fin, y tras hablar con tres personas distintas, oyó la voz de su hermano, fuerte y alegre:

—¡Miguel! ¿Qué te cuentas, tío? No te lo vas a creer, pero ayer estuve pensando en ti, quería llamarte hoy... ¡Llevo un día de locos! ¡Tenemos que vernos!

Imaginó a su hermano sentado en un cómodo sillón de piel blanca de su despacho, mirando la ciudad a sus pies. Está forrado de pasta y se lo merece. Estudió como un cabrón y trabaja sin parar. «La cirugía estética sale muy rentable», le decía siempre, y debe de ser cierto. Empezó asociándose con otro médico y un amigo que puso el capital para fundar la clínica 3M Estética. Un éxito total durante unos años, aunque no estaba al alcance de todos los bolsillos. Y de golpe, un día, Ricardo le anunció que la cerraban porque no podía fiarse de sus socios. Nunca quiso concretarle cuál había sido el problema. Fue testigo del tesón de su hermano y de lo que tuvo que luchar para abrir su propio centro, al que bautizó con las dos primeras letras de su nombre y apellido, RIMO, en la avenida Pearson, una de las mejores zonas de Barcelona.

*Igualito que su hermano pequeño*, pensó este haciendo una mueca a su imagen reflejada en la pantalla del ordenador, que se había conformado con ser un vendedor de poca monta, neurótico y lleno de obsesiones. «Cuando repartieron el cerebro, a ti solo te tocó un cacho», le gritaba su madre cuando descubría que en lugar de hacer los deberes se había pasado la tarde con los videojuegos. Tal vez tenía razón.

—Por eso te llamaba, necesito hablar contigo. Es... —dudó.

—¿Tienes problemas? ¿Qué sucede? —La voz de su hermano sonaba fuerte y confiada, la voz de un hombre que siempre sabe lo que hace y que tiene una solución para todo. De uno que nunca encontraría, en una maleta ajena, una caja de madera con el colgante de su madre muerta hacía veintiséis años y una fotografía familiar.

—Preferiría contártelo cara a cara, por teléfono es difícil. ¿Podemos quedar hoy?

—Vaya, hoy imposible, tengo programadas un par de operaciones esta tarde y vete a saber a qué hora acabaremos, son complicadas... Mañana, si quieres, comemos juntos. Te noto nervioso. ¿Qué pasa?

*Pasa que tu hermano está como una chota, se imagina cosas y acabará como papá, viendo criaturas debajo de la cama*, pensó, pero contestó:

—No, puede esperar. Tonterías mías, ya te lo contaré. ¿Mañana nos vemos, entonces?

—¡Claro! Cuando termines me das un toque y quedamos donde siempre, ¿te parece? Tengo que dejarte, tío, lo siento, todo son jodidas reuniones —

sopló—. No te olvides, ¿eh?

—No me olvidaré. Venga, te llamo —colgó, aliviado.

La temperatura es buena, apetece quedarse en la calle y lo último que desea es encerrarse en casa; no cree que pueda pegar ojo. Esa mañana, antes de salir, dejó la caja de madera, el colgante y la foto en el fondo del armario, que es donde deberían haber estado, aunque lo que le pedía el cuerpo era deshacerse de todo. Lo que sí tiró al contenedor de basura fue la maleta. Le daba mal fario, como si pudiese traerle mala suerte o algo así. *Dios*. Tal vez sería buena idea llamar al psiquiatra, aunque le reviente volver a entrar en aquella consulta. Mañana podrá desahogarse con Ricardo y eso le irá bien, se dice.

Quizá podría acercarse a casa a dejar la ropa sucia y salir a tomar una copa, aunque sea solo. Abre el cofre de la moto, mete la bolsa de deporte y nota la vibración del móvil. Mira la pantalla, sonrío y desliza el dedo para contestar.

—Adriana, estaba pensando en ti.

# 11

Tras asegurarse de que el sargento no está a la vista, Sara coge su taza y se acerca hasta la mesa de Carlos, que está sentado en su silla, con los ojos fijos en los papeles que tiene en las manos.

—Se le felicita, agente, esta noche se está ganando su sueldo, y como premio le van a devolver una parte de las pagas extra que le recortaron en su día —dice con sarcasmo.

Rodea la mesa y se sienta en una esquina. Balancea una pierna, mientras da sorbos al café. Su compañero ni se inmuta, aparta los papeles y teclea su contraseña en el ordenador para entrar en el programa.

—Nada te distrae —sigue ella, tras unos segundos—. Veo que el discurso de ayer de tu querido sargento surtió efecto. Serán esos pantalones apretados que lleva.

—Tú me distraes —murmura él—. Tengo que acabar esto, corre prisa.

—Todo corre prisa, es la frase favorita de los jefes. —Se inclina y mira la pantalla—. «Emma Ribó» —lee—. ¡Vaya! Es la mujer desaparecida la semana pasada, ¿no? La noticia ha salido en prensa. Viuda, una hija y una nieta. Familia corriente, la señora es funcionaria jubilada, y la hija y el yerno trabajan en un supermercado. La última vez que la vieron fue en la clínica en la que se operó. Una intervención estética sin importancia. La mandaron a casa, y cuando su hija fue a verla al día siguiente, ya no estaba.

—Veo que estás bien informada.

—Es lo que decía el periódico, lo he leído esta tarde en el autobús. Si estuviera en Investigación...

—No estás. —Le echa una mirada de advertencia.

—Ya lo sé. —Frunce el ceño—. ¿Por qué te has puesto con esto? Aquí ya

no pintamos nada.

—Piden todo lo que pueda constar en los registros. Ya sabes, lo de siempre. —Vuelve a fijar su vista en la pantalla.

—Pues que lo hagan ellos, que para eso les pagan. —Bosteza—. Es un caso raro, igual se ha fugado con algún abuelo del centro cívico. O con el cura de la parroquia del barrio, que da más morbo. Por cierto, hablando de morbo, ¿sabes que Alina, una de las traductoras de rumano, lleva implantes en los glúteos y que tiene uno más alto que el otro? Se ve que las prótesis están mal colocadas sobre el músculo y eso causa inflamación en los nervios; duele que no veas.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—He ido al lavabo y lo estaban comentando. Se ve que la única solución es volver a pasar por el quirófano para arreglar el desastre. Hay que ser gilipollas, operarse el culo, y más siendo una tía que hace deporte, según decían. Hace tiempo que no viene por la comisaría, últimamente siempre mandan a ese tío tan estirado.

—Tienes razón. —Él también bosteza—. Ayer me encontré con la traductora de chino y me dijo que no han vuelto a verla después del verano. El chico con el que compartía piso no sabe nada de ella. Todavía tiene sus cosas allí.

—Se habrá vuelto a su país, con lo poco que les pagan... —Da golpecitos con el pie a la pata de la silla de su compañero.

Carlos aparta las manos del teclado y la mira con una mueca de fastidio.

—Joder, Sara, te veo aburrída. ¿No tienes nada que hacer?

—Sí, pero no tengo puñeteras ganas, cada vez me pesan más las noches, coño. Voy como una zombi durante el día, no paro con el puto café. —Alza la taza—. Ya soy una adicta.

—Yo también —reconoce él—. Piensa que mañana..., bueno, hoy, ya es viernes y...

—Vaya consuelo. Y después, sábado y domingo. De seis de la tarde a seis de la mañana, genial. —Frunce el ceño.

—Y luego tenemos una magnífica semana libre. —Su compañero sonrío—. Me gustaría irme un par de días con mi chico a la playa. Me apetece un poco de sol y tumbona, a ver qué tiempo hace...

—¡Peña! Aquí hay una mujer que quiere verte.

Ella se vuelve y ve a uno de sus compañeros que hace un gesto hacia las sillas de la sala de espera.

—¿Quién es? —pregunta.

—Ni idea, dice que ayer vino a poner una denuncia y tiene que hablar contigo.

—¿Y para qué?

—¡Y yo qué sé! No me ha querido decir nada. —El compañero se aleja.

—Sara Peña al rescate. La gente te necesita, cariño —dice Carlos mientras vuelve su atención al teclado.

—Pues vaya mierda. ¿Quién coño debe de ser?

Con un suspiro, Sara deja la taza encima de la mesa, se levanta y sale del despacho. En la sala de espera está Melly, la prostituta que vio la noche anterior. Luce un vestido negro de punto que se le ajusta al cuerpo y se cubre con una chaqueta de imitación de cuero. Lleva menos maquillaje, pero sigue nerviosa. No para de tocarse el pelo y mueve la pierna que tiene cruzada, arriba y abajo. Cuando ve acercarse a Sara, se levanta de golpe y empieza a hablar atropelladamente antes de que la agente llegue a su altura.

—Tranquila, Melly, no te entiendo nada. ¿Cómo sabías que estoy en esta comisaría?

—Te vi entrar hace unos días. Ayer venía a hablar contigo y me atendió un tío que no me hizo ni puñetero caso, apuntó lo que le dije y adiós muy buenas. Tienes que escucharme —ruega.

—A ver, si ya has puesto la denuncia, ¿qué esperas que haga yo? ¿Que haga un cortar y pegar y así tengas dos? ¿Haces colección?

—Tú me escuchaste cuando denunciarnos a aquel hijo de puta, el que rompió la nariz a Rosaura —exclama—. Nadie se preocupa de la gente como nosotras.

Sara se limita a mirarla, impasible.

—Necesito que me ayudes —insiste Melly—. Y si no, voy a ir a donde sea para que me escuchen, ¡voy a montar un pollo de la hostia! —Alza la voz y mira a su alrededor, mientras varias cabezas se alzan en su dirección.

—No grites. Vamos a volver a empezar. ¿Quieres poner una denuncia? Pues ponla y en paz. Las juntaremos todas en una bonita carpeta, no te

preocupes. Igual hasta las guardamos en un archivador. Ahora tengo mucho trabajo. —Se vuelve para marcharse.

Melly coge aire y pone los brazos en jarras.

—¡Voy a hablar con todos los periodistas que se me pongan por delante para contarles que los Mossos no cogen las denuncias de las putas! ¡Esto es discriminación! ¡Esto es una...!

En ese momento, Sara divisa al sargento, que, como el resto de los que se hallan cerca, están pendientes de ellas. La expresión de su superior no augura nada bueno. *Mierda*.

—Baja la voz, joder —masculla—. Ven. Vamos al despacho.

Satisfecha, Melly sigue a Sara taconeando con fuerza y moviendo las caderas como si estuviera en una clase de baile latino.

—Aquí no somos la asistencia social —gruñe la agente mientras con un gesto le dice que se siente en una silla frente a la mesa—. Yo ya no estoy en la calle y ni mucho menos en Investigación, no puedo ayudarte demasiado, tendrás que hablar con otros.

—Hace calor, aquí. —Se quita la chaqueta y la deja sobre su falda—. ¿No tenéis aire acondicionado? Ya estamos en primavera.

—No pagamos la factura. Va, suelta lo que sea.

—Se trata de Rosaura. —Hace una pausa y mira a la agente para ver el efecto que provocan sus palabras.

—¿Y? Ahora tengo que ponerme a llorar o algo, ¿no? —Resopla—. ¿Qué coño le pasa a Rosaura? No me acuerdo ni de su cara.

—La conoces, la pelirroja. Vivimos juntas. Alta, una mulata guapa, más joven que yo. Te lo he dicho antes, la de la denuncia por la hostia que le dio un cliente.

Sara frunce el ceño.

—Vale, sí, ¿y qué le pasa, le han roto los dientes esta vez?

—Ha desaparecido hace tres días. Dijo que iba a ver a una tía suya que vive en Vic, pero no me coge el teléfono. Estoy segura de que algo malo le ha pasado. Creo..., creo que está muerta, o algo peor. He traído una foto. —Sus ojos están llenos de lágrimas mientras se la deja encima de la mesa.

Sara está a punto de decir que no puede haber nada peor que estar muerto, pero la expresión compungida de la mujer hace que se muerda la lengua. Tal

vez tenga razón. A veces estar vivo pesa como una losa. Ella lo sabe bien.

Mira la fotografía en la que aparecen las dos, sonriendo a la cámara, las cabezas juntas, haciendo morritos como un par de adolescentes. Rosaura mira a la cámara con unos ojos grandes de color miel y luce una melena rojiza lisa sobre los hombros. Su sonrisa es contagiosa. Ahora la recuerda y, rastreando en su mente, vuelve a ver la cara hinchada por los golpes y la nariz ensangrentada. Y vuelve a notar la rabia que tuvo que sofocar en su momento cuando detuvieron al agresor, un mierda, borracho como una cuba, que ni siquiera recordaba lo que había hecho. En ese momento, su capacidad de autocontrol fue suficiente para evitar que le aplicase el mismo tratamiento. No sucedió lo mismo meses después.

—Vale. Te escucho.

## 12

—¿Estás seguro de que tienes que irte? Todavía es de noche, no creo que estén puestas las calles...

Miguel, sentado en la cama, se inclina para besar a Adriana, que, desnuda sobre las sábanas, juega con su cabello mientras lo contempla con una sonrisa pícaro.

—No tengo más remedio, debería haberme traído ropa de recambio, pero no pensé en ello y tengo que ir a trabajar temprano... —Se interrumpe cuando la mano de ella roza su entrepierna—. Vine volando cuando me llamaste, ya sabes. —Y sonrío cuando nota que su pene responde a la caricia.

—Quédate, cariño, tengo un juguete nuevo que no te he enseñado —murmura, con los ojos cargados de promesas.

—¿Otro más? —La besa de nuevo.

—Este te volverá loco, ya verás. —Le coge la mano y la lleva hasta su pubis libre de vello—. Me gustas mucho, Miguel. Voy a echarte de menos.

—Eres increíble —asegura él mientras libera su mano y le acaricia los pechos—. Pero tengo que marcharme, de verdad. Podemos vernos esta noche, traigo vino y lo que te apetezca.

Ella hace un mohín de disgusto.

—No se puede desperdiciar una buena oportunidad cuando la tienes delante —advierte—. Vale, quedamos esta noche. Estaré preparada...

Se cubre con la sábana mientras Miguel empieza a buscar su ropa por la habitación, sin éxito.

—No encuentro nada. ¿Dónde puedo haber dejado los calzoncillos?

—Igual tendrás que irte sin ellos. —Suelta una carcajada ante la cara de agobio de él—. Creo que se quedaron en el pasillo. Y tus pantalones..., vete a

saber, ahora te los busco.

—Genial. Voy a darme una ducha de dos minutos y salgo pitando — anuncia, al tiempo que sale disparado al baño.

Cuando el agua caliente cae sobre su cuerpo, Miguel se relaja y sonríe. No se arrepiente de haber venido. Adriana es una chica sensacional y desinhibida, lo que le va de perlas. Por el momento, con el sexo sin compromiso tiene más que suficiente, su vida ya es demasiado extraña como para complicársela con una pareja. *Raritos, los hermanos Montero*, piensa, ninguno de los dos ha formalizado una relación. Ricardo estuvo viviendo con su novia de toda la vida, pero, que él supiera, hacía mucho que lo dejaron y desde entonces la pareja de su hermano mayor es el trabajo. En realidad, así había sido siempre.

Usa el champú que hay en la ducha. Llegará al trabajo oliendo a vainilla. Da lo mismo, se recuerda, hoy ya es viernes y saldrá a las tres de la tarde. Tiempo suficiente para echarse una siesta y luego repetir con Adriana. ¿Qué será ese juguete? Porque no le pareció mal el aceite de fresas y cava con el que ella le ha masajeadó, y tampoco le han importado los cubrepezones de plata que le ha hecho ponerse, pero no le gustó nada el vibrador lila que le enseñó y que supuestamente era para él.

—¿Qué quieres que haga con esto? —le había preguntado cuando ella se lo puso en las manos—. Yo paso de estas chorradas, tía.

Ella le había esbozado una media sonrisa y claudicó con un «no sabes lo que te pierdes». Lo guardó en un armario que parecía lleno de juguetes similares. *Esta chica es una caja de sorpresas*, piensa mientras cierra el grifo y coge una toalla.

—He encontrado toda tu ropa. Te la dejo aquí. Por cierto, no sabía que fueras religioso. Mi abuela tenía una igual —oye la voz de ella.

—¿Qué? No te entiendo.

Miguel abre la mampara y se le corta la respiración. Tras el vapor de la humedad distingue a su interlocutora, que viste una bata de satén rosa, y en su cuello... Es imposible. En un momento de pánico, cree reconocerla; de nuevo está dentro de su pesadilla y pronto va a despertar. Nota el sabor de la bilis en su boca y siente ganas de vomitar.

—¿Mamá? —susurra sin pensar.

—¿Qué dices? Parece que has visto a un fantasma, tío, te has quedado blanco.

Enfoca la mirada y ve el rostro de Adriana, que lo mira, sorprendida. Sobre su pecho desnudo descansa una medalla de santa Rita.

—¿De dónde has sacado esa bata y esa medalla? —Su voz es ronca, y alza un dedo tembloroso para señalarla.

—¿La bata? Es mía, ¿a qué viene eso? Y la medalla... —Se lleva las manos al cuello y se quita la cadena—. La tenías en el bolsillo de la chaqueta, se ha caído cuando la he recogido del suelo. ¿Es una especie de amuleto o algo así? Oye, en serio, no tienes buena cara.

—Dámela.

La recoge como si pudiera romperse. No hay duda. Es la misma. La que dejó por la mañana dentro del armario junto con las otras cosas. Está seguro de haberlo hecho así. ¿Está seguro? ¿La ha llevado consigo todo el día? ¿En el gimnasio? Recuerda ahora su chaqueta colgada en el vestuario. ¿Cómo es que no se ha dado cuenta de que la cadena estaba en un bolsillo? La cabeza le da vueltas. Ahora ya no sabe nada, hace cosas que no piensa, que luego no recuerda... Si esto sigue así, ¿qué será capaz de hacer?

—Me estás asustando. ¿Qué te pasa? —exclama ella.

—Nada —consigue articular—. Todo está bien. Tengo que irme.

## 13

A las seis de la mañana de un viernes, la mejor manera de no llamar la atención en la calle es sentarse con una cerveza en un banco, y si puede ser cerca de alguna discoteca, mejor. Manolo lo sabe bien. Es una forma de mimetizarse con los que poco a poco van saliendo del local, algunos con las expectativas cumplidas y otros, los más, sin haber conseguido su objetivo, aunque con la convicción de que la siguiente noche de juerga será la mejor de sus vidas. Chicas con aspecto agotado y el pelo semejante a un nido de pájaros, algunas descalzas, con zapatos de tacones imposibles en la mano. Chicos soltando grandes carcajadas y dándose palmadas los unos a los otros, haciéndose los machitos, aunque no hayan mojado nada esa noche. Todos ellos congregados en pequeños grupos, alargando el momento de llegar a casa.

El hombre que está sentado en el banco, al que todo el mundo llama Manolo, a pesar de que su madre, en un alarde de originalidad, se empeñó en bautizarlo Emmanuel, se acaricia las frondosas patillas y da un trago de su lata. El niño está tardando y eso le pone nervioso. A esa hora, una patrulla de la Urbana suele pasar por allí en un coche sin marcas, y no le apetece nada coincidir con ellos. Sabe que, aunque ahora está limpio, cuando estás fichado tienes muchos números de que te cuelguen cualquier marrón que tengan pendiente. Primero las hostias, y las explicaciones después. La experiencia es la madre de la ciencia, le dijeron una vez, y no hay verdad más grande. *Amén.* Eructa con ganas.

Se le acerca uno de los chicos que parece descolgado del grupo de machitos. Camisa blanca arremangada, los dos primeros botones desabrochados, lo justo para dejar ver el pecho depilado, pantalón de marca, buenos mocasines, pulseritas de colores en las muñecas, pelo engominado a tope. Lo cataloga rápido. Niño pijo con dos rayas de coca encima, o las que le

haya dado tiempo a meterse, camino de casita, en la zona alta de la ciudad, donde papi y mami todavía duermen. Los ojos del pijo, con las pupilas dilatadas, lo enfocan, y la boca se le curva en una sonrisa burlona.

—¡Eh, mirad! —grita a sus colegas—. ¡Un pringado mamando en el banco!

Sus amigos no le hacen ni puñetero caso y echan a andar, salvo uno que se dobla a vomitar en una esquina. Por el color de lo que echa, Manolo no tiene dudas de que cenó pizza. El pijo ni se inmuta, solo tiene ojos para él y suelta una risita ridícula.

—Joder, tío, estás hecho una mierda, pareces un puto vagabundo.

Manolo alza la vista hacia él sin decir palabra. Si el chico estuviera menos colocado se daría cuenta de que hay miradas que es mejor no sostener, ni siquiera cruzar, pero la droga anula sus reflejos y ni papi ni mami le han enseñado a moverse en la calle.

—Que te estoy hablando, cabrón —sigue el chico, envalentonado—. ¿Quieres un euro? Pues mala suerte, tío, no me queda nada, me lo he pulido todo. — Mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los pies, sonriéndole tontamente.

—Lárgate.

—¿Qué? —grazna—. Estoy preocupándome por ti, mamón. Encima...

No tiene tiempo de terminar la frase porque Manolo se ha levantado y en un solo movimiento le ha cogido el cuello con una mano, mientras que con la otra presiona la lata de cerveza sobre su rostro.

—Que te largues, gilipollas, o te marco la cara para siempre, ¿me has entendido?

A pesar de la neblina que envuelve su cerebro, el pijo empieza a pensar que quizá no es buena idea meterse con ese hombre. Asiente con dificultad y el otro afloja la tenaza.

—Espabila y piérdete.

El chico sale a paso rápido para alcanzar a su grupo, que se pierde en la distancia, sin atreverse a mirar atrás.

—¿Haciendo amigos? —dice una voz ronca.

Manolo se vuelve y ve a un tipo musculoso, enfundado en unos tejanos y un jersey azul sobre una camisa blanca.

—Has tardado, coño —refunfuña, y vuelve a sentarse—. ¿Tienes lo mío?

—Está todo. —Le alarga una bolsa de plástico y se sienta en el otro extremo—. No recibirás más, de momento.

—¿Y eso? —Se guarda la bolsa echando una ojeada a su alrededor.

—La cosa se está poniendo un poco complicada después de la última «entrega». —Esboza una sonrisa que nada tiene de amable.

—Ya he visto que ha salido en toda la prensa. ¡Joder, a quién se le ocurre! Esa mujer tiene familia, no es como las otras que nadie sabe que existen. Yo cumplí con mi parte, no tengo la culpa de que se os haya ido la mano —se justifica.

El tipo musculoso alza un dedo.

—Hay problemas. La poli está haciendo preguntas incómodas.

—Pues claro, debiste decírselo a...

—Yo soy el que manda, así que, de momento, tranquilidad, todo queda parado hasta nueva orden. Otra cosa. —Y vuelve la cabeza hacia él—: Supongo que trabajas para nosotros en exclusiva, ¿verdad? No me gustaría saber que has vuelto con ese...

—¿Qué dices? —Espera que el tono suene lo suficientemente indignado—. Hace tiempo que dejé a ese capullo, cuando hubo todo el follón. —Esboza una sonrisa que deja ver sus dientes amarillentos—. No sé nada de él. Ni ganas.

Mantiene la vista al frente en un intento por aparentar despreocupación. A pesar de que no puede ver los ojos del otro, los siente sobre él, taladrándole.

—Eso espero, Manolo, eso espero por tu bien —le contesta tras unos segundos—. Por cierto, creo que deberías afeitarte esas patillas, llaman demasiado la atención.

—No me jodas, ¿sabes lo que cuesta tenerlas así? —Se las acaricia con la mano—. No es fácil, tiene su mérito.

—Hay que ser discretos. No tengo que recordarte que eres invisible.

Manolo asiente y da un último trago a su cerveza.

—Como un fantasma, tío.

## 14

Simón llega a la esquina de su casa y ve a Lorena, que camina hasta la furgoneta que tiene aparcada a unos pocos metros, y tras abrir la puerta trasera, se agacha, coge dos cajas y, tambaleándose, va hacia la entrada de servicio de su panadería. Simón retrocede y se oculta entre las sombras. Se reprende diciéndose que debería ayudarla, eso sería lo correcto, pero no tiene ganas de hablar con ella, ni de ver la desilusión en sus ojos cuando rechace todas sus insinuaciones. Como ha hecho siempre. Su antigua compañera de clase se merece algo mejor.

Ha pasado la mayor parte de la noche paseando sin rumbo, después de haber intentado dormir sin conseguirlo. Sara no lo sabe, hace bastante que ha abandonado un tratamiento que es totalmente inútil. Las pastillas no van a cambiarle el presente, ni mucho menos el pasado, y el futuro... no le interesa. O quizá serían una buena solución. Eso pensó hace años y lo intentó, pero ni siquiera fue capaz de llevarlo a cabo en serio. Pensaba que si se las tomara todas de golpe acabaría con el dolor, los remordimientos, la tristeza, y llegaría el vacío, la nada, la paz. Dos intentos, con idéntico resultado: ingreso hospitalario, tratamiento psicológico y la certeza de su propia estupidez. Ahora se limita a ir a la doctora cuando toca, contesta a sus preguntas en la forma que sabe que ella espera oír y luego va, obediente, a la farmacia con su receta. Y cada día, metódicamente, machaca las pastillas y las hace desaparecer por el desagüe.

—*Bon dia* —dice una voz a su lado.

Simón se sobresalta y se vuelve. Es su vecino del entresuelo, el abuelo Josep, con su perro en brazos y su inseparable barretina en la cabeza.

—*Bon dia* —responde—. No le había visto. ¿Tampoco puede dormir?

—Hago como mi perro, voy dando cabezadas durante todo el día y por la

noche no tengo sueño. Salgo de casa para andar un poco, pero este —baja la cabeza hacia el animal, que parece dormido— se cansa enseguida y tengo que cogerlo. Se le acaba la pila del reloj, *com a mi*.

Ambos guardan silencio mientras ven a Lorena que sale de nuevo de la panadería, va de nuevo hasta la furgoneta, carga un saco y vuelve al interior de la tienda.

—¿Cuántos años tiene su perro? —pregunta Simón mientras le acaricia las orejas. El animal abre los ojos, lo mira y los vuelve a cerrar.

—No lo sé, muchos. —El abuelo Josep se encoge de hombros—. ¿Qué más da? El día que se muera será porque habrá vivido bastante. Todo tiene su momento.

—«Un tiempo para nacer, un tiempo para morir» —cita Simón—. Es del *Antiguo Testamento* —aclara ante el ceño fruncido de su interlocutor, que gira la cabeza para escupir en el suelo.

—*Collonades!* —exclama—. No hace falta escuchar a los curas para saber eso, es de sentido común. La vida dura lo que dura, y pasa sin darnos cuenta. Fíjate en Lorena. —Señala con la barbilla hacia la tienda—. Trabaja como una burra todos los días de la semana y está sola. Sus padres se dejaron la piel en la misma panadería y ya están muertos. ¿Y para qué? —El perro se despierta y se retuerce en los brazos de su amo para que lo baje al suelo—. *Cony, que ets pesat, noi!* Ahora le da por espabilarse. —A pesar de su mal humor, su mirada es cariñosa—. Yo te lo diré: para sobrevivir y poco más. Todo pasa en un suspiro, aunque ahora sois jóvenes y creáis que tenéis todo el tiempo del mundo.

—Ella decidió quedarse con el negocio, le gusta lo que hace.

—A mí también me gustaba lo que hacía. Yo era carpintero, tenía un taller y hacía los muebles para todos los vecinos. Y figuras para los belenes. *No hi ha res com treballar amb les mans*. —Echa una mirada a las de Simón y este, avergonzado, las esconde—. Pero al final se te muere la mujer, los hijos se van y te ves con las manos vacías. —Sus ojos se humedecen—. La soledad es una hija de puta, se te come por dentro, un poquito cada día. —Busca con la mirada a su perro, que se ha alejado unos pasos—. No escuches a los curas, que solo te enredarán. Un tiempo para morir. —Menea la cabeza—. *Es fa molt llarg*. —Va hacia el perro y lo coge en brazos—. Y yo de ti no haría mucho caso de la Biblia, también dice que los pecados de los padres recaen sobre los

hijos, ya me dirás qué estupidez.

Mientras se aleja, Simón se queda en el mismo lugar, la mirada prendida en las luces de la panadería que su antigua compañera de clase acaba de encender. Y piensa que su vecino tiene razón, la vida no es más que un largo momento hasta que llega el final, pero está equivocado en una cosa: él mismo puede dar fe de que los pecados de los padres recaen sobre los hijos. Y no se borran. Nunca.

## 15

El doctor Roca sube despacio las escaleras de su finca. Vive en un segundo con entresuelo y se obliga a despreciar el ascensor. Es un hombre disciplinado para todas sus cosas. Cada día, sin excepción, se levanta pronto, toma un té sin azúcar y dos rebanadas de pan con aceite. Mientras espera a que la bebida le haga efecto, aprovecha para leer un poco. Una vez ha evacuado, sale a pasear. Tiene cuatro rutas distintas que le duran cada una de ellas una hora exacta. A la vuelta, pasa por el quiosco y compra varios periódicos, ninguno deportivo. Con el dinero preparado en el bolsillo, paga sin mirar al quiosquero, con el que no ha hablado nunca en los veinte años que lleva haciendo lo mismo. Bueno, exactamente no son veinte años: de estos, ha habido cuatro en los que no ha cumplido esa rutina. Y no fue porque no quisiera hacerlo, sino porque no lo dejaron.

Le queda solo un piso, pero se detiene, le ha parecido escuchar un rumor de voces. Preocupado, se toca los cuatro cabellos que le quedan sobre el cráneo. Odia encontrarse vecinos en la escalera. Hace tiempo que quitó la placa de su puerta, sin ningún éxito. El hecho de ser médico, aunque ya no ejerza, lo convierte en el objetivo de consultas absurdas que esquiva con el gesto adusto y un «no puedo ayudarle, pida hora con su doctor». Las peores, un par de vecinas que no se dan por enteradas. En particular, la más bruja, la que vive enfrente, es la más cotilla, la que sabe de las idas y venidas de la gente del barrio. Aunque no es tan lista, hay cosas que ignora. Que todos ignoran. Ni siquiera se lo ha contado a Simón, que es con el que más habla, tal vez la única persona con la que mantiene una conversación de más de dos frases, aunque quizá sospeche alguna cosa.

Esboza una sonrisa perversa. Si esa bruja supiera por qué durante cuatro años no pudo ir a comprar el periódico, tal vez haría todo lo posible por

evitar encontrarse con él. Ni siquiera por unos segundos.

Esa mujer lo tiene amargado, tiene la sensación de que conoce todos sus movimientos, lo que no es difícil, dada su regularidad, y lo espera para cruzarse con él las máximas ocasiones posibles. Lo saluda con una amplia sonrisa que debe de creer encantadora y comenta algo sobre el tiempo y el efecto que causa en su salud, esperando, sin duda, algún consejo médico. Él casi ni responde y ella no se da por vencida. En otros tiempos hubiera solucionado el problema con eficacia, pero ya no puede permitirse esos lujos. La sombra de Tisífone, esa perra vengativa, se cierne siempre sobre su cabeza.

Sí, definitivamente, se trata de dos personas hablando, y por desgracia, en su rellano. Ascende los últimos escalones que le faltan para llegar a su piso sin hacer ruido y se queda escuchando amparado por las sombras:

—Ay, hermana, qué mal me sabe. —Es la voz de su odiosa vecina—. Ojalá pudiese ayudarla, lo comentaré con mis amigas. Como ya le he dicho, hace meses que no la he visto. Yo diría que desde que las abandonó, bueno, ya me entiende...

—Desde que colgó los hábitos... —dice otra voz de mujer que habla en un tono más bajo y que le cuesta seguir—. No me atreví a... Y la verdad, estoy muy preocupada. Tenemos buena relación, he intentado localizarla...

—Claro, claro, me hago cargo. —Imagina a su vecina moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento—. No sé qué debió de pasársele por la cabeza... Porque... —Baja el tono de voz—. No habrá habido algún..., la tentación... —No consigue entender lo que le dice.

Al parecer, la otra se ofende, porque alza la voz al responder:

—*Mare de Déu Senyor!* No, ni mucho menos, ha sido un problema de fe. Entre nosotras, siempre tuvo sus dudas. Y hoy en día, no es fácil mantenerse firme.

—Ya, ya... —No suena muy convencida y sigue parloteando.

Roca empieza a impacientarse, está perdiendo minutos de su precioso tiempo. Esto no estaba previsto, tiene muchas cosas que hacer y no parece que las dos mujeres tengan ganas de moverse. Si sigue subiendo y lo ven, pueden echársele encima, y eso sería terrible. Imagina a su vecina con sus ojos saltones y esa boca ancha, entreabierta, disfrutando del cotilleo que le explica la otra. A veces piensa que el rostro de la impresentable le recuerda a algún

animal, aunque no acaba de identificar cuál.

—Bueno, tengo que marcharme —dice por fin la voz de la mujer desconocida—. Si supiera usted algo...

—No se preocupe, hermana, se lo haré saber enseguida —contesta enérgicamente su vecina.

La charla dura unos segundos más, hasta que, para su satisfacción, la mujer empieza a bajar la escalera. Él decide hacerlo también para evitar encontrársela y, cuando llega a la planta baja, se oculta bajo el hueco de la escalera para no ser visto.

La monja, porque efectivamente lo es a juzgar por los hábitos de color gris que luce, con cofia y todo, llega por fin al portal y él la ve de espaldas mientras va hacia la puerta de la calle. No es muy alta y el cuerpo es indefinido bajo la ropa. No es la primera vez que piensa qué poca diferencia hay entre «el uniforme» de las monjas y las túnicas y pañuelos de las musulmanas. Para que luego digan. Espera a que salga y reanuda el ascenso hasta su casa, escuchando con atención por si hay alguien más.

Casi de puntillas, llega frente a su puerta y consigue, como siempre, abrirla sin ruido. Con rapidez, se cuela dentro.

## 16

El aire tibio de primavera invita a pasear por la ciudad, o, como pretende hacer Carlos la semana que viene, a marcharse a la playa, pero Sara está deseando llegar a casa para meterse entre las sábanas. El jaleo que Melly ha armado en la comisaría le ha valido una nueva charla del omnipresente sargento, que, por lo que parece, no tiene nada mejor que hacer que joderle la vida. Después de aguantar el chaparrón ha tenido que buscar toda la información posible sobre Rosaura, la prostituta desaparecida: datos en las bases policiales, líneas de teléfono móvil, servicios de asistencia social y todo lo que se le ocurriera. Resultados, escasos: nacida en Ecuador; su única familia, una tía que vive en Vic; y había sido detenida una vez por un presunto delito contra la salud pública. Queda solo por investigar su «entorno laboral».

Joder con Melly, estaba muy afectada y no paraba de repetir que Rosaura nunca se hubiese marchado sin decírselo. Cuando le preguntó que cómo estaba tan segura, desvió la mirada y respondió:

—La conozco bien, este mundo es muy cabrón y, si no nos apoyamos unas a otras, cada minuto que pasa te hundes más en la mierda, y debajo, solo hay más mierda —concluyó, alzando la barbilla, desafiante.

Y en eso estuvo el resto de su jornada, buscando en el ordenador hasta que se le secaron los ojos y aumentó su mal humor. Y para colmo, se le había olvidado comprar los caramelos de regaliz, y malditas las ganas que tenía ahora de meterse en el súper. Qué coño le importa a ella si una puta ha desaparecido del mapa; lo más probable es que haya cambiado de territorio, o que esté de vuelta en su país. O que no quiera saber nada de Melly, le había dicho a Carlos cuando salían por la puerta de la comisaría. Y para postre, aunque esto se lo guardó para ella, tenía la sensación de que la prostituta no le había contado todo cuanto sabía.

Mientras camina, se deshace la coleta dejando que el cabello caiga libre sobre su espalda y se masajea las cervicales. Acabará doliéndole la cabeza. Llega a la altura de la panadería de Lorena y resiste la tentación de entrar, no le conviene más café o empezará a tener taquicardias. Tampoco le apetece charlar con nadie, así que pasa rápido para evitar ver a su amiga, cuando oye una voz que le hace alzar la vista.

—Hola, Sara, cuánto tiempo. ¿Una mala noche?

Su interlocutor deforma el vaso de plástico que tiene en la mano, lo tira a la papelera que hay junto a la puerta de la panadería y la mira tras el humo de su cigarrillo. Luce un jersey negro y unos tejanos desgastados que han conocido tiempos mejores. La observa con una mirada burlona en sus ojos oscuros, en los que no se distingue la pupila.

*Joder. Lo que faltaba.*

Sara frunce el ceño y se aparta, mientras busca en su chaqueta las llaves de casa.

—Ya, yo también te doy los buenos días, Pablo. Tú tampoco tienes pinta de haber dormido como un bebé, ¿todavía no te has decidido a afeitarte esa perilla? ¿Qué, otra nohecita de juerga con Simón en mi casa, dejándolo todo hecho un asco?

—Algo he dormido, y esta perilla las vuelve locas. —Esboza una sonrisa que anima su rostro—. Tranquila, no vengo de tu casa, que, te recuerdo, también es la de tu hermano. Estoy trabajando y en este momento —saca el móvil y consulta la pantalla— tengo un descanso de veinte minutos. Si te interesa saber dónde he estado esta noche, solo tienes que preguntar.

—Me importa un carajo dónde hayas estado. Mientras no sea ensuciando mi casa, como si te pasas la noche en la playa, tío. Y ahora, adiós, tengo cosas más importantes que...

—Cuánta amabilidad... ¿Un cigarro?

—Sabes que no fumo —A pesar de sus palabras no puede evitar lanzar una mirada al paquete de tabaco que le ofrece—. ¿A qué viene tanta insistencia, Pablo? ¿Vas a pedirme dinero? Te recuerdo que soy funcionaria y el sueldo no da para mucho.

Él ríe con ganas.

—No, señora policía. De hecho, cuanto más lejos vea a la pasma, mejor, no tengo buenos recuerdos. —Se pasa la mano por el cráneo afeitado y da otra

calada. La mira entrecerrando los ojos—. Me ha parecido que estabas cansada. Aunque no te lo creas, me preocupo por ti. —Da un paso hacia ella.

—Vengo de trabajar, coño, no de un balneario. ¿Y tú? ¿Ya te han echado del parking por reventar unos cuantos coches?

—Estás perdiendo el instinto de sabueso, deberías saber que las apariencias engañan, tú más que nadie. Eso de prejuzgar es muy feo, aunque he podido comprobar que es bastante propio de la policía, entre otros — responde con calma—. ¿Sigues archivando papeles en la comisaría?

—Vete a la mierda, no tengo ganas de perder el tiempo contigo. —Le da la espalda e introduce la llave en la cerradura de su portal.

—Cuánta tensión, igual lo que necesitas es relajarte un poco.

Ella se vuelve y lo mira, furiosa:

—Contigo no, desde luego. Déjame en paz.

—Tenemos que hablar, algún día tendrás que confiar en alguien... —Se acerca más y alza la mano para apartarle el cabello de la cara.

—No hagas eso.

—Sara...

Ella retrocede y lo mira, colérica:

—Todos hemos tenido épocas jodidas en las que se nos ocurren malas ideas. Meterte en mi cama aquella vez fue una de ellas. Piérdete, Pablo.

Entra y cierra la puerta a sus espaldas.

## 17

El camarero deja encima de la mesa el cambio de la cuenta y pregunta:

—¿Los señores tomarán algún licor? Cortesía de la casa, por supuesto.

—Para mí nada, necesito el pulso firme esta tarde. ¿Y tú, Miguel? —Este niega con la cabeza—. Tráeme una de esas toallitas refrescantes, Fermín, si no te importa. Todavía noto el olor del marisco.

—Enseguida, señor Montero.

Miguel sorbe su café sin ganas, todo le sabe a amargo ese día. Mira la corbata de seda azul de su hermano.

—Tengo que preguntártelo... —dice—. Los dibujos de la corbata, ¿son calaveras?

—Sí —sonríe Ricardo—. Pero son tan pequeñas que no se distinguen bien a menos que las mires muy de cerca. Es original, ¿verdad? Me la regaló un paciente agradecido. Es una satisfacción saber que hay gente que queda contenta. Gracias —dice, dirigiéndose al camarero. Con calma, abre el envoltorio de la toallita y se frota las manos con ella.

—No creo que tengas quejas.

—Bah, te sorprendería saber cuánta gente cree que los cirujanos somos magos y que podemos hacer milagros. Hace unos días vino un tío con la fotografía de un famoso, no recuerdo cuál, y... —Se interrumpe al ver la expresión de su hermano—. Perdona, estoy aquí contándote estupideces. Hazme caso, debes reanudar la terapia con el psiquiatra.

Miguel lo mira con cautela:

—Puedes decirlo francamente, crees que me estoy volviendo loco, como...

—Yo no he dicho nada de eso. Digo que estás en un momento bajo por la

razón que sea y puede ser que todo lo que me has contado sea fruto de esa tensión. No sabemos cuándo pueden volver a surgir los hechos que nos han marcado, aunque pensemos que los tenemos bien enterrados y olvidados. Y tú has sufrido mucho. —Chasquea la lengua—. Nunca me perdonaré no haber estado contigo ese día. Nunca. —Lanza con disgusto la toallita usada sobre la mesa.

Miguel sonríe sin ganas:

—Eh, no fue culpa tuya, ni mía ni de nadie, ¿quién iba a pensar que mamá sería capaz de...? Ya sabes. —Se interrumpe y da un último sorbo a su café.

—No estaba bien, tenía una depresión de caballo. Recuerdo que las pastillas estaban ordenadas por días, siempre era la misma pauta. No sé cómo se las arregló para conseguir todas esas...

—¡Mierda, Ricardo! Siempre he pensado que la policía no investigó demasiado el asunto, joder. No recuerdo que se preocupasen de revisar todos los medicamentos que había por casa. Creo que no se suicidó. Que fue culpa mía, debí darle algo que no tocaba y...

Su hermano se inclina hacia delante y le coge el brazo con fuerza.

—Nunca vuelvas a decir eso, ni lo pienses. Tú no tuviste la culpa de nada, lo hemos hablado muchas veces —lo interrumpe—. No creo que pudiesen descubrir mucho más: que ingirió un cóctel de pastillas, estaba clarísimo. La verdad es que también estaba con la puñetera manía de adelgazar y vete a saber quién le vendió todo aquello que tomaba. Desde luego, yo no sabía que lo tenía —dice Ricardo con la mirada velada—. Fue una época jodida de verdad. —Miguel tiene la sensación de que va a decir algo más, pero su hermano le suelta el brazo y cambia de tema—. Creo que deberías reconsiderar lo de trabajar para mí, necesito comerciales y tú lo eres, y muy bueno, me consta.

—No me hagas la pelota, o voy a tener que pedir una copa bien cargada — intenta bromear—. Sí que llevamos una temporada de tensión en la empresa, los números no salen como deberían y hay nervios. He oído que si este semestre no remontamos, cogerán la tijera y empezarán a recortar personal. Quizá no soy consciente de que eso me afecta más de lo que pienso, y ha hecho que tenga esas pérdidas de memoria o lo que sea. —Se inclina hacia delante—. Estoy bien jodido, Ricardo.

Su hermano se ajusta las gafas de pasta oscura y pone sus manos huesudas

sobre la mesa.

—Ni hablar, estás pasando por una mala racha. Todo lo que me has contado tiene una explicación lógica, y ni se te ocurra compararte con papá. Él sufre una demencia senil agravada por el alcoholismo de los últimos años y por eso imagina cosas. Es mi culpa, tenía que haber estado más pendiente de él —se lamenta—. Ese no es tu caso. Ni se te ocurra pensarlo, ¿me oyes? Yo me ocupo de papá. Y de la empresa en la que estás no tienes que preocuparte, si las cosas se ponen feas, te vienes a trabajar conmigo, que ya hace años que deberías haberlo hecho. —Consulta su reloj—. Voy al lavabo y luego nos vamos, tengo que volver a la clínica.

Mientras su hermano se aleja, Miguel se siente algo más aliviado que cuando empezaron a comer, aunque ha sido incapaz de explicárselo todo a su hermano. Omitió que se había llevado una maleta ajena del aeropuerto y que había encontrado la caja con la medalla y la fotografía. Solo fue capaz de contarle que tenía pesadillas con su madre, que la angustia había vuelto, y que en ocasiones le era imposible recordar qué había hecho horas antes. Quizá se hubiese sentido mejor abriéndose totalmente, pero sabía cómo sonaría dicho en voz alta. Que sigue con su manía de llevarse cosas, como si estas lo llamasen, lo necesitasen. Que eso solo lo hace alguien que está como una puta cabra. Como él.

La mañana ha sido un desastre. Después de pasar por casa a cambiarse y a dejar de nuevo la maldita medalla en su sitio, junto a la fotografía, se marchó a trabajar con el corazón encogido. No podía dejar de pensar en todos sus movimientos del día anterior y era incapaz de recordar que hubiera cogido la medalla, y menos aún que la hubiera metido en el bolsillo de su chaqueta. Pero estaba claro que lo había hecho, no existía otra explicación. Ricardo tenía razón, había que centrarse y pensar con calma. Volverá a la terapia e intentará ordenar su vida. Y aunque durante años se ha resistido a trabajar con él por una ridícula cuestión de dignidad, ahora no lo ve una mala opción, ganará en tranquilidad, seguro.

Ve acercarse a su hermano con su traje hecho a medida, los zapatos relucientes y el cabello esculpido por la gomina. Tiene ocho años más que él, pero está en buena forma, se nota que hace todo el deporte que puede. Aunque lo ha visto un poco más delgado que la última vez. Su tez luce un saludable bronceado que hace que su blanca dentadura destaque y su mirada azul cautive

a muchas, aunque Miguel está seguro de que su profesión también influye bastante. Tiene que reconocer que le debe mucho: siempre se ha ocupado de todo, del patrimonio heredado de su madre, de gestionar las propiedades de su padre y de todo el proceso de incapacitación; gracias a él nunca se ha sentido solo. Con un suspiro, se levanta de la mesa y va a su encuentro.

—Tenemos que quedar más a menudo —dice Ricardo mientras ambos salen tras despedirse del *maître*.

—A ver si es verdad, tendrás que hacerme un hueco en tu agenda; y no te preocupes, te haré caso, el lunes llamaré al psiquiatra.

—Bien hecho, verás como te irá bien desahogarte. Y por cierto, hablando de desahogos, tienes una cita esta noche con esa chica, ¿no? —Miguel asiente—. Pues a por ella, tío, como un campeón. —Le palmea la espalda—. Disfruta de la vida, hermanito, el presente es solo nuestro, y a lo que esté por venir, seguro que podrás plantarle cara. Seguro. —Sonríe y le toca la nuca en un gesto cariñoso.

La sonrisa de Ricardo no alcanza a sus ojos.

## 18

*El supermercado está lleno de gente que no tiene otra cosa que hacer un viernes por la tarde, piensa Sara, frunciendo el ceño, mientras se coloca al final de la cola que se ha formado para pagar. Está claro que va a perder un montón de tiempo. Coño con Simón, también podría comprar de vez en cuando. Lo cierto es que todavía no lo ha visto. Cuando llegó por la mañana, él ya no estaba, y ni siquiera ha dormido en casa porque la cama estaba intacta. Hacerse la cama no es una de las prioridades de su hermano, es ella la que se encarga de vez en cuando. Una de las manías heredadas de su madre. Tendrá que hablar seriamente con él cuando vuelva de la biblioteca, si es que no se le hace la hora de marcharse a la comisaría. Suspira y mira su móvil. Ningún mensaje. Se le habrá pasado la tontería del Destripador.*

En su camino al supermercado ha dado un rodeo para no pasar por el parking en el que trabaja Pablo. Lleva evitándolo desde el día en que tuvo un momento de debilidad y le contó cosas que nadie sabía, ni siquiera Simón. Y se acostó con él. Fue justo tras su traslado forzoso a la comisaría del barrio de Sant Martí, donde ahora trabaja. En esa época se sentía una mierda, había perdido el poco autocontrol que tenía y lo estaba pagando caro. Lo último que necesita ahora es cargar con alguien como Pablo, que también tiene sus propios demonios.

Su mirada resbala sobre los bombones a granel que hay a su derecha. Ha metido en el carro cuatro bolsas de sus caramelos, todas las que había. Y en la farmacia ha comprado unas cuantas cajas de pastillas de regaliz. Ahora ya tiene para unos días. El hombre que le precede en la cola, con el cabello cano cortado a estilo militar y vestido con una camisa de leñador dos tallas más grande de lo que necesita, va llenando una bolsita de plástico con bombones y de vez en cuando, con disimulo, se mete alguno en el bolsillo de los tejanos.

Ella abre la boca para llamarle la atención y en ese momento, como si sintiera su mirada, el hombre gira la cabeza a su derecha y le ofrece su perfil. Sara se queda helada.

*Es él.*

De golpe vuelve a estar a las tres de la madrugada de una noche lluviosa en un piso antiguo del barrio de Gràcia, en el que las deterioradas baldosas grises cubiertas de sangre cuentan una historia que va desde el salón hasta la cocina, donde una mujer con una brecha abierta en la cabeza, golpes por todo el cuerpo y la ropa hecha jirones está sentada con la mirada extraviada, fija en la nevera.

Sara y su compañero han llegado tras un aviso de su Sala. Alguien, que se identificó como un vecino, llamó para decir que se oían gritos y golpes, que parecía que estaban matando a una mujer. Y que no era la primera vez.

Cuando ellos llegan, todo está en silencio. Nadie les responde cuando se identifican de viva voz. La puerta está entreabierta y cede cuando la empujan. Huele a humedad y a coliflor hervida. El salón, un desastre, cristales en el suelo, sillas volcadas, las figuras de adorno que parecen sacadas de las tiendas de los chinos, rotas. Todas no. Una, del tamaño de una piña tropical, está encima de la mesa del comedor. Es uno de esos gatos dorados que mueven una pata arriba y abajo. Sara ha oído que esos gatos dan suerte o algo parecido. La pata no se mueve y la figura está cubierta de sangre.

En un sofá desvencijado, un hombre de mediana edad, con una camiseta blanca sin mangas que se tensa sobre su vientre, está pelando pistachos de forma metódica. A pesar del desorden que lo rodea, deposita las cáscaras en un cuenco y deja los pistachos en el hueco de su mano, sin comérselos. Luce una barba canosa y se recoge el cabello en una coleta. No ha levantado la vista cuando han entrado.

—Está en la cocina —les dice con voz ronca—. Se ha puesto muy nerviosa, coño, quería pincharse. Es una puta yonqui —pronuncia con desprecio—. Se ha dado hostias con todo, casi se parte la cabeza ella sola con eso. —Mueve la cabeza hacia el gato y sigue pelando los pistachos.

—¿Ella sola? —salta Sara, con sarcasmo. El individuo ni se inmuta y recoge una cáscara que se le ha caído al suelo.

Su compañero le indica con la cabeza que vaya hasta la cocina. Ella asiente y sale de la habitación, intentando no pisar la sangre que salpica el

suelo. La mujer, que aparenta ser algo más joven que el tipo del sofá, no pronuncia palabra a pesar de que Sara se esfuerza en intentar sacarla de su mutismo. Consigue que aparte los ojos de la nevera y fije su mirada desorbitada en ella, pero es incapaz de contestar a sus preguntas. El corte en la frente no tiene buen aspecto, la sangre le cubre el lado izquierdo de la cara, manchándole el cabello rubio, y tiene el labio partido. Las manos, recogidas en el regazo, le tiemblan como si fuera a sufrir un ataque. Mientras llama a la ambulancia, Sara piensa que es increíble que no se haya desmayado y pueda mantenerse erguida.

*Y una mierda se ha abierto la cabeza ella sola...*

Inspira con fuerza y nota cómo la indignación la inunda.

—¿Qué ha pasado? ¿Puede contarme quién le ha hecho esto? —repite por enésima vez.

La mujer enfoca la mirada por fin y susurra:

—Es culpa mía... —se interrumpe.

—¿Qué?

—Que... Quería salir, no sé —balbucea—. A la calle... Toni me ha dicho que no, y yo...

—¿Ha sido él quien le ha hecho esto, señora?

—Sí..., no —rectifica—. A veces me porto mal. Él... me quiere, me quiere mucho. Es culpa mía —repite—. Me cuida y yo... —se interrumpe, incapaz de añadir nada más, y su mirada extraviada vuelve a clavarse en la nevera.

Sara se estremece y por un momento le parece estar escuchando a su madre cuando le decía lo agradecida que estaba a su marido y padre de sus hijos por cuidarlos tanto y preocuparse de ellos como lo hacía. La suerte que tenían. Y que ella, su hija, debía sentir lo mismo. Su madre acompañaba sus palabras con una sonrisa mecánica que no llegaba a sus pupilas, en las que titilaba algo que, cuando era muy niña, Sara no conseguía identificar. Hasta que entendió cómo era su padre en realidad.

Con una última mirada a la mujer, coge aire y en dos zancadas vuelve al comedor.

—La mujer está muy mal, he llamado a la ambulancia —dice a su compañero, que está de pie junto al hombre, que sigue sentado en el sofá—. Este cabrón la ha zurrado de lo lindo.

El tipo deja de pelar los pistachos, alza la vista hacia ella y espeta:

—¡Yo no la he tocado, joder! —Su rostro enrojece, colérico—. No sabes nada, puta. ¿Y esta tía es policía? Hay que joderse... —Esboza una sonrisa de desprecio y se dirige al compañero de Sara, que ya está sacando las esposas—. Un coño con pistola, eso es lo que es esta tía.

Ahora, en la cola del supermercado, Sara nota dolor en la boca del estómago mientras recuerda cómo sacó su pistola, se abalanzó sobre el hombre y le golpeó con la culata en toda la cara. Los pistachos volaron en todas direcciones y el tipo empezó a gritar mientras ella, fuera de sí, intentaba seguir agrediéndole. Su compañero tuvo que emplear toda su fuerza para apartarla.

—¡Hija de puta! ¡Te voy a matar! ¡Putas, me has roto la cara! ¡Te voy a denunciar! —gritaba el hombre, en el suelo.

Su compañero consiguió poner las esposas al individuo y la miró, sofocado:

—¡Estás loca! ¡Mierda, la has jodido, vamos a tener un problema por tu culpa!

El problema lo ha tenido ella. Al final el hijo de puta no la denunció, pero el asunto derivó en el expediente disciplinario que todavía no se ha resuelto y que ha supuesto su traslado forzoso a la comisaría donde está ahora. Lo que más le ha dolido, ver las reacciones de sus compañeros. Y lo peor, sentirse una mierda, una tía que no puede controlar una mala leche que le viene de serie, y la sospecha de que no sirve para este trabajo, como le dijo uno de los instructores del expediente. Su sueño de estar en Investigación, roto por su propia estupidez.

*Tienes que controlarte, no lo mires.*

El hombre de la camisa de cuadros coloca en la cinta toda su compra. Se vuelve para dejar la cesta en el suelo y entonces Sara puede verle el rostro. No es él. El alivio inunda su cuerpo, aunque no elimina el sabor amargo de su boca. Frota las palmas húmedas de las manos con la tela de sus tejanos y comprueba que el flequillo le tapa la frente. No debe pensar más en esa mierda, ya no tiene remedio.

*Así de sencillo.*

## 19

El viernes por la tarde la biblioteca es un desierto. Ni siquiera el doctor Roca se acerca por allí, como si se diera fiesta de su visita diaria. Simón dedica las horas posteriores a la comida a repasar los libros; en primer lugar, comprueba si están ordenados como debe ser y luego, ejemplar por ejemplar, revisa los daños que provoca el uso y el paso del tiempo, y separa los que deben restaurarse. Su jefe siempre pone reparos al coste que ello supone, y en más de una ocasión le ha ordenado que los tire al contenedor de papel porque su valor es inferior a cualquier gasto que deba hacerse para preservarlos, y si algo les sobran, son libros. La familia que heredó la biblioteca de su antecesor, el fundador, no tiene demasiado interés en ella. La mantienen abierta por una cuestión de prestigio y dar lustre al apellido, pero con los mínimos gastos posibles. No en vano, son conocidos por sus obras filantrópicas en la ciudad, o al menos eso se dice de ellos.

Simón nunca ha cumplido la orden de destrucción. A los «desahuciados», como él los llama, los guarda en un armario olvidado en un cuarto en el que su jefe no entra nunca y que conserva cerrado con llave, o en su casa, fuera de la mirada inquisidora de Sara, y con paciencia, intenta devolverlos a la vida aunque sea parcialmente. Tras un tiempo vuelven a ocupar su lugar como si nunca se hubieran movido de allí.

—Nadie va a leer nunca esto, no vale la pena que te esfuerces —le ha dicho su hermana muchas veces cuando lo ve intentando recomponer con paciencia lo que queda de alguno de los más perjudicados.

—Eso no lo sabemos, y además, no importa, para mí es suficiente con que siga en las estanterías —dice siempre, ante lo que, invariablemente, Sara se encoge de hombros y lo deja por imposible.

Ahora tiene en sus manos uno de los que estaban destinados a desaparecer.

Huele a moho y las páginas presentan manchas que hacen ilegibles algunas palabras. Lo han maltratado bastante. Tampoco es tan antiguo, edición de 1960, una biografía de Oscar Wilde, de Sebastià Juan Arbó, que ha leído muchas veces con infinito cuidado para no deteriorarlo más, aunque algunas páginas amenazan con romperse a la menor oportunidad. Poco va a poder hacer por él. Cuando se lo presentó a su jefe como uno de los candidatos a ser restaurados, aquel arrugó la nariz y con gesto adusto le dijo que se olvidara de ello, que no se iban a gastar un céntimo del presupuesto en una biografía de «ese maricón irlandés». Simón se mostró impasible y se llevó el libro.

Tiene claro que a su jefe alguien le debe un favor, le parece increíble que le paguen por hacer lo que hace: limitarse a aparecer a cualquier hora y hacer observaciones absurdas, sin que le interese en absoluto el estado de la biblioteca. Está claro que el único papel que toca es el que usa para limpiarse después de una sesión con las revistas porno que esconde en el cuartito al que llama su despacho.

Guarda el libro con cuidado en una bolsa de plástico transparente, y mira sus manos. Tiene los dedos llenos de heridas, en especial el índice y el pulgar de cada mano, algunas recientes y otras en proceso de curación, fruto de su obsesión por mordisquearse las uñas y arrancarse la piel. Después de lacerarse brazos y piernas durante años, que solo sus manos sean objeto de su ansiedad puede considerarse un gran logro para él. Recuerda a su madre riñéndolo, rogándole, poniéndole pomadas, vendándole las manos por la noche, todo inútil. Cuando Simón descubrió que con las pinzas de depilar de su hermana podía hacer mayores destrozos, no pudo resistirse a sucumbir al ansia que, aún hoy, lo domina. Ansia que comparte con Pablo, al que conoció en uno de sus momentos más bajos. Ambos son iguales en el deseo de dañarse. A Pablo, su sentimiento de culpa y sus adicciones casi lo matan; a él, sus demonios lo habían llevado a hundirse en un pozo del que todavía intenta salir.

Piensa ahora en su padre, reclinado en las almohadas de la cama del hospital, mirándolo con desdén mientras respiraba con dificultad y cada gesto le suponía un tremendo esfuerzo. El infarto había minado su cuerpo, aunque no su mala leche. Incluso en esa situación era incapaz de ver todo el daño que había causado a su familia; al contrario, todo era culpa de su mujer y los desagradecidos de sus hijos. Él quería llevarlos por el buen camino y ellos no habían apreciado sus esfuerzos. Y sobre todo él, Simón, que debería ser una

réplica de su padre, y no daba la talla. Siempre se encargaba de recordárselo, para que no se le ocurriese olvidarlo. No lo ha hecho.

Alza la vista y mira a Weifen, que, en silencio, dibuja sobre una cartulina. Ahora se da cuenta de que la niña está allí desde hace casi dos horas, y en contra de su costumbre, se ha limitado a saludarlo y no ha dicho nada más. Cuando están solos, ella siempre aprovecha para acercarse y mirar lo que hace sin dejar de hablar. En más de una ocasión ha tenido que cortar su verborrea, aunque a veces agradece que una voz acalle el ruido de su mente. Se levanta y camina hacia ella.

—Estás muy callada esta tarde. ¿Tienes muchos deberes?

—Una redacción y un dibujo. —Deja el rotulador en la mesa y le entrega la cartulina—. Es mi tía Li, tú la conoces —aclara la niña.

—Claro que sí... Vaya, has usado muchos colores. Le has dibujado unos ojos que no parecen los suyos, ¿no crees? Ahora que lo pienso, hace mucho que no veo a tu tía. ¿Terminó el curso de fotografía?

—Ella quiere tener los ojos así, redondos. ¿Sabes que en Japón hay niñas que se ponen pegamento aquí —se toca los párpados— y se los enganchan para tenerlos más grandes? Me lo contó Li.

—¿Qué? Vaya burrada. No te entiendo, Weifen, ¿que los quiere redondos? ¿Qué quieres decir?

La niña se cruza de brazos y sopla, impaciente.

—Te lo he dicho. Le gustaría parecerse más a las chicas de aquí. Se ha marchado de casa, y no sé dónde está. —Su mirada es triste.

—¿Qué? No me habías dicho nada. —Simón se sienta frente a ella en la mesa de lectura—. ¿Desde cuándo?

—Se fue después de las vacaciones de Navidad.

—¿Y tus padres?, ¿han hablado con ella?

—Discutió con mi padre y dijo que se iba a casa de una amiga. —Baja la mirada y contempla sus manos, cruzadas sobre su regazo.

—¿Sabes qué amiga es?

—No, y mi padre dice que deshonra a la familia. Sé que también está triste, aunque no lo diga. Tengo miedo de que no vuelva más.

—Seguro que volverá. Mira, preguntaré a Pablo, igual la ha visto.

—¿Pablo? ¿Ese amigo tuyo calvo con el tatuaje de la calavera en la

cabeza? ¿Es amigo de Li? —pregunta, más animada.

—No es calvo, se rapa el pelo, y sí, conoce a tu tía, trabajaban juntos. No te preocupes. —Simón se levanta y le pellizca la mejilla—. Seguro que Li estará en casa de su amiga.

La niña asiente, no muy convencida.

—Mi padre dice que, si puede, me llevará a China, para que conozca a mis abuelos. Igual Li se ha ido a China y ya no se acuerda de nosotros...

Simón sonrío e intenta animarla.

—Estoy seguro de que eso no ha pasado, ya verás como vuelve pronto, igual de guapa que la has dibujado.

Weifen vuelve a coger la cartulina y, con cuidado, escribe su nombre en una esquina.

—Yo no quiero tener los ojos redondos, me gusta mi cara, aunque a veces, en clase, algunas niñas me preguntan que cómo veo con estos ojos —dice, disgustada.

—No les hagas caso, no saben de qué hablan.

—Ya lo sé, pero a veces tengo ganas de pegarles. Me llaman *Cara de Luna* cuando se creen que no las oigo y dicen que tengo la piel amarilla. Yo me doy cuenta, pero hago como si no me importase. —Lo mira—. Ojalá viniera uno de tus monstruos y les diera un buen susto, se morirían de miedo. O los monstruos esos del señor Roca. Así no se reirían más de mí —asiente, convencida.

Él esboza una sonrisa que no alcanza a sus ojos.

—Esos monstruos no existen, ya lo sabes, son cuentos.

—Pero tú dices que hay gente que hace cosas malas y que tengo que tener cuidado con eso —insiste ella.

Simón baja la vista y contempla sus manos.

—Sí, es verdad, la gente no es lo que parece. —Se aleja de ella y va hasta su mesa—. Y sí, tienes que tener cuidado, Weifen, hay monstruos humanos en todas partes.

## 20

La mujer sale del ascensor y palpa el bolsillo derecho de su bata blanca para asegurarse de que lleva el juego de llaves correcto. No sería la primera vez que se confunde, y ello le supondría tener que emprender de nuevo el camino de vuelta. Y retrasarse en la dosis, lo que no es nada conveniente. Hace tres días que el horario se cumple a rajatabla y así tiene que ser, salvo órdenes superiores. Y lo último de lo que tiene ganas es de oír más órdenes: «Dolores, tienes que... Dolores, esto no está...». A la mierda.

Llega a la puerta marrón, saca el llavero y escoge la adecuada. Entra dentro de la habitación sin hacer apenas ruido con sus zuecos de goma blanda, aunque no parece que dicha precaución sea necesaria. La paciente está lo suficientemente sedada como para no oír nada. Ningún ruido puede molestarla, aunque lo cierto es que a Dolores le da lo mismo. Solo es un cuerpo más bajo la sábana. Uno más, uno de tantos. Hace tiempo que no piensa en las consecuencias de su trabajo diario, se limita a cumplir órdenes, a cobrar su sueldo y en paz.

Echa un vistazo a los monitores y comprueba que todo está en orden; aunque lo hace por costumbre, realmente no es necesario, ya que desde la sala de arriba se controla todo y cualquier variación sería detectada al momento. Abre un cajón y prepara la dosis. Calcula la que será suficiente para pasar toda la noche. Mientras cuelga la bolsa en el gancho y comprueba el gotero, ahoga un bostezo. Ya es viernes, por fin. No ve la hora de que llegue el fin de semana y sentarse con su hijo en el sofá un rato. Seguro que querrá ver alguna de esas películas de acción que tanto la aburren y con las que acaba durmiéndose para luego tener que arrastrarse hasta la cama. Pero eso es lo que hace que el fin de semana sea un auténtico fin de semana. Tampoco estaría mal llamar a Manolo para divertirse un rato. Nada mal. Sonríe.

Vuelve la mirada a la mujer. Solo se le ve un poco de frente y el arranque del cabello, cubierto por un gorrito con dibujitos de cerditos de colores. Las raíces son oscuras y, un centímetro más arriba, se adivina un tono rojizo. La mulata tiene una piel preciosa, suave y lisa, sin marcas. Si no fuera por la nariz desviada sería perfecta. Ya le gustaría a ella tener esa piel, arrastra las marcas del acné desde la adolescencia, y eso que ha pasado por todo tipo de tratamientos. Le ajusta el gorrito que le ha quedado torcido y coloca bien la sábana sobre el cuerpo. Observa cómo el pecho de la paciente sube y baja con la respiración.

Tiene buen cuerpo, aunque las prótesis mamarias están al límite de su vida útil. Supone que no queda mucho para que el doctor decida hacer la intervención. Espera que no coincida con su turno, no le apetece nada vivir el estrés del quirófano, últimamente... Es un no parar. Porque compensa económicamente, que si no, y una mierda iba a estar aquí. Si el cabrón de su ex le pasara la pensión como es debido, no tendría que pringar con dos trabajos. Especialmente con este, que ya le pesa demasiado; no le gusta lo que está pasando últimamente, y a Manolo tampoco. Tendrán que hablar.

Dolores va hacia la puerta y la abre mientras saca de nuevo las llaves para cerrar. *No sea que a la ecuatoriana le dé por salir corriendo*, piensa mientras esboza una sonrisa irónica.

## 21

Miguel contempla el cuerpo de Adriana bajo la sábana y se pregunta qué hace él allí, en plena madrugada, en la cama de una mujer a la que apenas conoce a pesar de la intimidad que han tenido, en una habitación sumida en penumbras, donde ni siquiera la escucha respirar.

A pesar del buen recuerdo de la noche anterior y de los ánimos que le ha dado su hermano durante la comida, cuando se presentó en casa de ella con una botella de vino en las manos, tenía una sensación extraña. Como si su cuerpo se hubiera separado de su mente y esta estuviera en otra cosa. Y así se había sentido las últimas horas, bebiendo más de la cuenta, ausente, intentando seguir el ritmo de su compañera, a la que no había podido engañar:

—¿Qué te pasa? No funcionas, tío. ¿Necesitas meterte algo o qué? —Su mirada se iluminó—. Tengo lo que necesitas.

Se levantó de la cama y se acercó a una cómoda de la que sacó una bolsita transparente en cuyo interior se adivinaba un polvo blanco y otra llena de pastillas de todos los colores.

—Ya verás, es coca de la buena —le dijo sonriendo.

Al principio la droga mejoró un poco la cosa, aunque no demasiado. Él se había disculpado alegando que el estrés le estaba pasando factura. No pudo decirle que si estaba allí, con ella, era porque no podía volver a su casa. Es incapaz de contarle que lo primero que hizo cuando volvió del trabajo esa tarde había sido comprobar que la puta medalla y la fotografía siguieran donde las dejó. La medalla sí que estaba. La foto no.

Le parece que Adriana ha suspirado, no está seguro, querría estarlo, eso sí. Ni siquiera se atreve a tocarla y comprobar si su piel está caliente o, por el contrario, está fría y antinatural, como la de las figuras de cera. Cuando era

pequeño, sus padres lo habían llevado varias veces al Museo de Cera de la ciudad y siempre lo pasaba muy mal. No le veía la gracia a todos esos muñecos horribles, vestidos con trajes de época, en un intento ridículo de conseguir un parecido razonable a personas que ya estaban muertas, o a los famosos del momento. Pensaba que lo peor que podía pasarle era quedarse encerrado allí, *con ellos*. Imaginaba que cobraban vida y se lanzarían sobre él para sacarle su sangre y vengarse de los que los habían puesto allí, acumulando polvo día a día.

Aparta las sábanas y mira al techo. Esa noche ha intentado sobreponerse, pensar en otra cosa, y hubo momentos en los que lo ha conseguido, un poco. O, para ser sincero, se ha hundido todavía más. Quizá haya sido por la droga, por el alcohol o por su propia locura, pero se ha transformado en una bestia. Tiene clavada en la mente la mirada desconcertada de su compañera cuando se ha visto a sí mismo mordiéndole un pecho hasta hacerle sangrar el pezón y, tras cruzarle la cara de una bofetada, obligarla a darse la vuelta y penetrarla con rabia, una y otra vez, sin descanso. Con el sabor de la sangre de ella en la boca, le asió la larga melena oscura y le tironeó la cabeza hacia atrás. A pesar de la violencia, a ella parecía gustarle, se dejaba hacer como una muñeca, incluso volvía la cara para mirarlo y sonreía. Eso lo enfureció aún más. Quería que gritara, que llorara, sentirla sometida, que le suplicase que parase. Tuvo un orgasmo brutal y la soltó, jadeando. Ella se quedó quieta en la cama, desmadejada, las piernas abiertas. Del resto de la noche no recuerda nada. No está seguro de querer hacerlo.

Esta tarde se ha vuelto loco en su casa buscando la puta fotografía. No aparecía por ninguna parte. La dejó junto a la medalla, que sí está en su sitio, lo recuerda perfectamente. El corazón le latía con fuerza, sudaba como un cerdo. Deshizo la cama, sacó todo lo que había en los armarios de la habitación, de la cocina, los cajones del mueble del comedor. Nada. Sentado en el suelo con la cabeza entre las manos, intentó concentrarse, pensar, reproducir todos sus movimientos. Pero el miedo lo bloqueaba, el miedo a tener en los ojos la misma mirada de su padre. No podía contarle eso a Ricardo, su confianza en él desaparecería, lo miraría con tristeza para decirle que estaba claro que había vuelto a recaer y seguro que lo ingresaba en una de esas clínicas de reposo de un compañero suyo para que le hicieran un buen estudio. Y le dijeran que era un enfermo mental y que todo se había acabado.

Ahora se levanta y, sin hacer ruido, va hasta el baño. El espejo le devuelve una imagen que le parece ajena. Su boca es una línea blanca, retorcida, y tiene manchas violáceas bajo los ojos. Un tipo que está al borde de un precipicio, que intenta mantener el control sin conseguirlo. Sus manos, apoyadas en el mármol del lavabo, tiemblan ligeramente. Se moja la cara y nota un sabor amargo en la boca. No puede dejar de pensar en su madre y en el día de su muerte. Si cierra los ojos vuelve a ver su rostro desencajado, su mirada desorbitada y el líquido blanco saliendo de su boca. Ella sí que parecía una muñeca de cera. Es lo que pasa cuando mueres, se dice, que dejas de ser persona y te conviertes en un objeto, en una cosa, ya no existes.

Apaga la luz y vuelve al dormitorio. Se queda de pie, mirando el cuerpo de Adriana, cubierto con la sábana hasta los hombros, la cara enterrada en la almohada. Antes de volver a la cama necesita verle el rostro y asegurarse de que respira, de que está viva, de que no le ha hecho demasiado daño. Porque ya no confía en sí mismo.

Porque no puede decir a nadie que antes de salir de casa halló por fin la fotografía que encontró en la maleta que se llevó del aeropuerto, en la que aparece con sus padres y su hermano en el zoológico. Flotando en un charco de orina, dentro de la bañera de su piso, junto a un cuchillo que debería haber estado en el cajón de su cocina. La fotografía estaba rasgada, la cabeza de su madre no existía, era un agujero, y los rostros de su padre y de su hermano estaban cruzados por líneas desiguales. La única imagen que no presentaba daños es la de él mismo con ocho años, dando de comer al elefante. No hace falta ser psiquiatra para ver que el que ha destrozado la fotografía de esa forma no está bien de la cabeza. Que debe ser alguien desequilibrado, que no controla sus actos, que no sabe lo que hace.

Su mente le susurra por enésima vez que tiene que reconocer que nadie más que él ha podido cometer esa barbaridad. Se aprieta las sienes, intentando reproducir lo que ha hecho, visualizar algo, pero no puede. No recuerda nada.

Se inclina y alarga la mano hacia el cuerpo inmóvil.

## 22

—Creo que voy a marcharme ya —anuncia Pablo, tendido en el sofá, con las manos bajo la nuca—. Tengo ganas de fumar, tu hermana no tardará mucho en llegar, no creo que le haga ilusión verme aquí, y encima tú estás a tu puta bola. En nada abrirán el metro, o depende de cómo, igual voy andando a casa.

Simón levanta la vista de la pantalla del ordenador y lo mira con los ojos enrojecidos. Ha dormido poco más de cuatro horas, y desde que Pablo llegó a su casa se ha despejado totalmente. Hace bastante rato que está sentado en el sillón con el ordenador sobre los muslos. Y con disimulo, con los dedos índices, se toquetea compulsivamente los pellejos que se ha ido arrancando de los pulgares.

—El culto al cuerpo es la epidemia de este siglo —afirma—. ¿Sabes lo que dice el filósofo Michel Foucault?

—No, pero seguro que me lo vas a explicar.

—«El cuerpo es un texto donde se escribe la realidad social» —cita—. Ahí lo tienes, las relaciones de poder, de dominio, dan lugar a esa obsesión por tener un físico acorde con las exigencias de la sociedad.

Su amigo no responde y esboza un gesto de fastidio. Se sienta en el sofá y se pone una sudadera negra sobre una ajada camiseta blanca en la que se lee en letras negras: «FUCK YOU». Coge un libro de la mesa que tiene frente a él y mira el título.

—Joder, veo que sigues con las historias de Jack el Destripador; a estas alturas podrías escribir una tesis. —Alza la lata de cerveza que tiene a sus pies y la apura de golpe—. Estoy de acuerdo con eso de que obsesionarse por el cuerpo perfecto es enfermizo. Ahora, no sé qué te ha cogido con Li, si apenas la conoces, llevas todo el rato dándome la vara con eso. Se habrá ido a

vivir su vida, no es tan raro.

—Sin decirle nada a su familia, sí que es raro.

—¿Y por qué no han ido a la policía?

—Pensarían que volvería. —Simón se encoge de hombros y vuelve a mirar la pantalla del ordenador—. Es probable que si pasa el tiempo y no saben nada de ella, acaben denunciando.

—No se llevaba demasiado bien con su hermano, siempre estaba con que iba a deshonorar a la familia y demás. Un tipo chapado a la antigua, supongo. —Estruja la lata de cerveza y la deja encima de la mesa, en la que hay otras tres en idénticas condiciones—. Tengo hambre, tío, todavía tengo que ducharme y entro a trabajar en dos horas...

—A ver, dices que te contó que estaba decidida a quitarse cuatro costillas, ponerse implantes en las caderas, operarse los ojos, arreglarse la nariz y colocarse una cien de pecho de la noche a la mañana... No me extraña que su hermano estuviese, como mínimo, preocupado. Y ni se te ocurra volver a abrir la nevera o tendrás que aguantar tú a Sara. Mira. —Le muestra la pantalla del ordenador—. Quizá Li tenga este aspecto ahora.

En pantalla hay la foto de una chica joven, de poco más de veinte años, con una melena negra y lisa sobre los hombros. Bajo un pecho prominente que desafía a la fuerza de la gravedad, la cintura es tan breve que podría rodearse con las dos manos con holgura y, en contraposición, las caderas son más anchas, y el culo redondo y prieto, sobre unas piernas excesivamente delgadas. La cara tampoco tiene desperdicio, labios hinchados, nariz respingona, y ojos realzados por unas enormes pestañas postizas.

—¿Es real? Digo, ¿es una tía de verdad? —pregunta, asombrado, Pablo.

—Aquí dice que sí, hasta le han dado un sobrenombre, *la muñeca humana*. Quitan algunas costillas para que la cintura sea más estrecha y colocan unas prótesis en las caderas para redondear las curvas. Y un montón de cosas más. ¿Has tenido algo con Li? —Simón lo mira con atención.

—¿Qué? No, qué va. ¿A qué viene eso? Solo fuimos compañeros de trabajo cuando ella echaba horas en el parking, ¿ya no te acuerdas? —Vuelve a mirar la pantalla—. Joder, ¿y los órganos? ¿Dónde los tiene?

—En su sitio, pero sin la protección de las costillas, eso puede ser peligroso. Como te decía, la gente que se hace esto está enferma. El problema son los hijos de puta que se prestan a hacer esto por unos cuantos billetes. —

Cierra el ordenador y se levanta para dejarlo encima de la mesa. Se mordisquea el pulgar derecho—. Algo le habrá pasado a Li para que se obsesione de esa manera.

—Eso vale pasta, mucha pasta, y te aseguro que ella no la tiene. El año pasado trabajó unos meses en la caja del parking y los fines de semana en el Starbucks por un sueldo de mierda. Y, que yo sepa, no vendió ninguna fotografía. Es imposible que haya conseguido dinero para todo eso, si le costó pagar el curso de fotografía en aquel centro del barrio de Sants...

—Alguien le ha lavado el cerebro. Ese tío que me has dicho... ¿Cómo se llama?

—A ver. —Pablo alza ambas manos y le muestra las palmas—. Te repito que yo solo lo vi una vez, el día de la exposición. Le dijo que sus fotos le gustaban y le dio una tarjeta que luego me enseñó. Un cachas, pelo corto, con los brazos llenos de tatuajes, eso sí que lo recuerdo... —Se interrumpe y Simón lo mira, interrogante—. Bueno, poco más, que Li estaba entusiasmada y quedó con él para enseñarle más fotos.

—¿Qué ponía en la tarjeta?

—No recuerdo, algo de estética... Yo qué sé.

—Y ese tío le dijo que tenía futuro como modelo.

—Sí, eso escuché. Al cabo de unos días, Li empezó a hablar de hacerse algún arreglo en la cara, o no sé dónde. La verdad es que no le presté mucha atención. —Se levanta y coge las latas de cerveza—. Luego le perdí la pista, y la verdad es que no había vuelto a pensar en ella... Me voy, de paso tiro esto en el contenedor para que estés contento.

Simón anda hacia la puerta y se vuelve hacia su amigo.

—Tengo que encontrar a ese tío. Igual está con él.

Pablo lo mira exasperado y exclama:

—¡Estás como una puta cabra! ¿No has pensado que igual está con esa amiga con la que dice su sobrina que se iba? Y, bueno, aunque estuviera con ese tío... ¿Qué vas a decirle?: «Hola, ¿qué tal? ¿Li está contigo? Porque soy el fulano que va buscando a chicas que quieren vivir su vida para llevarlas con su hermano, el de la tienda de los chinos». Tú no estás bien, coño. —Se da una palmada en la cabeza—. ¿Por qué te metes?

—Porque Li nunca se hubiera marchado sin decirle nada a su sobrina. Algo le ha pasado.

—Lo que creo es que tanto leer sobre asesinos victorianos te ha sorbido el seso —gruñe Pablo mientras abre la puerta—. Eso sí que es perder el tiempo, parece mentira...

Simón le cierra la puerta y con la otra mano sujeta el brazo de su amigo con fuerza.

—¿Sabes por qué nunca se descubrió a ese asesino de prostitutas? Porque al principio a nadie le importaban una mierda, porque había muchos que pensaban que era una buena forma de limpiar las calles de las miles de putas que desentonaban con la gente bien de la ciudad. La historia sería diferente si las muertas hubieran sido de buena familia y la policía no hubiese sido tan inútil.

—¿Qué dices? Estás confundiendo las cosas. ¿Crees que está muerta? Li no es prostituta.

—Solo sé que Weifen no ha vuelto a verla. Y que puede ser que algún cabrón se haya aprovechado de ella. Así que vas a ayudarme a encontrar a ese tipo. —Hace una pausa y busca su mirada—. Tú, mejor que nadie, sabes por lo que debe de estar pasando su hermano.

La expresión de Pablo se endurece y sus ojos parecen mirar muy lejos.

—Vete a la mierda —masculla.

—Piénsalo, acuérdate de Jeanne, cuando desapareció. Si hace diez años hubieras podido...

—Que te vayas a la mierda.

Simón no contesta y lo deja ir.

## 23

Las diez de la mañana. Hora de bajar los periódicos atrasados al contenedor. El doctor Roca alza el metal que cubre la mirilla de la puerta de su casa para escudriñar el rellano. Nadie. Pone la oreja en la madera y escucha. Silencio. Con mucha delicadeza coge la bolsa y sale cerrando la puerta a sus espaldas con un cuidado infinito. Lo tiene todo estudiado. Los sábados a esa hora es casi imposible encontrarse con ningún vecino. Todos salen a comprar más tarde de lo habitual, como si a pesar de estar jubilados en su mayoría, se les pegasen las sábanas el fin de semana.

Llega al portal de la finca sin necesidad de encender la luz de la escalera. El sol ilumina los buzones y la raída alfombra frente a la puerta. Sale a la calle y da cuatro zancadas hasta el contenedor. Misión cumplida. Ahora solo le queda volver a repetir el camino a la inversa y refugiarse en el sofá para seguir leyendo. Casi ha conseguido cerrar la puerta a sus espaldas, cuando nota una presión hacia dentro para abrirla.

—¿Qué? —Sorprendido, se da la vuelta.

—¡Buenos días, doctor! ¡Le he visto de lejos y me ha parecido que era usted! ¡Qué suerte he tenido, así no he tenido que buscar las llaves en el bolso!

Su odiosa vecina de rellano entra tras él. Le sonrío y se retoca el cabello corto en un gesto coqueto. A la luz del portal, la sombra verde que se ha aplicado generosamente en el párpado superior hace más saltones sus ojos y el pintalabios rojo ensancha su boca. Por fin. Ahora ya sabe a qué animal le recuerda. A un rape. Un rape grande, con la boca abierta y la lengua fuera, feo, monstruoso, desagradable.

—... Pero ¿me está escuchando, doctor?

Vuelve a la realidad para ver a su vecina, que lo espera con el pie en el

primer escalón.

—Le decía que voy a empezar a imitarle y a subir las escaleras andando como hace usted. ¡Ay! Ayer me dieron los resultados de los análisis y parece que tengo colesterol. ¡Señor! ¡Con lo que yo me cuido!

A Roca se le escapa una sonrisa imaginándola con un anzuelo ensartado en su boca, los glóbulos oculares reventados, el cuerpo, grueso y flácido, sobre el hielo de la pescadería. Ella interpreta mal su sonrisa y retrocede para acercarse a él.

—¿A que usted me ve bien de peso? Uso la misma talla desde hace años. Bueno... —Coqueta, pone las manos en las caderas y le guiña un ojo—. Más o menos.

Desconcertado, Roca duda si meterse en el ascensor para huir, pero «el rape» se acerca todavía más y lo coge del brazo.

—Vamos, vamos, no irá a fallarme ahora, que necesito su fuerza de voluntad para subir andando... —Lo mira entornando los ojos y hace un mohín con sus gruesos labios, que se asemejan a una ventosa. Se le revuelve el estómago.

Con un gesto brusco, se deshace de la mano de ella.

—Creo que tengo que salir de nuevo, tengo que ir... —Dice lo primero que se le ocurre—. A misa, sí, tengo que ir a misa, ya no me acordaba.

—¿A misa? —Se sorprende ella—. ¿Hoy? ¿En sábado por la mañana? Diría que a esta hora ya no hay ninguna. Vengo del Sagrado Corazón y la de las ocho es la única que hay.

—Voy a una iglesia mucho más... lejos... Hacen misa cada hora, creo. —Retrocede un paso e inicia una retirada hacia la puerta.

—Pues ya me dirá cuál es, porque cada vez hay menos iglesias. ¡Ay, doctor! Que llegará el día en que nadie crea en este país. De eso estaba hablando con la superiora de las hermanas de la Santidad de María, bueno, y también del caso de la hermana Flora. —Se le acerca de nuevo y pone el rostro a escasos centímetros del suyo—. Ha desaparecido, la pobre mujer... Es espantoso, no saben nada de ella. —Distingue perfectamente el vello ligeramente oscuro sobre su labio superior. Se pregunta, asqueado, si los rapes tienen bigotes—. Colgó los hábitos, ya ve, es increíble después de tantos años, dijo que había perdido la fe y que necesitaba encontrarse a sí misma como mujer... Yo creo que se enamoró de alguien y... ya sabe. —Le guiña un ojo—.

La carne es débil y apenas pasa de los cuarenta... ¡Y no le he contado lo mejor! La superiora me ha explicado que le dijo que pensaba operarse. — Hace una pausa dramática—. ¡Para sacarse las bolsas de los ojos! —Se le escapan pequeñas gotas de saliva que llegan hasta las gafas de su interlocutor.

Es insufrible. Mientras la escucha hablar, no puede evitar calcular cuántos miligramos de insulina serían suficientes para dejarla en el sitio. Con un peso de más de setenta kilos, quizá... La imagina cayendo desplomada en el suelo. Alguien la encontraría en las escaleras y llamaría a una ambulancia. Seguro que pasaría por una muerte natural. Nadie la lloraría, seguro, es una vieja insoportable, y él se vería libre de un estorbo en su vida diaria. La idea le provoca un cosquilleo en los dedos y se le acelera la respiración.

De pronto, le parece que la luz del sol que inunda el portal se ha apagado un poco y que la temperatura ha bajado. Tisífone, una de las Erinias, lo está observando. La ve en su cabeza y casi puede escuchar cómo rechina sus dientes afilados. Y le susurra al oído.

—¿Doctor? ¿Me está escuchando?

Roca se aparta con rapidez.

—No me interesa lo de esa monja.

—¡Pues es muy raro! Dice la madre superiora que todo viene porque Flora...

Le habla a su espalda, porque el médico abre la puerta y alcanza la calle en un segundo.

## 24

Sara llama al timbre del interfono, bosteza y se apoya en la pared mientras espera que Melly abra. Echa miradas a su alrededor, está demasiado cerca de su antigua comisaría, a unas cuatro calles, y lo único que le faltaría sería encontrarse con alguno de sus excompañeros. En la plaza, solo hay niños jugando a la pelota y gente sentada en las terrazas de los bares, indiferentes al cielo cubierto por nubes grises que amenazan lluvia.

En el trayecto en autobús ha ido dando cabezadas, a punto ha estado de pasarse de parada. La noche ha sido movidita y a estas alturas de la semana ya se le acaban las pilas. Para postre, poco antes de dar por finalizada su jornada, llamó Melly e insistió de nuevo en hablar con ella.

—Mira, ya te dije que no estoy en Investigación —le contestó, fastidiada—. Les he pasado todo lo que saqué de las bases de datos y son ellos con los que tienes que hablar a partir de ahora. Además, no se va a llevar en la comisaría en la que estoy ahora, sino en la de tu distrito, en Gràcia.

—No, tienes que ser tú. —La voz de Melly era suplicante—. Es importante. Me he puesto a buscar en sus cosas y he encontrado algo que no me cuadra. ¿Puedes venir a casa? Por favor...

Sara estuvo tentada de colgarle el teléfono. Ir a casa de la prostituta para que le enseñe vete a saber qué no entra dentro de sus funciones, y si el sargento se entera de que está haciendo algo que suena a Investigación, la va a crujir.

—Mira, salgo en poco rato, pero tengo que dormir, estoy muerta, no pue...

—Me he quedado fría cuando lo he visto. —Sigue sin hacerle caso—. No me lo imaginaba. Tienes que venir.

—Llévalo tú, joder, y sea lo que sea se añade a la denuncia.

—No me van a hacer ni puto caso. Será solo un momento —insiste.

El cansancio habló por ella:

—Vale, iré sobre las cuatro o más tarde, no sé. Espero que no tengas ningún fulano a esa hora, porque no me apetece verte en faena.

—No, no. Gracias, Sara.

Antes de colgar ya se había arrepentido, aunque si tenía que ser sincera consigo misma, estaba intrigada.

Cuando entró en casa, Simón parecía estar esperándola. Se había recogido el cabello en una coleta y parecía agotado. Empezó a hablar atropelladamente mientras ella se lavaba los dientes. Su mente cansada solo pudo entender algo de una china que había desaparecido y que se había sacado cuatro costillas. Cortó la verborrea de su hermano con un gesto y le dijo:

—Ahora no, estoy hecha una mierda, necesito dormir. Hablamos luego. — Fue hasta su habitación y cerró la puerta.

Cuando se despertó y se vistió para volver a salir, Simón ya no estaba en casa.

Empiezan a caer unas gotas y alza la mirada al cielo. No le importaría que lloviera y limpiase las calles y, sobre todo, las alcantarillas. Desde donde está, puede oler el hedor que sale de ellas, y que se mezcla con el de las bolsas de basura que atestan los contenedores que hay unos metros más allá. Busca en sus bolsillos y saca un caramelo de regaliz que se introduce en la boca.

Se oye un chasquido y Sara empuja la puerta para entrar en la finca. Al final del oscuro pasillo se ve el ascensor iluminado por un fluorescente que parpadea en el techo. Una puerta se abre a su derecha y aparece Melly. Lleva el cabello rizado recogido en una pinza en lo alto de la cabeza, la cara lavada, y luce un pijama de color lila con un estampado de piel de leopardo.

—Bonito pijama —comenta Sara.

—No me he arreglado todavía —se defiende—. Tengo un cliente a las seis. Pasa. ¿Quieres un café?

—No, gracias. ¿Qué tienes que enseñarme?

Melly la guía a través de un corto pasillo que desemboca en un pequeño salón, en el que hay que avanzar esquivando los muebles para evitar golpearse. El televisor está encendido y el volumen bastante alto. Al pasar por

delante, Sara mira la pantalla y ve el rostro de una mujer con unas cuantas capas de maquillaje, el cabello rubio echado hacia un rostro cincelado por el bisturí, que grita y pasea haciendo aspavientos con los brazos, mientras se oyen aplausos del público.

—Tenemos dos habitaciones, la cocina y el baño —señala Melly, a un lado y a otro del comedor.

—Parece que me quieres vender el piso.

—Esta es la nuestra. —Se aparta para que pueda entrar.

—¿Aquí es donde trabajáis? —Pasa por alto el plural que ha empleado su interlocutora.

El cuarto es pequeño. Un armario y una cama de matrimonio con dos mesitas de noche minúsculas ocupan todo el espacio disponible. En las paredes, muchas fotos de las dos mujeres, abrazadas o cogidas de la cintura. Sobre la cama, un gigantesco oso de peluche marrón con la cabeza caída hacia un lado mira a Sara con ojos tristes.

—No, para eso tenemos el cuarto que está enfrente del lavabo, es más práctico. Yo —hace una pausa— sigo en esto. Rosaura ya no tanto. Ha estado trabajando sirviendo copas, cualquier cosa que no sea esta mierda. Es más joven y puede salirle algo.

—¿Y tú por qué sigues?

—Coño, porque llevo toda la vida siendo puta, tengo cincuenta y dos años, ¿qué quieres que haga a estas alturas? —Pone los brazos en jarras—. Además, no dependo de ningún chulo, y los clientes... —frunce los labios— son conocidos de hace tiempo.

—Tú verás —contesta Sara, encogiéndose de hombros—. Luego no vengas a quejarte cuando algún «conocido» te cambie la cara a hostias.

Melly sopla y sus ojos oscuros echan chispas.

—Es muy fácil hablar desde fuera. ¿Sabes lo difícil que es vivir? ¿Vivir simplemente? Para las mujeres como nosotras esto es como subir una montaña cada día, y de las altas. No contamos para nadie, no existimos.

Sara abre la boca para decir algo y la mujer la detiene con un gesto.

—Ya sé que a ti todo esto te importa una mierda, pero has venido. Mira, te dije que Rosaura se iba a ver a una tía suya, y por fin hoy he conseguido hablar con ella. No sabe nada de su sobrina desde hace meses.

—Así que te mintió.

Su interlocutora se sienta en la cama y alisa la colcha con la mano. El estruendo de la tele llega hasta ellas. Ahora, además de los gritos de la rubia, se oyen voces masculinas y silbidos. Sara resiste el impulso de ir hasta el comedor y apagar el puto televisor. Muerde el caramelo y paladea los últimos trozos. Echa un vistazo al oso, que le devuelve la mirada, resignado.

—Parece que sí —suspira Melly—. He estado rebuscando en el armario y en los cajones para ver si faltaba algo, estoy segura de que no se llevó nada. Lo puesto. Está todo, la ropa, su maquillaje, hasta la plancha para el pelo. Nunca va por ahí sin ella, ya la viste en la foto, le encanta alisárselo, tiene un rizo muy rebelde y...

—Dijiste que habías encontrado algo, ¿qué?

La mujer se inclina y abre el cajón de la mesilla de noche. Saca un libro grueso de tapas negras con los bordes de las páginas dorados y se lo tiende a Sara.

—Esta es su Biblia, es muy religiosa. —Esboza una sonrisa desvaída—. Mira las últimas páginas, hay propagandas de operaciones de estética. Estoy segura de que las metió aquí porque sabe que yo no la toco nunca.

—«Lipoescultura», «lipectomía», «blefaroplastia», «frontoplastia» —lee—. ¿Qué coño es todo esto? Estas clínicas están en la parte alta de la ciudad y debe de valer una pasta operarse.

—Fíjate, marcó en rojo la rinoplastia y el aumento de pecho.

—¿Y?

—La nariz le quedó torcida después de lo que le pasó con aquel hijo de puta que le pegó, respira fatal. Y en el pecho lleva implantes antiguos. —Se levanta y se acerca a Sara—. Lo de los implantes, mira, si caducan y se los tiene que cambiar... Pero eso de meterse en un quirófano... da respeto. Y además no tenemos dinero... —se interrumpe.

Sara vuelve a pasar por alto el plural y suelta, impaciente:

—¿Qué?

—Lo peor de todo es que creo que igual ha hecho una locura.

Del bolsillo del pijama saca una tarjeta, que se la tiende. La cartulina es gruesa, blanca, con unas letras doradas que rezan: «ASISTENCIA ESTÉTICA», y debajo, en idéntico color pero en letra más pequeña:

«Cumplimos tus sueños, discreción absoluta».

—Eso de la discreción es verdad. —Melly hace una mueca—. He llamado y no contestan. Y en Internet no existe ningún sitio con ese nombre. —Vuelve a sentarse en la cama y junta las manos con fuerza.

—Esta tarjeta parece cara, la cartulina es buena. ¿Nunca te habló de esto?

—No. Tengo miedo de que se haya metido en una de esas clínicas ilegales que te prometen todo y luego te mueres en la mesa de operaciones.

—Joder, no sé cómo puedes tener la tele tan alta, voy a apagarla.

Sara sale de la habitación y va hasta el aparato. Ahora están poniendo anuncios y el volumen parece haberse duplicado. La casa queda en silencio, y Sara deja el mando a distancia sobre el sofá con un suspiro de alivio.

—Bueno, mucho mejor —dice cuando vuelve a la habitación—. A ver, lo único que puedo hacer con esto es intentar averiguar si ha ido a alguna de estas clínicas, pero no será fácil. Y en cuanto a esta que dices que no existe... Me llevaré la tarjeta. Te doy mi móvil por si recuerdas algo. Apunta.

Melly coge el teléfono de la mesilla de noche y escribe despacio. Cuando termina, lo deja sobre la cama y alza la vista hacia Sara. Su mirada expresa angustia y miedo.

—No entiendo nada. ¿Por qué no me contesta al móvil? Lo tiene apagado o vete a saber. —Las lágrimas corren ahora por sus mejillas—. Algo malo le ha pasado, creo que está muerta. Lo siento aquí. —Se toca el pecho.

Sara abre la boca para decir algo, aunque en realidad no sabe qué. No se le da bien consolar a los demás, tampoco quiere dar falsas esperanzas, y más cuando ella no está autorizada a llevar a cabo ninguna investigación. Ni siquiera sabe si va a poder hacer lo que le ha dicho. De hecho, cada minuto que pasa en esa casa no puede más que perjudicarla. Se acerca a ella y, torpemente, le roza un hombro con la mano.

—Lo miraré, ya te digo algo.

Da media vuelta e inicia el camino a la salida. A su espalda, solo hay silencio. Demasiado. Casi echa de menos el ruido del televisor.

## 25

Respirar hondo. Concentrarse. Hablar despacio, ordenar las ideas. No parecer alguien que ha perdido el norte, fingir serenidad. Miguel se repite estas consignas mientras espera que aparezca su hermano. Si no consigue controlarse, Ricardo no lo escuchará y lo único que va a hacer es llamar a una ambulancia para que lo vengán a buscar y llevarlo a donde le corresponde estar. A un sitio del que no pueda salir. A una habitación acolchada, blanca, aséptica, donde no pueda hacer daño a nadie. Tal vez sea lo mejor.

Está sentado en la entrada del club de golf bajo la mirada torva del guardia de seguridad, deseoso, sin duda, de poder usar con él la porra que lleva en la cintura, y que acaricia con descaro, con una sonrisa de medio lado en su rostro cetrino. Es mucho más bajo que él y, a ojo, pesa veinte kilos menos. Está seguro de que a pesar del arma que lleva no tiene ni media bofetada, pero lo cierto es que no puede culparlo. La entrada que ha hecho, gritando como un loco, oliendo a sudor y a miedo, la mirada desorbitada, exigiendo a gritos que quería ver a su hermano, han contribuido a clasificarlo como un individuo peligroso, de los que hay que neutralizar. Solo se calmó cuando un empleado le dijo que iría a buscar a Ricardo y que esperase allí.

Esa mañana ha salido de casa de Adriana sin mirar atrás y ha estado la mayor parte del día con la moto dando vueltas por la montaña de Collserola. El cielo estaba gris, plomizo. Gruesas nubes cubrían la ciudad, y el mar, a lo lejos, aparecía como una franja azulada en la que se reflejaban de vez en cuando algunos rayos de sol. Han caído unas gotas que no le han importado, al contrario, tenía la ridícula sensación de que la lluvia podría purificarlo. Qué absurdo, se reprende ahora. Ha intentado pensar, razonar, reflexionar sobre lo que le está pasando. Sobre lo que está haciendo, aunque está claro que no puede escapar de sí mismo. Le basta con mirar sus manos.

Suelta el aire con fuerza, lo que provoca que el guardia tense el cuerpo, dispuesto para saltar sobre él si es necesario. Miguel desvía la vista y ve a un hombre que sale de una puerta a su derecha y, sin mirarlo, cruza la recepción, haciéndole un gesto de despedida al guardia. Lleva una gorra oscura de la que sobresale abundante cabello rizado, gruesas patillas y gafas de sol, y le resulta familiar, no sabe por qué, como si lo hubiera visto antes, aunque su memoria no le sirve de mucho últimamente.

A su izquierda, una gran puerta acristalada da al campo de golf, en el que en la distancia se ven personas andando, arrastrando sus carritos o parados en grupos. Una imagen idílica, no hay nada como hacer un par de hoyos para relajarse, dice siempre Ricardo. Su hermano es socio desde hace veinte años, y, a pesar de que le ha insistido miles de veces en que venga con él, nunca le ha hecho caso. No se ve dando golpes con un palo de hierro a una pelotita para meterla en un agujero. Le parece algo totalmente inútil y aburrido. Ahora piensa que ha estado equivocado, si hubiese aceptado todo lo que le ha ofrecido durante este tiempo, no habría acabado así. Quizá.

Ve a dos hombres que se acercan. Diría que uno de ellos puede ser Ricardo. Lleva un jersey azul cielo y unos pantalones claros, y una gorra con visera le cubre la cabeza. Es él. Lo reconoce por los andares, aunque todavía está demasiado lejos para verle bien la cara. Su corazón se acelera y se le seca la boca. Ahora empieza a dudar de que sea buena idea haber venido. ¿Qué va a decirle? Allí, delante del guardia, expectante, cuyos ojos delatan las ganas que tiene de saltarle encima. ¿Que cuando por fin se ha atrevido a apartar la sábana que cubría a la mujer con la que ha compartido sexo y drogas, no ha podido tocarla y ha salido corriendo, conteniendo a duras penas sus ganas de vomitar? ¿Que sin saber todavía cómo, está seguro de que la ha matado y lo lleva escrito en sus manos, en su cara?

Los hombres están a poca distancia. Distingue el rostro de su hermano, con el ceño fruncido por la preocupación. Ve cómo se quita la gorra y se pasa la mano por el cabello como siempre hace cuando está angustiado por algo. Están a punto de llegar. En unos segundos abrirá la puerta acristalada y lo tendrá delante. Y tendrá que explicarle por qué está aquí. Y no sabe si será capaz de hacerlo.

Se levanta y, sin darle tiempo a reaccionar al guardia, sale corriendo por la puerta en dirección a su moto.

## 26

—... cogió la cabeza del salmonete, le sacó los ojos, la rebozó y la puso en la sartén con el aceite que ya estaba a la temperatura de... —Carlos se interrumpe y frunce los labios en un gesto de fastidio—. Te estoy explicando el plato que me ha preparado hoy mi chico y no me estás escuchando.

—Es verdad. No te escucho, estoy pensando —contesta Sara, ausente, mientras se sienta encima de su mesa tras dejar el bolso a su lado.

—Muchas gracias. Un día voy a hartarme y te va a dirigir la palabra tu puñetera...

—Si te refieres a mi madre, ya está muerta y no la imagino diciéndome nada, no creo en los fantasmas.

—No iba a decir eso, disculpa, sé que tu madre murió, pero es que me pones de los nervios, Sara. Hablamos en otro rato. Me voy a trabajar. — Carlos hace un gesto para marcharse.

—Espera. Es importante, siéntate. Acabamos de llegar, son las seis de la tarde del sábado y todo está tranquilo. Además, tu querido sargento no anda por aquí hoy. He estado pensando en la desaparición de Rosaura, la amiga de Melly.

—¡Vaya! Tanto quejarte y ya ves... —Sonríe, se sienta en una silla y entrelaza las manos detrás de la cabeza—. Pensaba que ya habías introducido todos los datos en el ordenador.

Sara se cruza de brazos y lo mira con el ceño fruncido:

—Lo único que sabemos es que hace tres días que no da señales de vida. Según Melly, no falta nada de sus efectos personales, ropa, zapatos, maletas...; solo su bolso y lo que llevaba puesto el día que se marchó. Creo que son pareja.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No hay que ser muy lista, es bastante evidente con ver su casa.

—¿Su casa? —Carlos se incorpora en el asiento y la mira asombrado.

Sara sigue hablando sin hacerle caso.

—Se suponía que iba a ver a una tía suya en Vic, pero no apareció por allí. Hablaba de arreglarse la nariz y de cambiarse unos implantes de pecho antiguos. Dentro de una Biblia guardaba propaganda de clínicas de estética. Y una tarjeta con el nombre de un supuesto centro que no existe. Lo he comprobado. Hay un número de teléfono que no da ninguna señal, deberíamos mirar a ver si podemos averiguar quién es el titular. El problema lo tenemos con...

—Sara Peña.

—¿Qué? —espetta, evitando la mirada de su compañero.

—A ver, ya hace tiempo que somos amigos, desde aquel curso en la escuela de Mossos, ¿recuerdas? —Ella asiente—. Y siempre acabamos hablando de lo mismo. Que no la cagues, que pienses antes de actuar. Te recuerdo que no te conviene complicarte la vida, que no estás en Investigación, que van detrás de ti. —Abre los brazos, exasperado—. ¡Joder, Sara! Haz el favor de limitarte a hacer tu trabajo, papeleo y punto. Te juegas mucho. ¿O todavía no te has dado cuenta a estas alturas?

Ella desvía la vista hacia donde están sus compañeros tras los cristales.

—¿Crees que no lo sé? Estar aquí es como una condena de mierda, no puedo más. Me siento inútil, los días se me hacen eternos. Y con el puto sargento recordándomelo todo el tiempo.

—Debes tener paciencia, ya no puede faltar mucho para que se resuelva todo. Quizá puedas volver a tu antigua comisaría.

—Ni hablar de volver con esos cabrones, no tengo puñeteras ganas de ver sus caras de santurriones. —Sacude la cabeza—. Mira, no cuesta nada buscar el titular de este número, a ti se te da muy bien trastear con las compañías telefónicas —sugiere.

—¿Qué? ¿Quieres meterme a mí también en tus líos? Estás como una cabra, Sara. No voy a hacer nada de eso. —Se levanta—. A diferencia de ti, a mí no me gusta complicarme la vida, hago mi trabajo y punto.

—Ha desaparecido una mujer y nadie la está buscando.

—Te equivocas, hay una denuncia, ya la están buscando. Se hace con todos los casos. Mira, por ejemplo, los datos que saqué de la señora desaparecida, Emma Ribó, los de Investigación ya lo tienen todo.

—Venga, Carlos, que ya sabes lo que pasará, husmearán un poco y fin de la historia. Carpetazo y a otra cosa. Total, una puta más o menos... —Se encoge de hombros.

—Eso no es verdad, no puedes dudar de que...

—¡A la mierda! —Grita ella—. ¿Qué te cuesta? Es solo mirar un número.

—¡Pues hazlo tú, joder! ¿No tienes tanto interés?

—Sabes que no puedo. —Tensa las manos sobre el borde de la mesa.

—Pues yo tampoco.

Va hacia la puerta y la voz de Sara lo detiene:

—Vamos, no seas gilipollas, es un favor que te pido. Piensa en esa pobre mujer, ¿y si se ha metido en una clínica ilegal y la ha palmado? ¿Quieres tener eso sobre tu conciencia?

—Pero vamos a ver. —Se da la vuelta y va hacia ella—. Les das la tarjeta a los de Investigación y que se encarguen ellos. Fin del tema. No sé qué te ha dado con esa mujer.

—Necesito sentirme útil, tío. Lo necesito. Solo te pido eso. —Nerviosa, se pasa una mano por el flequillo—. Buscas el número y ya está, no te llevará mucho. ¿Es más importante para ti la Ribó esa que una prostituta ecuatoriana?

Carlos duda y la observa. Sentada sobre la mesa, el delgado cuerpo tenso, los gruesos labios fruncidos, la tez más pálida que de costumbre. Parece desvalida, algo que no está habituado a ver en ella. Sabe la mochila que arrastra su compañera y a veces piensa que no escogió precisamente la profesión que más le convenía para librarse de ese peso. Al fin, habla a regañadientes:

—De acuerdo. Lo miro. Te digo lo que hay y se acabó. No quiero saber nada más.

—Sabía que podía contar contigo. —Esboza una mueca que es lo más parecido a una sonrisa que le ha visto nunca—. Bueno. —Baja de la mesa—. Me voy a la máquina de café. ¿Una pastilla de regaliz?

—¿Ya empiezas? No, no me gusta el regaliz.

—Necesito cafeína. Y no me cuentes nada más de ese rollo de la cabeza

del salmonete, que me da un asco... ¿A qué gilipollas puede gustarle eso? Si es que ya no saben cómo hacer el pijo con la cocina. Anda, vente conmigo. — Lo coge del brazo y lo conduce hasta la puerta.

—No quiero ningún café.

—Pues te tomas un chocolate, coño. ¿Sabes que el otro día oí que hay una receta para hacer sardinas con chocolate? Seguro que tu chico la conoce, vaya porquería. Aunque a mí eso de la sardina me recuerda a...

—Cállate ya.

## 27

Pablo anda sin prisa hacia la calle Comerç. Las cuatro gotas que han caído y el viento que agita las ramas de los árboles no han desanimado a los turistas, que ya invaden la ciudad en ese mes de abril; algunos lucen la piel enrojecida por el sol, pantalones cortos y brazos al descubierto como si estuvieran en una ciudad del trópico. Ha refrescado y Pablo ha tenido que bajarse las mangas de la sudadera y cubrirse con la capucha.

«Putos guiris», murmura, mientras esquiva a un grupo. Ellos y ellas, altos, corpulentos, rubios, con pinta de vikingos, asienten embobados a las explicaciones del guía frente al Arco del Triunfo. Alzan la vista y fotografían el monumento adoptando posiciones extrañas, como si fuese tan difícil sacarlo entero. Recuerda ahora cuando vio el de París por primera vez. Su expresión de maravilla provocó la risa de Jeanne. Por un momento retrocede en el tiempo y vuelve a ver su rostro pecoso enmarcado por el corto cabello oscuro, sonriendo y abriendo los brazos, posando para él en una foto que ya no conserva, que quemó como todo lo que tenía de ella, hace ya más de diez años. Casi puede volver a sentir ahora el aire tibio de las noches en las que paseaban sin cansarse, en las que compartían un porro que parecía no acabarse nunca; noches en las que el único olor que quería aspirar era el del perfume de ella sobre su piel.

Apura el cigarrillo y da una patada a una lata de refresco vacía que hay en el suelo. Joder con Simón, ha abierto la puerta a los recuerdos que cada día cree tener un poco más enterrados. A lo que devolvió el mar. El mar que ella tanto amaba. Los restos de Jeanne, parte del hueso del talón y del dedo meñique del pie derecho, todo lo que pudo entregarse a su madre tras un año de angustiada búsqueda. La incredulidad y el dolor en el rostro de la mujer al recibir la pequeña caja precintada que contenía lo que quedaba de su hija, que

hubiese cumplido veinticinco años ese verano. Las sospechas de la policía sobre él. La investigación que se cerró como tantos otros casos sin resolver. Nunca supieron qué pasó con ella y cómo era posible que sus restos acabasen en la playa, a cincuenta kilómetros del lugar donde había sido vista por última vez. El remordimiento carcome a Pablo desde entonces.

Había sido él quien la había perdido de vista, en aquel maldito campamento de alucinados al que se unieron por diversión, por probar algo nuevo, en un pueblo de las afueras de Barcelona. Paz y amor, colegas. Charlas interminables de las que salían ideas fantásticas para salvar el planeta, para romper viejos hábitos, para construir una sociedad igualitaria. Iban a ser mejores que sus mayores, más puros, distintos. Días de locos en los que lo único que hacían era follar, reír y soñar. Y darle fuerte a la coca, a los porros y a las anfetaminas. Y cuando abrió los ojos, Jeanne no estaba y nadie sabía de ella. Años después, había podido comprobar que el mundo seguía siendo la misma mierda y que el único que se había quedado atrás era él.

Carga con ello desde entonces y ese es su castigo. La culpa nunca se entierra del todo, espera agazapada en el fondo del pecho para salir en cualquier momento, debería saberlo a estas alturas. Ha mandado a la mierda a Simón, pero no ha podido quitarse de la cabeza la imagen de Li hablando con el tipo en la exposición de fotografía, ni la de los tatuajes que aquel lucía. Tatuajes que llevan individuos con los que es mejor no cruzar la mirada.

Se detiene frente a un local sin letrero. La persiana llena de grafitis está alzada un par de palmos. Da unos golpes con los nudillos.

—¡Liborio, soy Pablo! ¡Ábreme!

Del interior le llega lo que parece un solo de guitarra. Insiste de nuevo, esta vez con la puntera de la bota, y se hace el silencio.

—Joder, Pablo, que estoy limpiando —dice una voz, y la persiana sube de golpe—. Abro en un rato.

—¿Limpiando? —Pablo sonrío—. Liborio, eso no lo has hecho en tu vida, forma parte del encanto de este bar, tiene sustancia.

—Qué capullo eres. —Su interlocutor le devuelve la sonrisa.

Liborio es un tipo grande que empequeñece a los vikingos que acaba de ver frente al Arco del Triunfo; a ojo, debe pesar más de cien kilos. El cabello y la barba blancos, con una capa y una túnica, podría pasar perfectamente por uno de los Reyes Magos, y sentar a los niños sobre sus rodillas para que le

contasen lo que han puesto en la carta. Otra cosa sería que estos se aviniesen a hacerlo.

—Estoy ordenando un poco. —Se da la vuelta para volver al interior del bar—. Esta noche viene Isidro, el de los juegos de manos.

—¿El de las gafas de culo de botella? No tiene ni puñetera gracia. Además, se le ven todos los trucos. —Pablo lo sigue y se sienta sobre uno de los taburetes.

El bar de Liborio no tiene nombre, en la puerta de madera reza un rótulo en letras mayúsculas: «BAR», y es pequeño. Apenas caben seis mesas en un lado, y en el otro, la barra de madera oscura ocupa toda la pared. Al fondo, una tarima y un baño diminuto. Pablo no recuerda cuánto tiempo lleva abierto, pero es uno de los pocos locales en los que se siente a gusto y que no le trae malos recuerdos.

—Ya, ¿y qué quieres que haga? —Liborio pasa detrás de la barra, dobla las mangas de su camisa y pone sus enormes manos sobre el mostrador—. Es el hijo de mi prima, le doy una parte de lo que recaudamos, para pagarle los estudios, ya sabes.

—¿Qué estudios? ¡Si tiene más años que yo! Diría que ronda los cuarenta.

—Él dice que estudia, yo no me meto, algo hará. ¿Una cerveza? —Pablo asiente—. Es un poco pronto para que estés aquí, ¿no? ¿Cómo va todo?

Pablo hace un gesto de desagrado y mira sin ver las botellas de la estantería que hay detrás de su amigo.

—Como siempre, la fascinante vida del vigilante de parking. —Liborio le lanza una mirada neutra—. ¿Qué pasa? De momento, es lo que hay. Y de lo otro..., voy, que ya es mucho. —Hace una pausa—. Estoy limpio. —Le da un sorbo a la cerveza—. ¿Qué estabas escuchando? ¿Nirvana? —Su interlocutor asiente—. Estoy buscando a un tipo.

Liborio se cruza de brazos y lo observa con detenimiento.

—¿Qué clase de tipo?

—Uno que lleva tatuada en el antebrazo derecho una calavera más grande que la mía —se toca la parte de atrás del cráneo—, y en el izquierdo, la cara de un demonio con cuernos con el número ochenta y ocho, y un año, 1889.

—No jodas. No me gusta ese año. Ni creo que me guste ese tío. ¿De qué lo conoces?

—Solo lo vi una vez, el año pasado, debió de ser en noviembre. No sé cómo se llama, me impactaron los tatuajes. No son fáciles de olvidar. — Esboza una mueca amarga.

—¿Y para qué lo buscas?

—Es largo de explicar... —duda—. Hay una chica a la que su familia no ve desde después de Navidad. Quizá ese tipo sepa algo de ella.

Su interlocutor asiente.

—¿Qué dice la poli?

—La familia no ha denunciado. —Echa otro trago a la cerveza—. Supongo que pensaban que sería una rabieta y que volvería a casa. Solo tiene diecinueve años, ya ves. Quizá esté con alguna amiga y estoy haciendo el primo, pero las últimas veces que hablamos estaba obsesionada con su físico, puede ser que ese tío la influenciase. Yo estaba con ella el día que lo conoció. Era una exposición de fotografía en una sala que hay por el Poble-sec, cerca de mi casa.

Pablo enmudece y recuerda ahora la expresión expectante de Li cuando el tipo se plantó delante de sus dos fotografías enmarcadas que colgaban de la pared y con gesto apreciativo empezó a observarlas desde todos los ángulos. No demasiado alto, más joven que él, con músculos trabajados en el gimnasio, el cabello oscuro cortado al cepillo, tejanos immaculados, y una camisa blanca de marca con una silueta en el pecho de un hombre jugando al polo sobre un caballo. Ocultaba los ojos tras unas gafas oscuras. Un fantasma más, con poco cerebro y mucha testosterona, lo catalogó Pablo, que los observaba a poca distancia desde la mesa donde estaban las bebidas. Ella estaba nerviosa, con las manos detrás de la espalda, como una colegiala a la espera de la opinión de un profesor.

—¿Son tuyas? —le preguntó el tipo a Li con voz grave—. Son estupendas —añadió sin esperar respuesta, y en un gesto teatral se quitó las gafas, dejando al descubierto unos ojos de un azul grisáceo. Se desabrochó los botones de los puños de la camisa y, despacio, empezó a subirse las mangas, exhibiendo los brazos. Pablo cambió su opinión sobre el tipo, había visto muchos de esos tatuajes y los que los llevaban eran auténticos hijos de puta, los conocía bien. Empezó a prestar atención.

—Me interesan, ¿puedes mostrarme más? —dijo el tipo.

—Y tanto. —La sonrisa de Li iluminaba ahora toda la estancia—. Llevo

años haciéndolas, sobre todo de paisaje urbano. Me interesan los lugares abandonados, fábricas, almacenes, estas están tomadas en...

—Genial. —Del bolsillo de los tejanos sacó una tarjeta blanca en la que Pablo distinguió unas letras doradas—. Soy cazador de talentos y también me muevo en el mundo de la moda. Llámame y quedamos un día. Tienes un gran futuro, y permíteme que te lo diga, con unos pequeños retoques serías una modelo estupenda.

Ella se ruborizó y cogió la tarjeta con mano temblorosa, balbuceando un agradecimiento.

—Nos vemos, te felicito. —Se le acercó, le dio un beso suave en la mejilla y se alejó.

Pablo acaba la cerveza y la deja de golpe en el mostrador.

—Después de ese día, las pocas veces que coincidimos en el curro me largaba siempre el rollo de que pensaba hacerse retoques en la cara y en el cuerpo. Tampoco le prestaba mucha atención y no le pregunté por la tarjeta que ese tipo le dio. Si lo hubiese hecho... —Lo mira—. Sabes lo que son esos cabrones.

—Tú lo sabes mejor que yo, estuviste con ellos —contesta secamente Liborio.

Pablo coge aire antes de responder y mete las manos en los bolsillos de la sudadera. Lo mira con rabia.

—Venga, suéltalo, te lo veo en la cara. —Se balancea de un lado a otro sobre el taburete—. Pablo, el pastillero, el drogata de mierda que para pillar algo trata con...

—Has dicho que estás limpio y yo te creo. Eso es pasado, ¿no? Pues no vamos a hablar más del tema. Sobre ese tío, no puedo decirte nada, por aquí no aparece esa gentuza, los echaría a patadas. Ya sabes con quién tienes que hablar, con el mayor de los cabrones. —Alza un dedo—. Ahora debe de tener cerrado el negocio, el de cortar el pelo, digo.

—No tiene horario —masculla.

—Ya. —Liborio coge una bayeta y empieza a pasarla por el mostrador—. Me han contado que el cabrón salió una noche con un bate a repartir leches a unos pobres chicos que acabaron malparados. Lo más bonito que gritaba era «maricones de mierda». Creo que el asunto llegó a juicio y no le salió gratis —sonríe, satisfecho.

—Pues me alegro, a ver si escarmienta. Me tocará hacerle una visita como en los viejos tiempos; no te preocupes —añade ante la mirada del otro—, no voy a meterme nada, eso es agua pasada. Y yo no estaba con estos hijos de puta, aunque ellos siempre rondaban la barbería.

Liborio asiente, deja la bayeta y se agacha tras el mostrador. Se incorpora y alza una botella sin etiquetas que contiene un líquido de color ámbar.

—Creo que te conviene un poco del matarratas. —Liborio sonrío.

—No jodas, no daré pie con bola. Esta noche trabajo.

—Así no te dormirás. Y, además, si hay que bajar a los infiernos habrá que ir bien preparado. —Llena dos vasos pequeños y alza el suyo—. Por los hijos de puta que nunca debieron haber nacido.

Pablo lo imita y ambos lo apuran de un trago.

—Mal año el de 1889, tendrían que haberlo borrado del calendario.

—Y que lo digas —contesta Liborio.

## 28

Simón echa una mirada a la pantalla donde se ven las imágenes de las ocho cámaras que el padre de Weifen tiene distribuidas por toda la tienda, mientras se toquetea la piel del pulgar derecho, arrancándose un pellejo. Baja la vista y ve cómo brota la sangre. Disgustado consigo mismo, se lleva disimuladamente el pulgar a la boca y chupa la herida. Espera con impaciencia a que la mujer de mediana edad de cabello largo y encrespado con las puntas teñidas de un rosa desmayado que tiene a unos pasos asuma que es físicamente imposible que su cuerpo quepa en el vestido negro de tirantes que sostiene en sus manos. La pareja de la mujer, un tipo grande que luce una chupa de cuero con remaches plateados que le hubiera sentado mejor a su hijo, o incluso a su nieto, intenta convencerla diciéndole que vayan a otra tienda. Ella no le hace caso y ha comenzado a estirar el vestido con la intención de ensancharlo.

—No lo hagas, por favor —insiste Chang, frente a ellos—. Se rompe. Tendrás que pagarlo.

La mujer suelta una carcajada de desprecio y, despechada, le arroja el vestido a la cara.

—Y una mierda te voy a pagar esto. ¿Cómo pueden vender estas porquerías? Tendría que estar prohibido. Vámonos de este sitio, aquí huele a chino. —Pasa casi rozando a Simón y su pareja la sigue, agachando la cabeza y sin mirar a nadie.

Chang, impasible, cuelga el vestido en su lugar y vuelve detrás de la caja.

—No sé cómo tienes tanta paciencia —comenta Simón.

Su interlocutor se encoge de hombros y mira hacia el único cliente que queda, un hombre de edad que recorre las estanterías con aire ausente. El padre de Weifen no debe de tener muchos más años que Simón y quizá alguno

menos que Pablo, pero su cabello está salpicado de canas y su frente surcada de finas arrugas. Lo cierto es que nunca lo ha visto demasiado alegre.

—Tu hermana... —empieza Simón, retomando la conversación que los clientes habían interrumpido.

—Mi hermana se marchó porque quiso, ha podido hablar con nosotros y no lo ha hecho. —Chang habla despacio, pronunciando todas las sílabas, aunque unas le cuesten más que otras—. Yo te agradezco que te preocupes por ella y también lo que haces por Weifen, está muy contenta con la biblioteca.

—No quiero ser agorero. —Su interlocutor frunce el ceño—. Perdón, quiero decir que no quiero... asustarte —duda—. ¿Y si le ha sucedido algo?

El cliente se ha acercado a una estantería próxima en la que hay despertadores. Alza una mano para coger uno y se lo acerca a la cara. Chang lo mira y el hombre lo deja de nuevo en la estantería.

—Tengo que estar pendiente de la gente, me roban mucho. —Se vuelve a Simón—. Li dijo que no quería vivir con nosotros, que con amigas estaría mejor.

—¿Sabes qué amigas pueden ser?

—No.

—Discutisteis antes de que se fuera.

Chang aprieta las mandíbulas, aunque cuando habla lo hace con la misma tranquilidad que antes.

—Mi hermana es muy joven y sueña con cosas imposibles. Podía haber ido a la universidad, yo se la hubiera pagado. Solo quiere hacer fotografías y por eso se apuntó a ese estudio.

—¿Te pidió dinero? ¿Para operarse? Creo que estaba obsesionada con su físico y quería... —busca la palabra adecuada— cambiarlo.

Su interlocutor abre la caja y, en silencio, se pone a ordenar las monedas. El cliente se acerca de nuevo a los despertadores. Chang alza la vista y lo sorprende justo cuando el hombre está a punto de meterse un despertador en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¡Eh! —le grita Chang—. ¿Qué estás haciendo? ¿Lo vas a pagar?

El hombre deja el despertador en su sitio y, alzando la barbilla con aire ofendido, sale de la tienda a paso lento.

—¿Conoces a alguna de sus amigas? —insiste Simón. Chang niega con la

cabeza—. ¿O sabes a qué lugares solía ir? ¿Algo?

—No sé nada, solo que iba al estudio donde hacía los cursos de fotografía, ya sabes dónde es —le contesta con la mirada baja—. Te agradezco que te preocupes —repite—, pero no es necesario. Estamos bien, y Li... —hace una pausa— ya es mayor de edad.

—¿Has mirado en su habitación? Quizá haya algo que...

—No hay nada.

Simón se siente impotente y piensa que ha llegado a un callejón sin salida, pero no puede evitar volver a la carga.

—Deberías poner una denuncia, al menos para que la policía la busque.

—...

—Si recuerdas algo o tienes noticias de ella, dímelo, por favor —insiste.

Chang cierra la caja despacio y, ahora sí, lo mira y dice:

—Gracias.

Sale del mostrador, va hacia la pared y pulsa varios interruptores. Las luces se van apagando una tras otra, dejando la tienda en penumbra. El padre de Weifen camina hacia el interior de la tienda y Simón se da por vencido. Sale a la calle. A la luz de la farola examina el pulgar y se lo lleva a la boca, mordisqueando otra piel suelta, mientras echa a andar.

## 29

—¡Doctor, doctor! ¡Se olvida la cartera!

El cirujano se da la vuelta y vuelve sobre sus pasos. Alarga sus manos grandes de prominentes nudillos para coger la cartera negra que le tiende la enfermera.

—Ya no sé dónde tengo la cabeza. Gracias, Dolores —murmura.

Ella esboza una sonrisa comprensiva.

—No me extraña, doctor, llevamos unos días... Yo también estoy deseando marcharme, pensaba que tendría el fin de semana libre y ya ve, he tenido que suplir a mi compañera. Me espera mi hijo en casa, miedo me da lo que voy a encontrarme. —Eleva los ojos al techo.

—Esto funciona así. Bueno, me marchó. —Se da media vuelta y se aleja por el pasillo.

—¡Que vaya bien! —le grita ella, y él alza la cartera a modo de despedida.

Llega al ascensor y se introduce en la cabina. Se palpa los bolsillos del pantalón para comprobar que tiene las llaves del coche y los móviles, el suyo y el de la clínica. Cuando llegue a casa tiene que cargarlos porque están casi sin batería. Suspira y se rasca la oreja derecha. De forma automática, sus ojos van hacia el espejo, solo un segundo. Baja la vista y la clava en el suelo. No desea ver en absoluto al individuo que está al otro lado. Se ajusta las gafas de pasta y aferra la cartera con firmeza mientras observa sus zapatos.

Hace tiempo que ha decidido que lo mejor es pensar en el momento presente. En los pequeños gestos, en los actos cotidianos, en levantarse cada día y tomarse un café que siempre sabe igual. En vestirse para ir a coger el coche y conducir, con la radio puesta, para acallar los pensamientos. O, mejor

dicho, para anularlos. Y luego volver a casa, a la hora que sea, para repetir la rutina a la inversa y meterse en la cama tras haber ingerido lo que le haga falta para dormir algo, al menos unas pocas horas. Cada vez le es más difícil, pero no deja de intentarlo. Debe hacerlo.

Se pasa una mano por el cuello de la camisa y se da cuenta de que le viene más holgada que hace semanas. Está adelgazando. Respira hondo. Hay que aguantar, no queda otra. No pensar en nada, solo actuar. Y hay momentos en que casi lo logra y ve cómo los días se le escurren entre las manos, y esos son los mejores, en los que se siente más capaz de seguir adelante. Lo único que no ha conseguido es mirarse a los ojos, porque a pesar de la coraza que se está fabricando poco a poco, todavía no puede soportar lo que ve en ellos. *Todo llegará*, se dice, mientras la puerta del ascensor se abre y sale a paso rápido. Necesita creerlo.

## 30

Sara echa una mirada al otro lado del cristal. Todo está tranquilo, casi demasiado para ser un sábado por la noche. De todas formas, es un poco pronto, a la que los bares empiecen a cerrar vendrán los borrachos, y cuando cierren las discotecas, el lote completo. Espera que tarden un poco, cuando acabe su turno, por ejemplo. Hasta la oficina está desierta, salvo por un compañero sentado a bastante distancia, que mira con desgana su pantalla. Todos los demás están escaqueados en algún sitio. Incluso el sargento, al que parece que no se le escapa nada, brilla por su ausencia.

Lleva bastante tiempo sentada delante del ordenador, tomando notas en una vieja libreta que ha descubierto en el cajón de su mesa, y ha consumido la mitad de la bolsa de caramelos que ha traído. Tiene la lengua rasposa y negra, y le duele el estómago.

Ahora ya sabe qué son todas las intervenciones que había en los folletos que Rosaura escondía en su Biblia, eso y unas cuantas cosas más. Ha estado buscando en Internet y ha llegado a la conclusión de que la gente está loca. Pero que muy loca. Algunas operaciones no tienen desperdicio: colocar un implante de silicona sólida entre el cráneo y el cuero cabelludo para conseguir entre tres y cinco centímetros más de estatura, cortar la lengua para que sea bífida como la de las serpientes, eliminar la melanina del ojo para conseguir un tono verde o azul, cambiar los pezones dándoles forma de corazón, o lucir unos estupendos cuernos en la cabeza. Y para los obsesionados con su futuro, cirugía para modificar las rayas de la mano. La lista de barbaridades es interminable.

—¡Joder! —exclamó cuando vio la foto de lo que se suponía que eran tacones de silicona insertados en los tobillos.

Cansada, se rasca la frente en un gesto mecánico. Seguro que algún

cirujano podría hacer algo con su cicatriz. No estaría mal librarse de ella, nada mal. Ojalá pudiese aplicarse el mismo tratamiento para los recuerdos. Tanto ella como Simón tienen cicatrices por todo el cuerpo, producto de las palizas y los golpes, ella más que él, aunque no podría concretar fechas o hechos sin equivocarse. Algunos, eso sí, le han quedado grabados a fuego; otros se han introducido en la caja de la memoria, confusos y apelotonados, a la espera de que quiera rescatarlos. La terapia semanal con la psicóloga la obliga a sacar toda esa mierda, pero duda de que sirva para algo más que para volver a sentir rabia y miedo.

Con un suspiro, se echa atrás en la silla y mira al techo. Está bloqueada. Aunque no quiere reconocerlo, es consciente de que lo que está haciendo no sirve para nada. No hay por dónde empezar. Ninguna clínica va a darle información sobre sus pacientes. Lo lógico es dejar el tema en manos de los de Desaparecidos, decirle a Melly que se busque otra pareja y que cambie de vida. Y esperar a que se resuelva el puto expediente que le está amargando la existencia. Y soñar con trabajar en algo que le permita sentirse útil. O, mejor, abandonarse y pasar de todo.

*Qué más da.*

Le escuecen los ojos y los cierra. Podría quedarse dormida todo lo que queda de noche, escondida en un rincón. Es probable que nadie se dé cuenta, ni siquiera Carlos. Se promete que cuando llegue a casa se irá a la cama y no saldrá ni para comer. Ni siquiera sabe por qué se ha metido en esto, será que no desaparece gente cada día, basta con mirar Twitter y ver las fotos de desaparecidos que cuelga la Guardia Civil o la Policía Nacional, o la gente misma, o las noticias en los periódicos...

Abre los ojos de golpe, coge su libreta, se levanta y va hacia la mesa de Carlos. Seguro que habrá ido a cenar algo. Se sienta frente al ordenador e introduce la contraseña que le vio usar el día anterior. Carlos es la persona más ordenada que ha conocido. Lo guarda todo en carpetas, dentro de otras carpetas, por si alguna vez es necesario recuperar algún dato. Bingo. Emma Ribó, la mujer que desapareció tras haber sido operada, vive a pocas manzanas de la comisaría. Escribe deprisa en la libreta mientras echa miradas furtivas a su alrededor. No se ve a nadie. Cuando termina, se levanta apresuradamente y va hasta su mesa. El sueño que sentía se ha desvanecido de golpe; vuelve a abrir la libreta y anota el nombre de Alina, la traductora de

rumano a la que sus compañeros no ven desde el año pasado, la de los implantes en los glúteos que tenía que cambiar. Quizá...

—¡Eh! ¡Mamones! ¿No hay nadie aquí? —grita alguien.

Sara se levanta y va hacia la sala de espera, en la que hay un hombre alto, con los faldones de la camisa fuera de los pantalones, que pasea echando miradas a su alrededor. Lleva un casco de moto en la mano y parece muy alterado. Por un momento valora la posibilidad de volver a su mesa y hacerse la sorda, solo le faltaría tener que lidiar con un pirado. El tipo sigue gritando y da un golpe con el casco a las sillas de plástico.

—Pero ¿qué pasa en esta puta comisaría? —vocifera.

—¿Qué coño estás haciendo? —Sara se acerca hasta él.

El hombre se vuelve y enfoca su mirada en ella. Tiene las pupilas dilatadas y el cabello en desorden. Huele a sudor rancio y a alcohol. Un desgraciado que lleva encima demasiadas rayas, con un mal presente y un peor futuro. Ha visto muchos como él y en lo que los convierte la droga. Pasados de vueltas, en la convicción de que controlan algo que, en realidad, se les escapa de las manos como el agua. Destrozándose a ellos mismos y a los que los rodean. Cada uno con sus razones, con sus motivos, todos equivocados. Agradece que Simón nunca haya ido por ese camino, está convencida de que, de haber sido así, ya estaría muerto. Algunos, como Pablo, se retiran justo a tiempo, aunque ella piensa que nunca dejan de estar en la cuerda floja. Pablo. Ahora no quiere pensar en él.

—Hola —articula él—. He venido a entregarme.

Lo mira desconcertada.

—¿Qué?

—¿No escuchas? ¿Eres policía? Pues haz tu trabajo, joder. —Alza de nuevo la voz, se lleva las manos a la cabeza y se mesa los cabellos. Da vueltas frente a la hilera de asientos y respira con fuerza. Tira el casco en el suelo, que rebota con un ruido sordo, y empieza a darle patadas.

Sara se lleva por instinto la mano derecha a la cadera, sin resultado. Olvidaba que ya no lleva pistola. El tipo debe de pesar al menos noventa kilos y ella le llega a la barbilla, así que está claro que lleva las de perder.

*¿Dónde coño está todo el mundo?*

—Será mejor que te calmes. Llamaré a...

El hombre va hacia ella, asiente y esboza una sonrisa horrible.

—Sí, llama a un loquero, a un médico que me encierre. Ya tenían que haberlo hecho hace años, cuando maté a mi madre. —Acerca su cara a la de ella y le habla despacio—. La puta medalla en su cuello, igual por eso la he matado, Adriana se la puso también. Y esa foto... Joder. No quiero que me lleven con mi padre, tenéis que decírselo a mi hermano. —Niega con la cabeza—. Ricardo no se merece esto, no se lo merece. —Las lágrimas asoman a sus ojos—. Es un buen tío, un buen cirujano, ayuda a la gente, ¿sabes? A mí siempre me ha ayudado y ya ves de qué ha servido. Ni siquiera fui capaz de cuidar de su acuario, todos los peces murieron por mi culpa...

Hay locura en su mirada. Y miedo. Y algo más que puede reconocer. El pasado lo ha marcado para siempre, como a ella, como a Simón. Sara está a punto de decir algo, cuando él se aparta, se deja caer en una de las sillas y apoya los codos en las rodillas. Alza la cabeza y le tiende las manos.

—Llámallo y dile que estoy aquí. Te daré su número. He venido a entregarme —repite—. Me llamo Miguel Montero, por mi culpa murió mi madre y ahora he matado a una mujer. Tienes que encerrarme antes de que siga haciendo daño.

# SEGUNDA PARTE

¡Los actos criminales surgirán a la vista de los hombres, aunque los sepulte  
toda la tierra!

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Hamlet, Príncipe de Dinamarca*

# 1

Hace años que Pablo no pisa la calle Aribau. Más de dos, casi tres, los que lleva sin meterse mierda en el cuerpo. Mientras se acerca a la barbería, esboza una sonrisa irónica. Junto al local hay un bar de ambiente con un rótulo que reza «BAR&BOYS», y al otro lado, un hotel del que sale una pareja de chicos besándose apasionadamente. Una visión ideal para Enrique Gómez, nacido en Badalona, barbero de profesión, apodado *Heini* por los clientes que van a su barbería a algo más que a cortarse el pelo o a afeitarse. De hecho, ese «algo más» es su principal ocupación, duda mucho de que viva del oficio. La trastienda y los rincones hábilmente disimulados ocultan cosas reservadas a los iniciados y a los apasionados del Tercer Reich. Y lo que haga falta para pasar un buen rato. Lo sabe bien. Durante años, Heini fue su camello.

Está todo a oscuras, aunque eso no significa nada. El cabrón está siempre disponible para su auténtico negocio y, si no ha cambiado de costumbres, no duerme demasiado. Aprieta el timbre sin nombre ni número y espera, repitiéndose que está haciendo lo correcto.

Pronto saldrá el sol y parece que será un domingo sin nubes. De los que la gente normal aprovecha para ir a pasear con la mujer o con los amigos, a tomarse una cerveza y unas tapitas. La gente normal. Él no tiene derecho a estar en ese grupo.

Está cansado, debería haberse echado un rato después de acabar su turno en el parking. Lo cierto es que ha perdido la cuenta de cuándo fue la última vez que durmió unas horas seguidas. No ha dejado de pensar en Li y lo que puede haberle pasado. Cuatro meses sin que su familia sepa dónde está no auguran nada bueno.

—¿Quién llama?

—Soy Pablo.

—¿Qué Pablo?

—Joder, el rapado de la calavera.

La puerta se abre y entra en el oscuro portal. A su derecha, otra puerta comunica directamente con la barbería y la empuja. Gestos mecánicos, repetidos durante centenares de noches, acompañados de nerviosismo al llegar y del ansia por meterse lo que había comprado al salir. Qué fácil es recordar los antiguos hábitos. Vuelve a notar en el estómago aquel cosquilleo de anticipación del olvido, del vacío mental, de la paz artificial que le daba cada dosis.

A la luz de la farola de la calle, percibe la silueta de los sillones de barbero. Se ve reflejado en el espejo, alto, delgado, la cabeza cubierta con la capucha de la sudadera. Parece el psicópata de una película de terror de serie B, a punto de cargarse a la rubia tetuda de turno. A su derecha, una puerta entreabierta de la que sale una voz nasal:

—Pensaba que ya criabas malvas.

Pablo entra en la habitación apenas iluminada por una lámpara de mesa. El hombre que ha hablado está sentado en una silla giratoria con un libro sobre su estómago. Lo mira por encima de sus gafas metálicas. No ha cambiado mucho. Tendrá cincuenta y pico largos. Sigue siendo un tipo menudo, de escaso cabello rubio bien repeinado hacia atrás, un bigotillo ridículo, ojos demasiado juntos y una nariz larga y estrecha que le dan aspecto de un ratoncillo inofensivo. Nada que ver con la realidad. A su espalda, los cuadros de siempre, un retrato de Adolf Hitler en pie, con el brazo en alto y la famosa fotografía con Franco en Hendaya. En las estanterías, cascos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, cruces gamadas y fotos de campos de concentración. Heini no es de los que niegan el Holocausto, es de los que lamentan haber nacido demasiado tarde y no haber podido participar.

—Veo que sigues levantándote temprano. Todavía tengo cuerda para seguir siendo cliente tuyo —contesta.

El barbero esboza una mueca de desprecio.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién le has comprado todo este tiempo?

—Bueno, estuve en un centro para dejarlo, ya sabes cómo van estas cosas. Me desenganché, luego volví —miente. Mete las manos en los bolsillos del pantalón y se balancea sobre los talones—. He estado fuera. Trabajando y demás, pillando lo que he podido. Tengo que reconocer que lo tuyo es de

calidad.

Sabe que Heini es perro viejo, pero nunca ha dejado de ser sensible a los halagos.

—Deberías quitarte esa perilla, pareces marica. —Cierra el libro y lo deja sobre la mesa—. Al final siempre volvéis. Lleváis la mierda dentro, no podéis evitarlo. —Lo mira con su sonrisa de hiena.

Hijo de puta. Le partiría la boca, aunque sabe que, en el fondo, el cabrón tiene razón. Siempre queda esa parte de uno que ansía caer de nuevo. Su psiquiatra lo llamaba «personalidad adictiva». Para Pablo se reduce a ser un mierda, ni más ni menos. A ser incapaz de enfrentarse a la culpa, a que la vida vaya cuesta abajo. Lo único que ha aprendido en los últimos tiempos es a no caer en la tentación, y eso se consigue no entrando en sitios como este. Sin embargo, tiene claro que si no compra, no le sacará nada. Mantiene las manos en los bolsillos para ocultar su temblor.

—Vengo por algo, ya sabes, lo justo para coger buen rollo y echar unas risas, poco más. Nada de agujas. Y no tengo mucha pasta.

—No harás que me levante por una mierda.

—Tengo dos billetes de veinte.

—Poca cosa te llevas con eso. —Sopla con un gesto de hastío y baja los pies de la mesa—. Porque me coges de buenas y hoy no he tenido que aguantar muchas mariconadas. No sabes cómo está el barrio, *Gayxample*, lo llaman. —Escupe en el suelo—. Lleno de putos bujarrones moviendo el culo y sobándose las pollas. Y de negros, y de chinos, y de moros. Qué asco de país. —Se levanta con esfuerzo y le dice—: Sal, ahora te llamo.

La precaución es inútil, Pablo recuerda perfectamente dónde guarda el éxtasis y el *speed*, en una caja fuerte detrás del retrato de Hitler. Todos sus clientes lo saben, aunque ninguno se atrevería a meterle mano. Por mucho menos, los colegas del barbero, los de las cruces gamadas tatuadas y las botas de puntera reforzada, te abren la cabeza con sus bates de béisbol después de haberte roto todos los huesos del cuerpo, uno a uno. Tipos que se tatúan 1889 en la piel para celebrar el año de nacimiento del *Führer*, o el número ochenta y ocho para honrar al saludo nazi, *Heil Hitler*, dos haches, la octava letra del abecedario.

Va hasta el sillón de la barbería y se sienta, los ojos fijos en el espejo. La luz del sol naciente se cuela por los agujeros de la persiana metálica.

—Por cierto —empieza—. ¿Cómo está...? No recuerdo su nombre. En otoño nos vimos en una exposición de fotografía, iba muy pijo, casi ni lo reconozco. Llevaba unos cuantos tatuajes en los brazos, una calavera con el ochenta y ocho, más pequeña que la mía, una chulada.

—Con ese tatuaje..., ¿no será Borja, Borja Mesquida? No sabía que lo conocieras.

—Habíamos coincidido alguna vez aquí, si no recuerdo mal.

—¿Aquí? Lo dudo mucho, empezó a venir cuando tú ya no estabas.

—Pues... —empieza a sudar— me sonaba de algo.

—¿De algo? No será que te debe pasta...

*Mierda, ¿y ahora qué?, se dice Pablo.*

—Eh... Bueno, sí, la verdad, no mucha, pero me hace falta.

—Pues ponte a la cola, su padre lo ata corto de dinero, y eso que está forrado, el Mesquida ese. Para lo único en lo que no reparó en gastos fue en el abogado que lo buscó en un lío que tuvo en los juzgados; ya ves, para eso sirven los putos jueces, para defender a los maricones y a los negros. Hace mucho que no se deja caer por aquí, estará trabajando para papi. Y también me debe pasta, el cabrón. Si lo ves, dile que venga a pagar. Entra.

Pablo se acerca hasta la mesa donde el camello ha dejado una bolsita de plástico transparente con cuatro pastillas de color azul cielo. Empieza a salivar solo con verlas.

—¿Solo esto? Tío, enróllate un poco, no tengo ni para empezar. —El otro niega con la cabeza y Pablo intenta controlar el temblor de su voz.

Deja el dinero encima de la mesa y alarga la mano para coger la bolsa. Como si le quemase, se la guarda en el bolsillo del pantalón. Heini lo observa y, por su expresión, puede ver que está disfrutando con el espectáculo. El hijo de puta.

—Por dos billetes es todo lo que puedo darte, y te hago un precio de amigo. El negocio no va tan bien como antes, aunque el material sigue siendo bueno. Mira, tengo algo que enseñarte.

Como un prestidigitador, abre la mano izquierda y le muestra una bolsa transparente en la que hay un polvo blanco.

—Me ha llegado hoy. Coca de la hostia, la ha traído un colombiano que solo lleva de lo mejor. Cosa fina. No es barata, pero vas a volar con ella.

Cuando traigas más pasta, claro. ¿Quieres probarla? —La balancea ante su cara.

El tiempo se detiene para Pablo, que se queda inmóvil, la mirada prendida en la bolsa. Nota que su pulso se acelera y las palmas de las manos se humedecen. Sabe que la respuesta es «no», que salió a tiempo de no destrozarse del todo. Que no necesita eso ni lo quiere en su vida, aunque en el fondo daría lo que fuera por volver a sentir la vieja sensación de estar por encima de todos, por encima del mundo, fuera de este planeta.

—No. —Se oye decir con esfuerzo—. Otro día, tío, ahora estoy seco. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Borja?

—Antes se movía por los locales de esta calle, más arriba de la Diagonal. ¿Seguro que no quieres? —De nuevo, balancea la bolsa.

—Te he dicho que no.

—Todos sois iguales. —La hiena sonrío—. Volverás.

## 2

Sara está encerrada en el aseo. Se pregunta qué habrá hecho esta vez para merecer el castigo de su padre, porque no lo recuerda. No necesita luz para saber lo que la rodea. Un lavamanos que se aguanta con un cordel atado a un clavo en la pared, y un inodoro sin tapa sobre el que pende la cadena colgada del depósito. Sin espejo, y con un triste rollo de papel higiénico que su madre siempre deja puesto por si hay alguna urgencia. Su padre se niega a hacer arreglos, no se cansa de repetir que con su sueldo tiene que mantenerlos a todos. Que solo sirven para darle disgustos. Que no se merece lo mal que se portan con él. Especialmente ella, una mala hija.

Le llega un olor metálico, desagradable, que conoce bien. Está a punto de gritar. Se reprime a tiempo. Sabe que si lo hace, la puerta se abrirá y será peor. Lleva puesto el pijama y, cosa rara, no le duele nada. Se palpa el cuerpo, los brazos, las piernas, el rostro. No encuentra ninguna herida. Toca el suelo con las manos y las retira. Está mojado, un líquido espeso lo cubre todo. Gime. Oye la voz de Simón, que la llama por su nombre.

—¿Sara?

Su voz suena cerca, como si estuviera con ella. No puede ser, está sola en el cuarto con las manos llenas de... Abre los ojos y ve a su hermano sentado al otro lado de la mesa de la cocina, que la mira con preocupación.

—Estabas hablando dormida. ¿No deberías haberte ido a la cama?

—¿Qué hora es? —consigue decir mientras se mira las manos. Están limpias. No puede evitar un suspiro de alivio.

—Es mediodía.

—Mierda, sí, quería irme a la cama... —Endereza la espalda y sus cervicales crujen—. ¡Madre mía! Me he quedado tiesa. —Mueve la cabeza de

un lado a otro—. Ha sido una noche movidita. Un tío pasado de coca armó un buen jaleo. —Se interrumpe y recuerda los ojos enloquecidos de aquel grandullón y el grito de socorro que transmitía su mirada. Por suerte, apareció Carlos con el resto de los compañeros, y el tipo se calmó.

—Hoy es domingo, no entras hasta las seis de la tarde, ¿no? Tienes tiempo.

—No, tengo que... —Enfoca la mirada y ve que Simón sostiene en la mano la libreta que trajo de la comisaría—. ¿Qué haces con eso? —Estira el brazo y se la arrebató—. Es del trabajo.

—Tranquila. —Alza las palmas—. Estaba aquí, como todos estos papeles. No sabía que llevabas una investigación.

—Y no la llevo. Y esto no te interesa. ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, ¿recuerdas?

Sara se levanta haciendo una mueca de dolor y empieza a agrupar todos los folios.

—Pues podrías ayudar un poco, hacer la comida, por ejemplo... —Mira las manos de su hermano—. ¡Joder! Las tienes hechas una mierda, otra vez estás igual. ¿Ya te tomas las pastillas? —Lo observa con detenimiento.

Simón no tiene aspecto de haber dormido demasiado y tampoco de haber desayunado. La luz del fluorescente de la cocina marca sus pómulos, y sus mejillas hundidas le dan un aspecto demacrado. Le recuerda demasiado a cómo estaba antes de seguir el tratamiento que le recetó la psicóloga; un manojo de nervios, perdido, casi sin comer la mayor parte del tiempo, encerrado en sí mismo. Justo después de que enterraran a su padre.

*Justo después.*

—Claro que me tomo las pastillas. Todos los días. —Se cruza de brazos y le sostiene la mirada—. Necesito que me ayudes, es importante.

—¿Y tiene que ser ahora? Tengo que salir. ¿Qué es? ¿Algo sobre tu jefe, el pajillero? —Va hacia la nevera, la abre y coge un refresco—. Juraría que compré cerveza el viernes. ¿Te las has bebido tú?

—No, qué va. Escucha, es sobre Li, la tía de Weifen. Sabes quién es, ¿no? —Sara asiente mientras se lleva la lata a los labios—. Tiene diecinueve años y estudia fotografía. No saben nada de ella desde después de Reyes.

—¿Y? —Se encoge de hombros—. Se habrá ido con algún novio. ¿La familia ha denunciado?

—No, ni van a hacerlo, creo.

—Pues ellos sabrán. —Deja la bebida y empieza a recoger los folios—. Voy a salir, pero no tardaré mucho, comeré y luego iré a trabajar.

—No me estás escuchando, el tema es grave.

—¿Qué es grave? Joder, Simón, lo que es grave es que hayas vuelto a las andadas y estés otra vez comiéndote las manos, ¿te parece poco? Y las piernas qué, ¿ya has empezado? Tendré que hablar con la psicóloga, no veo que te esté haciendo ningún bien...

—¿Déjame en paz! —estalla—. ¡Y no se llama comerse las manos o las piernas, se llama dermatofagia! ¡DERMATOFAGIA! ¡Y es mi problema, joder! ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo? —Da un golpe a la mesa y algunos de los folios caen al suelo—. ¿Emma Ribó, la funcionaria jubilada que desapareció hace una semana? ¿Y eso? —Señala la libreta—. Ahí lo tienes todo: su dirección, la de su hija, que se hizo un tratamiento en la cara y otro en el abdomen, que salió de la clínica y luego ni rastro... El periódico que dejaste en casa el otro día también daba la noticia. ¿Y esa prostituta, Rosaura, desaparecida hace cuatro días? ¿Se ha operado también, en una de esas clínicas que tienes ahí? ¿Y Alina, la de las prótesis en los glúteos? ¿Quién es? —Sara lo mira en silencio—. He leído todo lo que has escrito. ¿Qué estás haciendo? ¿Investigar? Vaya, no sabía que eso forma parte de tu trabajo... O no, calla, ¿no era algo administrativo? ¿No estarás haciendo algo que no te corresponde? ¿O cagándola? ¿Otra vez?

—Vale, no te pongas nervioso. No puedo hablar contigo de esto, ahora no.  
*Sabes que tiene razón.*

Simón se levanta y se lleva el pulgar a la boca para mordisquear una piel suelta. La mirada de su hermana le hace bajar la mano.

A Sara no le gusta nada lo que está viendo. Se le encoge el estómago, no soportaría que volviese a las andadas. Lo mira sin saber qué decir mientras él da vueltas de un extremo a otro de la cocina, hasta que se detiene y se apoya en el fregadero.

—¿Ah, no? ¿Y si te dijera que Li iba a operarse los ojos y yo qué sé más y vete a saber dónde? Conoció a un tío, un tío peligroso. Pablo ha conseguido...

—¿Qué pasa con Pablo? —pregunta ella, frunciendo el ceño.

—Siéntate y escucha.

### 3

Los ordenadores no son lo suyo, de hecho, los odia, aunque tiene que reconocer que para buscar información son mucho más rápidos que las bibliotecas. Lo que no soporta es que cualquier imbécil, sin el menor rubor, sea capaz de teorizar y dar su opinión sobre cosas de las que no sabe nada en absoluto. *Todo sea por satisfacer el ego*, se dice Roca con una mueca de desprecio.

Lleva toda la mañana del domingo sentado ante la mesa de su despacho buscando imágenes de Tisífone y sus hermanas, Alecto y Megera, las Erinias. Está cansado de las representaciones que se sabe de memoria y que no se ajustan a la realidad. Daría lo que fuera por saber dibujar, pero es incapaz de trazar cuatro líneas que sean de calidad. Descarta lo que le parecen horribles tatuajes y las imágenes más simples, por no hablar de los artículos de pretendidos «expertos» que no saben dónde tienen la mano derecha.

Conoce bien a Tisífone. Y a las demás. Las tiene en su cabeza, le obsesionan. Forman parte de él; de hecho, siempre han estado presentes en su vida. En la voz aguda de su madre, cuando le leía en voz alta aquellos libros encuadernados en piel, en los que abundaban las historias sobre monstruos mitológicos que no lo dejaban dormir por la noche; en el colegio, cuando las imaginaba persiguiendo a sus estúpidos compañeros de clase; en el aula de anatomía, cuando observaban huesos y tendones, y le parecía sentir la respiración de *ellas* sobre su nuca. Sin embargo, se portó bien, nunca las ofendió. Hasta que empezó a dar rienda suelta a sus impulsos y entonces sí que cayeron sobre él, con toda su furia. Y consiguieron su propósito.

Ahora está desconcertado, no entiende por qué lo persiguen, por qué las nota junto a él y las escucha revolotear sobre su cabeza. Sospecha que saben lo que le gustaría hacer. Y no van a permitirselo. No sin castigo.

Ayer pasó el día nervioso, notando esa pulsión familiar, ese deseo, esa anticipación que para él es mucho más placentera que un orgasmo. Hoy ha seguido su rutina diaria, pero una parte de su mente estaba en otra cosa. No ha disfrutado del desayuno, ni tampoco ha evacuado como siempre. El paseo le ha resultado insulso y casi se le olvida comprar los periódicos. Hace un rato se ha sorprendido a sí mismo haciendo cálculos con un bolígrafo en una de las páginas del diario. Altura y peso de su vecina. Sabe que no se equivoca, la cantidad exacta para matarla está ahí, anotada por su mano. Solo necesita hacerse con ella y luego usarla. Si cierra los ojos, casi puede ver la sonrisa maligna de Tisífone, como cuando era niño y estaba presente en sus pesadillas. Ella, y el resto de los monstruos de los que le hablaba su madre.

Recuerda ahora cómo se despertaba, angustiado y sudando, para comprobar con horror que se había orinado encima. Tenía doce años, y a pesar de que lo había intentado todo a fin de evitar que su madre se enterase, ella siempre olfateaba el maldito olor. No importaba que se hubiese levantado a esconder las sábanas en mitad de la noche, o que intentase lavar el pijama en el lavabo sin encender la luz. Ella lo sabía y, por la mañana, le espetaba:

—Eres un inútil y un cerdo, por eso te visita Empusa cada noche. El espectro de la diosa Hécate persigue a los niños como tú. Si sigues haciendo guarradas te llevará con ella para comerte vivo y luego irás al infierno, al Tártaro. Ya lo sabes, tú mismo.

Él callaba, impotente, odiándola en silencio, y se juraba a sí mismo que esa noche no mojaría la cama. No lo consiguió hasta los dieciséis.

Cierra el ordenador y mira, sin ver, la vitrina situada a su derecha, en la que guarda lo que él llama «su colección». Hace años que no ha añadido nada nuevo. Se echa hacia atrás en su silla con un gesto de desagrado. Por mucho que se regodee con la idea, sabe que cargarse a su vecina es prácticamente imposible. Conseguir el medicamento no es problema para él; sin embargo, administrárselo no es fácil. Y es que no está impedida, atada a una cama o a una silla de ruedas, ni parece sufrir insuficiencia respiratoria, ni tiene un corazón cansado por los años, ni un cáncer que le coma las entrañas. Tampoco se dejará convencer para acabar con todo.

—¿Cree que saldrá de esta, doctor? Estamos teniendo un otoño negro, con tantos resfriados se nos van muchos abuelitos.

En su cabeza oye de nuevo la voz de la auxiliar, preocupada, y recuerda

cómo lo miraba, esperando una respuesta esperanzadora. Estaba cansado. Era la tercera residencia que visitaba ese día y empezaba a saturarse del olor a rancho, a vejez y a soledad, pero para eso le pagaban, para mantener con vida a personas que a su juicio ya no tenían nada que hacer en este mundo. Se volvió hacia ella y le contestó:

—Yo ya he hecho todo lo posible. No sé si resistirá mucho. Váyase tranquila, creo que la necesitan en el patio, está refrescando.

Y obvió decir que, mientras ella abandonaba la habitación para dirigirse hacia los ancianos que estaban aprovechando los últimos rayos de sol de esa tarde de noviembre, había llegado la hora de acabar con tanta estupidez. Se acercó a la mujer que yacía en su cama, un saco de huesos, que lo observaba con ojos extraviados mientras su pecho subía y bajaba, esforzándose por respirar. La paciente tenía noventa años y su estado había empeorado en pocos días a causa de una bronquitis. Casi no comía y sus lagunas mentales eran cada vez más frecuentes. Le costaba reconocer a su hija, que venía a verla a diario. ¿Qué podía quedarle? ¿Horas?, ¿días? ¿Postrada en una cama, llagándose la piel, haciéndose encima sus necesidades? Hizo una mueca de asco y acercó su boca a la oreja de la mujer:

—¿Verdad que quiere acabar con esto? ¿Dejar de sufrir y que los demás sufran por usted?

La anciana lo miró con los ojos empañados. No sabía si lo había entendido, sus labios se movieron sin emitir ningún sonido.

—Lo tomaré como un sí.

Volvió la cabeza hacia la ventana y vio cómo el sol se ocultaba tras los edificios. Cogió un pañuelo del bolsillo de su bata y lo puso sobre la nariz y la boca de la enferma. Ni siquiera tuvo que hacer mucha presión. El pecho bajo la sábana se detuvo.

Fascinado, se inclinó y observó los ojos de la mujer. Se le antojaron acusadores, como los de su madre cuando enarbolaba triunfante los calzoncillos húmedos que había ocultado la noche anterior. Ese pensamiento le provocó una erección. Su mirada cayó sobre la mesilla de noche, en la que había una caja de pañuelos de papel, un termómetro y el reloj de pulsera de la anciana, de esfera blanca y correa marrón desgastada. Un reloj barato y vulgar. Lo cogió y lo metió junto con el pañuelo en el bolsillo del pantalón. Un trofeo, al que luego le seguirían muchos más. Salió y cerró la puerta con cuidado. Fue

la primera vez.

Tras ese día empezaron los dolores de cabeza. Al principio eran molestias que achacó al cansancio. Con el tiempo pensó que se trataba de migraña, su madre las sufrió hasta su muerte. Hasta que empezó a verlas en su mente. A las tres. Tisífone lo observaba con sus ojos incandescentes, Alecto lo señalaba con sus garras y Megera hacía revolotear las serpientes de su cabeza. Lo acusaban. Lo perseguían noche y día, podía oír sus siseos, oler su aliento fétido. No entendía lo que le decían, aunque su enojo era evidente. Iban a por él, querían castigarlo por sus crímenes. Y lo consiguieron.

## 4

—Ya estuvieron aquí a mediados de semana, pensaba que no había nada más que mirar. ¿Qué...?

—Siempre puede haber algún detalle —dice Sara—. Hacemos lo posible para encontrar a su madre. ¿Cuántos vecinos hay en la escalera?

—Muy pocos, ahí —la mujer señala la otra puerta del rellano— no vive nadie y el resto todo es gente de su edad o mayor. Son vecinos de toda la vida. Los otros policías hablaron con ellos y yo también les he preguntado si han visto a mi madre. —Las lágrimas inundan sus ojos—. Todavía no me creo que estemos pasando por esta pesadilla —murmura.

La hija de Emma Ribó abre la puerta y se hace a un lado para dejarle paso. Guarda un gran parecido con su madre, un rostro ovalado enmarcado por un cabello rizado y unos grandes ojos castaños en los que anida el desconcierto y la angustia. Poca cosa ha podido añadir a lo que sabe Sara: tras dejarla en casa al salir de la clínica, su madre le dijo que se las apañaría sola y se negó a que se quedase a dormir. Por la mañana ya no estaba.

Unos silbidos saludan su entrada. Sara mira a su derecha y descubre una jaula junto al balcón, en la que un loro gris de cola roja la observa desconfiado sobre su columpio.

—Vengo todos los días a ponerle comida y a cambiarle el agua. No he querido llevármelo a casa, no sé, si vuelve y no lo encuentra... —Su voz se apaga y no dice lo que piensa—. Ya no sé qué más hacer, ni dónde buscar. Se fue sin el móvil, tampoco ha tocado la cuenta en el banco. Sus amigas no saben nada... —Se interrumpe y busca un pañuelo en el bolsillo de los tejanos.

Sara desvía la mirada y observa a su alrededor. La habitación en la que están es como la que hay en cientos, en miles de pisos de la ciudad. Cuadros

de marcos gruesos cuelgan de la pared, un televisor de dimensiones considerables, muebles de madera oscura, y estanterías llenas de libros, figuritas, jarrones y fotografías. Fotos de la desaparecida con su difunto marido, fotos de su hija, de la boda de esta, fotos de la que debe de ser su nieta.

*Estás perdiendo el tiempo y te puede costar el puesto.*

Se vuelve hacia su interlocutora:

—¿Qué tipo de relación tiene con su madre?

—¿Qué?

—Sí, quiero decir, si la relación es buena, si le cuenta cosas..., ya sabe.

—Mientras habla, abre los cajones de una cómoda y revuelve su contenido.

—Claro que es buena, siempre lo ha sido. Ya ha visto que nosotros vivimos a dos calles y la verdad es que casi cada día nos vemos. Ella se pasa por casa y se queda con la niña si tengo que salir, o yo me acerco, y si por el trabajo no puedo venir, la llamo. ¿Por qué? ¿Es importante? ¿Qué hace con los cajones?

Sara cierra el último y se acerca al balcón. El loro se encoge y guarda silencio, observándola. La calle es estrecha y la casa de enfrente está a unos escasos cinco metros. A la misma altura, tras los cristales de una de las ventanas, hay un hombre grueso, de pie, con unos prismáticos sobre los ojos. Viste un pijama de un azul desvaído sobre el que lleva un batín granate que apenas cubre el vientre. Al verse descubierto, retrocede un paso y corre una cortina oscura.

—¿Quién es?

La mujer se suena y mira hacia el balcón.

—¿Quién?

—Ese hombre que miraba con unos prismáticos, ahí, en la casa de enfrente.

—Ah, es Raúl, tiene una enfermedad, algo de pulmones, no sé. Creo que no sale a la calle. Se pasa el día con la tele y, cuando se aburre, cotillea.

—¿Vio salir a su madre de casa?

—No. Ya le hemos preguntado.

Sara toma nota mental para ir a hablar con el vecino más tarde. Otro a la lista. Solo le ha faltado saber que Simón se ha metido en el berenjenal de

buscar a Li, que encima lo ayuda Pablo, y que este anda detrás de un tal Borja Mesquida, por lo que parece, un neonazi. Y ese nombre le suena mucho, no recuerda de qué. Antes de marcharse de casa le hizo prometer que no daría ningún paso sin que ella lo supiera. No confía mucho en que cumpla su promesa.

*Sabes que Simón vuelve a tener esa mirada en los ojos.*

—¿Su madre tiene problemas con alguien? —pregunta.

—No, ni mucho menos. Es un trozo de pan. Va a la piscina, sale con sus amigas a tomar café. Llevamos toda la vida en el barrio, nos conocemos todos, y además ella no es de discutir, no se mete en nada. —Se sienta en el sofá lleno de cojines y vuelve a usar el pañuelo.

—¿Cuándo decidió hacerse esos tratamientos?

—Hace unos tres meses. —Frunce el ceño—. No me lo creía. Siempre ha tenido terror a los quirófanos. ¡Si se mareaba cuando va a hacerse un análisis! Nunca ha ido al médico, ni siquiera al oculista, tiene una vista excelente. Solo entró en un quirófano cuando me tuvo a mí, siempre ha disfrutado de una salud de hierro.

—¿Entonces?

—Una amiga se operó los párpados en la clínica RIMO y a ella le entró el gusanillo de hacérselo también. Cuando fue a la visita, el doctor Montero le dijo que podía hacerse una hidrolipoclasia, que era muy sencillo, sin anestesia.

—¿Y eso qué es?

—Inyectan un líquido para deshacer la grasa y luego la sacan, aspirándola. —Se toca el vientre—. Le pusieron una faja y listos. Y lo de los párpados también le fue muy bien. Estaba contenta. —Su rostro se ensombrece.

—¿Quién tiene llaves de esta casa?

—Solo yo.

—¿Y las de ella?

—Están ahí, en el primer cajón.

—¿Ha echado algo en falta?

Alza hacia ella la mirada y parpadea, desconcertada.

—No, creo que no, ya me lo preguntaron. Todo estaba en orden. —Hace una pausa—. Lo único...

—¿Qué?

—Tiene una pulsera como esta. —Alarga el brazo y muestra una correa de piel con una piedra azul de forma ovalada en la que unas líneas negras dibujan un ojo—. La compramos las dos en un mercadillo de esos esotéricos. Es el ojo de Horus, un dios egipcio; nos dijeron que da salud. —Esboza una sonrisa—. A mi madre le gusta pensar que es así. No se la llevó a la clínica porque allí no la hubiera podido tener, y la dejamos en casa. Ayer me acordé de ella; no está. La he buscado por todas partes. —Se levanta y cruza los brazos bajo el pecho—. Ha desaparecido, como ella.

## 5

La luz del sol llega hasta el sofá donde está sentado Miguel, con los ojos fijos en el reloj colgado en la pared de su salón. Son las cuatro de la tarde, aunque para él eso no tiene mucho significado. Apesta a sudor, y a ese olor rancio que había en la celda en la que ha pasado la noche y la mayor parte de la mañana. No ha comido, no ha dormido, y un salvaje dolor de cabeza le martillea el cerebro.

Cierra los ojos y relaja la mandíbula. Quizá ese dolor es lo que precede a la locura, como la que vio en su padre cuando supo que ya no había vuelta atrás. Una mañana de diciembre, Miguel tuvo que salir corriendo del trabajo tras recibir la llamada del conserje de la escalera, avisándolo de que había encontrado a su padre vagando por el portal de la finca, con la mirada extraviada, gritando e insultando a todos los vecinos con los que se cruzaba, más bebido que de costumbre. Al pobre hombre le costó lo suyo convencerlo para que subiera a su casa, y una vez lo hizo entrar, su padre se revolvió y le cerró la puerta en las narices. El conserje le dijo que había estado a punto de llamar a la policía, pero que, por deferencia a su hermano y a él, había preferido avisarlo primero. Aunque las palabras habían sido esas, le sonó a que ya era hora de que se ocupasen de ese viejo borracho, o un día ocurriría una desgracia.

Y no le faltaba razón. Hacía tiempo que el alcohol era el único compañero de piso de su padre y ambos hermanos habían preferido mirar a otro lado, demasiado ocupados en sus respectivas vidas. El progenitor que ambos habían conocido se estaba desvaneciendo en la mente de aquel hombre enloquecido que Miguel encontró agazapado bajo el mueble del televisor.

—¿Papá? ¿Qué haces ahí? —jadeó, tras dejar las llaves encima del sofá y apagar el aparato.

Su padre, descalzo, vestido con un fino pijama de cuadros azules, estaba acurrucado en posición fetal, los brazos apretados contra el cuerpo y los ojos cerrados. Llevaba varios días sin afeitarse y probablemente sin comer, a juzgar por su cara demacrada. Apestaba a alcohol, a orina, a miedo.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Soy Miguel! —Se arrodilló junto a él—. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—¿Miguel? ¿Eres tú? —contestó, sin abrir los ojos.

—Sí, papá, soy yo, mírame, ¿qué te pasa? El portero me ha dicho que...

—¿Se han ido?

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Lo han dicho en la tele, me han avisado, tengo que esconderme porque han venido para hacerme daño —empezó a gimotear—. Si me encuentran, me llevarán con ellas.

Con un nudo en la garganta, Miguel le acarició el rostro, intentando controlar la voz.

—Papá, estás confundido. Los que salen en la tele no han podido hablar contigo, no hablan con nadie. Vamos a tener que ir al médico, ya he hablado con Ricardo, está a punto de llegar.

—Son ellas, son... como arañas gigantes, negras, y esos ojos... ¡No, no, no! ¡Vienen a por mí!

—¡Cálmate! ¡Estoy aquí, estoy contigo! Por favor, papá.

Su padre abrió los ojos y enfocó la mirada.

—Creo que me he meado encima, hijo —susurró, avergonzado, y se echó a llorar como un niño.

Puede ser que acabe igual, se dice ahora Miguel, meándose encima y hablando con los presentadores de televisión. Si pudiera contestarle, le preguntaría a su padre si empezó igual.

—Ya está. Todo limpio.

Abre los ojos y ve a Ricardo frente a él, despeinado, la camisa arrugada y un rictus amargo en el rostro. Se sienta en una silla y ambos se miran.

—La foto. ¿La has...?

—Quemado, sí. He limpiado la bañera y voy a tirar ese cuchillo a la basura. —Coge aire—. No puedes seguir así.

—Ya.

Ricardo se echa hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Esto ha ido demasiado lejos. Has tenido suerte porque esa chica..., Adriana, no ha querido denunciar ni explicar nada. —Esboza una mueca—. Mi abogado le ha dado dinero por si se lo piensa en un futuro, no creo que dé problemas. Supongo que también se le fue un poco la mano con la coca y demás... ¿En qué estabas pensando? —Miguel rehúye su mirada—. Si le hubieras hecho algo..., no quiero ni pensarlo. —Se quita las gafas y se frota la cara con las manos—. Mira, no voy a meterme en tu vida ni en tus relaciones, sabes que nunca lo he hecho. Ya somos mayorcitos y, además —esboza una sonrisa—, no soy quién para darte lecciones. Me preocupas, mucho.

—Lo siento —murmura Miguel—. No sé qué me pasa. Sabes que hace años estuve mal, cuando no podía parar de obsesionarme con las cosas, ¿te acuerdas? —Su hermano asiente—. Estuve hecho una mierda, pero lo de ahora es peor. Esa foto, la que has encontrado en la bañera, ya te lo he contado, no recuerdo haberla roto con el cuchillo, ni haberme meado en ella. Llevo días sin saber lo que hago, desde que me llevé la maleta. Algo no funciona en mi cabeza.

—Eso no puede ser. Nadie iba en el avión con la maleta de mamá en la que había la caja con la medalla y la foto. Esa maleta no sé de quién es, y lo demás lo tenías tú en casa desde hace muchos años.

—¡No! —Miguel se echa hacia delante—. Me llevé la maleta de la cinta del aeropuerto, estaba entre los equipajes..., y al día siguiente la abrí y ya ves. ¡Estoy como una puta regadera, joder!

—¡Mírame! —Le coge la cabeza con firmeza—. Eso que estás diciendo es imposible, ¿estamos? No sé de quién coño era esa maleta, no la tienes aquí y no me importa, tienes que razonar. Dices que al día siguiente la abriste y allí estaba la caja, muy bien. ¿No has pensado que pudiste ponerla dentro durante la noche y luego, sencillamente, no lo recuerdas? Y lo de rajar la fotografía..., lo mismo, habías bebido, es probable que no supieses lo que hacías, no olvides que después de lo de mamá tuviste episodios de sonambulismo. Pueden volver a repetirse, ya te lo dije hace tiempo. Todo tiene una explicación racional, todo.

—¡Lo he pensado, sí! —grita Miguel—. ¿Y por qué no recuerdo lo que hago? ¡Vamos, dilo ya! ¡Soy un loco y aún no sé cómo no he matado a esa chica!

—¡Basta! ¡No quiero escucharte decir eso! ¡No ha pasado! ¿Me oyes? —le suelta, y su hermano se cubre la cara con las manos—. Vamos a ver, hoy has tocado fondo y a partir de ahora vas a remontar, te lo prometo.

Miguel alza la cabeza y lo mira con los ojos llenos de lágrimas.

—No me dejes, tío, estoy solo, no tengo a nadie más que a ti. Haré lo que sea, llévame a ver a un médico, pero, por favor, no quiero que me encierres en un sitio como en el que está papá. No podría soportarlo, antes me mataría.

Ricardo se levanta y se sienta a su lado. Le pasa un brazo por los hombros y lo atrae hacia él.

—Voy a estar contigo, tranquilo. Te recuperarás. —Le besa el cabello—. Juntos. Como hemos estado siempre.

## 6

Sara mastica la enésima pastilla de regaliz del día y consulta su móvil mientras espera que el vecino de la finca frente a la de Emma Ribó, el hombre de los prismáticos, le abra la puerta. Se ha entretenido más de lo que tenía previsto y tiene el tiempo justo antes de ir a trabajar para acudir a su cita con una de las compañeras de Alina, la intérprete de rumano que ha incluido en su libreta sin saber muy bien por qué. Quizá porque también tenía que pasar por el quirófano por cuestión de estética. Quizá porque también ha desaparecido. Como Emma Ribó, como Rosaura, tal vez como Li.

*Joder.*

—¿Quién es? —dice una voz.

—Mossos d'Esquadra, tengo que hacerle unas preguntas. ¿Puede abrirme?

—¿Cómo sé que es verdad?

Sara se traga los últimos trozos del caramelo y empieza a impacientarse.

—No puede saberlo si no abre la puerta.

—Lo siento, no me fio, pasan muchas cosas en este barrio, ¿sabe? —La voz suena entrecortada, como si le costase respirar.

Sara resopla y pone su placa en la mirilla de la puerta.

—¿Contento?

Tras unos segundos, oye el ruido de al menos tres cerraduras y la puerta se abre todo lo que da de sí una gruesa cadena.

—¿A ver? No la he visto bien.

Controlando las ganas de darle una patada a la puerta, le muestra de nuevo la identificación y unos dedos gruesos retiran la cadena.

—Tengo que protegerme, ¿sabe? —dice el hombre, respirando fatigosamente—. Cierre la puerta.

Anda delante de ella, balanceándose como una oca por un corto pasillo de paredes empapeladas. Un olor a excrementos y a meados de gato le hace llevarse la mano a la nariz. Llegan a lo que parece ser un salón atestado de muebles poco iluminado. Sara mira a su alrededor. Juraría que nadie ha limpiado, y mucho menos ventilado, aquello en meses, quizá en años. Y el tipo tampoco tiene demasiada buena pinta, no parece saber que el agua sirve para algo más que para beber. Huele que apesta. Lleva un ridículo peluquín oscuro sobre la cabeza del que cualquiera esperaría ver salir revoloteando a unos cuantos insectos. Exhibe unos dientes amarillentos en el remedo de una sonrisa a la que Sara no responde, y se ajusta el cinturón del batín que lleva sobre el pijama con dificultad.

—Tengo que hacerle unas preguntas sobre su vecina, la que ha desaparecido. Sabe de quién le hablo, ¿no?

El hombre asiente con gravedad y el peluquín se balancea hacia delante.

—Estoy al tanto. —Se lo endereza con cuidado—. La pobre Emma, aquí la conocemos todos. La hija está desesperada, me preguntó si la había visto. Y la policía también. Ya les dije todo lo que sabía. — Mete una mano en el bolsillo y saca un aerosol rosa que inhala con ansiedad. Se lleva las manos a las caderas y respira unas cuantas veces haciendo aspavientos—. Ahora mejor. ¿Quiere sentarse?

—No.

—Yo sí que voy a sentarme, estoy enfermo, ¿sabe? Tengo los pulmones hechos cisco y casi no puedo andar. Paso mis días aquí, solo con mis gatitos. —Sonríe de nuevo—. Se han escondido cuando han escuchado la puerta, son muy tímidos. —Se deja caer como un peso muerto en un sofá de tela con flores estampadas y vuelve a ajustarse el peluquín.

Sara empieza a respirar por la boca y sopesa tomar otra pastilla de regaliz para amortiguar el hedor.

—Así que no sale de casa y se distrae con los prismáticos... —empieza—. Apuesto a que está al tanto de todo.

—Bueno... —Esboza una vez más su sonrisa—. Un poco. Mirar con los prismáticos no es delito, ¿no?

—Quiero saber si vio salir a Emma Ribó de su casa después de que volvió con su hija. O si observó algo que le llamase la atención, lo que sea.

El hombre frunce la boca, alza los brazos para que sus manos alcancen el

vientre y las deja allí como parte de un cuadro de naturaleza muerta.

—Solo las vi cuando llegaron. Madre e hija.

—Y luego estuvo mirando lo que pasaba en la casa, ¿no?

—No, por la noche me pongo con la tele en la habitación. Tengo que dormir sentado. A las cuatro de la madrugada me levanto y vengo aquí, al sofá. A veces cojo los prismáticos, sobre todo los fines de semana, y...

—¿Vio algo fuera de lo normal? ¿Alguien?

—Sí... —Hace una pausa teatral.

—¿Qué?

—Ya se lo dije a los de uniforme, vi a un hombre salir del portal. Un desconocido.

—¿A qué hora?

—Serían las siete de la mañana, ya hay luz de día.

—¿Iba solo? ¿Cómo era?

—Estaba solo, sí. No era muy alto, moreno, con mucho pelo. —Se toca el peluquín y esboza una de sus sonrisas melancólicas—. Y unas patillas enormes, le llegaban a la boca. Llevaba gafas oscuras; qué tontería, si estaba nublado...

—¿Qué hizo? —A estas alturas ya tiene el estómago revuelto y está ansiosa por salir al aire libre.

—Sacó el móvil y se puso a escribir mientras iba andando. Se fue hacia la derecha y lo perdí de vista.

—¿Ha vuelto a verlo?

—No. —Frunce el ceño—. Tenía pinta de delincuente, de gitano, ¿sabe? De esos sucios, que huelen mal. —Ella lo mira, impasible—. Me dio mala espina. ¡Ay! —suspira—. Pobre mujer, a saber qué le han hecho.

—Tengo que marcharme —dice Sara mientras busca la caja de pastillas de regaliz en el bolsillo de su chaqueta.

Sale de la habitación y va hacia el pasillo. La voz del hombre hace que se dé la vuelta para mirarlo.

—¿Se cree que Emma se ha ido sola, por su propio pie? ¿Sin avisar a su hija? —Menea la cabeza y el peluquín le cae sobre la oreja derecha—. Le han hecho algo, ya se verá, y si no, al tiempo.

## 7

El viento arremolina hojas de propaganda a los pies de Simón mientras lee el horario de clases que hay en la puerta del centro de fotografía del barrio de Sants al que acudía Li. Cuando le dijo a Pablo que su intención era darse una vuelta esa misma tarde, ya le advirtió que lo más probable era que estuviera cerrado. Su amigo le ha prometido que esta noche intentará localizar al tal Borja, que por lo poco que le ha explicado debe de ser un tipo de cuidado. No puede dejar de pensar en Li y la imagina en una mesa de operaciones en las peores condiciones.

Lo cierto es que ha sido una excusa para salir de casa. Primero pensó en coger las llaves y marcharse a la biblioteca en la que trabaja y quién sabe si dormir un poco, hasta la hora de abrir el lunes, con la esperanza de que el silencio y el olor de los libros lo tranquilizasen, pero desechó la idea. Necesita moverse, canalizar la ansiedad de alguna otra forma que no sea la de hacerse daño.

Se mira las manos. Los pulgares están rojos e hinchados y los dedos índices no parecen mucho mejor, cualquier roce con la ropa le duele a rabiar. Y ya ha empezado a rascarse los brazos, que muestran las primeras costras. Sabe bien que solo es cuestión de tiempo que acabe arrancándose las, con ansia, con la absurda autojustificación de que a partir de entonces ya no lo hará más, sabiendo que es mentira, porque volverá a empezar el ciclo, y así hasta el infinito. Quizá debería tomarse las pastillas, al menos disfrutaría de un embotamiento que le ahorraría sentirse como ahora, a punto de saltar. No se lo puede permitir, se recuerda. Tiene que estar alerta, la mente despierta, para poder encontrar a Li, tal vez a esas mujeres que tiene anotadas Sara en su libreta y de las que, según ella, nadie sabe nada. Y a las que casi nadie echa de menos.

Es curiosa, la calle en la que está. No pasa mucha gente en esa tarde de domingo, tan solo se ha cruzado con un chico paseando a cuatro perros diminutos enredados en una madeja de correas, y a tres mujeres de edad, endomingadas y perfumadas, que lo han mirado de arriba abajo tras sus gafas de concha. En la misma acera hay un bloque de pisos a medio construir. La edificación se limita a un solo piso, hay tablones y ladrillos tras vallas metálicas, y en la planta baja se refugia un grupo de indigentes rumanos rodeado de carros de supermercado llenos de chatarra. Tumbados sobre mantas, algunos parecen dormir, mientras dos de los más jóvenes se pasan una pelota que ha conocido días mejores.

Los siguientes edificios son antiguas naves industriales que ahora se han convertido en un taller de pintura, un centro de yoga y de danza, la escuela de fotografía y otra de taichí, la única para la que parece ser que no existen los festivales. A través de los cristales ve a un grupo de gente haciendo movimientos con brazos y piernas. Sus caras tienen una expresión de absoluta concentración. Los mira con envidia. Daría cualquier cosa por ser capaz de estar ahí, en ese espacio diáfano de paredes blancas cuyo único mobiliario son un par de espalderas, y moverse como si acariciase el aire, sin pensar en nada más que no sea en respirar. Una mujer menuda y frágil con el pelo gris atado en una coleta, que viste pantalón y camiseta blancos, parece ser la que dirige a los demás. Alza la vista, lo mira directamente mientras levanta una rodilla y abre los brazos. Simón se aparta, avergonzado, como si le hubiese sorprendido en una falta, y da unos pasos hacia atrás.

—¡Mierda! —grita una voz.

Se vuelve y se encuentra frente a una mujer corpulenta, encaramada a unos zapatos rojos de tacón de aguja, con el cabello negro y largo, que empuja un carrito. Sus ojos, de gruesos párpados, muy maquillados, lo miran con enfado.

—A ver si miras por dónde vas, has estado a punto de tirarme al suelo. — Frunce los labios, pintados de un rojo aún más vivo que el de los zapatos.

—Lo siento, no me había dado cuenta.

Ella va hacia la puerta del centro de fotografía y saca una llave del bolsillo de la gabardina negra con la que cubre un vestido del mismo color.

—Perdona. —Simón se acerca a ella—. ¿Trabajas aquí?

—No doy limosna ni compro nada —contesta, sin volverse, mientras da vueltas con la llave en la cerradura.

—Estoy..., estoy buscando a una amiga, hace un curso de fotografía en esta escuela.

La mujer abre la puerta y entra el carrito. En el umbral, se vuelve a Simón y lo mira entornando los ojos.

—Mira, tengo mucho papeleo que arreglar y los domingos está cerrado. Además, por aquí pasa mucha gente. Algunos no tienen el detalle de pagar, se creen que esto es gratis. —Le mira las manos y él se apresura a meterlas en los bolsillos de los tejanos, mordiéndose los labios—. ¿Cómo se llama tu amiga?

—Li, es china. Tiene diecinueve años.

—Me suena una alumna china, pero de hace mucho, diría que del año pasado. ¿Es tu novia?

—No, qué va. ¿Podrías mirarlo, por favor?

—Ahora imposible, aquí dentro tengo un follón de tres pares de demonios, y en teoría mañana hay gente que empieza curso, o eso espero, porque está la cosa... ¿A qué viene tanta prisa?

—Eh... Hace mucho que no la veo, le he perdido la pista... —Piensa en decir algo más—. Y no tengo su teléfono —balbucea.

—Aunque lo tuviese no te lo daría, solo faltaría. Anda, vete. —Hace un gesto, entra en el local y cierra la puerta.

Simón saca las manos de los bolsillos haciendo una mueca de dolor, disgustado consigo mismo por ser tan torpe. A decir verdad, «torpe» no es la palabra, su padre le hubiese escupido otro apelativo, más adecuado con su inutilidad. Casi puede volver a ver su cara rubicunda y oír su voz hablándole con ese tono especialmente despectivo que reservaba para él:

—Parece mentira que seas hijo mío, ¿cómo puedes ser tan imbécil?, ¿no serás maricón, encima?

Y se ve a sí mismo retrocediendo, hurtando la mirada, aguantando el chaparrón hasta que su progenitor vomitaba toda la ira que acumulaba contra él, para refugiarse luego en su habitación, en los silencios compartidos con Sara, en los libros, que le permitían escaparse a otras realidades que no eran la suya.

Sacude la cabeza y echa una ojeada a la escuela de taichí antes de dar media vuelta para volver a casa. La clase ha terminado y todos están sentados en el suelo formando un círculo. La que parecía ser la profesora alza la vista y

de nuevo sorprende su mirada. Se levanta, va hacia la puerta y asoma la cabeza.

—¡Hola! ¿Estás buscando información sobre la escuela? Pasa si quieres.

—No, gracias, yo solo...

—No cobramos por preguntar. Aquí intentamos buscar el equilibrio. — Sonríe—. Es importante en momentos difíciles. Te he visto antes y me ha parecido que te apetecía entrar. ¿Estás seguro de que no quieres pasar?

—Otro día, quizá. —Le devuelve la sonrisa.

—Ya sabes dónde estamos. —Se echa hacia atrás para cerrar la puerta.

—¡Espera! —exclama Simón—. Estoy buscando a una amiga que venía a hacer un curso de fotografía aquí al lado, igual la has visto. Se llama Li y es china.

La mujer se adelanta y ajusta la puerta a sus espaldas.

—¿Li? Claro que la conozco, a veces charlábamos cuando ella salía a fumar en los descansos del curso. Una chica estupenda y muy espabilada. ¿Cómo está? Hace mucho que no la veo.

Simón intenta controlar su nerviosismo y pone las manos a la espalda.

—Yo también, desde después de Reyes, por eso venía por el barrio, para ver si la encontraba.

—Pues no puedo ayudarte, no sé nada de ella. ¿Has preguntado a su novio?

—¿Su novio?

—Bueno, no sé si lo es todavía, pero venía a buscarla a menudo. —La mujer frunce el ceño—. Daba vueltas por la calle, esperando a que saliera. Un poco sobrado, ni siquiera saludaba cuando nos cruzábamos, y eso que Li nos había presentado. Con lo simpática que es ella no me explico qué hace con un chico como ese. Será por aquello de que los opuestos...

—¿Cómo se llamaba? —Ella niega con la cabeza—. ¿Puede ser que sea Borja?

El rostro de la mujer se ilumina.

—¡Sí! Eso es, Borja. ¿Lo conoces?

—Es... conocido de un amigo, sí. ¿Li dijo algo sobre si seguiría con el curso?

—Solo sé que ella ama la fotografía, es su vocación. La verdad es que no creo que ahí —señala hacia el edificio contiguo— aprendiese demasiado, iba

más adelantada que todos los demás. Lo siento, no sé qué más puedo decirte.

—No pasa nada, muchas gracias.

—A ti, y ya sabes dónde estamos. —Mira detrás de Simón y exclama—: ¡Madre mía! ¡Otra vez!

—¿Qué?

—Mira —le señala una pared en la otra acera— a la altura de los mendigos. Lo han vuelto a poner, la semana pasada había otro y lo borraron los del ayuntamiento. Nos dijeron que hay grupos de extrema derecha que se dedican a hacer estas pintadas, incluso han agredido a esa pobre gente. —Camina unos metros hacia la pared y se vuelve a Simón, que la ha seguido—. ¿Cómo pueden sentir tanto odio?, ¿están enfermos? —Menea la cabeza, preocupada.

—Parece que ha leído las cartas de Jack el Destripador.

—¿Qué dices?

—...

En la pared hay dibujado un puñal del que caen unas gotas pintadas de rojo, bajo el que puede leerse: «PUTOS RUMANOS, OS DESTRIPIREMOS. SALUDOS DESDE EL INFIERNO».

## 8

Manolo se rasca la cara sin perder de vista la puerta negra que está a unos metros de su coche. Apenas queda luz, y los del ayuntamiento cada vez encienden las farolas más tarde, y eso que está en un barrio rico, en la calle Atenas, más arriba de plaza Molina. Ha comido demasiado, y permanecer horas detrás del volante sin hacer otra cosa que esperar lo ha sumido en una intensa modorra. Bosteza continuamente y se le cierran los ojos. El cocido estaba de muerte, pero empieza a pensar que ya no tiene edad para algunas digestiones. Si tuviese veinte años menos, o, por qué no, treinta, otro gallo cantaría. Se quita la gorra, la deja en el asiento del copiloto y se mira en el espejo retrovisor. Se ha puesto su mejor camisa y hasta se ha echado colonia. Espera que sirvan para algo.

—Manolo, estás hecho un pincel —dice en voz alta.

A unos metros de donde está aparcado, hay un supermercado de pakistaníes en el que no paran de entrar viejos, y, por lo que ha podido observar, todos salen con bolsas de las que asoman manzanas, peras y algún plátano con pinta de que deberían estar ya en el contenedor de la basura. Menea la cabeza. No entiende la obsesión de los viejos por comprar fruta, se pregunta si de verdad se la comen, o solo lo hacen para convencerse de que es suficiente con tenerla en casa para cumplir con lo que les dice el médico. Su madre, que él sepa, no comió una fruta en su vida. La mató un coche que se saltó un semáforo en la Gran Vía. Su padre se marchó de casa mientras ella estaba en la UVI, por aquello de evitar lo que se le venía encima. Nunca más ha vuelto a verlo. Igual también está muerto. Mucho mejor, así no tiene que cargar con nadie.

Empieza a tamborilear los dedos en el volante y vuelve a mirar la puerta, que se abre para dar paso a una mujer que la cierra con llave a sus espaldas.

Echa a andar en su dirección, y a él se le escapa una sonrisa al ver que lleva puesta aquella minifalda tejana que tanto le gusta, y la camiseta roja que le ciñe el pecho, ahora parcialmente oculto por la cazadora. Sigue estando buena, aunque las varices ya dibujan telarañas en sus piernas y su rostro ha perdido la frescura de la juventud. Y lo más importante, tiene un buen polvo, aunque hay que saber llevarla para que no te mande a la mierda. Quizá eso es lo que le gusta de ella, lo que le engancha, la incertidumbre de si será la última vez. Y la hija de puta lo sabe.

Toca el claxon para llamar su atención, la ve levantar la vista del móvil y esbozar un gesto de sorpresa. Anda taconeando fuerte con sus botas, echando miradas a su alrededor, y cuando llega a su altura, asoma la cabeza por la puerta del copiloto que él le ha abierto.

—¿Manolo? ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Estás loco? —Se atusa la melena rubio platino sobre los hombros.

—Anda, sube, guapa, tengo que hablar contigo.

—Estás loco, Manolo —repite ella, pero en su voz advierte un tono que le da esperanzas. Después de unos segundos de indecisión, entra y se sienta a su lado.

—¿Un cigarro, Dolores? —ofrece.

—Lo estoy dejando, tío. —Lo mira—. ¡Madre, mía! Te has afeitado las patillas, no me lo puedo creer. —Suelta una carcajada—. Se te ve la piel más blanca, vas a tener que tomar el sol.

—Me escuece la cara que no veas... Me las he afeitado por trabajo —dice él, frunciendo el ceño—. El niñato me dijo que llaman demasiado la atención.

—¿El niñato? ¿Borja? —Ella alza una ceja—. Ándate con cuidado. Ese tío es un cabrón y lo sabes, ya te lo dije. Y lo peor es que su padre no lo controla. —Se vuelve hacia él y la falda se le sube unos centímetros más, dejando al descubierto una porción generosa del muslo—. Lo que hacemos es peligroso, a veces no las tengo todas conmigo. Quería hablar contigo de esto, iba a llamarte esta noche. —Baja la mirada y se toquetea la pulsera, una correa de piel con una piedra azul de forma ovalada en la que unas líneas negras dibujan un ojo.

—Bonita pulsera. ¿Es egipcia? —Ella se encoge de hombros—. No te preocupes. Sé lo que hago, nena.

—Lo dudo, y no me llames «nena», puñeta. Oye, mejor nos vemos otro día.

He terminado mi turno en la clínica y estoy cansada, mi hijo debe de estar en casa jugando con la Play y tocándose las narices, seguro que no se ha hecho ni la cama.

—Ya es mayorcito, déjalo.

—Y una mierda, si no lo controlo no se va a sacar ni la ESO. Menudo es...

—¿De qué quieres que hablemos? —Enciende un cigarrillo.

—Ya lo sabes, no me gusta nada lo que ha salido en los periódicos; si no fuera porque no pagan mal, otro gallo cantaría. Y porque necesito la pasta, con mi sueldo de enfermera no llego. Joder, me voy, vas a engancharme el olor del tabaco.

—Espera. —Abre la ventanilla—. Borja me dijo que la cosa está jodida y que de momento no se harán más entregas.

—Yo no sé nada. —Se encoge de hombros—. Hago mi trabajo, el de la clínica y este, y punto, no pienso. No me han dicho nada. —Evita su mirada.

—¿Tienes alguna ahí? —Con la cabeza indica el edificio del que ella acaba de salir.

—Sí, la trajo Borja, esta es más joven, una mulata ecuatoriana. Ya hace demasiados días, no sé en qué están pensando, habrá que hacer algo con ella pronto. —Se revuelve en el asiento y pone la mano en la puerta—. Me marcho.

—El niño me tiró una indirecta, que si no estaba trabajando para quien ya sabes... No habrás metido la pata, ¿verdad, princesa? —Tira el cigarrillo por la ventana y pone una mano sobre el muslo de ella—. Mira que no me gusta enfadarme contigo.

Ella le sostiene la mirada.

—¿De qué vas? No hablo de ti con nadie. —La mano de él sube un poco más y se cuela por debajo de la falda, buscando el calor de su vientre.

—Mejor así. —Prosigue su avance y ella abre un poco más las piernas—. Sé lo que hago. Tú y yo nos llevamos bien, no tenemos nada que ver con esos gilipollas. Si algún día hay problemas, nos piramos y que pringuen ellos, ¿no?

—Sí. Oye, van a vernos... —susurra Dolores, y emite un gemido—. Más arriba... —Coge la mano de él y la guía.

—Casi no hay luz, no te preocupes. Esto es un aperitivo de lo que voy a hacerte más tarde. ¿Así? ¿Te gusta? —Acerca su rostro al de ella y mira sus pupilas dilatadas.

—Ni se te ocurra parar.

## 9

—Estuvo ahorrando durante meses, porque, desde luego, aquello costaba una pasta. Lo más importante después de lo que le habían hecho años atrás, era no caer en manos de cualquier carnicero, así que fue a uno de los mejores, el doctor Montero. Tendrías que haber visto las cicatrices que llevaba la pobre, y tenía unos dolores... Y eso que hacía mucho deporte y se cuidaba.

—¿Cuándo se operó? ¿La viste después?

—Fue en marzo del año pasado, me acuerdo porque yo acababa de cogerme unos días de vacaciones. Fui a verla a la clínica; todo le fue genial. Incluso la acompañé a casa cuando le dieron el alta, hablamos por teléfono al día siguiente y luego ya no supe nada más. Me extrañó mucho, la verdad. Era una chica muy agradable.

*El doctor Montero.*

Sara subraya el nombre en su libreta. Es la segunda vez que alguien le habla de ese médico. Primero había sido la hija de Emma Ribó, ahora la compañera de Alina, la traductora de rumano desaparecida, con la que había tomado un café antes de entrar en la comisaría. Para ambas era una eminencia. Además, por lo que le había contado la traductora, Alina necesitaba un cirujano que fuese casi un mago. Arreglar el desastre que le habían hecho en el culo tenía mucho mérito.

Sentada en su mesa, empieza a buscar en Internet datos sobre el individuo en cuestión mientras oye a Carlos charlando y riendo en el pasillo. Si no fuera porque no soporta estar sin ver el exterior, cerraría la puerta. Por suerte, parece que por el momento no hay mucho trabajo.

Da un silbido, hay un montón de entradas en Google. Ricardo Montero, cuarenta y cinco años, cirujano plástico, fundador de la clínica RIMO, en la

avenida Pearson, en la zona alta de Barcelona, como no podía ser de otra manera. Fotos. Un edificio acristalado, moderno, en el que según la propaganda se practica lo último en cirugía estética con asesoramiento personalizado e incluso asistencia psicológica, precios ajustados, bla, bla, bla; lo de siempre. Una instantánea de él. Pelo oscuro repeinado, mandíbula ancha, ojos claros tras unas gafas de pasta, hoyuelo en la barbilla a lo Superman, sonrisa franca, de anuncio. Cualquiera se pondría en sus manos, para lo que sea. Inspira confianza, saber hacer: «Si usted lo dice, doctor, me opero la nariz y lo que haga falta...». Lo bueno es que la cara le recuerda a alguien y no sabe a quién.

*Y todo esto, ¿de qué te sirve? Estás haciendo la gilipollas. Deberías llamar a Simón para ver cómo está. Si se ha tomado las pastillas. Si está en casa.*

Sigue mirando la pantalla. De golpe, su dedo se detiene sobre el ratón. No es todo de color de rosa. Mister Perfecto ha estado metido en algo que llegó a los juzgados. Pincha el enlace.

—¡Sara! —Carlos asoma la cabeza por la puerta—. Vamos a pedir algo para cenar, ¿te apetece pizza o qué?

—Nada —dice ella mientras su vista resbala por la pantalla.

—¿Nada? ¿Te has traído la cena?

—Que no, joder. Que no quiero nada, déjame en paz.

—Eres insoportable, tía.

—Ya lo sé —murmura ella.

Sara coge su libreta y empieza a anotar. Está claro que los ricos también tienen problemas. Y de los gordos. En el año 2005, Ricardo Montero fundó junto con otro cirujano, Ignacio Marín, y un empresario, Oriol Mesquida, una clínica llamada 3M Estética, en la carísima avenida Tibidabo, con vistas privilegiadas sobre la ciudad. Las páginas de economía de los periódicos se hicieron eco de su cotización en bolsa y de su ascenso fulgurante. Políticos, banqueros, actrices, todo Dios pasaba por allí, y los que no habían pasado hacían como si lo hubiesen hecho. Hasta que en el 2010 sucedió algo que los diarios no explicaban, pero Montero llevó a sus socios a los tribunales y la clínica cerró las puertas. Las noticias no acababan de ser claras, llovieron las demandas millonarias entre unos y otros, hasta que de golpe se archivó todo y, al cabo de tres años, Montero abrió en solitario la clínica RIMO. Y de los

otros socios, ni media.

Coge el teléfono y busca el número de Melly.

—¿Sí?

—¿Te suena el doctor Montero? ¿Rosaura te habló de la clínica RIMO?

—Ni idea —contesta tras una pausa—. Nunca me dijo nada parecido.  
¿Tienes alguna...?

—No, nada.

Cuelga y pone los codos encima de la mesa, apoyando las manos en la frente.

—Joder, joder —dice en voz alta—. Yo he oído ese nombre antes.

Se levanta y sale al pasillo. Sus compañeros han desaparecido. En la distancia ve al sargento, que escribe en su ordenador. Se dispone a retroceder cuando él levanta la vista y la ve.

—¡Peña! Ven un momento.

Maldiciendo su suerte, se acerca hasta el despacho y se queda en el umbral.

—Estoy muy ocupada ahora mismo, ¿qué pasa?

Él la mira y levanta una ceja.

—¿Ocupada? ¿Haciendo qué?

—Ya sabes, papeleo, más papeleo, voy archivando cosas y...

—Pues a ver si se nota el esfuerzo. Pasa, ¿qué haces en la puerta? Tengo aquí unas diligencias del atestado de ayer de Montero que no firmaste.

—¿De quién? ¿Qué has dicho?

—¿Estás sorda? Montero, el detenido de ayer, el que vino pasado de coca dando golpes con el casco de moto. Lo dejamos en libertad a primera hora de la tarde. Échale un vistazo y me lo devuelves firmado. —Le deja una carpeta encima de la mesa.

—¿Ricardo Montero?

—No, ese es su hermano, mandó a su abogado. —Hace una mueca—. Uno de los que no ponen un pie en la calle si no hay mucho dinero de por medio. El detenido era Miguel Montero.

—El que decía que había matado a su madre y a una mujer...

—Estaba hecho polvo. Su madre murió en 1992, se suicidó. Llevó el tema la Nacional, lo archivaron rápido. Y de lo de ayer, no había nada, la chica no

tenía más que una buena resaca y algún moretón, eso sí, pero no quiso denunciar. Ya sabes lo que pasa.

—Eh..., sí, claro. Bueno, pues lo firmo y te lo traigo.

—Venga, date prisa.

Sara coge la carpeta y sale del despacho pensando que ha encontrado un hilo del que tirar. Ahora sabe a quién le recordaba el cirujano, al loco de su hermano. Son bastante parecidos, aunque se nota que el loco no ha tenido tan buena vida como su hermano mayor. Empieza a dolerle el estómago vacío. Tendrá que avisar a Carlos para que le traigan una pizza. Se le ha despertado el hambre.

## 10

Es el tercer local de la calle Aribau en el que Pablo entra y la cuarta copa que consume. A este paso va a dejarse el sueldo y el hígado. Ni rastro del tal Borja hasta el momento. Por suerte, la música se deja escuchar, porque está hasta las narices de los ritmos salseros y de los temas comerciales que la gente corea como si les fuese la vida. A veces se siente como si tuviera cien años.

Busca un hueco en la barra para tener una mejor visión del personal que llena los pocos metros cuadrados disponibles. Para ser domingo por la noche, el local no está mal, es el que tiene más público de todos en los que ha entrado y pronto descubre el porqué. Un grupo de unas quince chicas sudamericanas celebran la despedida de soltera de una de ellas, que lleva un vestido rojo ajustado con una banda blanca en la que han escrito: «FUTURA NOVIA». El resto lucen pelucas de pelo rizado de todos los colores, batas blancas de enfermera, gafas negras de pasta y labios pintados de rojo intenso. Los camareros, con ganas de echar el cierre, no paran de servirles chupitos que ellas beben dándose gritos de ánimo. Pablo duda de que puedan acabar la fiesta en condiciones. Algunos buitres revolotean cerca de ellas, a la espera de poder hacer algo más que pasar la noche agarrados a un vaso de cristal.

Saca su móvil para mirar los mensajes de Simón. Cada cinco minutos le pregunta si hay alguna novedad, si tiene alguna noticia de Li. Hace rato que ha optado por no contestar. Sabe que su amigo seguirá escribiendo y que es inmune a su silencio. Comparte su preocupación, pero está empezando a pensar que lo que hacen no sirve de nada, que lo mejor sería ir a denunciar a la policía y que ellos hagan su trabajo. Simón le explicó que Sara está investigando la desaparición de dos mujeres más que pueden tener algo en común con Li. Por lo que Pablo sabe, Sara no puede hacer ningún tipo de

trabajo que no sea el puramente administrativo, así que, además de jugarse el puesto, debe de estar dando palos de ciego, como ellos. Vaya trío de gilipollas que están hechos.

Cuando conoció a Simón, le llevó bastante tiempo conseguir que confiase en él, sacarle lo que había sufrido, el calvario que pasó su madre, y aun así, sentía que su amigo callaba algo más. Algo que mantenía oculto y que le impedía salir de ese lugar en el que se encerraba siempre, que disparaba su ansiedad y sus ideas suicidas. Sara aparentaba ser más fuerte, aunque Pablo sospechaba que bajo esa coraza de mala leche se escondía la niña asustada que había soportado las palizas y las humillaciones de su padre. Que se había jurado no depender de nadie.

Da un sorbo a su bebida mientras recuerda el día en que Sara y él estuvieron juntos. Antes de las fiestas de Navidad, fue a devolverle a Simón el móvil que se había dejado en el parking la noche anterior. Sara le abrió la puerta y lo invitó a una cerveza. Luego pensó que ese día ella debía de sentirse más sola que de costumbre. Quizá él también. De pie, en la cocina, vaciando un botellín tras otro y sin proponérselo, acabó contándole la desaparición de Jeanne, sus problemas con las drogas, su mierda de trabajo. Ella lo miraba en silencio, reconociendo en sus gestos, en sus palabras, sus propias heridas. Se acercó a él y se apartó el flequillo de la frente. Pablo pudo ver la gruesa cicatriz que la cruzaba, desde la raíz del cabello hasta la ceja izquierda, y se quedó sin saber qué decir. Sin hablar, ella se quitó el jersey y le mostró las marcas en la espalda, en los pechos, en el vientre.

Deja la copa vacía en la barra. Mejor marcharse a casa y dormir, si puede. Se vuelve, y entonces lo ve, al otro extremo, mirando a las chicas de la despedida de soltera, que se han despojado de sus pelucas y se han lanzado a bailar. Es Borja Mesquida, no hay duda. El mismo que estuvo hablando con Li en noviembre, el día de la exposición de fotos en el barrio del Poble-sec; el mismo que, según Simón, aparentaba ser novio de Li cuando iba a buscarla al curso de fotografía. La luz de uno de los focos cae sobre su rostro e ilumina una expresión despectiva mientras bebe y observa a las chicas. Lleva una camisa de manga larga y no puede verle los tatuajes, pero es él. Tal vez podría acercarse y entablar conversación. Siempre pueden charlar sobre Heini, el camello. No hay nada como tener un colega en común, y más de esa categoría.

Las pastillas que le ha comprado esta mañana siguen en el bolsillo de su

pantalón, de donde no se ha atrevido a sacarlas. De hecho, quiere olvidar que las tiene en su poder, aunque de vez en cuando una voz le susurra que no pasaría nada por probarlas, que no volverá a engancharse con tan poca cosa. Intenta no prestar atención a esa voz.

Borja se despega de la barra y se acerca a una de las chicas sudamericanas que ha quedado un poco apartada, mientras observa la pantalla de su móvil y se balancea al ritmo de la música. Le habla al oído y ella se vuelve a mirarlo con una sonrisa. Ahueca su melena oscura visiblemente complacida. Parece tener éxito, porque ambos van hacia la barra, donde piden bebida. Ella no deja de mover las caderas y de reír, y Borja despliega todos sus encantos.

Resignado, Pablo se acerca a ellos para intentar oír la conversación, lo que no es nada fácil con la música y las chicas que bailan y gritan detrás de él. Se sitúa a la derecha de Borja y pide una cerveza que no le apetece tomar.

—¿De verdad eres representante de modelos? —Afortunadamente, la chica tiene que alzar la voz para hacerse oír.

Es imposible escuchar la respuesta, aunque, por lo que está viendo, la estrategia del cabrón es la misma que usó con Li. No se sorprende cuando Borja saca algo del bolsillo de los tejanos y se lo tiende a la chica. Una tarjeta blanca con letras doradas grandes que brillan a la luz de los focos.

—¡Guay, qué bien! ¡Te llamaré seguro! —aúlla ella—. ¿De verdad crees que tengo futuro como modelo? ¡Qué guay! —repite, emocionada.

La respuesta debe de ser que sí, porque la chica ríe, coqueta, y se guarda la tarjeta en el escote. Charlan un poco más, las cabezas muy juntas. Borja le da un beso en la mejilla y se despide de ella, a la que le falta tiempo para correr hacia sus amigas y contarles a voz en grito que un cazatalentos se ha fijado en ella. Pablo da un sorbo a la cerveza, espera unos segundos y sale tras él.

Cae una lluvia fina que acaba calando y Pablo se sube la cremallera de su cazadora. Borja camina rápido, a grandes zancadas, en dirección a la Vía Augusta. A medida que se alejan de la zona de bares, la calle está desierta y Pablo ralentiza la marcha para evitar ser descubierto.

Llegan a la Vía Augusta y Borja gira a la derecha para luego cruzar y seguir subiendo por una calle más estrecha. Quizá vaya hacia su casa, están en una zona buena de la ciudad, propia del tipo de familia con dinero a la que, por lo que le dijo el barbero nazi, pertenece el cabrón que camina a unos

metros de él. Se ha levantado viento y la lluvia arrecia. Pablo empieza a maldecir con ganas. Ve cómo el otro atraviesa una calle y sigue andando, ahora más deprisa. Pasa por delante de un supermercado de pakistaníes que todavía tiene las luces encendidas y en el que un chico joven está entrando las cajas de fruta. Unos metros más allá, Borja cruza la acera y se detiene ante una puerta metálica negra, la abre y la cierra tras él.

Es una casa antigua, restaurada y pintada de granate oscuro. De dos plantas, y tres ventanas en el piso superior, queda encajonada entre dos edificios mucho más altos. Cruza la acera. En la fachada, una placa alerta de la existencia de alarma de seguridad y, al alzar la vista, Pablo ve dos cámaras, una encima de la entrada de vehículos y la otra sobre la puerta. No hay timbre al que llamar.

Ya es casi medianoche, está perdiendo el tiempo y va a acabar empapado. Con la maldita lluvia no se ve ningún taxi, así que le va a tocar andar hasta la parada de autobús. Mientras deshace el camino, la puerta negra se abre despacio. Borja Mesquida sale y sigue los pasos de Pablo.

# 11

El sol de la mañana entra por las ventanas de la biblioteca, despojándola de su aire de misterio y dejando en evidencia el polvo acumulado en las estanterías. Normalmente, el jefe de Simón reserva los lunes para su visita de inspección; siempre sin avisar previamente, a cualquier hora, como si quisiera pillarlo en falta. Aparece con su cartera debajo del brazo y no está mucho tiempo, lo justo para hacerle cuatro comentarios relativos a que no cumple con sus obligaciones, sin concretar cuáles son, eso sí, y luego se encierra en su despacho. Simón sospecha que en la cartera debe llevar las revistas porno que usa para pasar el rato.

Hoy no está de humor para aguantar sus comentarios. Pablo le escribió ya de madrugada para decirle que había encontrado a Borja Mesquida y que deberían averiguar lo que pudiesen sobre la casa en la que lo vio entrar. Su preocupación aumentó cuando leyó que la táctica empleada por el tipo había sido la misma que con Li. «Tal vez se dedica a captar chicas para un tema de trata», le escribió a Pablo, pero este no le respondió.

Sara tampoco quiso hablar con él, llegó reventada y se metió directamente en la cama. Sabe por experiencia que su hermana no va a hacerle caso hasta que no haya dormido, así que ha tenido que tragarse su impaciencia e irse a trabajar, controlando a duras penas el impulso de seguir destrozándose la piel de las manos y de los brazos a la que no da tiempo a cicatrizar. En el cajón de su mesa en la biblioteca, ha encontrado unos guantes de algodón y se los ha puesto para evitar tentaciones. Algo es algo.

Emma Ribó, la prostituta Rosaura y la intérprete rumana, Alina, figuraban en las notas de Sara. A ellas había que añadir a Li. No tenían nada que ver entre sí, salvo que las tres primeras habían pasado por el quirófano por cuestiones de estética y, probablemente, Li también. Alina fue la primera en

desaparecer, el año pasado; luego Li, después de Navidad. Emma Ribó hacía casi dos semanas y Rosaura solo unos días, si no recordaba mal. ¿Y qué pinta en todo eso el nazi con el año de nacimiento de Hitler tatuado y el número 88? Necesita hablar con Sara o se volverá loco. Vuelve a ordenar las páginas que ha impreso hace un rato, publicidad de las clínicas que Rosaura tenía en su casa. Y las fotografías que ha hallado en Internet, en las que se aprecia claramente el resultado de las negligencias y malas praxis médicas que han sufrido varias mujeres tras pasar por el quirófano por estética. Algunas de ellas son espantosas. A pesar de los guantes, empieza a toquetearse los pulgares.

La puerta de la entrada se abre con su chirrido habitual. Simón aparta rápidamente los folios y se vuelve esperando ver a su jefe.

—¡Vaya! ¿Qué hace usted aquí por la mañana?

El doctor Roca se acerca a él mientras se quita la gabardina, que a pesar del calor ha añadido a su traje gris de costumbre. No tiene buen aspecto. Parece como si hubiese perdido peso desde el jueves y su tez tiene un color enfermizo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta Simón.

—No demasiado, he pasado un fin de semana de perros. —Los cuatro cabellos que le cruzan el cráneo aparecen electrizados, apuntando en todas direcciones—. Va a estallarme la cabeza. He venido porque ya no soportaba más estar en casa. Creo que iré a sentarme en la mesa del fondo, veo que allí no llega el sol. ¿Encontraste lo que te pedí el jueves?

—Lo siento —avergonzado—. No volví a pensar en ello, lo buscaré más tarde...

Roca frunce el ceño y se da la vuelta para ir hacia la mesa. Se agacha a recoger un papel que, en su precipitación, Simón ha tirado al suelo.

—Vas perdiendo los papeles... —Se incorpora—. ¿Y esto? —Alza el folio y lo mira.

—Se me ha caído, no me he dado cuenta. —Sonrojado, se levanta de la silla.

—¿De dónde lo has sacado? Qué asco, eso pasa por la obsesión de operarse. —Se lo entrega a Simón—. Y con un cirujano que debe de ser un carnicero. Esta mujer de la foto no recuperará el pecho en la vida, se lo han destrozado.

—Estos casos son legión, gente que ha tenido problemas por cirugías mal hechas o que han sufrido complicaciones. Algunos han muerto...

—Ya, ya... Les está bien empleado por obsesionarse con tener un pecho grande, o esas que se cambian la cara. ¿Y para qué quieres esto? ¿No estarás pensando en hacerte un retoque, como dicen ahora?

—No, solo buscaba información. —Simón desvía la mirada.

Roca se aleja hasta la mesa más lejana y coloca la gabardina en el respaldo de la silla.

—Las mujeres están obsesionadas con tener el cuerpo perfecto. —Se acerca a la estantería donde están los libros sobre mitología y vuelve a la mesa. Mientras se sienta hace un gesto de dolor—. Tengo la espalda hecha cisco, madre mía. La humedad de ayer, y hoy hace calor. —Se quita las gafas y empieza a limpiarlas con el extremo de su corbata—. Hasta las monjas se operan por estética.

Simón ha guardado los papeles en el cajón de su mesa y alza la vista.

—¿Qué? ¿Las monjas?

—Una vecina de mi escalera, una maleducada, me contó algo de una monja que quería operarse. —Se coloca las gafas—. Sí, que perdió la fe, abandonó la orden de la Santidad de María o algo así y se operó de las bolsas de los ojos. Y que no la han vuelto a ver. —Esboza una mueca que no tiene nada que ver con una sonrisa—. No presté mucha atención a lo que decía, esa mujer...

—¿Qué mujer? —Simón se quita los guantes y, nervioso, se acerca a la mesa que ocupa el médico.

—Mi vecina, ¿no me escuchas? Es un parásito, alguien que no cumple ninguna función en la sociedad más que la de molestar al prójimo, es desagradable, una impresentable. Nadie la echaría de menos si desapareciera —susurra, y, ausente, sus manos rozan la cubierta del libro. Su mirada se pierde en las estanterías—. Nadie.

Simón se aclara la garganta.

—¿Dice que a la mujer que se operó, la monja, no la han vuelto a ver?

—¿Qué? —Roca parece volver a la realidad y lo enfoca con la mirada—. Sí, la semana pasada oí a mi vecina hablar con otra monja, decía que la estaba buscando, no hablaba con ella desde octubre. Igual se murió en la mesa de operaciones, como esa gente que tienes ahí en las fotos. No sé más. ¿A qué viene tanto interés?

—Me interesa, sí. —Apoya las manos en la mesa y se inclina hacia el médico—. Puede ser otro caso, están desapareciendo mujeres. Todas han pasado por una intervención de cirugía plástica o iban a hacerlo, y ya no están.

—¿Y ti qué te importa? —sorprendido.

—Una de ellas es la tía de la niña que viene cada tarde a hacer los deberes. Solo tiene diecinueve años. Y hay cuatro más, si contamos a la monja que acaba de decirme, en total cinco. Cinco. —Se controla para no alzar la voz.

—Pues que las busque la policía, que para eso está. —Despectivo, abre el libro.

—No todas tienen quien se preocupe por ellas.

—Estás haciendo un drama, que cada palo aguante su vela. ¿Qué ganas haciendo de policía aficionado? —Abre el libro y empieza a hojearlo.

—¡No hay nada que ganar! —Le cierra el libro de un manotazo y el doctor lo mira, sobresaltado—. ¡Hay que hacer lo correcto! Al menos por una vez en la vida. ¿No cree, doctor Roca? Usted más que nadie.

—¿Qué dices?

—Hace tiempo que sé quién es. —Habla deprisa—. Fue condenado a seis años de cárcel, de los que cumplió cuatro. Delito de suicidio asistido, lo he buscado en el Código Penal. No es una condena muy larga para las barbaridades que hizo. La prensa lo llamaba *el Exterminador*, ¿recuerda? Solo pudieron probar dos casos, aunque había sospechas fundadas de que había «ayudado» a morir a muchos más. Los consideraba desechos, rémoras con las que cargar, basura que solo da problemas y gastos, seres prescindibles, ¿no es cierto? Eso dijo en el juicio el psiquiatra que estudió su caso. En prisión participó en programas de reinserción. —El doctor lo mira, inmóvil, encogido en la silla—. Aunque no sé si surtieron efecto. Cumplió con su condena, sí, aunque intuyo que sigue pensando igual, ¿me equivoco?

—...

—Le gustan los monstruos porque es uno de ellos, camina sobre la Tierra y se cree con derecho a decidir quién debe morir y quién debe vivir, ¿verdad?

—Con los dedos índices se arranca compulsivamente las costras de los pulgares, que empiezan a sangrar.

—Simón...

—Va a recordar todo lo que sabe sobre esa monja desaparecida y me lo va a contar. Tal vez sea una oportunidad que le da el destino para... —Se interrumpe, coge una silla y se sienta frente a él.

*Para redimirse, piensa Simón. Para redimirnos, se corrige.*

## 12

—Necesito un café bien largo, Lorena —dice Sara mientras deja el dinero encima del mostrador.

La panadería está vacía. Es demasiado tarde para comer y queda un buen rato para que los niños salgan de los colegios. Dentro de poco llegará el abuelo Josep a merendar las magdalenas que le regala Lorena, y luego la gente que acude a tomarse el café de la tarde. Va hasta la mesa que queda más apartada y deja la chaqueta en la silla. Acaba de ducharse y se ha puesto lo primero que ha encontrado, una camiseta vieja y los tejanos más cómodos. El pelo húmedo le cae sobre la espalda y se lo recoge en una coleta, tras comprobar que el flequillo está en su sitio.

—Vaya calor que hace hoy, ¿eh? —le contesta su amiga mientras seca las tazas que acaba de lavar—. ¿Una mala noche? No tienes buena cara. ¿Te llevo un bocadillo también? ¿De jamón?

—No. Bueno, sí, no he comido nada.

—Pues ya va siendo hora. Te vas a quedar en los huesos.

Sara ya no la escucha. Se sienta y abre su libreta con un bostezo. Ha dormido muy poco. Cada vez que cerraba los ojos veía los nombres de las mujeres desaparecidas que se confundían entre sí. Cuando por fin se durmió, soñó con la noche en la que Miguel Montero fue a la comisaría y empezó a tirar el casco de moto por las sillas. En su sueño, no había forma de pararlo y Sara se sentía impotente sin su pistola. Se ha despertado angustiada, recordando la expresión de desesperación y miedo que había en los ojos del tipo. Miedo de sí mismo. Según el atestado que el sargento le pasó para que lo firmara, la chica con la que había estado no presentó denuncia, lo que no casaba nada con lo que decía Montero. Y su hermano es el famoso cirujano de ricos que tuvo que montar su propia clínica tras partir peras con sus socios. Y

en la que se operaron Emma Ribó y Alina, la traductora de rumano.

*Déjalo estar. Tienes que dormir, esta tarde tienes cita con la psicóloga.*

Vuelve a leer sus notas, mientras se mete en la boca un puñado de pastillas de regaliz. Montero dijo también que se culpaba de la muerte de su madre. En el atestado figuraban los datos de la madre y la fecha de la muerte, 25 de octubre de 1992. Había sido un suicidio y la Policía Nacional lo archivó. No estaría mal hablar con alguien de la Nacional que le pudiera echar un cable. Además, tiene que buscar información sobre los antiguos socios del cirujano, que tiene anotados en alguna parte.

—Aquí lo tienes. Estoy hecha polvo, he tenido una mañanita... No falla, todo se complica cuando la chica tiene su día de fiesta —dice Lorena, que deja en la mesa el café y un plato con el bocadillo. Se sienta frente a ella—. ¿Qué estás leyendo?

—Nada, no es nada. —Cierra la libreta—. ¿Cuánto es el bocadillo?

—Regalo de la casa. Pues para no ser nada se te ve muy concentrada. ¿Vas a decirme lo que te pasa? ¿Es por lo del expediente? Ya debe de faltar poco para que decidan algo, ¿no? —Le aprieta la mano, afectuosa.

—Déjame en paz, Lorena, ahora no quiero hablar. En serio. —Retira la mano.

—Sabes que si necesitas algo, lo que sea, estoy...

—No necesito nada ni a nadie —sin mirarla.

—Eso es lo que tú te crees. —Disgustada, da una palmada en la mesa y se levanta—. Siempre haces lo mismo, escapas, te escondes, huyes de la gente que te quiere. ¿Por qué? ¿Tienes miedo a que te hagan daño? —Sara la mira sin contestar—. Pues te equivocas, no puedes vivir en una burbuja, sin tocar a nadie, y salir corriendo cuando se acercan demasiado a ti. Eso es una mierda de vida. Tienes que dejar el pasado atrás, Sara. Puñeta, no sé por qué me molesto contigo. Como si me sobrara el tiempo... Estaré dentro, si viene alguien, avisa.

Sara abre la boca para esbozar una disculpa, pero su amiga ya ha desaparecido en la trastienda. Coge la taza de café y le da un sorbo. Mira el bocadillo. No tiene mala pinta, y le da un mordisco mientras pasa las páginas de la libreta.

—Joder, lo había olvidado —murmura.

Borja Mesquida, subrayado dos veces. Cuando Simón le contó lo que

había averiguado en la escuela de fotografía donde estudiaba esa chica china y que ese tío era su novio o algo parecido, le pareció que podía ser importante. Y, además, le suena mucho el apellido y no sabe de qué. Está perdiendo la memoria, como una vieja. Sigue pasando las páginas.

—Hola, Sara —dice una voz—. Te he llamado al móvil y no contestabas. Tenemos que hablar.

Levanta la vista y ve a Pablo, con un cigarrillo apagado en los labios, que se sienta en la silla que ha dejado Lorena. Juguetea con el paquete de tabaco y en su rostro hay un rictus de preocupación.

—Coño, no te he visto entrar. —Sara frunce el ceño—. Esta mañana Simón ha empezado a contarme algo sobre ti, no he entendido nada. Tenía que dormir.

—Le escribí para decirle que encontré a Borja Mesquida y...

—Ahora mismo estaba pensando en ese tipo. Antes de que sigas hablando, tengo que decirte que no sé por qué mi hermano te ha metido en esta película. Imagino por qué está tan obsesionado con encontrar a Li, pero me da igual. No sois policías. Así que dime lo que sepas y puedes marcharte.

—¿De qué vas? —Se quita el cigarrillo de los labios y abre mucho los ojos—. ¿Te crees una justiciera o algo por el estilo? —Se echa hacia delante y le lanza el paquete de tabaco, que cae sobre la libreta—. Lo que voy a hacer es ir a la policía, a la de verdad, a denunciar la desaparición de Li, como tiene que ser. —Le apunta con el cigarrillo—. Tú no puedes hacer una investigación de ese calibre, lo tienes prohibido y, además, no sabes con quién te estás metiendo.

—¡No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer! —De un manotazo aparta el paquete de tabaco, que cae al suelo, y reprime las ganas de tirarle el café a la cara.

—¿Va todo bien, Sara? —dice Lorena, que asoma la cabeza por la puerta de la trastienda.

—Sí, no hay problema, este ya se va —contesta Sara.

Lorena duda, pero acaba por volver dentro.

—Escúchame bien —insiste Pablo—. Te repito que no tienes ni idea de quién es esa gente. Los conozco. Son escoria. Borja Mesquida es un hijo de papá, sin oficio conocido, que tiene amigos que trafican con drogas, y su deporte favorito es pegar a homosexuales, a indigentes y a cualquiera que les

entre torcido. Un camello que conozco me dijo dónde podía encontrarlo. Ayer por la noche estaba en un garito de la calle Aribau, y es el mismo tío que le comió la cabeza a Li con lo de ser modelo y que se tenía que operar. He visto cómo le daba una tarjeta a una chica, parecía la misma que le dio a Li en octubre. Su padre es Oriol Mesquida, está forrado de pasta y...

—¡Hostia! —Sara da un golpe en la mesa y vuelve a pasar las hojas de su libreta—. ¡Ya sé por qué me sonaba tanto! —Con el índice, da golpecitos al papel—. Oriol Mesquida era uno de los socios de la clínica 3M Estética, junto con Ricardo Montero y otro cirujano, Ignacio Marín. Y esto me rondaba desde hace días: el jueves, una chica pija y su madre vinieron a la comisaría a denunciar a un tal Borja Mesquida por maltrato y amenazas. Yo recogí la denuncia. —Baja la voz—. ¿Ese Borja lleva los números 88 y 1889 tatuados en un brazo?

—Sí, es él... ¿Una clínica? ¿Qué...? —Vas a tener que contarme todo lo que sepas sobre esa gente. —Se acaba el café de un trago y busca la caja de pastillas de regaliz en el bolsillo del pantalón—. Y nada de ir a la policía, no nos creerán..., y más tratándose de gente con dinero. Pensarán que estamos locos y a mí me va a caer un puro. ¿Lo has entendido?

Pablo recoge el paquete de tabaco del suelo, lo abre y mete el cigarrillo.

—Me parece increíble que me digas esto siendo tú policía. ¿Qué crees que vamos a conseguir nosotros? Dos pringados, tres, si incluimos a Simón, que está como una moto con esto. Ha vuelto a...

—Ya lo sé, se está haciendo daño otra vez. Luego hablaré con él. Ahora escúchame, te diré lo que vamos a hacer.

—¿Vamos?

—Escucha.

## 13

—Pues aquí lo tiene todo.

El dependiente empuja hacia Miguel las cajas de medicamentos y este le tiende la tarjeta de crédito.

—¿Quiere una bolsa?

—No pensaba que fuesen tantas —murmura Miguel.

—¿Qué? No le he oído.

—Nada. Que sí, cóbreme una bolsa.

Mientras el dependiente pasa la tarjeta, Miguel lee los nombres de los medicamentos. Le suenan. Su padre empezó a tomar al menos dos de los que tiene ahora en las manos, ya antes de que lo ingresaran, y hay uno que le recuerda a las pastillas que su madre usaba para dormir. Al final no ha podido escapar a su destino, ha terminado como ellos, loco y depresivo. El único que se salva de la maldición familiar es Ricardo. Por el momento.

Acaba de salir de la consulta del psiquiatra que le ha recomendado su hermano. Según él, es un médico de prestigio, y gracias a que le debe algún favor ha podido hacerle un hueco en su agenda a primera hora de la tarde. Además, se ha comprometido a cobrarle un precio de amigo. A Miguel no le ha gustado nada. El psiquiatra se ha limitado a mirarlo por encima de sus gafas, mientras él intentaba explicar lo que había pasado en los últimos días. La maleta que cogió de la cinta del aeropuerto, la caja con la medalla de su madre, la foto que destrozó después y regó con su propia orina, su agresividad con Adriana, su imposibilidad para recordar todo lo que ha hecho. Cuando terminó, nervioso y sudando, el médico se limitó a ponerse en los labios una pipa de madera rojiza que no encendió y a escribir en un papel.

—Tendremos que iniciar una terapia completa. Este es el tratamiento que

tiene que seguir. —Le tiende el papel—. En recepción le darán cita para el siguiente día.

Desconcertado, Miguel salió con la sensación de que había estado hablando a la pared. No es la primera consulta que visita. Al menos, en otras se molestaban en hacerle algún comentario, o incluso aparentar que lo estaban escuchando. Aunque lo cierto es que no está en posición de escoger, si su hermano dice que la terapia con este psiquiatra va a ayudarlo, no le queda otra. Ahora tiene que confiar en él para recuperar su vida.

Sale a la calle y echa a andar sin rumbo. Por la mañana solucionó todo el papeleo de la baja, así que podría volver a casa, ver una película, acostarse temprano y dormir con ayuda de los fármacos. Lo necesita. Tampoco le haría mal un poco de vida social, sin trasnochar. Coge su móvil y busca la lista de contactos. Podría llamar a algún amigo, tomarse unas cervezas y charlar de cualquier cosa que no sea de sí mismo.

También podría hablar con Adriana para disculparse. Su hermano le ha insistido en que pase página y que corte toda relación con ella. Que no puede hacerle ningún bien; al contrario, le supondría revivir de lo que ha sido capaz y le conviene olvidar. Siente que no puede hacer eso. Al menos, no todavía. Necesita saber que está bien y agradecerle que no lo haya denunciado. Tal vez le cuelgue el teléfono porque seguro que no quiere saber nada más de él. No importa, hay que hacer lo correcto. Eso le decía siempre su padre cuando era niño, cuando a su progenitor todavía le funcionaba la cabeza. De todas formas, no pierde nada con probar.

Se detiene frente a un semáforo, mientras desliza el dedo por la pantalla.

—Qué raro —murmura.

El nombre de Adriana no aparece y está seguro de que tenía su número guardado. De hecho, le escribió para quedar el jueves. No recuerda haberlo borrado. Empieza a sudar de nuevo. Sigue haciendo cosas que luego no puede explicarse. Se le acelera el pulso.

—Mierda, mierda... —Con un gesto de irritación, guarda el móvil en el bolsillo.

Está decidido, irá hasta su casa y hablará con ella, aunque sea un minuto. No sería mala idea comprarle unas flores. Y, si no está, siempre se las puede dejar al portero con una nota. Es lo mínimo que puede hacer. El semáforo se pone en verde y empieza a andar.

# 14

*Hay que ser pringada para que en el primer día de tu semana de descanso tengas que volver al curro.*

Sara está sentada ante su mesa de la comisaría, mientras espera con impaciencia que el ordenador entre en el sistema. Después de hablar con Pablo, ha cogido el autobús, que ha tardado una eternidad en llegar e iba lleno hasta los topes. Mientras intentaba no morir aplastada, su cabeza era un hervidero de ideas. Cuatro mujeres. Emma Ribó y Alina, ambas operadas en la clínica de Ricardo Montero, al parecer con buenos resultados. Habían vuelto a casa y nunca más se supo. Rosaura y Li, ambas con intención de operarse, quién sabe si lo hicieron, también se han volatilizado. Las dos habían tenido en su poder una misteriosa tarjeta. Sara le ha enseñado a Pablo la que Melly había encontrado en la Biblia de Rosaura. Según él, se parecía a la que Borja le dio en octubre a Li, pero no podía asegurarlo. Y también era semejante a la que el mismo tío le había dado la noche anterior a una chica. Así que las dos primeras se habían operado con un cirujano contrastado y las otras dos, supuestamente, en un sitio fantasma que no existía. Un asunto de locos.

El sistema empieza a iniciarse y Sara introduce su contraseña. Ha entrado en comisaría intentando pasar desapercibida y, por suerte, a nadie se le ha ocurrido preguntarle qué hace allí en su semana de fiesta. Por si acaso, ha cerrado la puerta, aunque no le hace ni puta gracia. Siente que le falta el aire.

Lo primero, buscar la denuncia de la niña pija y su madre contra Borja, que además de neonazi también es maltratador. Aquí está. Lo copia todo en su libreta. Tendrá que meterse a fondo con la familia Mesquida esa, aunque le ha encargado a Pablo que se ponga con ello también. Le da lo mismo si tiene que preguntar al camello del que le ha hablado; no van a andarse con remilgos, aunque lo suyo sería meterle un buen puro a ese cabrón de barbero. Más

adelante. Cuando todo esté resuelto.

*Si sales de esta.*

La búsqueda sobre los Mesquida la hará en casa. Mejor no dejar rastros en el ordenador. Saca el móvil y marca el número de Melly. No contesta. Quizá Carlos, su compañero, podría echarle un cable, aunque si supiera lo que está haciendo se echaría las manos a la cabeza. Mejor llamar a un colega de la Nacional que pueda mirarle lo de la madre de los Montero.

Los Montero de los cojones. Va a tener que hacerle una visita al señor cirujano, aunque no tiene ni idea de cómo va a plantearlo. No puede ir de uniforme, pero podría usar su placa con la excusa de la investigación de Emma Ribó y sacarle todo lo que pueda. Y ver su lujosa clínica. Y no estaría mal charlar con el hermanito pasado de vueltas, quién sabe. Tiene su dirección apuntada en alguna parte.

Suena su móvil y da un respingo.

—Hola, Melly, te he llamado, sí. Escucha... No, no sé nada todavía... Vale... Quiero preguntarte algo: ¿sabes si Rosaura contactó con un tipo que llevaba unos tatuajes en los brazos, un número 88 o 1889, menos de treinta años, tirando a pijo? ¿Podría ser un cliente?... No te suena de nada... ¿Ni te habló de un tío con ideas nazis?... ¿Seguro?... Venga, si te acuerdas de algo me llamas.

Busca el número del colega de la Nacional. Hace bastante que no sabe de él. Se conocieron hace cuatro años o más en una operación en la que tuvieron que colaborar ambos cuerpos policiales. Un tío particular con el que compartió muchas horas de trabajo y su adicción por la nicotina. Le salta el contestador.

—¡Joder!

Se guarda el móvil en el bolsillo de los pantalones y cierra el ordenador. Lleva demasiado rato y no conviene tentar a la suerte, solo faltaría que apareciese alguien con ganas de saber qué narices hace allí. En especial, su querido sargento. Está a punto de abrir la puerta cuando su móvil vuelve a sonar. Es Simón.

—Dime.

—¡Sara, hay otra mujer! ¡Son cinco, como las víctimas canónicas del Destripador! ¡Son cinco, tengo información sobre ella, tienes que...!

—Cálmate, habla despacio. ¿Qué estás diciendo?

—Hay una quinta mujer, desapareció en octubre, es una monja de la congregación de la Santidad de María, se llama Flora. He estado buscando información. Antes era un colegio, pero ahora es una residencia para chicas, está en Gràcia, cerca de la Via Augusta. No sé nada más, voy a ir para que me digan todo lo que...

—Para, para, tranquilo, no vas a ir a hablar con nadie. ¿Me oyes? ¿Dónde estás?

—Cierro en una hora la biblioteca, salgo corriendo y...

—Ni se te ocurra, iremos los dos juntos, ¿me oyes? Ni se te ocurra. Tengo que ir a la cita de mierda con la psicóloga y no me la puedo saltar. Cuando salga, voy para allá, quedamos en la puerta. Promete que me esperarás.

—...

—¿Simón?

—Vale, de acuerdo, quedamos allí, no tardes. —Cuelga.

Lo que faltaba para arreglar el día. Abre la puerta y mira a un lado y a otro antes de salir. Casi de puntillas, va hasta la salida.

## 15

—¡Me cago en sus muertos y en la puta madre que lo parió! ¡Pijo de mierda!

—Manolo lanza el móvil sobre la cama.

Se pasa la mano por la cara mientras intenta calmarse. Durante toda la conversación, ha tenido que aguantarse las ganas de decirle lo que le pasaba por la cabeza. Aunque, para ser más exactos, no había sido una conversación, sino un soltar mierda por parte de ese niño de Borja Mesquida.

*Debe de ser que es lunes y la primavera afecta a ese cabrón*, piensa mientras enciende un cigarrillo y se estira en la cama. Hoy se ha tomado el día libre, ya le convenía después de tanto meneo arriba y abajo. Por la mañana ha ido a la clínica a cobrar lo prometido y ha podido ver en los ojos del patrón que estaba contento con su trabajo. Se lo ha currado mucho, vaya que sí. Aunque el patrón le ha avisado de que probablemente vuelva a necesitarlo más adelante para el mismo tema y le ha pedido que a última hora de la tarde vaya al piso del barrio de Sarrià para asegurarse de que no ha quedado nada. Ha salido contento. Le gusta que confíe en él. Así que, con pasta en el bolsillo y relajado tras el revolcón de ayer con Dolores, el mejor plan era dormir una buena siesta. Solo le ha faltado la llamadita de los cojones para echarle a perder el día.

—Prepárate, pronto puede haber otro encargo —le había dicho Borja.

—¿Qué? ¿No dijiste que íbamos a parar un tiempo? ¿Ya lo sabe tu padre?

—¿Qué mierda te crees? —El tono es helado—. ¿Que soy un mandado? Hago lo que me sale de las narices.

—Pero... ¿No tenéis una tipa ahí?, ¿la última...? —Antes de que termine la frase se ha dado cuenta de su error.

—¿Y tú qué sabes? ¿Con quién has hablado?

—Con nadie, coño —balbucea—. Como me habías dicho que quedaba todo parado... Yo qué sé, tío. He supuesto que todavía la tendríais en la clínica, no sé.

—Ten cuidado con lo que haces. —Tras un silencio—. Ya te dije que ojito con hablar con según quién, ¿me oyes? Y que tengas claro que trabajas solo para nosotros o te vas a enterar.

—No te entiendo, ¿qué pasa?

—¿Que qué pasa? Anoche me estuvo siguiendo un tipo que no conocía de nada, con pinta de pringado. El gilipollas se quedó parado debajo de la farola y luego se marchó. Lo seguí hasta su casa. ¿Tiene que ver algo contigo?

—¿Qué dices? No sé nada de ningún pringado. Yo he cumplido con lo que me dijiste y me estoy quieto. A mí qué me cuentas, será uno de tus líos o de tus colegas. Yo no tengo nada que ver.

—Las cámaras le sacaron una foto, te la mando, y quiero que te la mires bien. Ya he hablado con mis colegas y uno de ellos va a hacerle una visita. Te aviso porque si tienes algo que ver con ese tío...

—Estás paranoico. Yo me he limitado a controlar los transportes y nada más.

—¿Y tu amiguita? ¿La enfermera? ¿No se habrá ido de la lengua con alguien?

—Imposible, Dolores hace bien su trabajo, ya lo sabes. Es discreta.

—Ya me encargaré yo de poner firme a esa puta de enfermera. Estate atento porque igual te llamo en breve. Y ojito conmigo y con mis colegas. Luego no digas que no te he avisado.

Tras colgar, le mandó una foto que Manolo ha estado mirando con detenimiento. Las cámaras de seguridad tienen muy buena resolución y se ve claramente a un tipo con tejanos negros, una sudadera y una chaqueta de cuero. Lleva la capucha de la sudadera sobre la cabeza. Ha ampliado su rostro. Parece un tipo de unos treinta y pico, ojos oscuros, delgado, con una perilla ridícula, uno de tantos. Ni puta idea de quién debe ser. Desde un gilipollas que anda por la calle en una noche de lluvia de domingo hasta un puto mosso. Quién sabe. Si la gente supiera la cantidad de policías que van de incógnito por la ciudad y que parecen auténticos yonquis, alucinaría. A más de uno le ha costado un disgusto, y si no, que se lo digan a los pakistaníes que venden bolsitas de droga en las Ramblas. Son tan gilipollas que las ofrecen a policías

de paisano con pinta de turistas y acaban con las esposas por delante.

Termina el cigarrillo y piensa que debería llamar a Dolores para advertirla de que el pijo va a leerle la cartilla. Marca el número y le sale el contestador. Prefiere no dejar ningún mensaje, ya la llamará luego. Él tiene la conciencia tranquila, no ha hablado con nadie de su «trabajo» para Borja, y su asunto con el patrón no tiene nada que ver con esas mujeres que se operan la cara, la barriga, las tetas o el culo. Qué locas que están. Joder, como la china aquella que quería sacarse cuatro costillas. Si es que se les va la pinza.

A veces piensa que se ha complicado la vida demasiado. Con sus trapicheos tenía bastante para ir tirando. Por la casa en la que vive, en el barrio del Guinardó, de una sola planta, paga una miseria de alquiler y no es un tipo de gustos caros. Pero el dinero empezó a entrarle y nunca viene mal. Aunque sea a costa de hacer lo que hace. Una salvajada, las cosas como son.

Al principio, el tema le imponía. Ir a buscar a las mujeres, convencidas de que la clínica les ponía un taxi gratis para acudir a la revisión tras ser operadas, sabiendo que las llevaba al matadero, era muy jodido. No disfrutaba con ello, y menos cuando Dolores o quien le tocara, sentada junto a la mujer, la sedaba con cloroformo o cualquier mierda para que llegase tranquila. Se consolaba pensando que, a fin de cuentas, él siempre ha sido un mero transportista. Eran otros los que usaban el bisturí. Aunque a él le tocaba luego esconder los restos. Y a medida que iba pasando el tiempo, todo se convertía en pura rutina, sin perder de vista, eso sí, que quizá llegaría el día en el que tuviera que salir corriendo. Empieza a pensar que ese día no está tan lejano.

Borja no puede saber que sigue haciendo encargos para el patrón. Si lo supiera, sus colegas de las botas reforzadas le harían una visita, y aunque él los tiene pelados y los supera en experiencia, le gustaría llegar a viejo.

Puto pijo de los cojones.

## 16

—Bien, esta es nuestra última semana de sesiones. Sara, te noto nerviosa, ¿estás bien?

—Sí, sí, es que cuando terminemos tengo que marcharme rápido.

—De acuerdo, no te preocupes. Bien, ¿cuándo tomaste la decisión de ser policía?... Perdona, había olvidado empezar a grabar... Quinta sesión de terapia de Sara Peña. Ahora sí. ¿Cuándo...?

—Después de morir mi padre. Yo tenía diecisiete años y me había costado lo mío acabar los estudios. Repetí dos cursos, como ya te dije. Empecé a trabajar en lo que salía y al cabo de un tiempo supe que se convocaban oposiciones. Me quemé las pestañas estudiando. Falta de costumbre.

—Hablamos sobre ese período de la muerte de tu padre en otra sesión. Dijiste que en esa época estabas...

—Estaba en paz. Mi padre ha sido el cáncer de nuestra familia. De las palizas que nos daba de pequeños había pasado a la humillación verbal, todos éramos unos inútiles, no servíamos para nada. Las cosas se hacían como él quería, o ahí tenías la puerta. Ya te conté la vez que me escapé de casa, y que luego volví como una tonta. Así que cuando murió quedé tranquila. Ya sabes, muerto el perro...

—Aprobaste con veinte años.

—Sí, fui una de las más jóvenes de la promoción.

—Pasaste las pruebas psicotécnicas, la entrevista. En esas pruebas se mide el control de impulsos, si el aspirante está capacitado para situaciones de estrés. Entiendo que tu capacidad de autocontrol en esa época había mejorado mucho.

—Ya te lo he dicho, estaba tranquila, en casa había paz. Simón estudiaba

porque quería ser bibliotecario, y mi madre..., bueno, estaba mejor. Enfermaría más tarde. Por algún sitio tenía que salirle toda la mierda que había soportado.

—¿Por qué, Sara? ¿Por qué quieres ser policía?

—...

—¿Lo habías pensado alguna vez? ¿Cuando eras niña?

—Nunca.

—¿Entonces?

—... Es un trabajo seguro, en el que puedes promocionar, no sé.

—Creo que no me estás contestando. ¿No quieres hacerlo?

—...

—¿Sara?

—A ver... ¿Qué quieres que te conteste? ¿Que quería ser policía para cargarme a tipos como mi padre? ¿Para limpiar la ciudad de hijos de puta? ¿Eso es lo que quieres oír? ¿Sabes lo que sentí cuando me dieron la noticia de que lo había conseguido?, ¿de que estaba en la lista de aprobados? ¿Lo sabes?

—No, dímelo tú.

—Me puse a llorar como una gilipollas, porque el único al que hubiera querido restregarle por la cara mi aprobado era a mi padre, que ya estaba muerto. Que viera que su hija no era tan inútil como él creía. Si es que hasta me amargó ese momento, si es que...

—Cálmate, estamos hablando con tranquilidad.

—Pues ya te lo he dicho. No sé por qué coño quise ser policía, pero lo soy. No es necesario darle más vueltas. Quiero seguir haciendo mi trabajo, sentirme útil, que sirvo para algo. Parece que no sepas lo que pasa en la calle; aquí, sentada en esa silla, todo es muy sencillo, dos y dos son cuatro, ¿no? Y una mierda. ¿Sabes que hay mucha gente de la que nadie se preocupa? ¿Que son invisibles? ¿Que no interesa si están vivos o muertos, o peor aún, que ni siquiera se los echa de menos? Eso es lo peor que puede pasarte en la vida.

—Ya me has contestado.

## 17

Dolores ajusta la puerta y se vuelve para enfrentar al cirujano, que rehúye su mirada mientras se quita los guantes de látex.

—Ya ha visto lo que ha pasado, doctor. No sé si esta mujer resistirá por más tiempo. ¿Cuándo vamos a hacer la intervención?

—No lo sé, Dolores, el encargo todavía no se ha concretado. No me arriesgaré a empezar y que luego lleguen más peticiones. Y menos después de lo que pasó la última vez.

—Sí, pero...

—No estás aquí para cuestionar mis decisiones —tajante—. Dormirá tranquila unas cuantas horas, aunque habrá que mantenerla sedada con la misma cantidad que le he puesto ahora. Haz lo que te digo; si hay algún problema me llamáis al móvil. —Se ajusta las gafas de pasta y echa a andar por el pasillo. En dos zancadas alcanza la puerta, que cierra a sus espaldas.

Dolores frunce el ceño, y resiste las ganas de hacer un gesto obsceno que las cámaras grabarían. No es idiota. Ya sabe que no está aquí para decidir lo que hay que hacer, pero tampoco tiene por qué aguantar las amenazas de cabrones como Borja Mesquida, o ver el desprecio en los ojos del cirujano, que, aunque no lo ha dicho, es como si hubiese hablado alto y claro: «Eres una puta enfermera y no vales para nada más que para limpiarle el culo a los pacientes». Contiene sus ganas de gritar en voz alta que si no fuera por ella la mayoría de las mujeres que han tenido en estos sótanos hubiesen muerto en pocas horas, y que gracias a su profesionalidad todos se han beneficiado, ella la primera, por supuesto, aunque a costa de trabajar lo que no está escrito.

Vuelve a entrar en la habitación y echa un vistazo a la paciente; las constantes están estables, y el pecho de la mujer sube y baja con normalidad.

Vaya susto le ha dado la puta ecuatoriana. Cuando ha empezado a caerle la tensión y a sonar el pitido de la alarma, ha salido corriendo. Por suerte, el doctor estaba en la clínica. Está segura de que si la tía llega a palmar, ella cargará con la culpa.

—A ver si aguantas, joder —murmura mientras le ajusta la sábana.

Hace una semana que trajeron a la mujer y a estas alturas ya tendría que estar todo resuelto. Así ha sido hasta ahora. Mercancía que entra, mercancía que sale. Hay oferta porque hay demanda. Es la única forma de hacer bien las cosas. Los problemas empezaron cuando el cabrón de Borja decidió ir por su cuenta. La llegada de la ecuatoriana no estaba prevista, no había demanda, y aunque la tía es fuerte, cada día que pasa es más arriesgado tenerla allí. Y Borja sin entenderlo. Además, está como una cabra, se dice. Que si ella había hablado con alguien sobre lo que están haciendo, que si hay un tío que la ha seguido. Que si no sabe con quién está tratando. Suerte que estaba advertida por Manolo. Se ha limitado a darle la razón a Borja y a mostrarse sumisa. Puto cabrón.

Ya tenía que estar preparándose para marcharse, pero ahora no se atreve. Se quedará un rato más por si acaso, no mucho, al menos hasta que llegue su compañera y le explique lo que ha pasado. En casa le espera la segunda parte: hay que preparar la cena, guardar la ropa, planchar, un montón de cosas que los ricos no hacen nunca porque ya tienen quien les sirva. No es su caso. Joder, lo que hay que aguantar. Manolo tiene razón, que se apañen esos putos estirados; si las cosas se ponen feas, ninguno de los dos piensa cargar con el muerto. Nunca mejor dicho.

## 18

Sara asiente en silencio mientras desconecta de la cháchara de la monja que la acompaña hasta la salida de la residencia. El edificio le recuerda a su antiguo colegio, aquel del que la echaron tras pegar a su compañera de clase. Todos deben de construirlos igual, como las cárceles. Hasta los lavabos que ha visto junto al patio se asemejan a los de su infancia, en los que jugaba con sus compañeras a columpiarse en el travesaño de las puertas como si fuesen monos, dando gritos. Hasta que una de las hermanas las pilló in fraganti y las castigó con una semana sin recreo y una nota a los padres. Ello le valió una paliza a puntapiés de su padre, de la que conserva un bonito recuerdo, un par de cicatrices en la espalda.

Ahora el colegio está adaptado para ser una residencia de chicas, pero sigue conservando ese aire inconfundible a escuela, e incluso aquel olor a tiza, a polvo y a rancho que recuerda tan bien. Ya en la puerta, la monja se vuelve hacia ella y la mira con unos ojos azules como los de un bebé, agrandados por las gafas. Tiene pinta de haber pasado directamente de jugar con muñecas a ordenarse religiosa. Inmaculada, como su nombre indica. Qué suerte.

—Es todo lo que sé de ella, creo que la superiora tiene algún dato más. Si quiere volver mañana, seguro que la encuentra. —Su voz es agradable y le tiende la mano mientras sonrío. Sara espera ver de un momento a otro un halo de santidad sobre su cofia.

—Lo haré si es necesario, gracias. —Evita darle la mano y sale a la calle.

Simón está en la acera de enfrente, dando paseos, con el pulgar izquierdo en la boca.

*Joder, joder, Simón...*

Cuando la ve, baja la mano y la mete en el bolsillo.

—¿Qué? —le pregunta cuando llega a su altura.

—Vámonos, no me extrañaría que nos mirasen desde las ventanas, las monjas son cotillas compulsivas. No hay mucho que contar. —Echa a andar a paso rápido—. La placa de poli obra maravillas. Le he tenido que soltar un rollo de que estoy investigando el tema, porque una señora de esas de misa diaria fue a la comisaría a denunciar la desaparición de la tal Flora, con la que tenía mucha amistad. La monja con la que he hablado quería saber quién era... En fin, que ellas no han denunciado nada. Desde el momento en que Flora colgó los hábitos, les importa una mierda lo que haya pasado con ella, salvo a la superiora, que debe de ser la que habló con la vecina del médico ese que tú conoces. Que vaya pieza, el tío.

Simón asiente.

—El doctor Roca... Ya te dije que lo condenaron por dos delitos de suicidio asistido. Odia a la gente que él considera que son un estorbo para la sociedad, que no son productivos. Creo que tiene una neurosis o algo parecido. O una psicopatía.

—Buenas amistades tienes, coño. —Frunce el ceño—. En resumen, que Flora dejó lo de monja porque perdió la fe, que si no se sentía esposa de Cristo y no sé qué más chorradas. Flora es boliviana y aquí no tiene familia. Cuando salió, se ve que fue a vivir a un piso con unas compatriotas en la calle la Perla, en Gràcia. Al ladito de donde viven Melly y Rosaura.

—¿Crees que se conocían?

—Ni idea, ahora llamaré a Melly a ver qué me dice.

—¿Y lo de operarse?

—Esta no sabía nada. Voy a tener que hablar con la superiora, que no vuelve hasta esta noche. Ha ido a la confirmación de una sobrina en Sabadell. Según te ha dicho el médico ese, se iba a operar de las bolsas de los ojos, ¿no? No es normal en una monja, a ver si ahora se quería echar un novio de verdad... —Él asiente y se pasa la mano por la cara en un gesto de cansancio—. Vámonos a casa, estás hecho polvo. ¿Has comido?

—Sí, he comido. —Sara sabe que miente, se lo lee en los ojos—. Esto pinta mal, perdieron de vista a la monja en octubre, es como lo de...

—Vamos a coger el autobús. Déjalo ya, mañana sabremos más. Tienes que descansar y dormir una noche entera.

—... Jack el Destripador y sus cinco víctimas canónicas, eran cinco...

Sara se detiene y lo enfrenta.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Estás loco?

—Escúchame. —Alza la mano derecha, los dedos llenos de tiritas—. Hubo muchas muertes, pero hay cinco mujeres, Mary Ann Nichols, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddowes y Mary Jane Kelly, que fueron asesinadas entre agosto y noviembre de 1888. Las encontraron con el cuello seccionado, los intestinos a la vista, a algunas les faltaba el útero, un riñón, el corazón. Deberías ver las fotos que se conservan. Estas cinco se consideran las víctimas canónicas porque la policía resolvió que lo habían sido por la misma mano, luego hubo imitadores. Esto tiene muchas similitudes.

A Sara no le gusta nada la expresión de los ojos de su hermano, se parece demasiado a la que tenía cuando murió su padre. Va a tener que hacerle tragar unos cuantos somníferos para que duerma. Lo coge del brazo y lo obliga a andar.

—Tienes que razonar. Las mujeres que buscamos están desaparecidas, no se ha encontrado ningún cadáver. Esto no tiene nada que ver con lo que estás diciendo. No son asesinatos de un loco. Aquí hay algo más. —Se interrumpe—. De todas formas, has dicho algo...

—¿Qué?

—Nada, vamos a casa.

## 19

Al final se le ha hecho tarde. Después de decidir que iría a ver a Adriana para disculparse, Miguel ha vuelto a casa a ducharse y a cambiarse de ropa. En la consulta del psiquiatra ha sudado como un cerdo y al menos quiere estar presentable. No ha encontrado ninguna floristería que estuviese abierta, así que antes de coger la moto ha entrado en un supermercado y ha comprado una caja de bombones.

Ha refrescado y el viento azota las ramas de los árboles, haciendo volar el polen que tiñe de amarillo las aceras. Faltan diez minutos para las nueve de la noche y espera que Adriana esté en casa. Mientras aparca la moto, piensa que no sabe nada de la vida de esa chica, en qué trabaja, si tiene familia. Al menos vive en una zona buena, en el barrio de Sarrià, al norte de la ciudad, en una finca de cuatro pisos, dos por planta, una casa antigua rehabilitada con gusto. Dinero no debe faltarle. Recuerda que la conoció en un bar de copas. Ella se le acercó y le sonrió. Empezaron a hablar y esa misma noche se acostaron. Tan solo han sido amantes en tres o cuatro ocasiones y lo único que conoce de ella es su cuerpo. Ni siquiera ha sido capaz de fijarse en las fotografías o en los libros que hubiera por la casa. No le ha importado nada, iba a lo que iba. A follar y a maltratarla como hizo la noche del viernes. Se siente vacío, y le invade una sensación de tristeza y asco de sí mismo.

Aprieta el timbre del interfono y espera. No hay respuesta. Vuelve a llamar mientras carraspea. El polen se le ha metido en la garganta y si empieza a toser está perdido. Silencio. Debe de ser demasiado tarde para que el portero esté trabajando, pero por si acaso aprieta el timbre que reza «conserjería» y le contesta una voz masculina:

—Sí.

—Eh..., perdone, estoy buscando a la chica que vive en el primero

segunda, Adriana. He llamado y no me contesta. ¿Es el conserje?

—...

—¿Oiga?

—Sí, el conserje. Se equivoca, aquí no vive ninguna chica con ese nombre.

—¿Qué? No es posible, yo he estado en esta casa. Ayer tuvo que venir la policía a hablar con ella.

—He terminado mi jornada y tengo que marcharme. Le he dicho que aquí no vive nadie con ese nombre.

—¡Por favor! ¡Déjeme entrar! ¡Por favor! Le aseguro que... Es muy importante.

La angustia que transmite su voz debe de ser suficiente para hacer cambiar de opinión al conserje, porque la puerta se abre con un chasquido. Miguel entra y a su encuentro sale un hombre más bajo que él, de mediana edad, con una incipiente barriga y abundante pelo rizado y oscuro. Le recuerda a alguien, aunque no consigue ubicarlo. Se rasca constantemente la cara y, a la escasa luz del portal, parece tener la zona de las patillas más blanca, como si se hubiera afeitado recientemente. Parece nervioso. No sabe por qué le suena, no lo ha visto nunca en todas las veces que ha estado aquí.

—Hola. —Miguel se obliga a controlarse y a hablar despacio—. Me llamo Miguel Montero y he venido a ver a una chica; se llama Adriana, no sé su apellido, lo siento, vive en el primero segunda. Estuve el viernes por la noche y...

—Ya le he dicho que en el primero segunda no vive nadie.

—Se confunde, no puede ser, he estado tres o cuatro veces en esta casa. Tengo que subir.

El hombre lo mira, desconfiado.

—Vamos a ver, el primero segunda lleva vacío desde enero. Está... por alquilar, eso es, yo tengo las llaves por cuenta de la inmobiliaria para enseñarlo, y ya no son horas. Antes vivía una familia con tres hijos. Se equivoca.

Miguel siente que le falta el aire. Intenta controlarse para no estallar.

—Por favor, necesito subir al primer piso, para asegurarme. Será solo un momento.

—Mire, a mí no me pagan para esto, le digo que no vive nadie y...

—¿Puede enseñármelo? Le pagaré. —Busca su cartera y saca un billete de veinte euros—. Es importante.

El hombre duda, pero el dinero parece convencerlo. Alarga la mano y lo hace desaparecer en el bolsillo de sus pantalones.

—Vamos por la escalera.

Cede el paso a Miguel y ambos empiezan a subir los tres tramos de veinte escalones cada uno. El conserje resopla a su espalda, como si le costara respirar por el esfuerzo. Llegan a la puerta del primero segunda y el hombre saca las llaves.

—Es esta puerta, aquí vive Adriana... —susurra Miguel.

—¿Qué? Ya le he dicho que aquí no vive nadie.

Entra y enciende la luz. Miguel camina detrás del conserje y empieza a sentirse mareado. No puede ser real. Está vacío. No hay muebles en el recibidor, ni en el comedor, las paredes están desnudas, las ventanas sin cortinas, no hay más luz que la de los focos del techo. Sin poderse contener, corre hasta la cocina, que también está vacía. En el dormitorio tampoco hay nada. Y el viernes estuvo aquí, en la cama, con Adriana. Y se miró en el espejo del lavabo que ahora sencillamente no está.

—¿Se convence ahora? Aquí no vive nadie —repite el tipo.

Miguel deja caer la caja de bombones al suelo y, como un autómata, camina hacia la salida.

—¡Eh! ¡Que se deja la caja!

El conserje va hacia las ventanas y ve a Miguel encaminarse hasta la moto. Cuando se aleja, saca el móvil. Mientras espera que le contesten, coge la caja, saca un bombón y empieza a quitarle el papel de celofán.

—Dime, Manolo. —Es el patrón.

—Ha estado aquí —dice mientras se mete el bombón en la boca.

## 20

—No te preocupes, mamá, lo llamaré cuando tenga tiempo. —Pablo separa el auricular del teléfono de su oreja y estira el brazo en toda su extensión. La penetrante voz de su madre se oye perfectamente a distancia—. Que sí. Estoy bien. —Vuelve a ponerse el auricular en la oreja. El parloteo sigue un rato—. Mira, ahora tengo que ir a trabajar... No, no creo que pueda venir de momento, han cambiado los turnos y... Que de verdad estoy bien... Vale, yo también le mando un beso. Llamaré a mi hermano, sí. Adiós.

Cuelga el teléfono y mira el reloj. Veinte minutos de conversación con su madre, que no se entiende con los móviles y siempre lo llama al fijo, han sido más que suficientes para ponerse al día de los chismes de los vecinos del pueblo, de los ajustes del Sintrom de su padre, de que su hermano mayor (ese tipo trajeado que se dedicaba a vender preferentes en el banco hasta hace poco) va a ser padre de su tercer hijo. Y el discurso habitual: que teniendo una carrera, por qué sigue trabajando de vigilante en un parking. Y la pregunta no formulada, pero siempre presente: *¿Ya no te drogas, hijo?*

Mira a su alrededor. No puede reprocharles nada. Bastante han hecho por él. Aguantándolo, sufriendo sin hacer preguntas, yéndose a vivir a la casa del pueblo y dejándole a él este piso en el barrio del Poble-sec. Dos habitaciones y un comedor minúsculo, lo mejor que su padre pudo alquilar y más tarde comprar con su mísero sueldo, y lo que aportaba su madre limpiando escaleras. Todo un triunfo después de llegar a Barcelona con una mano delante y otra detrás, el hermano de Pablo cogido a las faldas de su madre, y él dando vueltas en su vientre. Padres orgullosos de los dos hijos que han criado con mucho esfuerzo. El mayor les ha salido perfecto, se colocó en un banco y allí sigue, haciendo carrera; se casó con una mujer encantadora y tienen dos hijos, el tercero en camino. Él, el pequeño, el adicto, la rémora. El hijo

problemático, al que no se le ocurrió otra cosa que estudiar Filología Hispánica. Algo que nadie sabía para qué servía. Él ahora tampoco. Su madre enmarcó su título y lo colgó en el comedor. Y allí se ha quedado.

*¿Ya no te drogas, hijo?*

Coge la chaqueta y el móvil para ir a trabajar. Ha cambiado el turno con el compañero y se ha comprometido a cubrirlo esta noche. Aprovechará para devolverle las llamadas a Simón. Y para pensar en lo que le ha dicho Sara. La idea de montar una vigilancia o algo parecido en la casa que vio entrar a Borja no le atrae demasiado, aunque puede ser una forma de descubrir qué se cuece allí. Desde luego, no parece que sea su residencia. Por lo que le ha escrito Sara hace un rato, el pollo vive con sus papis en la calle Tenor Viñas, frente a los jardines del Turó Park, o al menos es el domicilio que Sara anotó en la denuncia por maltrato que le puso su exnovia acompañada de su madre. Ya le ha comentado que puede que sus compañeros hayan dado trámite a la denuncia y que Borja esté siendo investigado. De todas formas, Pablo continúa pensando que están haciendo el gilipollas y que Sara, ella más que ninguno, se la está jugando.

Busca los auriculares en los bolsillos del pantalón. Necesita escuchar música para dejar de pensar. Todo esto le recuerda el tiempo que pasó esperando a que Jeanne apareciese, a las vueltas que dio intentando encontrar a alguien que la hubiese visto, o que pudiese aportar algún detalle sobre los días que pasaron en aquel campamento de alucinados. A las sospechas de la policía que cayeron sobre él durante un tiempo, a la sensación de ir hundiéndose en la mierda bajo la mirada triste de sus padres, al olvido engañoso que le regalaba la droga.

Su mano encuentra la bolsita de las pastillas que le vendió el barbero. Las saca y las mira a la luz del recibidor. Se le encoge el estómago. Podría tirarlas al inodoro y observar cómo las cabronas se van por la cañería después de vaciar la cisterna. Tal vez ir hasta el balcón, machacarlas una a una y esperar a que el viento se las lleve, el polvo azul perdiéndose en la ciudad. O podría tomárselas y detener la mente por un tiempo.

Se las guarda de nuevo y abre la puerta, que cierra con llave a sus espaldas.

Mientras baja la escalera, se pone los auriculares en los oídos. Linkin Park. Sube el volumen. Llega al portal y se detiene. Lo huele antes de verlo

aparecer frente a él. Debe de haberse escondido en el hueco de la escalera para evitar ser visto mientras él bajaba.

—Hola, Pablito, cuánto tiempo. ¿Todavía te rapas la cabeza o es que ya te has quedado calvo?

Despacio, Pablo se quita los auriculares.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

A la luz mortecina del portal puede ver que no ha cambiado mucho. Más de metro noventa de mala leche al que ha añadido una buena barriga cervecera que antes no tenía, ceñida justo encima del tejano, que sujeta con un cinturón cuya hebilla es una calavera blanca. *Panzer*. Así lo apodaba el barbero de la calle Aribau. Por los tanques alemanes de la Segunda Guerra Mundial. Por ser un auténtico hijo de puta. Lleva una camiseta negra sobre la que luce un colgante con una cruz de hierro nazi, esmaltada en negro sobre cromo blanco, a juego con los aretes que cuelgan del lóbulo de las orejas, dos esvásticas plateadas que apenas se distinguen entre la melena oscura y grasienta que le cae sobre los hombros. Huele a cerveza rancia y a mugre reconcentrada.

Panzer no ha sido nunca de mucha ducha, decía que el sudor después de dar una buena paliza le hacía sentirse mucho mejor, más hombre, más completo. Lo único que parece limpio son sus botas relucientes, de puntera reforzada, también negras. El alcohol y las pastillas han puesto más arrugas en su rostro porcino y abotargado. Pero por lo que puede ver, sigue siendo un tipo peligroso, al que el mismo diablo negaría la entrada en el infierno.

—Tenéis una mierda de puerta, os van a entrar a robar los putos moros, los negros y los rumanos. Que no digas que no te he avisado. He venido a hacerte una visita. —Alarga la mano hacia él y Pablo se aparta—. ¿Sigues llevando la calavera? Sabes que siempre me ha gustado, había pensado tatuármela en la polla, ya sabes, para darle más morbo a las tías. —Sonríe y deja al descubierto una dentadura gris e irregular—. Mira. —Se sube una de las mangas de la camiseta y le muestra el tatuaje que lleva en el hombro izquierdo, un cuervo negro y un vikingo con el pelo largo y casco con cuernos—. Está guapo, ¿eh? Una obra de arte, macho.

—Los vikingos no llevaban cuernos en los cascos, es una leyenda —dice Pablo mientras piensa en cómo ganar tiempo.

—Me importa una mierda, sabelotodo. A la gente le da respeto y eso me basta. Respeto, que es lo que no tienes, tan listo como te crees. —Niega con la

cabeza—. Ay, colega, se te va la olla —casi apenado.

Pablo traga saliva mientras intenta aparentar indiferencia. En la mano izquierda, el tipo lleva un puño americano que brilla a la luz del portal y que recuerda bien de los tiempos en los que frecuentaba la barbería para comprar droga a Heini, el barbero de la calle Aribau.

—No sé a qué te refieres. Tengo prisa, tío.

—¿Ah, no? Pues tienes a Borja mosqueado...

—No conozco a ningún Borja, déjame pasar.

—Pues él sí te conoce a ti. —Alza la mano con el puño americano y se lo muestra—. ¿Te acuerdas de este amiguito? No te preocupes, no voy a darte en la cabeza, por respeto a esa calavera que llevas. —Lo mira con curiosidad—. Heini me ha dicho que fuiste a comprar el otro día y preguntaste por Borja.

—¿Y tú crees lo que te diga ese barbero cabrón?

—Depende. Pero sí me creo lo que me dice Borja. Es un gran tipo, el puto amo. Estuviste siguiéndolo ayer noche.

—Oye, ¿esto de qué va? No entiendo nada de lo que me estás dicien...

Panzer da un paso y le pone el puño americano en contacto con el rostro. El metal está frío.

—Borja me ha dicho que venga a hacerte hablar. Nunca me has caído mal, pero órdenes son órdenes. —Le da un puñetazo en el estómago y Pablo se dobla en dos—. Vas a contarme de qué vas. Ya puedes empezar.

## 21

El día ha amanecido gris y ventoso. En las noticias dicen que está haciendo una auténtica primavera, de las de otros tiempos, con lluvia cada día y ratos de sol. El doctor Roca apaga la radio con un gesto de fastidio. El tiempo le importa poco. Está sentado en su sillón favorito, mirando la calle sin verla, tras los cristales de la galería del comedor. Desde ayer al mediodía que no ha salido. No se ve con fuerzas.

Cuando se marchó de la biblioteca tras explicar a regañadientes a Simón todo lo que recordaba de la monja desaparecida, la cabeza le latía dolorosamente. Llegó como pudo a casa y cerró todas las persianas. En la oscuridad, se tendió en la cama e intentó relajarse. Imposible. Tenía el estómago revuelto y acabó vomitando en el lavabo, la cabeza metida en el sanitario, como cuando su madre lo castigaba por haberse orinado encima y le decía que los niños sucios merecían ahogarse en la mierda hasta que aprendiesen a ser niños decentes.

El día en que ella murió de un infarto cerebral en su propia cama, tuvo ganas de arrastrarla e introducirle la cabeza en la taza, solo para verla en esa postura, un tiempo, unas horas. Le hubiese consolado. Darle un poco de su propia medicina, algo que no había tenido valor de hacerle en vida, a pesar de todas las muertes que llevaba a sus espaldas. No lo hizo. Sospechaba que la furia de Tisífone y de sus hermanas sería terrible. Matar a personas era reprobable, pero matar a una madre... Eso no se lo iban a perdonar, ni tampoco que la humillara una vez fallecida. Así que cuando se aseguró de que había muerto, se limitó a llamar a la ambulancia y se comportó como un buen hijo apenado. El clásico solterón que vivía con su madre anciana, a la que había cuidado siempre y a la que quería mucho. Muchísimo.

Tras tragar una buena dosis de analgésicos ha intentado dormir sin

conseguirlo. La noche ha estado plagada de sueños absurdos en los que no ha dejado de oír el susurro de las Erinias. Van a por él. Saben que está sintiendo de nuevo la pulsión, el deseo irresistible de acabar con su vecina, y lo están avisando. No puede hacerlo. Y menos ahora que Simón *lo conoce*. Sabe su secreto, sabe quién es.

—Me ha hablado de su vecina en varias ocasiones —le había dicho el bibliotecario— y puedo ver en sus ojos que está convencido de que es un estorbo, de que no aporta nada a la sociedad; al contrario, para usted es un ser prescindible. Acaba de decir hace un rato que si desapareciese, nadie la echaría de menos, ¿verdad? —Él se limitaba a mirarlo, sin moverse—. Tiene que acabar con esa forma de pensar. Ayúdeme a encontrar a esa monja y hará una buena acción. Conseguiré eliminar los demonios que le atormentan. Las Erinias, ¿no? Ellas castigan las faltas contra la familia, contra la sociedad, nadie tiene derecho a quitar una vida, a alterar la estabilidad, ¿no es cierto?

No le había contestado. Tiene miedo a las Erinias, sí, a su furia, a su ansia de venganza, pero todavía será peor si lo coge la justicia de los hombres. Si se le ocurre ceder a sus instintos, tendrá encima a la policía y no quiere volver a la cárcel. No podría soportarlo.

Enfoca la mirada y ve a su vecina en la acera de enfrente, hablando con otra mujer de su misma categoría. Otro deshecho, otro parásito. Es la hora en que *ella* sale a comprar, la excusa para parlotear con todo el que encuentre en su camino. Es incapaz de estar callada, puede dar fe. Detecta un cambio. Se ha teñido el pelo de otro color. Ahora es rojo y rizado. Más repugnante aún.

Tal vez Simón tenga razón. El destino le ha puesto una oportunidad de hacer algo bueno, algo de lo que cualquiera estaría orgulloso. Aunque no esté convencido de ello, ni corresponda a su manera de ser, al menos debería intentarlo. Sentir a qué sabe la virtud. Por una vez en la vida. Tiene que pensarlo.

En su mente, ve a Tisífone y a sus hermanas con sus ojos incandescentes clavados en él. Esperando su decisión. Y afilando sus garras. No van a rendirse. Nunca.

## 22

Sara escribe en su móvil y espera a ver si Pablo contesta. Nada. Ni siquiera le ha entrado el *whatsapp*. A saber qué estará haciendo. Lleva toda la noche y parte de la mañana haciendo caso omiso a sus llamadas y a sus mensajes. Ha sido una ingenua al pensar que iba a ayudarla en esto.

*No puedes contar con nadie. Estás sola, como siempre.*

Echa a andar en dirección a la plaza del Sol, donde ha quedado a mediodía con su contacto de la Policía Nacional. Otra vez en el barrio de Gràcia, como si no hubiera tenido bastante mientras trabajaba en la comisaría. La visita al domicilio en el que había vivido Flora, la monja boliviana que colgó los hábitos, no le ha aportado más que nuevos interrogantes.

Las compañeras de piso le explicaron que hacía tiempo que Flora les decía que su vida le parecía vacía e inútil. Mientras era monja, se encontraban todas en la iglesia a la que iban los domingos, y pasaban el día juntas. Flora no había conocido otra cosa que no fuera la orden a la que pertenecía, y sentía que necesitaba hacer algo más que rezar. Que se ahogaba en la rutina de sus tareas. Así que a mediados del año pasado comunicó a la superiora su decisión de abandonar y que no descartaba volver a su país.

Por la mañana temprano, Sara ha vuelto a la residencia para hablar con la superiora, quien se mostró aliviada al saber que la policía se ocupaba del caso de Flora. La mujer no se había atrevido a denunciar por respeto a la decisión que la religiosa había tomado, pero estaba preocupada por ella. Le repitió lo mismo que habían dicho las compañeras de piso.

—¿Por qué quería operarse? —había preguntado Sara.

—La verdadera razón no la sé —le confesó la superiora—. Solo que quería verse bien y que pensaba que esas bolsas bajo los ojos la afeaban. Lo

cierto es que había dado un cambio radical en su forma de pensar. Fíjese, a los cuarenta... No me lo explico.

Las compañeras fueron más explícitas. Flora había encontrado un trabajo cuidando a una señora mayor y poco a poco descubrió que la vida mundana no estaba nada mal y que los hombres le gustaban. Y decidió hacerse una puesta a punto en la clínica RIMO con el doctor Montero. De momento, quería quitarse las bolsas; más adelante, quién sabe. Todo fue bien, volvió a casa por la tarde, y les dijo que al día siguiente tenía hora con el médico para una cura. No volvieron a verla.

—¿Por qué en la clínica RIMO? —había preguntado Sara.

—Se la recomendaron por ser un sitio serio y podía pagarlo —le respondió una de las chicas.

—¿No se os ocurrió denunciar la desaparición?

—Lo hicimos —afirmaron al unísono, y le enseñaron una copia de la denuncia fechada en octubre del año pasado—. Nadie nos ha hecho caso.

Al final, Simón tenía razón, había una conexión entre Flora, Alina y Emma Ribó: todas se habían operado en la clínica del doctor Montero de las narices. Lo que complicaba la cosa era que ninguna de las tres tenía relación con el neonazi de Borja, a diferencia de Li, y quién sabe si también Rosaura.

*Joder. Hay algo que se te escapa.*

Su móvil suena y lo mira, esperanzada. Es Simón el que escribe, preguntándole si hay alguna novedad. Cuando llegaron a casa la noche anterior, consiguió que se metiera en la ducha y comiera algo. Y que se tomara una pastilla para dormir. No paraba con la historia del Destripador y de sus cinco víctimas canónicas. Que estaba convencido de que había un claro paralelismo, que no había más que ver el estado de los cuerpos que dejó el asesino victoriano. Lo dejó hablar y, cuando se quedó dormido en el sofá, fue a buscar una manta para taparlo. Más tarde entró en su habitación, y leyó los folios en los que Simón tenía anotado todo lo que había encontrado sobre el asesino de prostitutas. Y vio las fotos. Y a su cabeza volvió la idea que había tenido mientras hablaba con él al salir de la residencia de chicas.

*Y como tengas razón vas a tener que dar parte o te va a caer una buena.*

Mientras contesta a Simón escribiéndole que está haciendo avances y que en cuanto pueda le contará, Sara se siente culpable. En el fondo, hacía tiempo que intuía que su hermano había dejado de tomar el tratamiento para la

ansiedad que le recetaron hace años. Y ella no ha hecho nada para evitarlo. Ha estado concentrada en sí misma, mirándose su puto ombligo.

*Y te necesita, lo sabes. Después de lo que ha sufrido, con todo lo que lleva dentro.*

Sara llega a la plaza del Sol y se sienta en los escalones. La plaza está llena de terrazas en las que no hay una sola silla libre. A unos pocos metros, recostado en la estatua que representa los doce signos del zodiaco, un hombre con rastas y aros de metal en todos los sitios visibles de su cuerpo toca la guitarra. Junto a él, tres perros pequeños tumbados en el suelo tienen mejor aspecto que él.

El móvil de Sara vuelve a vibrar. Otro mensaje. Esta vez es Carlos, su compañero. Le manda una foto en la que aparece con su chico, los dos con una camiseta blanca, tejanos, gafas oscuras y sonrisa de anuncio. Podría estar en Sitges, parece ser el paseo. No le vendría mal la ayuda de Carlos, pero está segura de que si le explica el lío en el que está metida, no querrá saber nada. Aunque si se confirma lo que sospecha, va a necesitarlo, seguro.

Uno de los perros del guitarrista se le acerca y husmea sus pantalones. Tiene un aspecto cómico, las patas cortas, el cuerpo largo, y el pelaje rojizo que le crece de forma desigual. En el vientre, luce marcas de dentelladas en las que ya no tiene pelo.

—¿Qué te ha pasado? Un poco más y te comen entero —le dice Sara, mientras lo acaricia detrás de las orejas y el animal cierra los ojos, feliz—. Deberías meterte con alguien de tu tamaño o te van a liquidar.

—Buen consejo —dice una voz a su lado.

Sara se vuelve y ve a un tipo vestido con una camiseta azul raída y unos tejanos manchados de grasa. Las mejillas chupadas y la melena larga y gris que le llega a media espalda le dan un aspecto de yonqui desgastado. La gente que pasa lo mira con prevención. El hombre se sienta a su lado y saca un paquete de tabaco.

—Podrías apartarte un poco —empieza Sara, y lo mira de nuevo—. ¡Coño! ¡Eres tú! ¿Qué te ha pasado? No te había reconocido, estás hecho una...

—Una mierda, ya lo puedes decir, ya —contesta su colega de la Nacional—. Estas pintas son por un tema del puerto en el que estoy metido. Además, llevo días haciendo seguimientos, sin dormir... ¿Un cigarro? Tú sí que no has

cambiado. Sara Peña, hace siglos que no nos vemos, ¿tres?, ¿cuatro años? — Su sonrisa cansada es la misma que recordaba.

—Pues cuatro seguro. —Busca su caja de pastillas de regaliz y se lleva unas cuantas a la boca—. Ya no fumo. Lo he dejado.

—No me digas. —Alza las cejas, sorprendido—. Si tú sola sostenías la industria tabacalera de este país...

—Una pata solamente, tú sostenías la otra, y veo que lo sigues haciendo. Me fumé el último cuando murió mi madre, hace tres años.

—Joder, no sabía nada. Debió de ser duro. —Exhala el humo y Sara aparta el rostro—. ¿Sigues en la comisaría de este barrio?

—No, ya no. Oye, ¿tienes lo que te pedí? —El perro reclama su atención y ella vuelve a acariciarlo detrás de las orejas.

—Me costó un poco, un suicidio del año 92 tampoco es algo que destaque.

—¿Fue suicidio?

—A ver, en el expediente figura que sí. La mujer vivía con sus dos hijos, Ricardo y Miguel Montero, veinte y doce años. Divorciada. Familia de dinero y ella hija única con posibles. Cuando murió, acababa de cumplir los cuarenta. Depresiva, anoréxica, bulímica, lo tenía todo. Carne de psiquiatra. El día en que murió estaba sola con el hijo pequeño. El mayor estaba con la novia, con la que vivía la mayor parte del tiempo. El chaval quedó destrozado, él le dio las pastillas que se tomaba por las noches. La mujer tenía en el estómago una farmacia andante, debió de tragarse una mezcla explosiva. En la autopsia no se encontró nada raro, pone «muerte accidental por ingesta de fármacos».

—¿Nadie pensó en otra opción?

—¿Que alguien se la cargase? Pues no. En aquella época había trabajo para aburrir y ningún indicio de otra cosa. Ella tenía dinero; el ex, por su lado, también. No había ningún móvil. El niño no tenía ninguna culpa, bastante tenía con lo suyo. Solo hay un detalle raro en el informe.

—¿Qué?

—Cuando analizaron lo que había tomado, descubrieron unas partículas verdes.

—¿Verdes?

—Resultó que contenían cuatro componentes químicos que se usan para matar las algas en los acuarios. Para que surta efecto hay que machacarlas y

echarlas al agua. Y en la casa había un acuario. —Termina el cigarrillo y lo tira a la papelera.

—¿Y eso qué significa?

—No tengo ni puñetera idea, simplemente se hacía constar que junto con las pastillas que se tomó también había una ración de ese producto para las algas. Y fin del informe.

—Vale, gracias por todo.

—Tengo que marcharme. —Se levanta—. Supongo que no vas a decirme por qué te interesa; está prescrito, ya sabes, no hay nada que hacer. ¿El perro es tuyo?

—No, está con el de la guitarra... Ya sé que está prescrito, tío, en el 92 yo tenía dos años y ya he cumplido veintiocho, los tiros no van por ahí. Me interesaba saberlo. Y tú cuídate un poco, ¿no deberías estar en otro servicio a estas alturas? Ya te toca por edad, ¿no?

—Ya tocaría, sí, pero ya sabes que me va la marcha. Qué te voy a contar. —Le guiña un ojo—. Cuídate, Sara. —Alza la mano en un gesto de despedida y se pierde entre la gente.

Ella se levanta y se sacude los pantalones mientras el perro la mira, suplicante, moviendo la cola.

—Lo siento, chico, aquí nos separamos, ya tengo bastantes problemas como para cargar contigo. Y hazme caso, no te metas con quien no debas.

## 23

Miguel abre los ojos y se queda mirando el techo de su habitación, la mente descansada por primera vez en muchos días. Se siente bien. Como nuevo. Lo último que recuerda es abrir una caja de los medicamentos que le recetó el psiquiatra y tomarse dos pastillas. O tal vez eran tres. No sabe si acertó o no con la dosis, o si eran las que tocaban, pero ha dormido toda la noche, y por lo que puede ver, parte de la mañana. El reloj del despertador marca las doce y media. Ni siquiera se puso el pijama cuando llegó a casa, se desvistió y se metió en la cama en calzoncillos. Recuerda haber soñado de nuevo con el acuario que tenían en casa cuando era niño, pero esta vez estaba lleno de peces de colores que llenaban el barco pirata hundido en el fondo. Ha sido un sueño agradable. Igual su hermano tiene razón y el loquero es un fenómeno.

Hoy no tiene ganas de machacarse la cabeza, se duchará, se afeitará con tranquilidad e irá a comer a un buen sitio. Podría llamar a Ricardo y, si está libre, invitarlo para agradecerle todo lo que está haciendo por él. Incluso podrían empezar a hablar sobre la oferta que le hizo para trabajar como comercial en su clínica. Necesita nuevos retos, una vida distinta. Nunca es tarde, dice siempre su hermano. Si lo piensa bien, lleva años haciendo el tonto, dejando pasar el tiempo, y ya no le queda mucho para cumplir los cuarenta. Podría cambiar de piso, marcharse a otra zona de Barcelona. Se siente casi optimista.

De todas formas, hay algo que lo incomoda y le hace fruncir el ceño. Su visita de ayer por la noche a casa de Adriana resultó muy extraña. Mientras el conserje lo miraba como si estuviese loco, la angustia empezó a invadirlo de nuevo; se ahogaba en aquel piso vacío en el que había estado a punto de cometer una locura. Se dice que lo más lógico es que la chica haya decidido irse después de lo que él le hizo y el maldito conserje no tenía ni idea, o que

era nuevo. Además, seguro que Adriana estaba bien, Ricardo le había insistido el domingo en que así era, y en que cogió el dinero que le ofreció el abogado. Al menos le queda el consuelo de haber intentado disculparse. Echa las sábanas a un lado y se despereza mientras sale de la habitación.

Se queda quieto, la boca abierta en un gesto de asombro, y su respiración se acelera. Es imposible. Se frota los ojos y vuelve a mirar.

Debe de estar soñando, o más bien sufriendo una puta pesadilla. El comedor está destrozado. Las cortinas están arrancadas y tiradas por el suelo, las sillas volcadas y los cojines del sofá aparecen destripados. La mesa está llena de libros con las páginas arrancadas y las figuras decorativas, reventadas a conciencia. Por lo que puede ver desde allí, la cocina no está en mejor estado, las puertas de los armarios aparecen abiertas y su contenido, desparramado en todas direcciones.

—No puede ser... —murmura.

Se obliga a moverse y camina con cuidado, haciendo equilibrios para no pisar nada hasta la puerta de entrada. Está cerrada y con dos vueltas, como hace siempre cuando sabe que no va a volver a salir. No quiere pensar en lo que eso significa. Vuelve a la habitación y, despacio, abre la puerta del lavabo. Parece que todo está en orden. Entra y mira hacia el espejo. Se queda sin respiración.

Alguien (¿alguien?) ha rayado toda la superficie con un objeto punzante y ha escrito en letras mayúsculas: «PUTA ADRIANA».

—¡Estás loco! ¡Eres un loco peligroso! —Alza el puño y golpea el espejo, que se agrieta, devolviéndole su imagen fragmentada.

Se mira el puño, del que empieza a brotar sangre, y se apoya en la pared. Poco a poco se deja caer al suelo y se queda sentado.

—Loco, loco de remate —murmura.

## 24

—Deberías ir al hospital, no puedes estar en casa. Voy a llamar a Sara para decírselo, habrá que poner una denuncia —dice Simón por enésima vez—. Podrías tener una hemorragia interna y...

—Ni se te ocurra, ya me habría muerto a estas alturas —contesta Pablo, haciendo una mueca de dolor—. Y solo nos faltaría denunciar, ¿qué iba a contar a la pasma? Aún acabaría pringando yo. No hay para tanto, solo estoy un poco magullado.

—¿Un poco? ¿Has visto cómo tienes el cuerpo, lleno de cardenales? Al menos ese cabrón no te ha dado en la cara.

—Ha sido muy considerado. ¿Me pasas la cerveza? Panzer tiene debilidad por la calavera que llevo tatuada en la cabeza, no quiere destrozar una obra de arte. —Esboza una sonrisa que le arranca un gemido de dolor—. Igual tengo una fisura en una costilla, qué hijo de puta... —Bebe un trago—. ¿No tienes que irte a trabajar? Se te ha terminado la pausa para comer.

Simón se levanta de la silla que había colocado frente al sofá donde está su amigo y mira el móvil mientras se mordisquea el pulgar derecho. Pablo está a punto de decirle que haga el favor de parar. Desde que ha venido a verlo, hace poco más de una hora, no ha dejado de rascarse los brazos y de morderse los pellejos de las manos, poniéndole nervioso. A pesar de que le ha asegurado que ha dormido bien gracias a la pastilla que le dio Sara, en sus ojos hay una luz que no le gusta. No para de hablar y es incapaz de quedarse quieto. Le recuerda demasiado a cuando se conocieron.

Ya tiene bastante con preocuparse por sí mismo. Ayer por la noche tuvo suerte. Panzer empezaba a disfrutar machacándolo cuando oyeron que un vecino cerraba la puerta de uno de los pisos superiores:

—Voy a marcharme, Pablito —le susurró el cabrón al oído—. Espero que lo que me has contado sea verdad. Se lo diré a Borja de tu parte. Y no vuelvas a hacer tonterías o vendrá a verte alguien con más mala leche que yo.

Salió sin hacer ruido y Pablo se arrastró hasta la puerta donde se guardan los trastos de limpieza, la parte más oscura del portal. Por suerte, el vecino bajó en ascensor y ni siquiera lo vio. Solo le hubiese faltado tener que dar explicaciones. Cuando consiguió levantarse, llamó a un taxi y, como pudo, se fue a trabajar al parking. O algo parecido, porque le costó lo suyo permanecer todo su turno hasta que lo relevó su compañero.

—Sí, debería irme ya —reconoce Simón—, aunque si llego unos minutos tarde no pasará nada. Weifen no vendrá hoy, ayer me dijo que tenía que ir al dentista. En serio, tiene que verte un médico.

—Mira, si ayer pude ir hasta el parking para trabajar, no voy a empeorar. Tengo que hablar con Sara, ha estado mandándome mensajes, pensará que paso de ella.

—Ese tipo —Simón mete el móvil en el bolsillo— está a sueldo de ese neonazi de Borja, ¿crees que se ha tragado lo que le has contado?

Pablo se sienta en el sofá con cuidado, apretando la mandíbula. Le cuesta lo suyo ponerse erguido. Deja la lata de cerveza en el suelo.

—Joder, parezco un puto anciano. Creo que sí, al menos por el momento. La historia era creíble: Heini, el barbero, me había dicho que Borja le debe dinero; así que le dije que yo lo seguía para recordárselo, y si conseguía que le pagase la deuda, yo saldría beneficiado, luego podría cobrarme el favor en dosis gratis. Es una versión que cuadra con un drogadicto como yo. —Esboza una sonrisa que no tiene nada de alegre.

—Ya no lo eres. Si hablan con el barbero ese...

—Veremos, ahora no podemos preocuparnos de ese tío. Cometí un error la otra noche, seguir a ese cabrón y quedarme parado frente a la casa, había cámaras de seguridad. Está claro que Borja tiene mucho que esconder. Se lo dije a tu hermana, esta gente es peligrosa y nosotros somos unos putos pringados. Simón, tenemos que ir a la policía y contarles todo lo que sospechamos. Además, Sara no puede estar en una investigación, va a empeorar su situación. ¿Me estás escuchando?

Simón le da la espalda, frente a la pared, mirando el título colgado de la pared.

—¿Nunca has pensado que podrías volver a intentarlo? Presentarte a oposiciones o algo, no sé. Eres un tío con cultura. Ser licenciado en Filología no es cualquier cosa.

—¿Y ahora a qué viene eso? —exasperado—. Estamos hablando de...

—Ya lo sé. —Se vuelve hacia él—. Que somos unos pringados, que nos hemos metido en algo que no entendemos y que lo más probable es que salgamos malparados. ¿Y qué? Nadie se ha preocupado por esas mujeres, solo los cuatro que las conocen, y eso no es suficiente. Piensa en lo que les puede haber pasado.

—Te digo lo mismo que le he dicho a tu hermana, esto es demasiado grande para nosotros.

—¿Qué crees que hacen con ellas? —sin hacerle caso—. Estoy convencido de que Sara tiene alguna idea y no ha abierto la boca. A diferencia de los crímenes del Destripador, no ha aparecido ningún cuerpo. He estado revisando noticias en todos los periódicos de la ciudad desde octubre pasado, que es cuando desapareció la monja, la primera que nosotros sepamos, y no he encontrado nada.

Pablo se echa hacia atrás en el sofá.

—Joder, ¿y yo qué sé? Hay tres que se operaron en una clínica con buena fama, la clínica RIMO. Salieron bien del quirófano, eso lo sabemos, así que el motivo no puede ser ocultar malas praxis médicas, errores por los que luego puedan demandarlos. Además, Borja no parece tener nada que ver con esa clínica. Y en cuanto a Li y esa prostituta que decía Sara, no sabemos si llegaron a operarse. Tal vez las cinco no están relacionadas.

—Estoy convencido de que sí. Quizá ellas poseen algo que esos cabrones desean —murmura Simón.

—¿Qué? ¿Una jubilada de sesenta y pico?, ¿una traductora de rumano de treinta y cinco, si no recuerdo mal?, ¿una monja de cuarenta? ¿Y Li? ¿Y la prostituta ecuatoriana?

—Algo hay.

Pablo se levanta haciendo un gesto de dolor y camina despacio hacia su amigo.

—Quiero que me escuches bien, y vas a hacerme caso. Hablaré con Sara y, según lo que ella tenga, decidiremos lo que hay que hacer. No podemos seguir con esto. Tú no puedes. —Alza la mano—. No me interrumpas. Mírate cómo

estás. Como una puta moto. Desquiciado, obsesionado; no quiero verte así. Ordenaremos todo el material que tengamos, convenceré a Sara para que vayamos a hablar con sus jefes a explicarles lo que sospechamos y que se encarguen. —Le pone una mano sobre el hombro—. Sé por qué haces esto. O, al menos, lo sospecho. Hay algo que no has querido contarme nunca. Y eso te está matando.

Simón lo mira, cauteloso. Se aparta de él y vuelve a llevarse la mano a la boca.

—No sabes nada. No puedes saberlo. Tengo que marcharme —murmura. Va hacia la puerta y la abre.

—El pasado no va a volver, Simón. Te lo digo yo, que lo sé bien. Hay que mirar siempre hacia delante.

Su amigo no contesta y cierra a sus espaldas.

## 25

El camarero le pone el plato en la mesa y Manolo hace un gesto de asentimiento. Los callos con garbanzos tienen un aspecto estupendo, pero queman como un demonio. Habrá que esperar un poco. Además, tiene al patrón al otro lado del teléfono y no parece que tenga ganas de colgar.

—¿Y dices que le dejaste claro que Adriana no había vivido nunca allí?  
—Se lo ha preguntado cien veces.

—Ya se lo he dicho, patrón. —Coge el chusco de pan, lo moja en la salsa y se lo lleva a la boca: está de muerte—. Se lo dije por activa y por pasiva. Y no había tu tía, se puso muy burro, por eso preferí que subiera arriba y lo viera con sus propios ojos. Se marchó cagando leches, como le conté.

—No esperaba que le diese por ir a casa de esa chica, pensaba que había dejado el tema zanjado.

—Ya. —Coge otro trozo de pan, más grande, y lo hunde en el plato—. No se preocupe, con lo de esta noche creo que habrá tenido bastante. Me esmeré todo lo que pude y no se despertó, dormía como un tronco. Debía de haberse tomado una buena cantidad de pastillas. Así que... ¡Mierda! —El pan que se llevaba a la boca se le ha escurrido y le ha manchado los pantalones.

—¿Qué pasa?

—Joder, que ha estado a punto de caérseme el móvil; nada grave, patrón.  
—Intenta limpiarse con la servilleta.

—Además, como te dije ayer, Miguel podía haberte reconocido.

—Bueno, tampoco me ha visto tantas veces ni tan de cerca.

—¿Ah, no? Te vio en el avión de vuelta de Tenerife y en el club de golf.

—Ya, pero antes tenía las patillas, ahora que ya no las llevo...

—Hiciste bien en afeitártelas, llamaban mucho la atención. Esto no ha

terminado.

—Eh..., patrón, ¿nuestro asunto va a durar mucho más? Porque tengo unas cosillas pendientes que...

—Pues tendrás que dejarlas hasta que yo te diga, ¿estamos? Mañana te avisaré.

—Vale, vale, solo era una pregunta, ya sabe que estoy a su disposición.

—Hablamos pronto. —Cuelga.

Manolo da un suspiro de alivio y se anuda la servilleta al cuello. Para un día que se había puesto presentable va a ir por el mundo con el pantalón hecho un asco. Coge la cuchara y empieza a atacar el plato. Aunque la verdad es que tampoco es tan grave, Dolores no va a fijarse en una mancha de más o de menos, y hoy lo más importante es lo que tienen que hablar. Aunque si se pone un poco cariñosa, no será cuestión de hacerle ascos.

Las cosas están empeorando con Borja. Puede ser que le esté dando a la coca más de la cuenta, o que su padre le ha cortado el grifo y necesita pasta urgente. No hay quien se explique esa ansia que tiene. Fijo que se le va la olla. Cuando empezaron con este tinglado, las cosas se hacían de otra forma. Más ordenadas, con discreción y sin prisas. De un tiempo a esta parte, Manolo tiene la sensación de que están en caída libre, y duda mucho de que el padre de Borja sepa lo que está haciendo su retoño, que se cree un putito dios o algo parecido.

Esta mañana lo ha llamado, histérico, casi gritándole: que tiene a tiro a una chica nueva, una sudamericana jovencita por la que pueden sacar mucha pasta, ya que todo es aprovechable. Que de golpe le han venido unos cuantos encargos y que van a tener que darles salida esta semana. No se ha atrevido a preguntarle por la ecuatoriana que todavía tienen sedada, a la espera de nadie sabe qué. Dolores debe de estar que trina.

Manolo está convencido de que Borja está yendo demasiado lejos, que todo va a explotar tarde o temprano, y no tiene ni putas ganas de llenarse de esa mierda. Dolores tampoco. Así que habrá que pensar qué es lo que más les conviene. Puede que haya llegado el momento de sacar de su escondite el dinero que ha guardado durante estos años. El dinero y algo más.

Acaba el plato y coge el pan restante para acabar de rebañar la salsa. El problema es que el cabrón del niñato pijo no va a dejarlos marchar tan fácilmente. Manolo puede desaparecer por las buenas, no tiene a nadie que lo

espere. Dolores lo tiene un poco más crudo. Y los colegas de Borja están muy locos, son capaces de todo si él se lo ordena. Y entonces estarán bien jodidos, más que jodidos.

A menos que sean más listos que él, se dice mientras alarga la mano para coger su copa de vino.

## 26

Sara abre el papel de celofán y se mete en la boca un caramelo de regaliz. Si sigue comiendo a este ritmo, en breve agotará todo lo que compró el viernes. Aunque no es de extrañar, con los días que está llevando. Si todavía fumase, seguro que se puliría un paquete al día como mínimo. Simón le dijo ayer que hay estudios que demuestran que el regaliz hace subir la tensión, amén de no sé cuántos efectos secundarios, y que tuviera cuidado. Pues solo le faltaba preocuparse de eso ahora.

Pablo ha estado escribiéndole y le ha contado que Simón ha estado con él en su casa. Que no lo ha visto muy fino, y le ha vuelto a insistir en que tienen que comunicar todo lo que tengan a la policía. Ella le ha contestado que hablarán esta noche.

*Joder con Pablo. Como si no me preocupase por mi hermano. Como si no dudase constantemente de lo que está haciendo.*

Después de comer un bocadillo en un bar, ha cogido el metro para ir a casa de Miguel Montero, que vive en el barrio de Sant Martí, no muy lejos de su actual comisaría. No le gusta nada meterse bajo tierra, siempre tiene la sensación de que le falta aire, pero es el transporte más rápido. Aunque puede ser que no sea muy buena idea hablar con el menor de los Montero. Cada persona con la que contacta constituye un peligro potencial de que lo que está haciendo llegue a oídos del sargento, y entonces sí que estará jodida. El problema es que no se le ocurre otra forma de hacerlo. En el trayecto ha ido pensando qué excusa puede dar para presentarse en su piso. Miguel no parece estar relacionado con ninguna de las mujeres desaparecidas, pero su hermano, el cirujano guaperas, sí, y no puede descartar que esté metido en ello, o que tenga relación con el famoso Borja. Ya ha tenido ocasión de ver la agresividad del pequeño de los Montero y sabe que un tío en ese estado es capaz de todo.

Sale del metro y llega a la casa que busca. La puerta está abierta de par en par. Deben de estar con la limpieza de la escalera, porque tiene que pasar por encima del cubo de fregar que alguien ha dejado casi en mitad de la entrada. La finca es sencilla y al menos tiene unos setenta años. Sin ascensor. Mientras sube resoplando, recuerda que Miguel vive en un piso de alquiler, y no tiene ninguna propiedad a su nombre, salvo su moto. Medios económicos, su sueldo como comercial y poco más. No se le conoce pareja, ni hijos. Solo su querido hermano, su sostén durante todos estos años.

—¿Quién es? —contesta una voz masculina, cuando todavía no ha sacado el dedo del timbre.

—¿Miguel Montero? Vengo de Mossos d'Esquadra.

La puerta se abre de inmediato. Lo ve más demacrado de lo que recordaba, parece perderse en una camiseta negra y unos tejanos que le vienen holgados. No tiene buen color y alrededor de sus ojos hay una red de arrugas que no había advertido el día que apareció en la comisaría. Al menos no da la sensación de ir colocado. Está alerta, vigilante. Lleva una venda que le cubre el puño derecho.

—¿Me van a detener? —Su nuez se mueve arriba y abajo.

—¿Cómo? —desconcertada.

—Que si... No importa, adelante. —Cierra la puerta, le da dos vueltas a la llave y se la guarda en el bolsillo de los pantalones.

Sara se lleva instintivamente la mano a la cadera, y como hizo el sábado por la noche, la primera vez que lo vio, vuelve a pensar que es una lástima que ya no pueda llevar pistola. Y que sea tan imbécil como para meterse en casa de un tío sin que nadie sepa que está allí. En este momento está encerrada y la llave la tiene él.

*Cada día lo haces mejor. Menuda policía estás hecha.*

—Pensaba que venías a detenerme. —Se la queda mirando.

—¿Debería hacerlo?

—Quizá sí. No lo sé.

Sara aparta la mirada de él y observa a su alrededor. Los cojines del sofá están rajados y apilados en un rincón, así como un montón de libros, cuyas páginas aparecen sobre la mesa del comedor. Junto a la nevera descansan un par de bolsas de basura de gran tamaño, llenas.

—Eres la policía con la que hablé en la comisaría la otra noche, ¿verdad?

—Sí, fui yo. ¿Y esto? ¿Qué ha pasado?

Él va hacia la mesa del comedor y se deja caer en una silla. Le hace un gesto para que haga lo mismo.

—La verdad es que no lo sé. —Se toquetea la venda de la mano.

Sara se sienta en otra silla frente a él y se limita a mirarlo.

—Me he levantado y he visto todo este desastre —empieza él—. Los platos, la cerámica, todo destrozado. Lo he metido en esas bolsas que ves. Ni siquiera me he atrevido a bajar a la calle para tirarlas. También he roto el cristal del lavabo. El problema —levanta la vista y la mira, suplicante— es que no recuerdo si lo he hecho yo o no. Pero no hay otra explicación. La puerta tenía la llave echada como ahora. Ayer tomé unas pastillas que me recetó el psiquiatra para poder dormir y eso pensaba, que había dormido toda la noche. —Parece ser incapaz de parar de hablar—. También puede ser que tomase las que no debía y me han vuelto agresivo, no sé qué pensar. No sería la primera vez que me equivoco con unas pastillas. Llevo días haciendo cosas extrañas, soñando con cosas del pasado, con el acuario que teníamos en casa y... ¿Para qué has venido?

—¿Qué quieres decir con eso de que no es la primera vez?

—Nada. —Su barbilla tiembla, como si fuese a echarse a llorar—. ¿A qué has venido? —repite.

—Cuando estuviste en comisaría dijiste muchas cosas —tantea.

Miguel se echa hacia delante en la silla y la mira con el ceño fruncido.

—No me acuerdo.

—Que tu madre murió por tu culpa..., y hablaste de una medalla. Que Adriana también se la puso y algo de una foto. También hablaste de ese acuario con el que dices que sueñas —coge aire—. Y que mataste a tu madre.

—Eso es historia pasada —masculla.

—¿Pasada? No me pareció que pensaras eso. —Se inclina hacia él—. Hablabas como si estuviera ocurriendo ahora mismo. Dijiste que querías que te encerrásemos para que dejases de hacer daño. ¿Por eso quieres que te detenga? ¿A quién has hecho daño?

Miguel esboza una sonrisa extraña, se levanta y se acerca a ella.

—¿Tienes tiempo? Porque es un poco largo.

## 27

Si lo piensa bien, siempre quiso ser médico, y cirujano por encima de todo. Las clases de disección eran las que más disfrutaba y sus profesores le tenían por un alumno aplicado, un modelo para los demás. No faltaba a ninguna práctica, y siempre era el primero en ofrecerse voluntario. Su novia de aquella época, con la que empezó a vivir, no le entendía. Una vez la llevó a escondidas a las dependencias de la facultad, en el Hospital Clínico, donde se conservaban en formol brazos, piernas, fetos, órganos humanos de todos los tamaños, y se los mostró. Le hizo gracia ver su rostro descompuesto y sus expresiones de horror. Se tapaba la boca con la mano, o se la llevaba al pecho en un gesto dramático, mostrando su repugnancia.

Había querido llevarla allí para que entendiese lo que él sabía de siempre y lo que sus estudios le habían confirmado. Que no somos nada relevante, solo simples entes biológicos compuestos de sangre, de humores, de órganos; en definitiva, animales diseñados por la madre naturaleza, perecederos como el resto de los seres vivos. Cada sistema del cuerpo humano, cada órgano, tiene una función y cualquier alteración provoca desajustes. Y entonces es el turno del profesional, del cirujano, que con sus conocimientos y su pericia puede restaurar el equilibrio en el sistema. Él quería conseguir ese poder en sus manos, que guiadas por su cerebro podrían ser capaces de conservar la vida. O de mejorarla. Su novia de entonces no comprendió la grandeza de lo que intentaba transmitirle, pero la excitó lo bastante para que por la noche, ya en casa, tuviesen una buena sesión de sexo. Al poco tiempo, él la dejó, absorbido por sus estudios.

El teléfono suena, distrayéndolo de sus recuerdos.

—Dime, Dolores.

Mientras escucha a la enfermera, piensa en lo absurda que es la vida. En lo

estúpido que ha sido y en los grandes errores que ha cometido. Si alguien le hubiera dicho, el día que llevó a su novia al hospital, que acabaría sentado en un minúsculo despacho, en esa clínica clandestina, a pocos metros de donde yace una mujer sedada a la espera de que él hunda su bisturí en ella, recibiendo instrucciones de una enfermera que a su vez repite lo que le han ordenado, se hubiese reído en su cara.

Corta la comunicación y se queda mirando sus manos huesudas, de prominentes nudillos. Tendrá que hablar con el resto del equipo para que estén preparados. Cierra los puños y clava las uñas en las palmas hasta que empieza a sentir dolor. *Manos*. Manos que consiguieron ese poder que anhelaba, y que durante un tiempo usó para crear, para mejorar la vida de sus semejantes, como él quería, como había soñado siempre.

Lejos quedan aquellos cinco años de éxito, en los que la clínica 3M Estética era famosa en todo el país y fuera de él. Clínica a la que acudían cientos de personas para las que él y sus socios siempre tenían un «sí» por respuesta. El más listo de todos, Oriol Mesquida, el socio capitalista, el que más se benefició y acabó ingresando una fortuna. Todos estaban exultantes. Iban a pasar a la historia de la medicina estética.

Pero lo que a él lo estimulaba realmente no era ni la fama ni el dinero, sino ese momento crucial, casi divino, en que sus manos conseguían restaurar cuerpos, perfeccionarlos. En casos cada vez más complicados, más complejos, auténticos retos. No era suficiente con tener la técnica, había que tener alma de artista y él así lo sentía. *Estaba creando*.

Hasta que el propio Oriol se asomó al lado oscuro, a la cara oculta de la Luna. Y los arrastró. A él, especialmente, hasta esta tela de araña gruesa y tupida de la que no ha podido salir desde entonces.

Se quita las gafas de pasta y se frota los ojos. Hoy tendrá que dormir sí o sí. Mañana sus manos van a tener que actuar con toda la destreza que sea capaz. Aunque tendrá que ser el final de esta historia. Su capacidad de resistencia está llegando al límite, a pesar de que descerebrados como Borja piensen lo contrario. Y si no, él debería ser capaz de hacérselo entender. Debería.

## 28

Simón cierra con torpeza el libro que está leyendo y se ajusta el esparadrapo que rodea la venda que lleva en los pulgares y en los índices de cada mano. Mientras volvía en el metro a la biblioteca después de estar con Pablo, no ha podido evitar mordisquearse de nuevo los pellejos sueltos hasta hacer brotar la sangre. Una chica sentada frente a él lo miraba, asqueada, haciéndole sentir como un zombi. Eso le hizo bajar la mano y buscar un pañuelo en su bolsillo para envolver los dedos, mientras las heridas le latían dolorosamente. Se levantó y, avergonzado, fue hasta la otra punta del vagón.

La biblioteca ha estado desierta toda la tarde. Weifen ya le dijo que no iba a venir hoy y nadie se ha animado a empujar la puerta de la entrada, lo mismo que casi todos los días. Debería buscarse otro trabajo, porque en un futuro más o menos próximo los familiares del fundador se cansarán y venderán el edificio a algún especulador para construir un hotel, al parecer algo imprescindible en los últimos tiempos en el barrio del Raval. Eso debería hacer. Si fuese capaz. Le ha dicho a Pablo que tendría que aprovechar su titulación y conseguir algo mejor que ser el vigilante de un parking, pero él tampoco destaca por su ambición. En el fondo, sabe que se quedará aquí, entre las biografías de santos caducos, las novelas descatalogadas de autores que pocos conocen y los mitos de la antigüedad que todos han olvidado. Y cuando lo echen no sabrá qué hacer.

Ya es hora de empezar a recoger. Ordena los folios que ha traído de casa y en los que ha apuntado lo que saben sobre las mujeres desaparecidas, cuando oye cómo alguien abre la puerta de entrada y levanta la vista para ver al doctor Roca que se acerca a él. Lleva su habitual traje gris con corbata negra, y a pesar de que el cielo amenaza lluvia no ha traído su raída gabardina. Camina con la cabeza gacha, mirando al suelo, y solo levanta la vista cuando

llega a la altura de su mesa.

—He estado a punto de no venir. —Su voz es más ronca que de costumbre.

Parece más demacrado, su rostro está pálido, y constantemente se humedece los labios. Nunca lo ha visto tan inseguro, tan a disgusto, como si su cuerpo tirase de él en dirección contraria a la que quiere ir.

—Estuve pensando en lo que me dijiste. —Simón espera—. Y puede ser que..., que, no sé, tal vez puedas tener algo de razón. Quizá necesito hacer algo distinto, ni que sea para conseguir que estas perras odiosas dejen de martillearme el cerebro. —Se interrumpe y sus facciones se deforman en una mueca de dolor—. Esas perras...

—¿Las Erinias? —Roca asiente—. Son su conciencia. Usted sabe que lo que hizo es una bestialidad, mató a gente desvalida, que no podía defenderse, que hubiese muerto de forma natural al poco tiempo. Se aprovechó de su posición de médico y al final...

—Ya lo sé, pagué por ello en la cárcel. No he vuelto a hacerlo.

—Pero lo desea.

El médico lo mira y hace una mueca.

—Deseo. Es una palabra muy básica, muy genérica para definir esta pulsión. —Alza los brazos y le muestra las manos, que tiemblan ligeramente—. Si fuese cirujano, me echarían por inútil. Desde que el ansia me domina de nuevo, no controlo el pulso. Falto a mi rutina diaria, pierdo las horas miserablemente, esto acabará conmigo. Y si cedo a la tentación, ya sé lo que me espera. ¿Por qué llevas los dedos vendados?

Simón se pone en pie y le tiende los folios que estaba ordenando.

—Por nada. Esto es lo que le comenté ayer, las cinco mujeres desaparecidas. La monja de la que oyó hablar a su vecina tiene unos cuarenta años, se operó con éxito de las bolsas de los ojos; al día siguiente desapareció. Li, diecinueve años, es la tía de Weifen, la niña que viene a la biblioteca; no sabemos si llegó a pasar por el quirófano o no, pero nadie la ha visto después de las fiestas de Navidad. Alina, una traductora de rumano, unos treinta y pico, se operó de unas prótesis defectuosas en los glúteos; volvió a casa y luego se volatilizó. Emma Ribó, lo mismo, funcionaria jubilada, operación ambulatoria y, después de volver a casa, desaparece sin dejar rastro hace unas semanas. Y Rosaura, una prostituta ecuatoriana, en la treintena, es la última, hace una semana; no sabemos si se operó o no, aunque tenía que

arreglarse la nariz y cambiarse unas prótesis mamarias. Aquí —señala en el folio— está detallado lo que acabo de decir. La clínica en la que se operaron tres de ellas se llama RIMO, del doctor Ricardo Montero, y luego hay otra...

—Ricardo Montero... Hace años destacaba en la cirugía estética —murmura Roca.

—¿Lo conoce?

—No, pero tiene mucha fama. Cuando estuve en... prisión, leía el periódico, y no había día que no saliera una noticia en la que no estuviese su nombre, aunque la clínica no se llamaba RIMO y había más socios. Operaban a gente con dinero, o a casos complicados con los que nadie se atrevía.

—La clínica era 3M Estética, estaba en la avenida del Tibidabo.

—¡Esa! Se hicieron millonarios, hasta que pasó algo y la cerraron. ¿Montero está ahora en esa RIMO?

—Sí, como único socio, por lo que parece. El problema aquí es averiguar qué tienen en común estas mujeres. Como puede ver, no cuadran ni la edad, ni la nacionalidad, ni sus trayectorias. No tienen nada que ver entre sí.

—Salvo que todas son mujeres. —Roca hace una mueca de desprecio.

—Por eso me ha recordado a los asesinatos de Jack el Destripador. ¿Conoce la historia?

—¡Qué tontería! —Roca se sienta en una silla—. No han encontrado a ninguna muerta, ¿no? Tengo entendido que ese asesino en serie, si es que existió, quería que encontrasen los cuerpos y se reía de la policía. Era un narcisista, un psicópata de libro.

—Usted también dejaba los cuerpos. —Simón se sienta frente a él.

—No es lo mismo. —Frunce el ceño—. Aquí solo tienes a mujeres que no han vuelto a su casa. Mujeres vulgares, ¿no? No destacan por nada, ni por su inteligencia, ni por sus logros; son seres inferiores, a la vista está... —despectivo.

—Veo que no aprecia demasiado el género femenino. Me recuerda a Ubertino, en *El nombre de la rosa*. ¿La ha leído?

—Pues claro que no, sabes que no leo nada que no esté escrito después del siglo XIX.

—Ubertino es un personaje, un monje franciscano que alecciona a Adso, un joven monje benedictino. Le habla sobre las mujeres, esa tentación del

demonio que no puede llevarlo más que a la perdición. Y le insiste en que la belleza del cuerpo solo existe en la piel y debajo de esta solo hay mucosidades, sangre, humores y bilis. Tocar a una mujer es como estrechar entre sus brazos un saco que contiene toda esa suciedad.

—Pues no dejaba de tener razón. —Levanta una ceja—. Y más desde el punto de vista médico. Eso es lo que somos. ¿Sabes lo que ve un cirujano cuando opera o un forense cuando hace una autopsia? Un cuerpo, material biológico: huesos, cartílagos, arterias, venas, sistemas enteros que hay que restaurar o analizar. —Se echa hacia atrás en la silla—. Eso es lo que tienen en común esas mujeres. Lo que todos tenemos en nuestro interior. —Clava sus ojos claros en los de él.

El rostro de Simón se ensombrece y susurra:

—Órganos.

## 29

—¿Órganos? —pregunta Pablo, asombrado.

Sara está sentada ante la mesa de la cocina de su casa, hojeando su libreta de notas, y asiente con una expresión de cansancio. Está rendida. El bocadillo que comió al mediodía ya queda muy lejos, pero su estómago no está para admitir alimento. Desde que llegó a casa, hace ya más de dos horas, no ha hecho otra cosa que mirar en el ordenador de Simón y hacer llamadas. Y hundirse en la más puta miseria.

La lluvia cae con fuerza sobre la claraboya del patio interior. Ella ha tenido suerte y casi no se ha mojado, pero a Pablo lo ha pillado de lleno y ha tenido que prestarle unos pantalones y una camiseta de Simón. *Simón*. Ya tendría que estar en casa, son más de las nueve de la noche. Vuelve a mirar el móvil: lo tiene apagado o fuera de cobertura. *Joder*.

—No tengo ni idea de este tema, Sara. —Pablo se levanta, va hasta la nevera y coge un botellín de cerveza—. Parece un poco increíble, no creo que sea tan fácil extraer los órganos de una persona para traficar con ellos, habrá que hacer pruebas de compatibilidad o algo, tener un buen equipo médico, digo yo. ¿Y ha sido después de hablar con ese sonado que has llegado a esta conclusión?

—¿Miguel Montero? No, no tiene nada que ver con lo que te estaba diciendo, aunque lo que me ha contado puede tener su importancia. —Abre la caja de pastillas de regaliz y se traga las dos últimas.

Miguel la ha tenido más de una hora en su casa, hablándole sobre el día que murió su madre y lo que está viviendo ahora. La prevención que le había inspirado cuando cerró la puerta con llave fue sustituida por la incredulidad y, más tarde, por la compasión. El pobre tipo estaba totalmente desquiciado. Le ha repetido cien veces que su hermano Ricardo es la única familia que le

queda, al que admira, porque es todo lo que él no será nunca, y al que ya no puede explicarle lo último que ha hecho porque no va a tener más remedio que encerrarlo en un psiquiátrico, como su padre. Y que tal vez sería lo mejor, ya no puede confiar en sí mismo después de todo lo que le ha pasado en los últimos días.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le había preguntado Sara cuando él se quedó en silencio.

—No lo sé. Estás aquí —le había contestado con la mirada extraviada.

Pablo da un trago y deja el botellín sobre la mesa.

—Ese tío está como una puta cabra. A ver, dices que se le ocurre coger la maleta de otra persona en el aeropuerto, y que dentro hay una caja con una medalla de su madre y una foto familiar, lo que no tiene ningún sentido; que luego la medalla la llevaba en el bolsillo, y se la puso la chica con la que estuvo follando y a la que pegó la noche siguiente, después de haberse meado en la foto. ¿Me dejo algo? ¡Ah! Que no recuerda haber hecho nada de todo esto, y cuando va a casa de la chica a disculparse por lo que le hizo, ya no está o, mejor dicho, no ha estado nunca. Y esta noche ha destrozado su piso sin acordarse de que lo ha hecho. Está como unas maracas, Sara. Que siga yendo al psiquiatra o, mejor, que el hermanito lo meta en un centro.

—Te recuerdo que tres de las desaparecidas se operaron en la clínica del hermano —irritada.

—Vale, ¿y qué? No tiene nada que ver, es el loco de la familia, nada más.

—El padre está en un psiquiátrico y la madre murió en octubre de 1992. Miguel estaba con ella, solo tenía doce años, le dio las pastillas que se tomaba por la depresión y no sé qué más historias y murió. Muerte por abuso de fármacos, dice la autopsia.

—Pues eso, todos majaras, igual al cirujano también le falta un tornillo y se está cargando a todo el mundo.

—No seas gilipollas. La madre ingirió una sustancia verde que sirve para matar algas en los acuarios.

—¿Qué dices?

Sara no contesta. Algo le dice que Miguel está relacionado de alguna forma con lo que supuestamente está haciendo su hermano mayor. Con el que va a tener que ir a hablar mañana mismo. *Mierda*. Vuelve a mirar el móvil. Simón sigue sin dar señales de vida. No se preocuparía si no fuese porque

sabe que no está en su mejor momento. Siempre llega a las siete en punto.

—¿Has hablado con Simón? —pregunta.

—Desde el mediodía no, ya te lo he dicho.

—Llega tarde. —Da golpecitos sobre la mesa.

—Joder, Sara, está lloviendo, seguro que espera a que pare.

—Siempre es puntual. Y ya sabes cómo está.

—Me estabas contando lo de los órganos. —Pablo vuelve a ir hacia la nevera y coge otra cerveza—. ¿Quieres?

—No, y para de beber. Ahora ya sé quién acaba con las cervezas en esta casa. —Frunce el ceño.

—Vale, vale. —Se sienta frente a ella y sonrío.

—Y deja de poner esa cara de imbécil. Y abre las orejas. Toda esa obsesión que tiene Simón por lo de Jack el Destripador me llevó a pensar en lo que esas mujeres tienen en común. Lo del tráfico de órganos es un negocio bestial, en todo el mundo. Mueve millones de dólares. He estado buscando y se te ponen los pelos de punta, lástima que no pueda hablar con compañeros que llevan estos temas, seguro que podrían ayudar.

—Eso te iba a decir...

—Calla. Se vende todo. Todo: riñones, corazones, hígados, pulmones, páncreas, intestinos, huesos, córneas, yo qué sé. En la red oscura de Internet, la *deep web*, encuentras páginas de compra y venta. Escribes «*kidney for sale*», ofreciendo un riñón, y recibes ofertas. Gente que te vende parte de un hígado por cuarenta mil euros... Los precios varían según el país o la raza. El motivo está muy claro: no hay bastantes donantes para todos; si se hace legal, los donantes muertos deben cumplir una serie de requisitos, mucho papeleo, listas de espera, controles. Así que es mucho más rápido el tráfico ilegal. ¿Y sabes quiénes son los compradores? Los putos ricos, los que no soportan estar en las listas de espera, los cabrones que llegan incluso a pagar por personas *enteras*. Que lo sepas. En Asia se venden mujeres por setecientos euros, setecientos putos euros. Joder, dan ganas de vomitar. No me extraña que haya quien quiera más a los perros que a las personas.

—Es increíble. Habrá que tener un equipo médico de narices, es imposible que lo haga un cirujano solo. —Le tiende la cerveza.

—Pues claro que hace falta un equipo médico. —Da un trago—. Las

únicas personas que no son aprovechables son los drogadictos, los que tienen el sida, los alcohólicos, o, por ejemplo, las mujeres de más de sesenta años no pueden donar el corazón. Tampoco los fumadores pueden donar los pulmones. Tienes todos los números para que nadie quiera tus órganos, tío.

Pablo tuerce el gesto, se lleva la mano al bolsillo del pantalón y la retira en un segundo.

—Muchas gracias. Alguna ventaja tenía que tener —masculla.

Sara le devuelve la cerveza y se frota los ojos.

—Todas las mujeres que han desaparecido tienen buena salud, hasta Emma Ribó. Su hija me lo dijo el otro día, y la he llamado antes para confirmarlo. La monja igual y Alina es una tía deportista. Piénsalo. Es la leche. Las tienes en la clínica, el equipo médico dispuesto, has hecho todas las pruebas que necesitas, sin que se hayan dado cuenta, y ya sabes lo que es aprovechable. Después de operarlas del culo, de la cara, de lo que sea, son las mejores candidatas. ¿Que hace falta un corazón? Pues tienes a Alina, una tía que está en forma, con treinta y pocos, de puta madre. ¿Necesitas unas córneas? Emma Ribó tiene una vista estupenda. Es perfecto. Un negocio redondo, con poco riesgo, a coste casi cero. El único gasto que tienen es la operación de estética que les hacen, así dan la apariencia de que todo es normal y luego recuperan la inversión. Salen de la clínica, vuelven a casa y... nunca más se supo. Se las llevan.

—Tiene que haber varios compinchados, entonces. Y aun admitiendo que haya sido así, el caso de Li y de Rosaura es distinto.

—Solo porque todavía no sabemos dónde se operaron, o si lo hicieron al final, y porque aquí está la conexión con el nazi ese de Borja, que, no lo olvides, es el hijo de uno de los socios de la primera clínica que tuvo Montero.

—Aquí me pierdo.

—Le he estado dando vueltas esta tarde. —Se echa hacia delante y clava en él su mirada—. La clínica 3M Estética funcionaba de puta madre. Montero y Mesquida se estaban forrando, pero en el 2010 pasó algo que no sabemos y todo se va a la mierda. ¿Se dedicaban al trasplante ilegal de órganos y salió mal? ¿Alguien metió las narices? Ni idea. Lo único cierto es que acaban en juicios, y Montero abre la clínica RIMO, hace cinco años, presuntamente en solitario. Mesquida trabaja ahora en una multinacional alemana. ¿Y si Montero

sigue con lo mismo, opero legal y saco lo que me interesa de manera ilegal, pero de forma más discreta? ¿Borja es quien le trae algunas clientas, digamos, las «no convencionales», las que no tienen pasta para pagar una operación legal, con buenos órganos para vender?

—Sara, te lo he dicho cuando he venido. Vamos a hablar con tus compañeros y les llevamos lo que sabemos. Borja y sus amigos son peligrosos, ya te he contado la visita que me hizo el cabrón de Panzer.

—No lo entiendes, Pablo. No tenemos nada concreto, nada que podamos demostrar. Si contamos lo que estamos haciendo me van a mandar a la mierda. No.

—Esto es serio, no podemos seguir. Ellos sabrán lo que hay que hacer. Me preocupas. —Con delicadeza, le pone la mano en el brazo desnudo.

Sara no se mueve. La mano de Pablo es cálida y descubre que le gusta sentirla ahí, sobre su piel. Se sorprende a sí misma deseando acurrucarse en sus brazos y quedarse quieta, con los ojos cerrados, sin pensar en nada, y olvidar lo que acaba de explicarle. Abandonarse, sin más. Tiene que reconocer que quién es ella para meterse en esta película. Una policía pringada, expedientada, con una vida de mierda y un hermano depresivo del que se siente responsable. La tentación de faltar a su norma de que no necesita a nadie a su lado es fuerte.

Está acostumbrada a ver la peor cara del ser humano, ya lo ha sufrido en la infancia, y luego, en la calle, como policía, ha podido comprobar que la gente es capaz de cosas que nadie imagina. Desde yonquis que pegan y apagan cigarrillos en la piel de su madre anciana para sacarles dinero, hasta niños que se suicidan por no poder soportar el acoso en las redes sociales. No debería sorprenderse de nada a estas alturas.

Su mirada cae sobre su libreta, abierta sobre la mesa de la cocina. Esas cinco mujeres tenían una vida, más o menos corriente, ni mejor ni peor que el resto. Quizá no estaban destinadas a cambiar el mundo, ni a ser recordadas durante generaciones. Pero no se merecían acabar en manos de los hijos de puta que, si sus sospechas son ciertas, están enriqueciéndose con sus cuerpos, en sentido literal.

Aparta el brazo con esfuerzo y levanta la vista hacia él.

—¿No se te ocurre que esto pudo pasarle a tu novia, hace más de diez años? ¿Que alguien se la llevara y la vendiese a cualquiera de esas mafias?

Recuerda que solo apareció un hueso del...

—Calla. —Su mirada se endurece y un rictus amargo aparece en su rostro.

Ambos oyen cómo se abre la puerta del piso.

—¿Sara? —dice Simón.

## 30

—¿Qué estás diciendo? ¿Que nos marchemos? ¿Así, por las buenas? Tú estás loco, Manolo. —Dolores se echa hacia atrás en el asiento y se toquetea la melena platino.

Él intenta buscar las palabras que puedan calmarla. Si ella hubiese querido ir a su casa para hablar con tranquilidad, podrían entenderse mejor, pero no ha habido manera. Después de mucho insistirle, solo ha accedido a tomarse con él una cerveza en un tugurio de su barrio, donde el estruendo de la tele y de la máquina tragaperras le está poniendo nervioso. Y encima se ha puesto perdido con la lluvia. Joder con Dolores, cuando se pone burra no hay nada que hacer.

—Vamos a ver, nena, las cosas se están poniendo complicadas, mira lo que ha pasado hoy. Borja echándonos la bronca, el patrón dándome la matraca con ese asunto que no se acaba nunca. Bueno, espero que mañana por la noche... —Se da cuenta a tiempo de su error y enmudece.

—¿Qué asunto? —Los ojos de ella echan chispas.

—¡No puedo decírtelo, joder! —En ese momento el dueño del bar ha cambiado el canal y el viejo que no paraba de meter monedas en la máquina se ha cansado de tirar el dinero, así que su voz se oye con claridad y la gente vuelve la cabeza en su dirección—. Escucha —baja la voz—, tú misma me has contado que mañana va a ser el día, está todo el equipo convocado para destripar a la ecuatoriana esa porque Borja tiene pensado traer a otra chica. Y de esto último a mí no me ha dicho nada, así que supongo que va a contar con sus colegas.

—No lo creo. —Ella coge su copa y le da un sorbo—. Va a ser como con la china, se la ha camelado y la traerá cogida del brazo. A ti solo te usa cuando las operan primero y luego van a casa. Pero es que me da igual, no lo aguanto más. —Vuelve a beber.

—Entonces estás de acuerdo conmigo.

—¿De acuerdo? Tú estás tonto, ¿cómo quieres que me vaya por las buenas? ¿Qué te crees que me haría ese cabrón, o qué le haría a mi hijo? — Las lágrimas asoman a sus ojos—. Ya te lo he dicho, ha dejado caer que mucho cuidadito o ese gordo asqueroso de su colega se encargará de meternos en vereda —se estremece, y se toquetea la pulsera con la piedra azul.

—Eso no pasará. —Acaba su cerveza.

—Porque tú lo digas, ¿no?

—Tenemos que movernos, darle a entender que no somos sus esclavos. —Pone los codos sobre la mesa y se acerca a ella—. Se cree que tiene la sartén por el mango y se equivoca.

—Mira, Manolo, estoy muy cansada, son casi las diez y voy a tener que subir a casa, mañana... No quiero pensar en mañana.

—Escúchame. —Le coge las dos manos y busca su mirada—. Por la mañana haces lo de siempre, trabajas normal, vas a casa, comes y descansas. Lo de Borja será por la tarde, ¿no? —Ella asiente—. Pues te vas para allá, haces tu trabajo y deja todo de mi cuenta. Tengo un dinero que nos puede venir bien para marcharnos de aquí, con el chaval y todo, mira lo que te digo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Y cómo es que tienes dinero? —Sus ojos lo miran, desconfiados.

—El patrón ha sido generoso conmigo, él sí que es de fiar. No he sido un imbécil durante estos años, he ido guardando pasta. Y Borja ha olvidado cosas que me encargó en su día y que nadie más sabe. Cosas por las que puedo tenerlo cogido por los cojones si nos amenaza.

—Oye, no te hagas el héroe que no te va a funcionar, no le cuesta nada decirle a sus colegas que vayan a por ti.

—Ya lo sé, por eso te digo que mañana hay que cumplir órdenes y esperar a que se calme, así no estará por nosotros. La cosa ya pasa de castaño oscuro, esta será la última semana que nos machaca.

—¿No estarás pensando en hablar con los Mossos? —alarmada.

—Bueno, yo directamente no, pero siempre les puede llegar una denuncia anónima sobre algo raro que haya visto un vecino.

—¿Algo raro?

—Ese cabrón ha olvidado que yo solito hice desaparecer los cuerpos de

las mujeres o lo que quedaba de ellos. Y que solo yo sé dónde están.

# 31

El autobús va lleno hasta los topes, y eso que Sara ha dejado pasar el anterior porque era imposible apretujarse entre la gente, los paraguas, los cochecitos de niño y las mochilas. Llegar hasta la avenida Pearson desde su casa es una auténtica excursión. La circulación está imposible. Cuando llueve, Barcelona es la ciudad con más coches del mundo, por lo que la combinación de dos autobuses y una caminata supone más de una hora de trayecto. La lluvia y la hora, la de entrada de los colegios, no mejora la cosa, pero ha preferido salir pronto para no ver a Simón esa mañana. Y también para evitar darle explicaciones de por qué se ha llevado el abrecartas templario que su hermano guarda en su habitación y que sacó con todo cuidado, aprovechando que él dormía.

Cuando Simón llegó a casa la noche anterior, les explicó lo que había hablado con ese psicópata de médico que se había cargado a no se sabe cuántos ancianos. Y luego empezó con la misma cantinela que Pablo: que había que llamar a Carlos, su compañero, porque él sabría qué hacer. Al final, ella acabó mandándolos a la mierda y se encerró en su cuarto. Al poco rato, oyó que Pablo se marchaba.

Baja del autobús y empieza a andar. No hay forma de resguardarse de la lluvia. La mayoría de las fincas son casas de principios del siglo XX, transformadas en empresas rodeadas de cuidados jardines, o viviendas modernas protegidas por muros, en las que invariablemente hay una entrada principal y una entrada para el servicio, que a estas horas es la más usada. Juraría que es la primera vez en su vida que pisa esta calle. Pasa por delante de una clínica oftalmológica, una escuela de negocios, una universidad y, por fin, la clínica de Ricardo Montero, un edificio de forma cúbica, todo cristal y acero, de tres plantas, no demasiado grande. Las letras «RIMO», de un gris

metalizado, presiden la puerta de acceso.

En el interior, y como era de esperar, todo es blanco, luminoso; más que una clínica parece un hotel de lujo. Suena una música apenas perceptible. Incluso le parece notar un olor particular. A lavanda. Debe de ser para relajar a los pacientes. *O para tapar el olor a muerto*. Mantener lo que se ve a simple vista, pagar los sueldos del personal, la publicidad, debe de costar una fortuna. Está claro que Montero necesita ganar mucho dinero para dar esa buena imagen. Si lo gana de forma legal, ya es otra cosa. Frunce el ceño.

Mientras se acerca a la recepción, se da cuenta de que sus botas gastadas, los tejanos, la chaqueta de piel de imitación y su pelo mojado no casan con el perfil de los pacientes de la clínica. La mirada de la recepcionista, una chica rubia de ojos celestes que lleva un traje chaqueta del mismo color y camisa blanca inmaculada, se lo confirma.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —Sonríe y muestra una dentadura perfecta.

—Mossos d'Esquadra. —Enseña su identificación—. Tengo que hablar con Ricardo Montero.

La chica, que debe de ser algo más joven que ella, mantiene su sonrisa, aunque un poco más rígida.

—Perdone, no he visto bien su placa. —Sara se la muestra de nuevo—. Sí, gracias. ¿Tenía cita con el doctor?

—No. ¿Desde cuándo la policía pide cita?

—Bueno... Estuvieron aquí la semana pasada, si no recuerdo mal. Ya les dimos toda la información que pidieron. —La sonrisa ha desaparecido del todo.

—Sí, y hoy repetimos, ya ves.

La recepcionista parpadea, nerviosa, y Sara se limita a mirarla, impasible.

—De acuerdo. ¿Su nombre, por favor?

—No es necesario. Oye, no tengo toda la mañana.

—Bien. Un momento, miro la agenda del doctor, creo que tiene todas las horas ocupadas. Hay programadas —consulta el ordenador— tres operaciones.

—Pues no he venido hasta aquí para perder el tiempo, avísalo.

—Imposible, no creo que acabe antes del mediodía. Si quiere puede

hablar con los de administración, la otra vez ya se entrevistaron con ellos y seguro que...

—No, tiene que ser con él.

—Haré una consulta. —Vuelve a sonreír, o algo que se le parece, mientras coge el teléfono y habla en susurros.

Sara se vuelve para mirar a su alrededor. A su izquierda, puede ver una sala de espera en la que cinco mujeres y un hombre están sentados en cómodos sillones, leyendo revistas y jugueteando con el móvil. Todos visten ropa cara, ellas enojadas y maquilladas, y el hombre es el típico pijo de cabello repeinado y Rolex en la muñeca, que parece ser el acompañante de una mujer que se protege los ojos con unas gafas de sol y luce una venda en la nariz. Otra, la de más edad, lleva una especie de banda que le cubre el cuello.

—Lo siento. —La recepcionista no parece muy afectada—. El doctor no estará libre hasta el mediodía, si todo va según lo previsto. Si quiere hablar con...

—No. Esperaré a que acabe. Estaré ahí sentada. —Sara se quita la chaqueta y da media vuelta para ir hasta la sala de espera.

## 32

A pesar del ruido de la lluvia, el doctor Roca oye perfectamente cómo golpean la puerta de su piso. Hace tiempo que quitó el timbre para evitar que ese sonido irritante lo molestase y el único que mantiene es el del interfono. Mira el reloj del comedor: las once de la mañana.

El mal tiempo lo ha mantenido en casa. Ayer llegó tarde, con el traje empapado, y tuvo que secarse para no coger frío. Se metió en la cama sin cenar y, para su sorpresa, ha dormido profundamente, sin soñar, y lo mejor de todo, sin que le doliese la cabeza. Quizá la conversación con Simón lo ha ayudado, aunque no comparta la preocupación del bibliotecario por esas mujeres desaparecidas. Él no movería ni un dedo por ellas, pero, al menos, reflexionar sobre el caso y hablar del tráfico de órganos durante unas horas lo ha liberado de su obsesión y, sobre todo, de la presencia de las Erinias, que no han vuelto a manifestarse en su cabeza. Debe de estar en el buen camino. Si el tiempo mejora, saldrá a pasear un rato, aunque eso signifique alterar sus horarios.

Se levanta de su sillón, va hacia la puerta y, con discreción, abre la mirilla unos milímetros. Increíble. Es la estúpida de su vecina.

—¡Doctor, doctor! Ábrame, tengo que hacerle una consulta urgente. ¡Doctor! ¡Por favor, sé que está en casa! —grita mientras sigue aporreando la puerta.

Tiene dos opciones, hacerse el sordo y esperar a que se canse, lo que, conociéndola, no parece probable y desde luego va a atraer al resto de los vecinos de la finca, o abrir y librarse de ella como pueda.

—¿Qué pasa? —Abre la puerta lo justo para asomar la cabeza y se enfrenta a ella.

La mujer se ha pintado los labios del mismo rojo que su cabello y viste una bata rosa fucsia de terciopelo, abotonada hasta el cuello, de una talla menos de la que le corresponde.

—¡Ay, doctor! Menos mal que me ha abierto. Mire, no me encuentro nada bien, estoy mareada, ¿cree que puede ser algo de vértigos? ¿O igual el azúcar? Como estoy haciendo algo de dieta..., ya sabe, por lo del colesterol que le dije, no como casi nada y se me va la cabeza. Me han recetado unas pastillas y desde que me las estoy tomando que me encuentro así; a ver si se han equivocado. Encima me han cambiado la doctora, ayer había un médico joven, un negro. No me ha dado confianza, parecía que no tenía ni idea de lo que le estaba contando. Y con el tiempo que hace cualquiera sale a la calle, y ya sabe cómo está el ambulatorio... —Lo mira suplicante a través de los cristales de sus gafas y hace un mohín con los labios.

Roca nota un nudo en el estómago y ajusta un poco más la puerta.

—Si el médico le ha recetado unas pastillas, yo no puedo hacer nada, tendrá que hablar con él, o vaya a urgencias.

—No me diga eso. —Se lleva una mano al cuello y se desabrocha un botón—. Me noto ahogada, me cuesta respirar. —Roca puede ver la carne blanca, arrugada, bajo un camión de seda rosa pálido, y esboza una mueca de asco que ella malinterpreta—. ¿A que eso no es normal? Podría auscultarme un poco... —Se desabrocha dos botones más y se lleva la mano al corazón—. Si es que me noto un peso aquí y me duele todo el cuerpo. —Suspira.

Esta mujer es como una condena. En su cabeza resuenan las palabras de Simón, que lo animaban a ser mejor persona, a hacer algo por los demás, aunque cada vez le parecen más lejanas. Y si su vecina es la prueba que tiene que pasar para conseguirlo, empieza a dudar de ser capaz de superarla.

—¿Cómo se llama el medicamento?

—No me acuerdo, acaba en *tina*, o *ina*, lo tengo en casa.

—Déjemelo ver.

Ella vuelve a suspirar, aunque en sus ojos hay una expresión de triunfo, y da media vuelta para ir a su piso. Roca se queda de pie tras su puerta entreabierta, viendo cómo las carnes de la mujer se mueven al ritmo de sus andares. Vuelve a imaginarla como un gigantesco rape, desparramado sobre un mármol blanco, dispuesto a ser troceado y desangrado, y nota una punzada de dolor en su sien derecha y el temblor de sus manos.

—Otra vez. —Susurra.

Su vecina vuelve con dos cajas de medicamentos en la mano, la bata totalmente desabrochada, ondulando sobre su cuerpo. No se había fijado en sus zapatillas, negras, con enormes pompones rosas.

—Deme —dice él.

Ella le tiende las cajas y hace ademán de entrar en su piso, pero Roca se da la vuelta y le pone el brazo delante.

—Lo miraré y ya le diré algo. No me moleste.

—Doctor, yo pensaba que...

Él cierra la puerta y da dos vueltas a la llave.

## 33

Simón entra en la panadería de Lorena y mira hacia las mesas. Pablo le hace un gesto y él se acerca al mostrador para pedir una bebida y un bocadillo. Está muerto de hambre, ayer casi no cenó y esta mañana se ha quedado dormido. Cuando estaba a medio camino de la biblioteca ha recordado que hoy cerraban porque tocaba la fumigación anual. Así que ha escrito a Pablo y este le ha contestado que estaba apurando sus últimos minutos de descanso en la panadería. Hubiera preferido ir a otro sitio. Intenta no coincidir demasiado con su antigua compañera de clase. Y menos ahora, tal y como está, con las manos llenas de tiritas e intentando controlar a duras penas el impulso de arrancárselas para seguir mordisqueándose la piel y lo que le queda de uñas. Lorena ya fue testigo de todo eso años atrás, justo cuando todo se hundió. Y ella estuvo apoyándolo, consolándolo cuando no se lo merecía en absoluto, cuando... Mejor no pensar en ello.

La panadería está llena de gente. Mujeres que han ido o van a comprar al mercado con el carro que usan discretamente de bastón, hombres de edad, que aprovechan para leer gratis el periódico apurando un café durante horas, y un grupo de chicos que tienen toda la pinta de haberse saltado las clases en el instituto. Ha dejado de llover y el sol asoma tímidamente entre las nubes. Intenta pasar desapercibido para que Lorena, que le da la espalda, ocupada en preparar cafés, no lo vea, y hace el pedido a la chica que despacha, sin levantar demasiado la voz.

—*Bon dia*, Simón! —grita el abuelo Josep, sentado en una de las mesas a su derecha.

Lorena vuelve automáticamente la cabeza, lo localiza y sonrío. Deja dos tazas en una bandeja y se acerca a él.

—¡Hola! Hoy no has venido a primera hora, ¿no trabajas? —Sin que él

pueda hacer nada para evitarlo, se pone de puntillas y le da un cariñoso beso en la mejilla.

—Eh... No, tenían que fumigar la biblioteca. —Enrojece y esconde las manos—. *Bon dia, senyor Josep, com està?*

—*Bé, noi, una mica constipat.* —El hombre carraspea—. *Aquests canvis de temps...*

—¡Qué suerte! —Lorena—. Tienes el día libre. Esta mañana he visto a Sara, ha salido pronto. Esta es su semana de fiesta, ¿no?

—Sí, sí. —Paga la bebida y el bocadillo que ha pedido—. Luego vendrá. Voy a sentarme allí. —Con la cabeza señala a Pablo, que lo observa, divertido.

—Luego te llevo unas pastitas de chocolate —dice ella, tocándole el brazo.

—No hace falta, no te molestes.

—¡Claro que sí! —Se vuelve para despachar a un cliente.

Simón camina entre las mesas ocupadas y se sienta frente a Pablo.

—¿Se puede saber por qué tienes esa cara? —le dice Simón con el ceño fruncido.

—¿Yo? ¿Qué cara? Estoy aquí como un rey, comiéndome un bocadillo de jamón. Ya lo hemos hablado muchas veces, deberías hacerle más caso, está buena. ¿Cuánto hace que no...?

—Déjame en paz, se merece algo mejor.

—Vaya, como sigas con esa autoestima no vamos a hacer nada contigo. — Pablo termina el bocadillo y juguetea con el paquete de tabaco.

—Habla por ti. ¿Tienes tiempo?

—Unos diez minutos, luego tengo que volver al parking. Te he traído los pantalones y la camiseta que me dejaste ayer. —Alza una bolsa de plástico y se la muestra—. Bueno, que me dejó Sara. ¿Dónde está?

—No lo sé, ha salido temprano y yo me he dormido esta mañana. Conociéndola, creo que habrá ido a la clínica RIMO.

—Joder, Simón. —Nervioso, Pablo se pasa la mano por el cráneo afeitado—. Con el tacto que tiene tu hermana, seguro que mete la pata. Tenemos que convencerla para que hable con sus jefes de toda esta mierda. Esto es muy gordo y puede causarle muchos problemas.

—Ya la escuchaste ayer. Es imposible. Hasta que ella no tenga claro que ya no puede hacer nada más... Ahora estoy seguro de que Li debe de estar muerta. Y todas las demás. —Deja el bocadillo intacto y lo mira, angustiado.

—No sabemos nada, no saques conclusiones precipitadas.

—¿Precipitadas? Ayer, hablando con Roca y luego con vosotros, lo vi clarísimo. Tenemos que parar esto.

—Pues no le hagamos caso a Sara. ¿No dijiste que conoces a su compañero, ese tal...?

—Carlos. Es un buen tío, le dejo libros de vez en cuando.

—Llámallo y le cuentas, él sabrá qué hacer. Si Borja y esos hijos de puta colegas suyos están metidos en este fregado, te aseguro que esto se va a poner muy feo.

—Puede que tengas razón. —Simón saca su móvil y busca el número de Carlos—. Aunque Sara se pondrá como una moto.

—Ya se le pasará. Llámallo.

Mientras Simón espera a que Carlos le conteste, Lorena se acerca y deja encima de la mesa un plato lleno de cruasanes de chocolate pequeños. Le da un apretón afectuoso en el hombro a Simón y evita mirar a Pablo antes de marcharse.

—No contesta —dice Simón.

—Sigue intentándolo, escríbele también. Yo intentaré localizar a Sara. — Se pone en pie, coge un par de cruasanes y se los mete en la boca—. Están de vicio. Me voy para el parking, que tu amiga me mira con mala cara. Que sepas que vendrá a sentarse contigo. Aprovecha, tío.

—Déjame en paz —gruñe Simón.

## 34

Manolo, amparado por los gruesos visillos de su ventana, observa al grupo de personas que escuchan embobadas las explicaciones del guía, mientras alguno saca fotos con el móvil. Cada dos por tres pasan por su calle rutas organizadas que explican la historia del barrio del Guinardó, anécdotas sobre el primer campo del Barça, curiosidades de los escritores que vivieron o se inspiraron en el barrio, y encima, su casa es parada obligatoria al ser una de las pocas sobrevivientes de la época modernista. A algún imbécil hasta se le ha ocurrido llamar a la puerta para pedirle si puede entrar para verla por dentro y ha tenido que echarlo con cajas destempladas. Aunque tampoco sería mala idea cobrarles la entrada; en esta ciudad todo el mundo vive del turismo, así que él podría hacer lo mismo y sacar un dinerillo, que nunca viene mal.

Mira su teléfono. El patrón ya lo ha llamado esta mañana a primera hora y no cree que vuelvan a contactar. Está hasta los huevos de ese trabajo; a estas alturas, siente compasión por Miguel Montero. Vaya tela lo que le están haciendo. Le ha dado instrucciones muy claras sobre lo que espera de él esta noche, así que solo tiene que pensar en coger de nuevo las llaves de la casa de Miguel y llevar consigo lo que ya le dio hace días. Un trabajo sencillo, sobre todo después de lo que ha hecho hasta ahora. Desde luego, el patrón es un cabrón de categoría, tiene que reconocer que ha conocido pocos tipos tan retorcidos como él. Supone que le valdrá la pena, aunque no alcanza a saber qué es lo que se propone. Mejor así, Manolo es un simple mandado, y le ha pagado bien. No es más que el brazo ejecutor.

Bosteza y se aparta de la ventana. Su madre le explicaba que cuando era niña todo aquello era campo. Más arriba del hospital de San Pablo había masías con sus huertos y sus cabras, ovejas y hasta caballos. Luego llegaron las barracas y en los años setenta empezó el ansia constructora. Los bloques

de pisos transformaron el barrio, y casas como en la que vivía su familia quedaron encajonadas entre edificios. Cuando ella murió, Manolo tenía veinte años, y ya por entonces ganaba su dinerillo en las apuestas y haciendo algunos favores más o menos pagados. Así que cuando empezó a trabajar para el patrón ya estaba más que curtido. Nunca ha pensado en comprarse un piso o marcharse a vivir a otro lugar. Aquí está cómodo, paga una miseria de renta hasta que se muera y no necesita más. Quizá si hubiese tenido familia podría haberse planteado otra cosa, pero, como decía su madre, él siempre ha sido «un veleta» y nunca ha servido para atarse a una mujer. O ninguna ha querido atarse a él.

El grupo empieza a desfilar y Manolo decide bajar al sótano. Otro de los encantos de la casa que no se pagan con dinero. En su caso, nunca mejor dicho. Baja la persiana de la ventana por si las moscas y camina hasta su habitación. Ha conservado los muebles que tenía su madre, en parte porque son mucho más buenos que las mierdas esas de Ikea que se venden ahora, y también porque no le ha apetecido gastarse un duro en eso. Salvo un armario que mandó hacer a medida hace unos años, poco después de empezar a trabajar para el patrón. Un armario que montó él mismo, en el punto justo para tapar la trampilla del sótano de la casa, que no es gran cosa, unos tres metros de altura por cuatro de ancho, pero del que sale un túnel que conecta con otros que horadan la montaña. Hay quien dice que son antiguas minas o los conductos por los que circulaban las aguas subterráneas que eran tan apreciadas en otros tiempos. Se prolonga casi un kilómetro bajo tierra y él se ocupó en su día de construir una pared para evitar que a alguien se le ocurriese dar un paseo de exploración y llegar a su túnel, así como de hacer una sencilla instalación eléctrica para iluminarlo.

Allí ha guardado de todo: armas, objetos robados, droga, incluso sirvió de escondite a un tío que necesitaba desaparecer para seguir vivo. De eso hace ya mucho tiempo, un favor que tuvo que devolver y que no había vuelto a repetirse. Ni ganas. No convenía que la gente supiera que disponía de un escondite tan estupendo.

Porque ahora guarda no solo su dinero, todo lo que ha ahorrado durante estos años, sino también lo que queda de los cuerpos desmembrados de las mujeres una vez extraídos los órganos aprovechables. Imposible hacer desaparecer los restos sin llamar la atención. Demasiado peligroso. Borja le

dijo en su día que se deshiciera de ellos, ni hablar de tirarlos al mar o quemarlos. Tenían que ocultarse para siempre, que para eso le pagaba. Así lo hizo. Guardados en doce cajas herméticas, que había acarreado hasta allí partiéndose la espalda, apiladas una encima de la otra en la parte más ancha del túnel. En el maletero del coche ya tiene la única caja vacía. Si todo va como espera, será la última que tenga que guardar junto a las otras. Y Borja, que se ande con cuidado, porque él se ha ocupado de que, además de restos, haya en las cajas los datos completos de todas las mujeres, y del equipo médico que se ha encargado de ellas. Y del niño y de su padre. Si hay que pringar, que pringuen los carniceros también. A la mierda.

Va hasta la bolsa impermeable donde guarda el dinero y lo cuenta. Será suficiente para marcharse fuera del país, incluso si Dolores quiere irse con él y traerse a su hijo. Suficiente para comenzar una nueva vida. O eso espera, a partir de mañana.

## 35

Son más de las tres de la tarde y Sara casi no ha desayunado, así que lo normal sería estar muerta de hambre. No es así. Los nervios y la mala leche han hecho que en las cinco horas que lleva esperando solo haya sido capaz de beberse un botellín de agua que ha sacado de la máquina a precio de oro. Un euro cincuenta por medio litro de agua. Hasta eso es para ricos. Y ya no le quedan más caramelos ni pastillas de regaliz.

Se ha levantado varias veces a estirar las piernas, a preguntar a la recepcionista si todavía recuerda que está allí, y ha tenido oportunidad de escuchar las conversaciones de la clientela de Montero en la sala de espera, lo que aún la ha puesto más nerviosa. Ha desconectado el móvil porque Pablo se ha dedicado a llamarla cada cinco minutos y Simón a escribir tonterías. En mala hora los ha hecho partícipes de lo que la ha llevado aquí. Antes de apagarlo le ha llegado un mensaje de Carlos en el que le decía que debido al mal tiempo había tenido que volver a casa y que si le apetecía podían quedar a tomar una cerveza. Ojalá pudiese confiarle el lío en el que se ha metido. Pero es imposible, debe resolverlo sola. Así que cuando la chica de la sonrisa perfecta le ha dicho que la acompañarían al despacho del doctor, ha estado a punto de insultarla o algo parecido, pero se ha contenido a tiempo.

Lleva sentada un cuarto de hora en el despacho esperando a que Ricardo Montero aparezca. Desde el amplio ventanal se divisa gran parte de la ciudad, gris y sucia bajo la lluvia. Ha resistido la tentación de tocar el portátil que descansa sobre la mesa de cristal, o de curiosear los cajones y los libros de las estanterías, porque en una esquina de la habitación hay una cámara que tiene toda la pinta de estar funcionando.

*El señor doctor no se fía de nadie.*

Así que se ha obligado a permanecer en una cómoda silla acolchada de

piel blanca, la mirada perdida en el acuario colocado detrás de la mesa. Es bastante grande y está lleno de peces de todos los colores que van dando vueltas de un lado para otro, entrando y saliendo de un barco pirata, en el que hay una bandera con la calavera y las dos tibias cruzadas. Como con el que sueña Miguel Montero. Recuerda lo que le dijo su colega de la Nacional cuando le habló del suicidio de la madre de los Montero. Se levanta y se acerca al acuario para observarlo mejor. El fondo está lleno de conchas y piedrecitas. Y de pequeñas partículas verdes.

—Es relajante, ¿verdad? Una terapia para el espíritu.

Sara se vuelve y ve a Ricardo Montero que se le acerca, tendiéndole la mano. Viste una bata blanca que ostenta su nombre grabado en el bolsillo superior izquierdo y bajo la que asoman una camisa azul cielo y una corbata de un azul más oscuro, con discretos lunares granates. Guarda parecido con su hermano pequeño, quizá sea un poco más alto, menos joven que en la fotografía que encontró en Internet. Bajo sus ojos hay sombras oscuras y su sonrisa es cansada, pero conserva su aire de maduro atractivo, seguro de sí mismo.

Sara le enseña su placa, evitando el contacto.

—Mossos d'Esquadra, tengo que hacerle unas preguntas.

—Sí, me lo han dicho. Siéntese, por favor.

Ella vuelve a la silla acolchada y él se sienta en una butaca semejante, al otro lado de la mesa. Se pasa la mano por el pelo y se ajusta las gafas de pasta negra.

—He tenido una mañana muy complicada en el quirófano. Necesito comer algo, por la tarde tengo más trabajo. —Pone sus manos grandes y huesudas sobre la mesa.

—Pasa el día en el quirófano...

—Las mañanas sobre todo, por las tardes hay consultas, aunque hoy tenemos una jornada interminable. No sé en qué puedo ayudarla, la verdad. — Sus ojos claros la miran con curiosidad.

Sara toma aire.

—Emma Ribó. —Él frunce el ceño—. La mujer que desapareció hace unos días después de que usted la operase. Ha salido en prensa. Mis compañeros estuvieron aquí la semana pasada.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo, hablaron con el personal de administración, ellos

tienen toda la información. La operé yo, sí, recuerdo que fue todo perfecto, era un caso sencillo, cirugía para eliminar bolsas de ojos y una hidrolipoclasia. Volvió a casa el mismo día. —Mira su reloj—. Si me disculpa...

—Hay más casos.

—¿Qué? ¿Casos de qué?

—Aquí se operaron Flora Cifuentes y Alina Alexandrescu. La primera, en octubre pasado, y la segunda, en enero de este año. Lo mismo que Emma Ribó, todo fue bien, volvieron a casa y luego desaparecieron. —A medida que habla, la expresión del cirujano se endurece, ya no queda nada de su amabilidad inicial—. En el caso de Flora tenía que volver aquí para una revisión, no hay constancia de que lo hiciera, y en el caso de Alina, igual.

—Entenderá que no recuerdo a todas mis pacientes —seco—. Además, aquí trabaja un equipo médico importante, algunos están especializados en ciertas intervenciones en las que yo ni siquiera participo. Y sabrá que por un tema de confidencialidad no puedo decirle nada sobre ellas, salvo que hubiese una investigación o una orden judicial. ¿La hay? —Frunce los párpados y hay una luz irónica en sus pupilas.

*Cabrón.*

—No se lo preguntaría si no la hubiera —miente con soltura—. Tengo que revisar sus archivos para ver si...

—Ni hablar, y menos sin una petición escrita —indignado—. ¿Cómo se atreve a insinuar que tenemos algo que ver con esas... desapariciones? Voy a presentar una queja a Mossos d'Esquadra, faltaría más. ¿De qué comisaría dice que viene? Esto es muy irregular.

—Hay más mujeres desaparecidas, una de ellas hace tan solo una semana, eso sí que es bastante irregular —sin hacerle caso.

Ricardo se levanta y pone los puños sobre la mesa. Sus ojos echan chispas.

—No sé nada de lo que me está contando, ni puedo perder más tiempo con usted. Voy a ponerme en contacto con sus superiores y van a tener que darme explicaciones. No tengo por qué aguantar esto.

*Márchate, la estás cagando.*

Despacio, Sara se levanta y se pone la chaqueta.

—Han desaparecido cinco mujeres y al menos tres están relacionadas

directamente con esta clínica, no hay que ser muy listo para pensar que sabe bastante más de lo que dice. Volveremos a vernos, doctor. —Él la mira sin decir palabra—. Por cierto, el acuario es muy bonito, ¿lo cuida usted personalmente? Es idéntico al que tenía cuando era niño, con su barco pirata y todo, su hermano Miguel lo recuerda bien. Un coñazo lo de las algas, ¿no? — Apenas ha acabado de hablar cuando se da cuenta de que no debería haber mencionado a Miguel. Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y toquetea instintivamente el abrecartas de Simón.

El rostro de Montero es una máscara sin expresión y se mantiene en silencio, la mirada fija en sus puños apretados.

—Gracias por su tiempo —dice Sara mientras sale.

## 36

—Entonces, ¿es imposible que pueda verlo hoy? —pregunta Miguel.

—Voy a hablar con el médico a ver qué me dice, no puedo asegurárselo. En todo caso, solo podría pasar un momento, necesita mucho reposo —le dice la enfermera.

—Muchas gracias, esperaré aquí.

Miguel se aparta del mostrador y echa a andar. Ha tenido el impulso de ir a la residencia donde está ingresado su padre y, al llegar, lo primero que le han dicho es que ha sufrido una recaída y lo tienen en observación. Le han asegurado que por la mañana temprano avisaron a Ricardo, pero que no se ha presentado. Miguel no ha querido llamarlo, tiene demasiadas preocupaciones, y ya es hora de que él haga algo por su padre.

Llega hasta el final del pasillo. Desde allí puede ver los jardines. Ha dejado de llover y algunos internos han salido a dar su paseo diario acompañados de familiares o de cuidadores. Si su padre hubiese estado bien, podría haberlo llevado en su silla de ruedas hasta el estanque y hablarle, contarle cosas, lo que se le pasase por la cabeza. Aunque él no le conteste. Da lo mismo. Sería suficiente con compartir algo de tiempo, el que pueda quedarle, volver a recuperar la buena relación que tenían, como cuando su madre murió y volvieron a vivir juntos.

Ayer por la tarde, cuando la mossa d'esquadra se fue de su casa, se sintió mucho mejor. Como si hubiese vaciado toda la mierda que acumulaba dentro frente a alguien que lo escuchaba, que lo escuchaba de verdad. No como Ricardo, que lo hace con esa expresión de pena y compasión, haciéndole sentir que no es más que una carga para él. O como el psiquiatra, que parecía estar a lo suyo, hastiado de oír siempre lo mismo y a los mismos, al enésimo paciente tocado del ala. Ella parecía entenderlo, podía verlo en sus ojos,

*visualizaba* lo que él le contaba, sin juzgarlo. Podía sentirlo. Ahora piensa que ni siquiera sabe cómo se llama, ni realmente para qué fue a su casa, pero no le ha importado. Tras cenar lo que encontró por la nevera, ha conseguido descansar durante la noche, y por la mañana se ha levantado mucho más tranquilo.

La enfermera se acerca a él.

—Puede verlo unos minutos, parece que el descanso le ha ido bien y cuando le he dicho que estaba usted aquí se ha animado.

Cuando entra en su habitación y lo ve, tumbado en la cama, tapado hasta el cuello, los brazos a lo largo del cuerpo y la mirada perdida, Miguel siente una profunda tristeza. Se sienta en una silla junto a él y le pone la mano en el hombro.

—Papá, ¿cómo estás? He venido a verte.

Su padre vuelve la cabeza en su dirección y sonrío.

—Hijo, qué alegría. —Hay lágrimas en sus ojos y parece agotado—. Estás aquí.

—Claro que sí. —Se inclina, contento de que lo reconozca, y le da un beso en la frente—. Me han dicho que has pasado mala noche.

Los ojos del anciano se nublan y frunce el ceño.

—No me acuerdo... Estás aquí. —Le aprieta la mano—. Tengo que decirte algo, escucha.

—¿Qué pasa?

—Es muy importante, no quiero que nadie lo oiga.

—Papá, estamos solos. —Acerca su rostro al de él.

—Tienes que tener cuidado, hijo.

—¿Qué? ¿De qué me hablas?

—De las arañas que chupan el cerebro, ya te lo dije.

Miguel siente que su estómago se encoge, no cree ser capaz de soportar que su padre empiece de nuevo con sus obsesiones.

—Tranquilo, no va a pasarte nada, yo estoy aquí.

Su padre lo mira, entristecido:

—¿Crees que podrás con ellas? No es fácil, no. —Niega con la cabeza—. Tu hermano también lo intentó y no pudo. Me avisó, al principio no lo creía, pero luego vi que tenía razón.

—¿Ricardo? ¿Qué dices, papá?

—Me dijo que cada noche vendrían a visitarme, que me iban a chupar el cerebro y me lo enseñó, en aquellos papeles. —Miguel lo mira, mudo de asombro—. Él las conoce, las ha visto. —De golpe, sus ojos se aclaran y puede ver en ellos al padre con el que compartió tantas cosas—. El final se acerca. Ten cuidado, Miguel. Irá a por ti, como hizo antes conmigo.

—¿Irá a por mí? ¿Qué? ¿Quién? No te entiendo.

El anciano no contesta. Su mirada ha vuelto a nublarse y las lágrimas surcan su rostro. Cierra los ojos y le aprieta fuerte la mano.

## 37

El cielo ha vuelto a cubrirse y, a pesar de que el sol asoma de tanto en tanto entre las nubes, se oyen truenos lejanos. Al salir de la clínica de Montero, Sara empieza a andar sin rumbo fijo. Necesita pensar y controlar la impotencia que siente. Está segura de que el imbécil del cirujano está metido hasta el cuello en la desaparición de Flora, Alina y Emma Ribó, y que de alguna manera está relacionado con Borja Mesquida. Y con Li y con Rosaura. Pero ya no se le ocurren más puertas a las que llamar.

*Y encima has metido la pata hablándole del hermano. Es hora de parar. Tienes que pensar en lo tuyo.*

Ha vuelto a poner en marcha el móvil y, además de más llamadas de Pablo, tiene una de su comisaría. *Joder*. Eso no es bueno. Y una de Carlos, su compañero. Vuelve a desconectar el teléfono. Debería hablar con Carlos y darle todo lo que tiene anotado en su libreta. Y pedirle que ni se le ocurra contar que la información viene de ella. Mañana tiene sesión con la psicóloga, será la última antes de que haga el informe final que puede ayudarla a recuperar su puesto. O a hundirla en la miseria.

Los truenos suenan ahora más cercanos y, cuando llega a la calle Balmes, entra en un bar desierto en el que la única camarera, una chica oriental, está sentada en un taburete, concentrada en la pantalla del móvil. No parece tener demasiado interés en moverse, y la mira impasible cuando Sara le pide el bocadillo que tiene menos pinta de llevarla directa al hospital y un café. En el mostrador hay un periódico del día, y Sara pasa las páginas mientras espera a que la chica reúna la fuerza suficiente para ponerle lo que ha pedido. La desaparición de Emma Ribó ha dejado de ser noticia de portada, relegada a las páginas interiores, junto a un artículo sobre el aumento de la delincuencia en la ciudad y la preocupación de los vecinos por los narcopisos del barrio

del Raval. Sobre el caso de Emma no hay novedades, salvo que el periodista hace mención de las estadísticas de las personas de edad que desaparecen en la ciudad, la mayoría por demencia senil u otros problemas mentales. Cierra el periódico de un manotazo. No es el caso de Emma.

*Gilipollas, no se enteran de nada.*

El bocadillo está seco, el café aguado, y todo junto es demasiado caro para la mierda que es. Mira el reloj que hay detrás de la barra. Las cinco en punto. Se acerca a la dependienta, que está sentada de nuevo en el taburete, escribiendo en el móvil, ajena a su presencia. Sara piensa que si le saltase al cuello para robarle la recaudación, no se alteraría demasiado. Quizá porque la caja está vacía, dado el éxito del local.

—Oye, ¿tienes caramelos? —Sara.

—No tenemos de eso —contesta la chica, sin mirarla.

Sara deja el dinero sobre la barra y sale a la calle. Sigue bajando por Balmes mientras empiezan a caer las primeras gotas. Cruza la ronda General Mitre y gira a la derecha para ir hasta la calle Atenas. Es una calle tranquila, viviendas y pocos comercios, todos cerrados, menos un supermercado que tiene las cajas de fruta ocupando media acera. En el interior, hay un chico pakistaní sentado frente a la caja registradora, viendo en un pequeño televisor una telenovela en su idioma. Suena una música de violines mientras un joven hindú grita, hace aspavientos y se arrodilla frente a una chica de su edad que lo mira con desprecio.

—¿Tienes caramelos? —le pregunta al entrar.

—Allí. —El dependiente señala con el brazo uno de los pasillos, sin levantar la vista del aparato.

Ella va hasta el final del local y descubre una estantería atiborrada de chucherías. Después de mucho buscar, encuentra bolsas de caramelos de regaliz. Coge cuatro y va hasta la caja. En la pantalla, el joven hindú parece haber superado su pena porque se le ve con una copa en la mano, bailando en una discoteca, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Está lloviendo, se te va a mojar la fruta. —El dependiente se encoge de hombros y le da el cambio—. Vale, tú mismo.

Sara sale y se queda fuera, a cubierto de la lluvia que cae con fuerza. Abre las bolsas de caramelos y los distribuye en los bolsillos de su chaqueta. Se mete uno en la boca. Unos metros a la derecha, en la acera de enfrente, está la

casa en la que Pablo vio entrar al nazi de Borja Mesquida, el domingo por la noche. No se aprecia ningún movimiento. Las persianas de las ventanas están echadas, y observa la presencia de las dos cámaras de seguridad.

El caramelo está bueno, es de los fuertes, de los que a ella le gustan. A ver si la ayuda a que se le ocurra algo, porque va a tener que entrar en esa casa. No va a abandonar ahora. Siempre ha tenido claro que si bajas los brazos, los hijos de puta ganan. Y que hay demasiados como para quedarse quieta.

## 38

Cuando el doctor Roca tuvo claro que había que suprimir a todos los que fuesen una carga para la sociedad, empezó a pensar en su padre. Mucho más tarde, ya en prisión, quizá por influencia de las charlas con el forense que había hecho un estudio sobre su caso, llegó a preguntarse si esa pulsión de matar que lo dominaba no tendría algo que ver con su progenitor.

En sus primeros recuerdos, siempre está su madre. Cuidándolo, atendiendo a sus necesidades básicas, salvo las de cariño. Desde muy pequeño aprendió que ser hijo único en aquella familia no era ser un privilegiado, sino alguien obligado a cumplir con la disciplina materna, a ser autosuficiente, a no ser una carga. Porque él debía ser digno de ella, una enfermera amargada que doblaba turnos para llevar dinero a casa, y no como su padre, un profesor alcoholizado que cobraba una pensión de invalidez absoluta porque sus neuronas se desconectaban una tras otra con demasiada rapidez y, al final, lo más creativo que salía de su cabeza eran las hordas de escarabajos y ratas que en su delirio veía correr sobre su cuerpo. Cuando era niño, su padre lo miraba como si no pudiese creer que fuese hijo suyo, con una expresión incrédula en su rostro cada vez más embrutecido, intentando recordar en qué momento de borrachera había sido capaz de engendrarlo. Lo cierto es que nunca vio a sus progenitores en actitud cariñosa, ni siquiera manteniendo una conversación normal. La única voz que oía era la de ella, dando órdenes e insultando a su padre por su inutilidad. Él no respondía y se encerraba en su cuarto. A seguir bebiendo.

Nunca supo dónde se conocieron, pero su padre pasaba de los cuarenta cuando se casó con su madre, quince años más joven que él. A veces, de niño, fantaseaba con que en los primeros tiempos debieron de ser felices. Él la llevaría al cine y a cenar a sitios caros, la haría reír, y ella todavía no tendría el ceño siempre fruncido, ni ese rictus de amargura alrededor de su boca. Las

cosas debieron torcerse en algún momento, igual al nacer él. Tal vez fue culpa suya.

Cuando empezó a ir al colegio, su padre aún daba clases, aunque nunca volvía temprano. Su madre ponía la cena a las ocho y ambos comían en silencio. Si ella trabajaba de noche, le leía las historias sobre las Erinias y otros monstruos, y luego lo metía en la cama, ordenándole que no se levantase ni abriese la puerta a nadie. Él se moría de miedo, solo en un piso con muebles viejos que crujían a cada momento. No se dormía hasta que oía la llave de su padre, arañando torpemente la cerradura y golpeándose contra las paredes y las puertas hasta que llegaba a su habitación. Y así fue siempre hasta que ya no pudo trabajar, y pasaba los días encerrado en su cuarto, saliendo apenas para ir al baño o a comer algo en la cocina. Ella actuaba como si su marido no estuviese. Se limitaba a comprarle el alcohol y a dejarlo delante de su puerta, con la esperanza de que algún día reventase, como así fue, mientras su hijo estaba haciendo el servicio militar. Nunca fue a ver su tumba.

El forense insinuaba en su informe que posiblemente la actitud rígida e intransigente de su madre había moldeado su personalidad. La figura paterna se identificaba como un deshecho irrecuperable, un problema, y que como tal debía ser eliminado. Esteban Roca leyó esas líneas con escepticismo. Su padre era un alcohólico, un enfermo, y debería haber sido tratado. Su madre, una hija de puta que les amargó la vida a su padre y a él. Es cierto que cuando terminó la carrera pudo haberse marchado a otra ciudad y haberla dejado sola, ser libre por fin, y llevar una vida como los demás. Fue incapaz. En el fondo, existía un hilo invisible que lo ligaba a ella, que perduró incluso tras mudarse al piso en el que vive ahora, una vez su madre se hubo jubilado. No podía dejarla. Sentía que le tocaba cargar con ella hasta su muerte. Por entonces, las Erinias ya formaban parte de él y lo obligaban a cumplir sus deberes de hijo para con ella, aunque la odiase. Su válvula de escape era matar a las personas que ya no tenían nada que hacer en este mundo.

Ha aprovechado el rato que no llovía para salir a la calle, sin pensar en lo que iba a hacer. Ahora ha vuelto a casa y tiene en su mano las cajas de medicamentos que le ha dado su vecina para que le dijese si el tratamiento que le han recetado es el correcto. Y otra caja más que no debería tener. Y que no debería usar.

Porque lleva el día entero dándole vueltas a diferentes formas de matar a

su vecina. Las palabras de Simón han quedado ya casi olvidadas. Siempre puede empezar a enmendarse cuando haya acabado con ella, porque ese horror de mujer no parará de atosigarlo. Conoce bien a las de su clase; es tan corta que es incapaz de ver a lo que se está arriesgando. Lo que se le viene encima. Sonríe para sí.

La cabeza vuelve a martillearle con ganas, porque las Erinias lo están observando. Esperando. No tienen prisa. A diferencia de los humanos, ellas son eternas.

## 39

—¡Es increíble! ¡No puedo creer que sea tan idiota! —La voz de Carlos suena indignada.

Simón mordisquea una piel suelta del dedo meñique mientras cambia el móvil de mano.

—Yo quería hablar contigo, pero ya conoces a Sara...

—¡Joder, Simón! ¿Qué le pasa? ¡Ha metido la pata hasta el fondo! No, si el tonto soy yo. Tendría que haberme dado cuenta de que iba a seguir con el tema cuando me pidió que averiguara el titular de un número de teléfono. Es sobre la desaparición de la pareja de una prostituta, ¿verdad? No sé qué le ha dado con esa mujer, no lo entiendo.

—Hay cinco mujeres desaparecidas, que sepamos. Una de ellas desde octubre del año pasado. —Coge la libreta de Sara y pasa las páginas.

—¿Cinco? ¿Que sepáis? ¿Qué? ¡No me digas que tú también estás metido en esta película! ¿Estáis locos o qué os pasa?

—El asunto es serio y un poco largo para hablarlo por teléfono —intenta calmarlo.

—¡Pensaba que tenías más sentido común que tu hermana! ¡Madre mía! Y encima Sara la ha acabado de liar. No se le ha ocurrido otra cosa que ir a la clínica de ese cirujano, Ricardo Montero, y decirle que sus pacientes desaparecen. Y, como era de esperar, el hombre ha llamado a la comisaría hecho una furia.

—...

—Se ve que Sara no le dio su nombre, pero le habló de su hermano, que vino a la comisaría el sábado por la noche, y ha atado cabos. Y, por la descripción, solo podía ser ella. El sargento se ha puesto como una moto y me

ha llamado a mí, a ver si sabía algo. La están buscando. Tiene el móvil desconectado. ¿Dónde está?

—No lo sabemos. —Simón mira a Pablo, que se sienta frente a él.

—¿No lo sabéis? ¿Quiénes?

—Pablo, un amigo nuestro. Él también sabe de qué va esto.

Carlos guarda silencio durante tanto tiempo que Simón piensa que se ha cortado la comunicación.

—¿Carlos? ¿Me oyes?

—Escúchame: ¿dónde podemos vernos?

—Donde quieras, ahora estamos en casa, hoy no he trabajado.

—No te muevas de ahí, en veinte minutos llego y me cuentas, o me contáis ese amigo y tú, todo el embrollo que habéis armado. —Cuelga.

Simón desconecta el altavoz y mira a Pablo, que se ha levantado y da vueltas por el salón fumándose el último cigarrillo del paquete.

—Ya lo has oído. —Cierra la libreta.

—Sara sigue con el móvil desconectado. —Pablo—. ¿Qué te juegas a que ha ido a la casa de la calle Atenas?

—Carlos viene hacia aquí, él nos dirá qué hacer. —Simón empieza a mordisquearse el dedo anular.

—Me marchó, no aguanto más. —Pablo apaga el cigarrillo en el vaso que hay sobre la mesa y coge la chaqueta.

—¿Qué?

—Voy a buscarla. Ya te diré algo. —Abre la puerta.

—¡Espera! ¡Voy contigo!

—No, quédate aquí y habla con ese policía. Esto se está yendo de madre.

## 40

Está agotado. Se mira las manos huesudas. No están tan firmes como siempre. Va a tener que controlarse, porque de su destreza depende de que en cuanto termine con lo que lo ha llevado allí consiga escapar, y esta vez para siempre. Actuará con toda normalidad frente a su equipo y luego cogerá el coche. Ha dejado en el maletero una pequeña bolsa de viaje con lo indispensable y esta tarde ha sacado el billete de avión con destino a Casablanca. Sin billete de vuelta. Espera que sus amigos puedan acogerlo, al menos durante un tiempo. Una vez allí no descarta someterse a alguna intervención para cambiar su fisonomía. Tal vez podría practicarse alguna rinoplastia y un estrechamiento de la mandíbula inferior, algo bastante infalible para resultar irreconocible. Y conseguir documentación nueva.

Es un buen plan. Si fuese capaz de seguirlo. No se ve con fuerzas de llevar a cabo, ni que sea por última vez, el macabro trabajo que le espera. Y tiene que dejar de engañarse a sí mismo. Huir y operarse la cara para ser otra persona no arreglará esa culpa que lo está consumiendo. Debería ir a la policía y entregarse. Contar lo que ha hecho, delatarlos a todos, y entonces su alma será libre, aunque luego tenga que rendir cuentas con la justicia. Su vida ya está arruinada. De ello se ha encargado personalmente.

Llaman a la puerta y su ayudante saca la cabeza.

—En breve llegará el resto del equipo y ya estaremos preparados. Esperamos a Dolores también, ¿no?

—Sí, claro. ¿Todavía no ha llegado?

—No, y suele ser puntual.

—Quizá se ha retrasado por la lluvia. Bajo enseguida.

—De acuerdo. —Y cierra la puerta.

No deja de ser increíble que durante todo este tiempo, años ya, los miembros de su equipo hayan sido capaces de permanecer a su lado, acompañándolo, colaborando en su inhumana tarea, con la única compensación del dinero. No entiende cómo pueden seguir soportándolo, actuar con esa indiferencia, con esa «profesionalidad», como si todos fuesen ajenos a lo que hacen en los sótanos de esta vieja casa de la calle Atenas. Él también ha sido capaz de aguantarlo durante bastante tiempo. Todavía recuerda la sonrisa de Oriol Mesquida cuando empezó a mostrarle sus reticencias:

—Ahora ya no puedes dar marcha atrás, has llegado demasiado lejos. ¿Qué crees que pasaría si llegase a saberse lo que hemos hecho, primero en la 3M y ahora aquí? Recuerda, yo he puesto el dinero y tú el bisturí. Han sido tus manos y las de tus colegas las que lo han hecho posible. —Su sonrisa se ensanchó—. Eres un auténtico carnicero, de los buenos, además.

Y siguió en ello, embruteciéndose cada hora que pasaba en el moderno quirófano construido y acondicionado hasta el último detalle, alejándose del mundo y convirtiéndose en un autómatas. Hasta hoy. Ha llegado al límite, va a romper con todo.

Contempla el despacho en el que está sentado. No demasiado grande, con muebles viejos, los mismos que había en la casa centenaria, en la que no hay ningún objeto personal, ninguna fotografía familiar, nada que haga pensar que los que acuden allí para su macabro trabajo merezcan llamarse seres humanos. Un vulgar escenario, con lo imprescindible para dejar su cartera y poder hacer sus informes en el ordenador, que, se recuerda, deberá llevar consigo. Si es que huye.

Se cubre el rostro con las manos. Si tuviese suficiente valor podría acabar con todo allí mismo. Buscar algo para cortarse las venas, abrir la ventana y lanzarse al vacío. Sería lo justo, lo correcto, es lo que deben de estar esperando sus víctimas. A veces sueña con ellas. Pesadillas en las que alzan los brazos hacia él para arrastrarlo al infierno al que las ha arrojado. Cuando muera, ese será su destino. Se estremece.

Mira su reloj. Es hora de bajar.

# 41

Fuera del alcance de las cámaras de seguridad, bajo el toldo de la frutería, Sara lleva casi tres horas a resguardo de la lluvia observando la casa de la calle Atenas, dando vueltas compulsivamente al abrecartas que guarda en el bolsillo de la chaqueta. Hace cinco minutos que un segundo coche ha entrado en el parking de la finca. El primero iba bastante deprisa, y entre la lluvia y los cristales ahumados no ha podido ver al conductor. Lo que le ha quedado claro es que el parking no es pequeño. El segundo lo conducía una mujer, y le ha parecido distinguir a un hombre en el asiento del copiloto, y en los asientos traseros, a una persona más. Ha estado tentada de colarse tras el coche, pero la puerta del parking se ha cerrado antes de que los ocupantes salieran. Sigue sin saber cómo entrar.

*Igual van a celebrar una fiesta de primavera. Una fiesta de pijamas con cuchillos y bisturís.*

Ni rastro de Borja Mesquida ni de sus colegas. Le duele el estómago de tanto regaliz y está agotada. Ahora llueve menos, pero oscurecerá pronto. Podría ir hasta la puerta, llamar al timbre y...

*Una mierda. Vete. Vete a casa. Llama a Carlos.*

En ese momento, una mujer de mediana edad no mucho más alta que ella, embutida en unos tejanos y cubriéndose con un paraguas, camina taconeando con sus botas, evitando los charcos. Saca unas llaves del bolsillo de su chaqueta y se acerca a la puerta. Ahora o nunca. Sara se echa el pelo hacia la cara, cruza la calle en dos zancadas, saca el abrecartas y se lo pone en el cuello.

—Ni se te ocurra gritar. Dame el paraguas, abre la puerta y estate tranquila —le susurra.

La mujer se queda rígida, con las llaves en la mano derecha. En la muñeca asoma una pulsera, una correa de piel con una piedra azul de forma ovalada en la que unas líneas gruesas dibujan un ojo.

*El ojo de Horus.*

Es la misma pulsera que llevaba la hija de Emma Ribó, lo único que había echado en falta en casa de su madre. Sara aprieta los dientes y, de un manotazo, le tira el paraguas al suelo.

—Que abras la puerta, hija de puta.

—Eh... Las cámaras lo graban todo y aquí no hay dinero... Por favor, no me...

—Que abras. —Le clava el abrecartas en el cuello.

—Vale, vale. —Temblando, introduce la llave en la cerradura y gira a la izquierda.

—Despacio, sin hacer tonterías. O te corto como a un cerdo.

La mujer asiente con la cabeza y ambas entran. Sara cierra la puerta a sus espaldas, rodeándole el pecho con su brazo libre. Huele a cerrado y a polvo acumulado.

—Enciende la luz. Cuidadito con lo que haces.

La mujer se desplaza a su derecha y, con la mano, tantea la pared. Una lámpara de araña colgada del techo ilumina escasamente la habitación en la que están. El suelo de baldosas rotas está lleno de pisadas confusas. Una mesa y dos sillas de madera, sobre una alfombra raída, son todo el mobiliario. Las paredes están cubiertas de un papel floreado, arrancado en algunos puntos, y a ambos lados de la habitación hay dos puertas de madera oscura.

—¿Qué mierda es este sitio? —La empuja hacia una de las sillas, sin dejar de rodearle el cuello con el brazo, y la obliga a sentarse—. Quítate la chaqueta.

—¡No puedo respirar! —gime.

—Como no hagas lo que te digo sabrás lo que es no respirar.

La mujer empieza a sacarse una manga con dificultad y Sara tira de la otra. Le pone los brazos a la espalda y se los ata con la chaqueta.

—Mucho mejor. —Se enfrenta a ella y guarda el abrecartas en el bolsillo—. Vas a decirme lo que estáis haciendo aquí. ¿De dónde has sacado esa pulsera?

—Y una mierda. —Sacude la cabeza para echar hacia atrás su melena platino y sonríe. Hay una expresión de triunfo en sus ojos oscuros, rodeados por pequeñas arrugas. Su boca pintada de rojo se abre y muestra los dientes—. Ya era hora de que aparecieras. Dale fuerte.

Sara comprende demasiado tarde que hay alguien a su espalda. Siente un golpe sobre su oreja derecha y el mundo desaparece.

## 42

Miguel abre el portal de su casa y empieza a subir las escaleras. Son más de las once y está agotado. Ha pasado horas con su padre, esperando a ver si se estabilizaba un poco. Parecía que, estando a su lado, el enfermo se calmaba, e incluso pudo pronunciar algunas frases con sentido dentro de su paranoia. Insistía una y otra vez en el asunto de las arañas y en que Ricardo lo había avisado. Miguel duda mucho de que su hermano haya sido capaz de alimentar los delirios de su padre, todo lo contrario. Le consta que estuvo con él desde el principio, cuando empezaron a manifestarse los primeros signos de demencia, preocupándose de que tuviera los mejores cuidados; igualito que él, que no sabía cómo reaccionar. Ni siquiera iba a verlo, como si temiese contagiarse de su locura. En el fondo, temía acabar igual, viendo monstruos.

*El final se acerca.*

Esa frase se le ha quedado grabada. La ha repetido varias veces, en los momentos en los que parecía más sereno. Y lo ha dejado preocupado. Ha estado llamando a Ricardo toda la tarde, sin resultado. El teléfono está desconectado, lo que no es normal. Ha optado por cenar algo rápido de camino a casa y no le ha sentado especialmente bien, nota un peso en el estómago. Va a tener que ponerse en serio con la dieta, está comiendo mal y a deshora, como cuando estuvo tan hundido. Es hora de tomar las riendas de su vida, estar con su padre el tiempo que pueda quedarle. Y tomar el tratamiento. Llega a su puerta, jadeando. Mete la llave en la cerradura y la gira hacia la izquierda. Mañana irá al gimnasio sí o sí, está perdiendo la forma por momentos.

Algo no va bien.

Está seguro de que ha cerrado con llave. Recuerda perfectamente cómo ha vuelto sobre sus pasos y lo ha comprobado. La puerta se abre sin hacer ruido.

Se queda inmóvil, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. No se oye nada. Debería bajar las escaleras y llamar a la policía. Si han entrado a robarle, lo peor que puede hacer es enfrentarse a los ladrones. Los robos en domicilios están a la orden del día en la ciudad y muchos acaban mal. En las noticias hablan de bandas del Este que no tienen problemas en agredir a quien sea al verse descubiertos. No hace mucho comentaban en el barrio el robo en casa de una anciana, que se despertó en mitad de la noche y empezó a gritar al ver en su dormitorio a tres individuos encapuchados. La sacaron sin contemplaciones de la cama y la golpearon hasta que les dijo dónde guardaba el dinero. Cincuenta miserables euros a cambio de romperle la nariz y el fémur.

Da un paso y abre más la puerta. La única luz encendida es la de la cocina. Entra despacio. Hay un hombre de espaldas a él, junto a la nevera, inclinado sobre la encimera. No se ve a nadie más. Viste una chaqueta acolchada, tejanos y una gorra oscura que le cubre el cabello. Le resulta extrañamente familiar. Manipula algo que no alcanza a distinguir. Algo pequeño se le cae al suelo.

—¡Mierda! —exclama, y se agacha.

Miguel se adelanta y le lanza una patada que lo alcanza en la pierna. El sujeto cae al suelo y tiene que usar toda su fuerza para evitar que se incorpore.

—¡No te muevas, hijo de puta! ¡Voy a llamar a la policía! —le grita mientras el tipo se retuerce, intentando liberarse, y manotea, desesperado.

—¡Déjame ir, hostia! ¡No seas imbécil! ¡Puedo explicártelo todo, Miguel!

—¿Qué? ¿Cómo sabes mi nombre?

—¡Me estás ahogando, tío! ¡Suéltame! ¡Puedo explicártelo todo, joder! La maleta, la medalla, la foto, la chica esa, Adriana...

—¿Qué estás diciendo? —Afloja sin darse cuenta y el hombre aprovecha para zafarse. Se da la vuelta, le da un manotazo que lo alcanza en el labio y Miguel lo deja ir al llevarse instintivamente las manos a la boca.

—¡Joder! —El hombre se sienta en el suelo, jadeando por el esfuerzo—. Un poco más y me ahogas, coño.

Apoya la espalda en la puerta del horno y se pasa la mano por la frente sudada. Tiene el espeso cabello revuelto y la piel en la zona de las patillas es más blanca.

—Te conozco. —Miguel, sentado en el suelo frente él, se limpia la sangre

del labio con el dorso de la mano—. Eres el conserje de la casa de Adriana. Y ahora lo recuerdo, te he visto antes..., sí, en el club de golf, llevabas patillas y unas gafas oscuras, ¿no? Y también... —se interrumpe, incapaz de seguir. Es demasiado increíble. El hombre asiente.

—Sí, estaba en el avión de vuelta de Tenerife, en la misma fila que tú. Solo cumplo órdenes. Puedo explicártelo todo —repite—. No quiero problemas contigo, ya tengo bastantes.

Miguel siente que la cabeza va a estallarle. Es incapaz de procesar lo que está pasando. Ahora recuerda con claridad. Vuelve a verse sentado en el avión, arrastrando la resaca del congreso en Tenerife. La mujer a su derecha que lee una novela en inglés. Y el hombre sentado junto a ella, grueso y con unas patillas espesas que le llegan casi a las comisuras de la boca, que roncaba. Es el mismo que está ahora en su cocina. Y el mismo que pasó junto a él en la zona de recogida de equipajes del aeropuerto, en el momento en que se apoderaba de la maleta de dueño desconocido. No puede ser. Demasiado surrealista para ser verdad. Quizá esto no está pasando y es producto de su mente enferma. Pero la sangre en su boca, y el tipo que ahora coge su gorra y se la pone, no son una invención.

—Tu hermano es quien me ordenó hacer todo lo que he hecho, es a él a quien tendrás que pedirle cuentas, yo no soy nadie, ¿me entiendes? —El tipo habla despacio, como si se dirigiera a alguien con pocas luces—. Ahora tengo que marcharme, me están esperando.

—¿Mi hermano? Estás loco... ¿Qué estás haciendo en mi casa? — consigue pronunciar.

El hombre se rasca la mejilla derecha y lo mira, como calibrando lo que va a decir.

—Repito que soy un mandado. Estaba acabando el trabajo que me encargó el patrón, tu hermano, Ricardo Montero. Te quiere fuera de circulación, tío. Tú sabrás por qué.

## 43

Después de dejar a Simón, Pablo ha ido hasta la casa de la calle Atenas. Ha estado parado un rato, en la acera de enfrente, sin saber qué hacer. Ni rastro de Sara. Ha preguntado al chico del supermercado si la había visto, pero este no ha querido contestarle, pretextando que no lo entendía. Qué cabrón.

Así que, tras comprobar que el móvil de Sara sigue fuera de combate, se ha ido rumbo al domicilio de los padres de Borja Mesquida, en la calle Tenor Viñas, frente a los jardines del Turó Park. Ha dejado de llover y es consciente de que su aspecto no se ajusta demasiado al personal del barrio de pijos en el que está. Se ha cruzado con alguna señora mayor, que lo miraba asustada, apretando el bolso con fuerza contra su cuerpo. Quizá debería cambiar la vestimenta, dejarse crecer el pelo y acabar de una vez por todas con la obsesión de mostrar la calavera que lleva tatuada en el occipital, un ridículo símbolo que lo identifica como un tipo chungo, al que más vale no acercarse. Lo que se merece por su fantástica trayectoria. Tal vez podría intentarlo, convertirse en una persona normal. Y tirar de una vez el contenido de la bolsa que toquetea constantemente en el bolsillo del pantalón. Las pastillas azules han empezado a desteñirse. Y poder decirle a su madre que esté tranquila, que su hijo ya no se droga ni piensa hacerlo. Para que todo eso suceda, primero tiene que acabar con esta pesadilla.

Simón le ha escrito para decirle que ha estado hablando con Carlos y ambos han ido a la comisaría con la libreta de Sara. No duda de la vehemencia de su amigo, pero va a tener que ser bastante convincente para que los maderos entiendan que las cosas están jodidas, y que deben actuar ya.

Llega a la esquina de la calle Calvet con Tenor Viñas y busca el número de la finca en la que vive ese nazi cabrón. En doble fila hay aparcado un BMW negro, último modelo, con los cristales tintados. Se le encoge el estómago

cuando ve bajar del asiento del conductor a su buen amigo Panzer, el simpático del puño americano. Sus botas negras brillan a la luz de la farola y se apoya en la puerta del copiloto mientras echa un trago de una botella de cerveza. Parece que hoy le toca hacer de chófer de su adorado jefe. Duda mucho que semejante coche sea suyo, quizá sea del papi de Borja y se lo deja a su retoño para dar vueltas por la ciudad.

Pablo hace como que mira el escaparate de una tienda, mientras empieza a llover de nuevo y Panzer corre a refugiarse en el portal. No le queda otra que esperar. Consulta el móvil. Sin novedad. Dentro de poco será medianoche y cada minuto que pasa significa que las cosas están empeorando. Se palpa los bolsillos, sin éxito, en busca de un cigarrillo olvidado. Mira a derecha y a izquierda. El mal tiempo ha expulsado de la calle a los pocos transeúntes que quedaban y solo se oye el rumor de la lluvia.

Panzer sale del portal, va hasta el coche y abre el portón trasero. *Mierda*. El cabrón de Borja y una chica que se cubre la cabeza con el bolso caminan hacia el coche. Es hora de moverse. No se engaña. La chica es la misma que vio en la discoteca el domingo por la noche, la misma sudamericana a la que ese cabrón le entregó la tarjeta blanca de letras doradas. Se la ve contenta, balanceándose sobre sus botas de tacón alto, mientras Borja le pasa el brazo sobre los hombros y le da un beso en el cuello.

—¡Eh! —grita Pablo mientras corre hacia ellos, con la lluvia mojándole el rostro—. ¡Eh, Borja! ¡Tengo que hablar contigo, hijo de puta!

Los tres se vuelven hacia él. Cuando lo reconoce, la cara de Panzer expresa incredulidad y fastidio. Se acerca a su jefe, que ya está abriendo la puerta del conductor, y le dice algo. La chica se queda parada, mirando a Pablo con la boca abierta.

—¡Apártate de ahí, tía! ¡Ni se te ocurra irte con ellos! —sigue Pablo—. ¡Van a hacerte daño! ¡Márchate!

Coge del brazo a la chica y la aparta del coche.

—¡Vete de aquí! ¡Fuera! ¡Corres peligro! ¡Vete!

—¡Borja! ¿Qué está pasando? ¡Suéltame! —La chica se retuerce y consigue liberarse.

Panzer se acerca a Pablo y le da un empujón. El olor a sudor y a mugre que emana de él le provoca náuseas. Una sonrisa lenta empieza a dibujarse en el rostro del neonazi. El mastodonte está en su elemento. Alza la botella de

cerveza vacía y la mueve sobre su cabeza.

—Eres gilipollas, tío. ¿No tuviste bastante el otro día? Márchate o te juro que te arrepentirás. —Vuelve a empujarlo.

—¡No me toques! ¡Ni se te ocurra tocarme! ¿Dónde está Sara? —Pablo.

—¿Qué coño dices? ¡Estás como una puta cabra! No sé quién es esa tía, vete o te parto el alma. —Lo empuja de nuevo.

—¡Que no me toques!

Pablo se abalanza sobre él, pero su oponente es más hábil y le lanza una patada en la pierna que lo hace caer al suelo. Panzer suelta una carcajada y le patea las costillas con fuerza, dejándolo sin respiración.

—Te vas a enterar.

El mastodonte alza el botellín y lo descarga contra la farola. Empuña el cuello astillado y camina despacio hacia él. La chica empieza a retroceder hacia el portal y grita pidiendo socorro. Pablo es incapaz de moverse, el dolor en el costado derecho es brutal, casi no puede respirar. Un coche se detiene tras el BMW y hace sonar el claxon.

Borja saca la cabeza por la ventanilla.

—¡Déjalo! ¡Vámonos ya!

Panzer no parece oírlo y sigue avanzando hacia Pablo, que intenta levantarse sin conseguirlo, haciendo crujir los cristales rotos bajo las botas negras.

—¡Vámonos! ¡Está viniendo gente! —grita de nuevo su jefe.

El neonazi se agacha sobre Pablo, con una mano le inmoviliza los brazos y con la botella rota le levanta la sudadera y deja al descubierto la carne. Está disfrutando. Una de las aristas astilladas del vidrio presiona la piel en el abdomen y empieza a brotar una gota de sangre. Pablo aprieta los dientes y se retuerce en el suelo.

—¡Que nos vamos, coño! —aúlla su jefe.

Panzer parece volver a la realidad y se pone en pie.

—¡Te acordarás de esta, hijo de puta! —Le lanza una última patada al costado y corre hacia el coche, que arranca y se pierde en la distancia.

Pablo se vuelve hacia la chica, que ha dejado de gritar y lo mira, despavorida, cubriéndose la boca con las manos.

—Llama a la policía —consigue decir.

## 44

Por fin. Ahora podrá vivir tranquilo. Podrá seguir con sus costumbres, levantarse temprano, desayunar frugalmente, evacuar, salir a pasear, comprar el periódico, y por las tardes ir hasta la biblioteca y charlar con Simón de libros, de leyendas, de historias antiguas. No es pedir demasiado para un médico jubilado. Esteban Roca se pasa la mano por la frente cubierta de sudor.

*Simón.*

Qué diría si pudiera verlo ahora. De pie, en el salón de la bruja de su vecina, contemplando su cadáver. Ya ha empezado a enfriarse. El reloj colgado en la pared le recuerda que pasa de la medianoche, que lleva un buen rato allí dentro y que es el mejor momento para escapar a su piso. A estas horas, sus vecinos están siendo abducidos ante el televisor o dormitan en sus camas.

Ha sido muy fácil. Llamar a la puerta, entrar con las cajas de medicamentos que ella le había dado para que le dijera si era el tratamiento adecuado para sus dolencias, asegurarle que traía algo mucho mejor. Una sola dosis inyectable con la que se encontraría como en el cielo. Y además se ofrecía a administrársela.

—Muchas gracias, doctor —había dicho ella—, es usted tan amable... — Estaba gratamente sorprendida.

Se quitó la bata rosa y dejó al descubierto sus brazos desnudos. Vestía un camión de satén que se le ajustaba al cuerpo. Roca sintió náuseas y evitó mirarla mientras preparaba la inyección.

—¿Qué haría yo sin usted?... —suspiró ella cuando la aguja penetró en su piel.

—Estarías viva, imbécil —susurró él cuando la mujer empezó a convulsionar.

Simón no lo entendería. No puede hacerlo. Porque él no siente esa pulsión, ese deseo que lo atormenta, contra el que perdió la batalla en su día y contra el que ha luchado después de salir de prisión y, de hecho, ha conseguido mantener latente. En el fondo, es culpa de ella, si no se le hubiese cruzado en su camino, si no lo hubiese perseguido... Lo ha provocado y al final no ha tenido más remedio. Vuelve a mirarla. Ahora sí que parece un gigantesco rape, con la boca abierta y la lengua fuera, los ojos desorbitados y la carne, flácida, desparramada en el suelo. Es curioso que siempre tenga una erección cuando contempla a sus víctimas; todas le dan asco, es incapaz de tocarlas. Debe de ser la sensación de poder, de victoria, la que lo estimula.

Pero las Erinias han vuelto, y de qué forma. Ha tenido que lidiar con el dolor de cabeza, intenso, que lo ha acompañado toda la tarde. Las veía en su mente, retorciéndose, siseando. Ellas sabían lo que iba a hacer y se estaban preparando. Y ahora que ya está hecho puede sentir su fétido aliento y escuchar el restallar de sus cabellos como látigos. Lo soportará. No puede escapar a su naturaleza y no está dispuesto a volver a prisión, antes se mataría.

Da un último vistazo a su alrededor. Ha pasado un pañuelo por todos los sitios que ha tocado y en el bolsillo lleva la jeringuilla. Las suelas de sus zapatos están impolutas, así que no ha dejado ninguna huella. Para cuando la encuentren, a los ojos de cualquier facultativo será una muerte natural, causada por un abuso de medicamentos. Asiente, satisfecho, y contempla con repugnancia cómo una mosca se posa en la boca de su vecina, explorando. Será la primera de muchas. Va hacia la puerta, sale y la cierra con cuidado a sus espaldas. La escalera está a oscuras, la única luz proviene del ascensor y todo está en silencio. Ahora solo tiene que meterse en casa y tomarse lo más fuerte que encuentre para poder conciliar el sueño. Mañana será otro día.

Se lleva las manos a los bolsillos del pantalón. Las llaves. No están. Se le encoge el estómago. No puede ser. Vuelve a revisar los bolsillos, se quita incluso los zapatos. Un sudor frío recorre su espalda. Intenta recordar qué puede haber hecho, dónde las puede haber dejado. Imposible. Está seguro de que cerró la puerta de su piso con llave, puede verse con ellas en la mano, llamando al timbre de su vecina. Y luego... no sabe qué ha hecho. No es posible, una persona tan meticulosa como él. Ha cometido un error

imperdonable. Se habrán quedado dentro, en casa de su vecina.

Dentro. Tal vez.

Su respiración se acelera y, jadeando, se agarra a la barandilla de la escalera. Mira hacia abajo. Cinco pisos. Podría llamar a un cerrajero, de esos de urgencias que te cobran doscientos euros o más por abrirte la puerta. Aunque será difícil explicar qué hace, sin llaves, en la escalera, a esas horas de la noche. Especialmente cuando encuentren a la vecina muerta en su casa. Quizá podría decir que se desorienta, que salió sin pensar y se le cerró la puerta. Pero le harán pruebas, comprobarán su versión. Se aprieta las sienes con las manos. Las Erinias aúllan en su cabeza, riéndose de él, diciéndole que él mismo se ha buscado su ruina, que esta es su venganza, que va a acabar en prisión. Otra vez. Encerrado. Seguro que le caen unos años, quién sabe cuántos.

—No —gime.

Está a punto de vomitar y se agarra a la barandilla, intentando regular su respiración. Cierra los ojos. Las oye. Las ve. Tisífone extiende sus garras hacia él y sus ojos incandescentes lo miran, lo abrasan. Si la justicia de los hombres no lo alcanza, lo harán ellas, lo volverán loco.

Abre los ojos, llenos de lágrimas, y mira hacia abajo. Tal vez sea el momento de acabar con todo. Liberarse de los humanos y de los monstruos. Inclina el cuerpo y deja colgar los brazos.

Mientras cae, siente las garras de Tisífone clavadas en su espalda.

## 45

—Por favor —dice Miguel—. ¿Puede atenderme?

—Tendrá que esperar —le dice un policía con el ceño fruncido—. Estamos a tope. Siéntese en la sala y ya lo llamaremos. —Desaparece tras una puerta.

Miguel se resigna y vuelve a sentarse en una de las sillas plastificadas, las mismas que, la madrugada del domingo pasado, recorría dando golpes y patadas al casco de su moto. Parece que ha transcurrido una eternidad. Han pasado tantas cosas desde entonces... La diferencia es que ahora está sereno, no lleva nada en el cuerpo que le impida razonar, salvo la pena y la angustia que le ha causado su conversación con el hombre que encontró en su cocina y que se ha negado a dar su nombre.

—Mi nombre no importa —le aseguró—. Voy a desaparecer cagando leches. Esto se ha puesto muy feo. Tienes que saber que tu hermano me ha pagado un buen dinero para volverte loco. No le debo nada a nadie, a él tampoco, así que tú verás. Hace tiempo que va detrás de ti, lo habíamos intentado varias veces, creo que había empezado a desesperar...

Y mientras Miguel lo miraba, incrédulo, el tipo fue largándole todo. Ricardo le ordenó que fuese a Tenerife en las fechas del congreso y le buscó un billete para el avión de vuelta. El mismo que cogió Miguel. Su tarea era sencilla. Llevar una maleta semejante a la que había tenido su madre, meter en ella la caja de madera con la fotografía y la medalla, que previamente había sustraído de su piso, y encontrar la oportunidad de que la viese Miguel. Su hermano le había dado un duplicado de las llaves de su casa y fue fácil coger la caja del armario. Tampoco era la primera vez que entraba y sabía dónde estaba. Poner la maleta en la cinta transportadora era una jugada arriesgada, no tenían ninguna garantía de que él la cogiese y se la llevase a casa, pero

había que intentarlo. El tiempo apremiaba.

—¿Qué? ¿Apremiaba para qué? —le había preguntado Miguel.

—Bueno, ya te he dicho que llevábamos tiempo en ello. Era lo que decía el patrón. —Se encogió de hombros.

Picó, por fin. Esa noche, su interlocutor entró en la casa con las llaves y se ocupó de dejar la maleta junto a su cama. Un detalle para que Miguel empezase a dudar de sí mismo. Fue sobre ruedas. Descubrir la caja con la fotografía y la medalla lo alteró lo bastante como para que se sintiera desconcertado y empezase a desconfiar. Solo era la primera parte. Entonces, entró en juego Adriana.

—¿Quién es? ¿Quién es realmente?

—Una puta que el patrón contrató. Cuando hace meses se lio contigo, fue el primer paso del plan de tu hermano.

El hombre se ocupó de coger la medalla de su casa y se la entregó a la chica. Esta se la puso mientras Miguel se duchaba y le dijo que la había cogido del bolsillo de su chaqueta. La idea era que él creyese que, sin darse cuenta, la había metido allí. Destrozar la fotografía y mearse encima fue fácil. Luego, el propio Ricardo se ocupó de limpiarlo todo cuando lo llevó a casa tras estar detenido en comisaría.

—Pero yo pegué a Adriana y...

—Claro que sí. Ella te hinchó a alcohol y a drogas para que fueras fino. Querían que pensases que la habías matado. —El tipo sonrió—. La chica pidió un buen plus por haber aguantado tus cabronadas.

A partir de entonces, Miguel lo escuchó a medias. No estaba loco. No iba a volverse como su padre, al menos no en un futuro inmediato. Todo había sido inducido por su hermano, aunque pareciese increíble. ¿Qué ha hecho para que Ricardo quiera destruirlo?

—Rompí tus cosas el otro día, y escribí lo de «PUTA ADRIANA» en el espejo. Me lo ordenó tu hermano, ya sabes. Hoy he venido para cambiarte las pastillas. —El desconocido metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y le mostró un bote de plástico, blanco, sin marcas—. No tengo ni idea de lo que son, mi trabajo era cambiarte estas por las que tienes ahí. Ten. —Le lanzó el bote y las llaves de su piso, y Miguel los cogió, desconcertado—. Ahora me voy, te lo he contado todo. Tengo más problemas que este. —Se levantó y se ajustó la gorra—. Sin rencores, tío.

Se quedó mirándolo, sentado en el suelo. No pensaba que pudiese retenerlo o que fuese útil hacerlo. Tenía que encontrar a Ricardo. Tenía que oírlo de su boca.

Fue hasta su casa. Nadie respondió a sus llamadas. Cayó en la cuenta de que nunca había tenido llaves de la casa de su hermano, a diferencia de él, que siempre había tenido las de la suya. Con la moto, se desplazó hasta la clínica RIMO, a pesar de que sabía que estaría cerrada. El móvil seguía desconectado. Así que solo le quedaba ir a la comisaría. Había preguntado por la policía que fue hasta su casa, a la que le contó lo que estaba pasando. Ella lo entendería. Lo ayudaría. Seguro. Le han dicho que no era su turno de trabajo y que lo atenderían cuando pudieran.

Nervioso, manosea el bote de pastillas que le ha dado el desconocido y alza la vista. Ve a dos hombres que hablan, de pie, detrás del mostrador. Uno es un chico con el pelo largo sobre los hombros y una barba descuidada, que se mordisquea las uñas, y el otro, mayor que él, gesticula y parece nervioso. Recuerda a este último. Es uno de los policías que acudieron cuando la chica los llamó, el día en que fue a la comisaría y montó el número.

Se levanta de la silla y se acerca al mostrador.

—Por favor. Necesito ayuda, es urgente.

El policía se vuelve hacia él con una expresión de fastidio, que cambia al reconocerlo:

—Usted es Miguel Montero, ¿verdad?

—Sí. Oiga, necesito que me escuchen, mi hermano Ricardo ha desaparecido y tengo que dar con él, es...

—¿Qué? —El policía se sorprende y el chico que está junto a él deja de mordisquearse las uñas y lo mira—. Pase, tenemos que hablar.

## 46

Sara intenta abrir los ojos sin conseguirlo. Nota la cabeza espesa y un dolor constante en los brazos. Frunce el ceño e intenta centrar sus pensamientos.

*Estás encerrada en el aseo, tu padre te ha dado una paliza, y no puedes hacer ruido o volverá a por ti. Simón está fuera, esperándote.*

*Ya no eres una niña, tu padre está muerto, esto no es el aseo.*

*Simón.*

Despacio, consigue alzar los párpados. Hay una luz azulada a una cierta distancia, tan tenue que no le permite distinguir nada a su alrededor. Se da cuenta de que está tumbada en el suelo, y empieza a ser consciente de que tiene los brazos atados a la espalda y las piernas unidas por algo que le aprieta los tobillos. Y le duele la parte inferior del rostro.

*Te han tapado la boca con algo, cinta aislante, quizá.*

De su garganta sale un gemido ridículo que no parece suyo. Solo puede respirar por la nariz, y con mucho esfuerzo gira la cabeza, lo que le arranca más gemidos. Tiene el cuello rígido y dolorido.

*Hijos de puta.*

Empieza a recordar. Su visita a la clínica RIMO, la mierda que comió en el local de la calle Balmes, el chico pakistaní viendo un culebrón en la tele, la rubia del paraguas. Está claro que había alguien más en la casa y que el golpe que recibió en la cabeza la ha anulado totalmente. Quién sabe cuántas horas han pasado. Y la han atado de pies y manos, encerrada vete a saber dónde.

*Encerrada.*

Su respiración se acelera y empieza a hiperventilar. No puede soportarlo. Le falta el aire y se retuerce, presa del pánico. Va a ahogarse allí dentro y nadie la encontrará. Tal vez, en unos años, alguien halle su cadáver, como una

momia de tiempos antiguos. Va a morir, sola en la oscuridad. La peor de sus pesadillas. Intenta gritar.

*Cállate. No seas imbécil. No puedes desperdiciar el aire, vete a saber el que te queda. Respira. Respira.*

El tiempo transcurre, despacio, eterno, hasta que consigue regular su respiración y enfocar la mirada. Le han quitado la chaqueta, así que ya puede olvidarse del móvil y del abrecartas. Vuelve la cabeza hacia la luz. Es una luz de emergencia y está sobre una puerta que parece de metal. Empieza a distinguir más detalles. Junto a la puerta, y hasta donde le alcanza la vista, hay estanterías, algunas vacías y otras llenas de cajas y bultos. Parece un archivo o un cuarto de trastos. Hace calor. No ve ninguna ventana o algo que se la parezca. Sin embargo, tiene que haber alguna ventilación, porque nota en el rostro algo de aire, lo que la ayuda a tranquilizarse. Ahora viene lo bueno. Va a tener que esforzarse como nunca para moverse. Poco a poco, va reptando hasta la puerta.

Le parece que han transcurrido horas cuando, por fin, consigue llegar y colocar la espalda apoyada en la puerta. Resistiendo el dolor, y el entumecimiento de brazos y piernas, intenta sentarse. Imposible. Lágrimas de frustración acuden a sus ojos.

*Tienes que hacerlo. Tienes que sentarte. Tienes que salir de este puto agujero.*

Por fin, se sienta, la espalda sobre la puerta. Espera unos momentos para recuperarse, se desliza hasta la estantería que hay a su izquierda y consigue doblar las rodillas para acercarlas a su pecho. Nota mil alfileres en las piernas, que poco a poco van despertando. Sus dedos, torpes, detectan las muñecas sujetas por lo que parece ser cuerda de embalar. Si pudiera encontrar algún borde afilado para cortarla... No hay ninguno a su altura.

*Joder. Joder. Joder.*

Furiosa, golpea la puerta con los tacones de las botas. Una y otra vez. Sin descanso.

## 47

—Lo siento, necesito salir.

—Pero, doctor, la paciente está a punto, no podemos perder más tiempo —objeta Dolores.

—Tenemos que empezar ya —añade uno de los miembros del equipo.

—¡He dicho que tengo que salir! —Se despoja de los guantes y de la mascarilla, mientras sale precipitadamente del quirófano.

Está sudando a mares. No puede hacerlo. Lo ha intentado, con todas sus fuerzas. En la sala de lavado escuchaba al resto charlar de temas intrascendentes y notaba el pulso en sus oídos, acelerado, desigual. Iba a estallarle la cabeza. O a darle un infarto. Ha empezado a respirar profundamente, manteniéndose en un silencio tozudo que los demás han interpretado erróneamente como parte de su concentración previa a la operación. De hecho, nadie se ha dirigido a él desde que bajó del despacho. Al cabo de un rato se ha calmado lo suficiente como para seguir con la rutina de la preparación. Pero cuando ha entrado en el quirófano y ha visto a la paciente, la angustia lo ha paralizado de nuevo. Es imposible. Son demasiados órganos los que hay que extraer, va a ser una operación larga y compleja. El temblor en sus manos de hace unas horas no era nada comparado con su incapacidad en este momento para sostener el bisturí en condiciones. Y le repugna hacerlo. Se repugna a sí mismo.

Se despoja de la bata y del gorro, y los lanza al suelo. Sale de la zona quirúrgica y se apoya en la pared. Cierra los ojos. Debería marcharse. Ahora. Sus compañeros le darán unos minutos, no mucho más, y vendrán a buscarlo. Tiene el tiempo justo para coger su maleta, el ordenador y salir disparado a buscar un taxi que lo lleve al aeropuerto. No sabe si será capaz. Hasta de huir tiene miedo.

Empieza a andar por el pasillo hacia el ascensor. Nunca le ha parecido tan largo. Pulsa el botón de llamada.

Y entonces los oye.

Golpes. Suenan cerca, allí mismo. Por un momento cree que son producto de su imaginación, pero no es así. Pone la mano en la puerta del archivo que está junto al ascensor. Alguien está golpeándola por dentro. Es normal que nadie oiga nada desde el quirófano. La instalación está concebida para aislar toda esa zona. Saca su tarjeta del bolsillo del pantalón y la pasa sobre el pomo metálico. Se oye un chasquido y se enciende la luz verde. Despacio, abre la puerta y da a la luz.

Sentada en el suelo hay una mujer vestida con unos tejanos y una camiseta negra. Tiene la boca tapada por una cinta adhesiva, los brazos atados a la espalda, y el pelo le cubre medio rostro. Ella lo mira, parpadeando, y empieza a gemir. Asombrado, se agacha y le quita con cuidado la cinta de la boca.

—¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

Ella intenta hablar, sin conseguirlo, mientras él le desata las muñecas.

—Espere, el nudo está muy fuerte.

—Suéltame ya, hijo de puta. —Escupe en el suelo y mueve los brazos.

—Un momento, ahora le desato las piernas. ¿Qué...?

—Soy policía, me han quitado mi placa, la llevaba en la chaqueta —dice ella con voz ronca—. He venido a detenerlos a todos. Sabemos lo que estáis haciendo, esto se ha acabado. —Se frota las muñecas doloridas—. Dame tu teléfono.

Las manos sobre el nudo de las piernas se inmovilizan. Alza la mirada y clava sus ojos en los de ella. Se sorprende a sí mismo sintiendo alivio. No tendrá que volver a entrar en el quirófano. Tampoco huirá a ningún sitio. En el fondo, sabe que es incapaz de vivir más tiempo mirando por encima de su hombro, escondiéndose. Odiándose, siendo incapaz de mirarse a los ojos en el espejo. Es hora de parar, de aceptar lo que es. En lo que se ha convertido. Las lágrimas acuden a sus ojos.

—Aquí..., aquí no hay cobertura —balbucea—. Arriba sí. —Coge aire—. Si les ayudo... ¿tendré algún...?

—Si nos ayudas, las cosas serán más fáciles. —Intenta levantarse apoyándose en la estantería mientras aprieta los dientes—. Hay que salir de aquí.

—Sí, sí, tenemos que subir con el ascensor y luego... —Abre la puerta y mira hacia el pasillo—. No hay nadie, pero no tardarán en venir a buscarme. Vamos, deprisa.

Ambos salen y entran en el ascensor. Él se mira las manos, que ya no tiemblan.

—¿Quién eres? —le pregunta ella.

—...

—Que quién eres, joder.

—Ignacio Marín. Soy... —coge aire— cirujano, y quiero confesar lo que he hecho. Llevo años haciendo barbaridades, los que están ahí abajo también. —Se ajusta las gafas de pasta—. Ya no puedo más.

## 48

Manolo, impaciente, se detiene ante un semáforo. Joder. Qué mala suerte. No hay ni Dios en la calle y los coge todos en rojo. Mira el reloj del coche. La una de la madrugada. La operación debe de haber acabado hace rato. No entiende lo que está pasando, Dolores no le contesta al móvil y Borja lo tiene desconectado. Tiene un mal presentimiento.

Todo se está yendo a la mierda. No ha podido acabar el trabajo que le encargó el patrón, así que ha perdido un buen pico, pero ya le da lo mismo. Que arregle cuentas con su hermano. A saber por qué tanto rencor, tantas ganas de hundirlo en la miseria, de volverlo loco. Para eso, mejor no tener familia. Como él.

Arranca y acelera para aprovechar el siguiente semáforo. En un minuto llegará a la calle Atenas. Lleva en el maletero la última caja en la que habrá que meter lo que quede de la mujer que acaban de operar. La ecuatoriana esa a la que ni siquiera ha visto. La última de la que se encargó fue aquella jubilada tan simpática, a la que fue a buscar a su casa con Dolores. La verdad es que la mujer le dio un poco de pena. Y luego tampoco aprovecharon gran cosa de ella. De la que sí sacaron bastante fue de la china. De esa hace más tiempo, pero lo recuerda bien. Era una monada. Pobre chica. Se palpa el bolsillo de la chaqueta. Lleva lo imprescindible, pasaporte, carné de identidad. El dinero. Si Dolores quiere marcharse con él, lo tiene bien. Puede mantenerla durante un tiempo, y si quiere, a su hijo también. Habrá que ver si se aviene, es tan tozuda... Joder. Por qué no le ha contestado.

Entra en la calle Atenas y reduce la velocidad. A unos pocos metros hay varios coches de los Mossos d'Esquadra con las luces encendidas. Están a la altura de la casa. Algo ha salido mal. *Mierda, mierda, tengo que salir de aquí cagando leches.* Frena y pone la marcha atrás. Mira por el retrovisor. Hay

otro coche de policía que le hace luces para que pare. Las manos empiezan a sudarle y se las seca frotándolas en los tejanos. Tiene que estar tranquilo para no despertar sospechas. Detiene el motor.

—¡Bájese del coche!

Despacio, baja y cierra la puerta. Dos agentes uniformados caminan hacia él y le hacen señas para que se acerque.

—¿Qué pasa? Me están esperando. —Se quita la gorra y la guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Tiene que apartar un poco el coche para que pasemos y luego podrá marcharse.

Manolo respira, aliviado. Se permite una sonrisa.

—Vale. ¿Ha pasado algo gordo?

—Retire el vehículo, por favor.

*De mil amores*, piensa. Se vuelve para abrir la puerta del conductor, cuando ve salir del coche policial a Miguel Montero, que se lo queda mirando con la boca abierta.

—¡Eh! —grita Miguel—. ¡Es él! —Se vuelve a un policía que está a su lado y lo señala con el brazo—. ¡Es el tío que ha estado en mi casa! ¡Cogedlo! ¡Es él!

Manolo duda un segundo y echa a correr entre los coches. Con un poco de suerte podrá llegar a la calle Balmes y perderse. A su espalda empieza a oír los gritos de los agentes.

—¡Al suelo o disparo! ¡Al suelo!

El corazón le golpea en el pecho, siente que se ahoga. No puede dar un paso más, se apoya en un portal, jadeando. Ahora sí que la ha cagado bien. Nota un dolor agudo en el lado izquierdo y lanza un gemido. Mientras se acercan a él, apuntándole, piensa que al menos le queda el consuelo de que no va a pringar solo. Borja y sus colegas se van a enterar. Y Mesquida, y el cirujano carnicero, el Marín ese, mucho más. Lo siente por Dolores, pero esto es sálvese quien pueda. Ya lo decía su madre, que cada palo aguante su vela. Sonríe a su pesar mientras se da la vuelta y alza los brazos. Se van a enterar.

## 49

Dos semanas después.

—Pues no ha sido tan terrible, ¿no? —dice Carlos mientras mira a Sara de soslayo.

Ella guarda silencio. Cierra la puerta del despacho del sargento a sus espaldas y ambos empiezan a andar por el pasillo en dirección a su mesa.

Cuando el sargento los ha llamado a los dos en mitad de la jornada de tarde del jueves, le ha dado un vuelco el corazón. No quiere reconocerlo ante su compañero, pero todavía le tiemblan las piernas. Tras felicitar a Carlos por su trabajo, la miró con desagrado para decirle que su indisciplina había sido muy grave, y que desde luego influiría en la resolución del expediente. No se ha atrevido a preguntar en qué sentido y Carlos ha metido baza en su favor.

—Pronto se resolverá —ha contestado el sargento con voz de oráculo.

En las dos semanas que han pasado desde que salió de la casa de la calle Atenas acompañada del cirujano Ignacio Marín, no ha parado de contestar a las preguntas de sus superiores y a las del grupo de desaparecidos. Se ha sentido cuestionada en todo momento. Si esperaba un reconocimiento o una palmadita en la espalda, no han llegado. Al contrario, parecía que faltaba poco para que le diesen una patada en el culo. Ha estado a punto de perder los estribos en más de una ocasión, y no le han faltado ganas de soltarles que si hubiesen estado un poco atentos, esos cabrones no llevarían años dedicándose al tráfico de órganos con total impunidad. Le duele la lengua de tanto mordérsela. Tendría que haberla visto la psicóloga. Estaría orgullosa de su autocontrol.

*Para lo que va a servirte.*

Las sesiones de terapia han terminado y solo le queda esperar que hagan

con ella lo que quieran. Si la echan, siempre podría trabajar en la panadería de Lorena o donde sea. Quizá debería reconocer que no está hecha para ser policía. Al menos tiene la satisfacción de que esos cabrones van a estar una larga temporada a la sombra.

Está agotada. La lista de víctimas parece no tener fin. Hay muchas más de las cinco que ella tenía anotadas en su libreta. Todavía es pronto para decirlo, pero la macabra tarea que llevaban a cabo Oriol Mesquida e Ignacio Marín, junto con el resto del equipo, viene de lejos.

—Yo creo que van a valorar positivamente lo que has hecho —sigue Carlos mientras llegan a la mesa de Sara y se deja caer en una silla—. Aunque el sargento no haya querido decir nada, lo que ha pasado te beneficiará en el expediente. Ahora, sigo diciendo que se te fue la olla, al final salió bien porque...

—Mira que eres pesado, cállate ya con eso, lo has repetido mil veces. — Se sienta frente a él, sobre la mesa, y balancea las piernas.

—Es que es verdad, tuviste suerte de que Miguel Montero viniera a la comisaría, porque solo con lo que había en la libreta y las explicaciones de Simón no creo que hubiesen actuado tan rápido.

Sara bosteza y comprueba con la mano que el flequillo está en su sitio.

—Pues claro que estaba todo en la libreta, joder. Miguel Montero solo vino a deciros lo que el tal Manolo le contó sobre su hermano, que lo estaba volviendo loco, no tenía nada que ver con lo de la calle Atenas.

—Hombre, Ricardo Montero había estado trabajando con esa gente, en la 3M. Todo apuntaba a que estaba metido en el ajo.

—Ese cabrón de Ricardo no ha parado de decir que cuando descubrió el tráfico ilegal de órganos que estaban haciendo sus socios, Ignacio Marín y Oriol Mesquida, partieron peras —sarcástica—. Aunque no me creo que no supiera nada. Otra cosa es que llegase un momento en que le viniera grande y no quisiera complicarse más la vida.

—Lo que está claro es que los tres se forraron en los viejos tiempos.

—Exacto —asiente Sara—. Cuando Ricardo corta con sus socios, abre RIMO y los cabrones se aprovechan de que Dolores vaya a trabajar con él. Ricardo no sabía que ella estaba conchabada con Marín y Mesquida, eso lo han declarado Marín y el tal Manolo. ¿Quién iba a sospechar de una simple enfermera? Ella les pasaba a Marín y a Mesquida los datos de las mujeres que

se operaban en RIMO y estos las fichaban para lo suyo. Cuando en RIMO se las mandaba a casa, esos cabrones las citaban por teléfono para una revisión ficticia, y esa hija de puta y Manolo las iban a buscar para llevarlas a la calle Atenas. De donde no salieron más. —Da una palmada en la mesa.

—Así cayeron Emma Ribó, Flora y Alina. Es difícil creer que todo esto estuviese pasando y nadie se diera cuenta.

—No te olvides del neonazi de Borja, se apuntó al negocio familiar. —Hace una mueca—. Las captaba con el engaño de ser modelos, o de ahorrarse un dinero, como Li y como Rosaura. Gracias a Marín y al Manolo ese, todo está bastante claro. Oriol Mesquida no ha abierto la boca.

—Da lo mismo, de momento, los tres en prisión, junto con la enfermera, el anestesista y los que trabajaban en el quirófano de esa casa, todo el equipo de asesinos. —Carlos sonríe—. Es para estar satisfechos.

Sara mira su móvil. Un mensaje de Pablo. Que si se apunta a una caña en las terrazas de la avenida Mistral cuando salga de la comisaría y que Simón también vendrá. Borra el mensaje. No le apetece nada. Después de la agresión del colega de Borja, Pablo estuvo un día en el hospital y salió con una especie de corsé y la baja para un mes. Había tenido suerte y solo tenía fisuras en dos costillas, ningún órgano lesionado y la prescripción de hacer reposo. Lo ha visto una sola vez en todo este tiempo. Fue a su casa acompañada de su hermano y evitó estar a solas con él. Tiene demasiadas cosas sin resolver.

Simón debe de estar a punto de salir de la biblioteca. Ha mejorado en estos días. No está tan nervioso y casi ha dejado de morderse las manos. Casi. Si todo esto sirve para que recupere su autoestima y empiece a olvidar el pasado, ya puede darse por satisfecha.

Carlos se levanta y va hacia la puerta.

—Me voy, guapa, a ver si trabajo un poco.

—Son tantas, Carlos..., y todas están muertas.

Él se da la vuelta y la observa. Hay una expresión de dolor y frustración en sus ojos oscuros.

—Me enteré de lo de las cajas —sigue ella—. El tal Manolo lo ha cantado. Tenía escondidos los restos de las mujeres, con sus nombres y los de sus carniceros. —Lo mira—. Todas: Alina, la traductora de rumano; Flora, la monja que colgó los hábitos; Li, Emma Ribó... Solo hemos podido salvar a Rosaura y no anda muy fina.

—¿Has hablado con Melly?

—Sí, hace un rato; estaba contenta. Mañana le dan el alta a Rosaura, aunque no saben si va a tener alguna secuela. Demasiados días con chutes de anestesia. Es tan triste... Todo este tiempo, esas mujeres y las demás, estaban allí, esperando que alguien las encontrase —se estremece.

—Escucha. —Carlos se acerca a ella y le pone las manos en los hombros—. Has hecho un buen trabajo, aunque los jefes no quieran reconocerlo y yo te dé la lata con que te saltaste las normas. Los hemos pillado, Sara. Los compañeros están investigando a los compradores en la red. Ya no van a hacer más daño.

—Esto no se ha acabado. El Borja de los cojones y el tal Panzer no han aparecido. Y vete a saber los colegas que colaboraban con ellos.

—Los encontraremos, no han podido ir muy lejos. Ya han detenido al barbero de la calle Aribau y le han cerrado el negocio. Caerán, todos, ya verás. Venga, te invito a un café de la máquina.

—No me apetece. —Baja de la mesa.

—¿Qué? No me lo puedo creer, Sara Peña diciendo que no quiere café. —Abre mucho los ojos—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Dejar los caramelos de regaliz?

—Me los acabé todos y no he vuelto a comprar. —Frunce el ceño y se sienta en su silla.

—¡Madre mía! ¿Estás bien? ¿Vas a empezar a sonreír? Espera que saque el móvil.

—Mira que eres tonto, tío. —Se levanta y va hacia él—. Anda, vamos a buscar ese café de las narices.

## 50

Simón mira su reloj. Las seis de la tarde. Arregla su mesa y se levanta para echar un vistazo a las estanterías de la biblioteca a fin de comprobar que los libros estén ordenados. Como si fuese necesario. Hace días en los que, aparte de Weifen, las visitas a la biblioteca se cuentan con los dedos de una mano y todavía le sobran.

En la estantería de los clásicos, el *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal no está en el hueco que le corresponde. Lo coge y observa que sobresale un papel con anotaciones. La letra es ilegible, alargada, picuda, apenas se distinguen las vocales de las consonantes. Hay flechas por todos los lados y las palabras están destacadas con signos de interrogación y de exclamación. Letra de médico, que diría su madre. En el reverso del folio hay un dibujo, tosco, la silueta de una mujer desnuda. Podría ser una de las Erinias. Los cabellos largos como serpientes, los ojos negros, la boca llena de colmillos, y las manos convertidas en garras. Al pie de la figura alada, con letras mayúsculas: «TISÍFONE».

El diccionario era uno de los libros de consulta diaria del doctor Esteban Roca. Hace días que Simón sabe que se suicidó en su finca, tirándose por el hueco de la escalera. Uno de sus vecinos se lo encontró de bruces al salir del ascensor. Nadie había oído nada, y los medios hablaban de que la muerte había sido la noche anterior. No daban el nombre completo, pero sí la calle, que coincidía con la de Roca. Ello, y la prolongada ausencia del doctor, le dieron que pensar. Y, además, ese mismo día se descubrió el cadáver de la vecina de rellano del suicida. Una de las amigas de la mujer fue a buscarla para ir a misa, y al no responder a sus llamadas se asustó y avisó a la policía. La encontraron en el suelo del comedor de su piso, con la bata abierta y en camisón. La amiga tuvo sus cinco minutos de gloria ante las cámaras de

televisión, relatando lo mucho que la apreciaba y la impresión que había sufrido cuando tuvo que identificarla. La difunta no tenía parientes y era la única que podía hacerlo.

La prensa no dio detalles, pero Simón lo tenía claro. Roca había sucumbido a su ansia innata de eliminar personas inútiles para la sociedad. La limpieza de los seres «inferiores», como le dijo la última vez. Le extrañó el suicidio: como buen psicópata nunca se había arrepentido de sus actos, estaba convencido de que hacía lo correcto. Tal vez, la mera posibilidad de volver a entrar en prisión había pesado más. O que sus demonios, las Erinias, habían triunfado, por fin, obligándolo a pagar por todos sus crímenes. Sus consejos habían caído en saco roto. Debería haber supuesto que el doctor era incapaz de enfrentarse a su verdadera naturaleza. Su suicidio había equilibrado la balanza. Siempre debería ser así. Se le cae el folio al suelo.

Lo recoge y lo deposita en un cenicero metálico, un resto de los tiempos pasados que nadie usa. Busca en su cajón una caja de cerillas y se queda con la mirada prendida en la llama que consume el papel hasta reducirlo a cenizas. Tendrá que inventarse algún usuario de la biblioteca, o su jefe acabará por decirle que su presencia no es necesaria, que se le ha acabado el trabajo y que se vaya al paro. No le extrañaría nada. Se encoge de hombros. Si llega el momento, ya pensará qué hacer. Apaga las luces y va hasta la puerta con las llaves en la mano.

La noche en la que vio aparecer a Sara en la comisaría, agotada y nerviosa, se sintió liberado de un gran peso. Luego, cuando supo que la única que estaba viva era Rosaura, pensó inmediatamente en Weifen y su padre. Se sentía incapaz de ir a su casa y decirles que Li había sido víctima de un grupo mafioso que se dedicaba al tráfico ilegal de órganos. Sara le aseguró que sus compañeros se encargarían, pero cada vez que iba y venía de la biblioteca evitaba dirigir la vista a la tienda de Chang. Como el cobarde miserable que es. Podía imaginar el dolor de esa familia, pero no se le ocurría qué hacer o decir. Fue la propia Weifen la que abordó el tema al día siguiente, cuando fue a la biblioteca a hacer los deberes. Se plantó frente a él, muy seria, con su mochila a la espalda, el cabello recogido en dos coletas en las que lucía lazos blancos:

—Mi padre me ha dicho que ya sabe dónde está Li. Está muerta.

Simón se quedó sin respiración y abrió la boca para decir algo, sin saber

el qué, pero ella siguió hablando.

—Y que la mataron unos hombres malos y que la policía los ha puesto en la cárcel. Me acordé de lo que me dijiste. Que hay monstruos que parecen personas. ¿Cómo es que Li no se dio cuenta de que le harían daño? Ya era mayor para saberlo. —Con rabia, se frota los ojos, sin dejar caer las lágrimas.

Simón se aclaró la garganta.

—Lo siento mucho, Weifen. Tu tía no podía saber que eran hombres malos. Ellos... se comportan como personas normales, no parecen lo que son.

Ella negó con la cabeza y fue hasta su mesa habitual. No hablaron más el resto de la tarde. En los días sucesivos, la niña no hizo ningún comentario y actuaba como si nada. Un día le preguntó por el doctor Roca y, al contestarle que no creía que viniese más, ella le soltó:

—Igual también lo han matado los monstruos, los mismos que cogieron a Li.

Simón sale a la calle y cierra la puerta. Hace una tarde soleada, aunque el viento arrastra gruesas nubes blancas en el cielo. Mira hacia la tienda de Chang, y lo ve, como siempre, tras el mostrador. No parece tener ningún cliente. Esta tarde Weifen no ha venido, ya le dijo que iba a casa de una amiga para jugar juntas. Chang levanta la vista y sus miradas se cruzan.

Simón guarda las llaves en el bolsillo y camina hasta la tienda.

# 51

Cuando Sara baja del autobús, se oyen truenos lejanos. Acelera el paso. Se muere por darse una ducha caliente y meterse en la cama. Ha vuelto a refrescar y el aire es húmedo. Espera que Simón esté en casa, tiene que contarle una buena noticia. Antes de salir de la comisaría, Carlos le ha dicho que han detenido a Borja Mesquida. El neonazi estaba en El Port de la Selva, cargando el velero de unos conocidos, y todo apuntaba a que se iba a marchar del país esa noche. El barco estaba totalmente equipado y, por lo que parecía, pensaba zarpar solo. Ni siquiera se había resistido a los agentes cuando le leyeron sus derechos. Sara pensó que le hubiese gustado estar presente y poder escupirle a la cara que le esperaba una agradable estancia en prisión. La lista de delitos que se le atribuyen no es corta, y hay que sumar el maltrato que su novia, Alicia, denunció el mes pasado acompañada de su madre. Lucir tatuado el año de nacimiento de Hitler no le va a servir de mucho.

Está a pocos metros de su portal cuando oye una voz que la llama. Levanta la vista y ve a Lorena, que le hace señas, sentada en la silla de una terraza. Junto a ella, está Simón, y al lado de este, Pablo.

*Mierda. Ya no te acordabas de lo de la caña, deberías haber vuelto más tarde.*

A regañadientes, se acerca hasta ellos.

—¡Siéntate con nosotros, Sara! —exclama Lorena—. ¿Quieres una cerveza?

—Te mandé un mensaje —dice Pablo—. ¿No lo has leído?

—Sí —Se deja caer en una silla y lo mira—. Te has afeitado la perilla. ¿Qué te pasa en la cabeza?

—¿No lo ves? —Se pasa la mano por el cráneo—. Me estoy dejando

crecer el pelo.

—Vas a empezar a parecer normal. Una cerveza —le dice al camarero que se ha acercado—, sin vaso. —Se vuelve a Lorena—. ¿No es un poco tarde para ti?

—Por un día... —Sonríe a Simón—. He cerrado la panadería y he visto a estos dos aquí, así que no he podido resistir la tentación. —Mira a Sara con el ceño fruncido—. Simón me ha contado lo que ha pasado. Ya podías haberme dicho algo. Habrá sido espantoso.

—Eh, ya sabes que no me gusta hablar de trabajo —evasiva—. Que sepáis que está a punto de llover.

—Claro que sí, me duele el costado a lo bestia —se queja Pablo.

—No puedes salir de casa —le dice Simón—. El médico te ha ordenado reposo absoluto tres semanas, para eso te puso el corsé ese que llevas.

—Si no llego a salir hoy, me corto las venas. La casa se me cae encima. —Enciende un cigarrillo y le ofrece a Sara, que niega con la cabeza.

—Ya me gustaría a mí estar más en casa. —Lorena—. Dentro de... —mira su móvil— seis horas me suena el despertador.

—Deberías cerrar un día, al menos —le sugiere Simón.

—Ya lo hago el domingo por la tarde, más no me atrevo. —Le toca el brazo y se lo aprieta con afecto—. La competencia es dura, toda Barcelona está llena de hornos de pan como el mío, y la mayoría son cadenas que mueven mucho dinero. Ahora, calidad, la mínima, ya te digo. —Le guiña un ojo.

Sara observa a Simón, que sonríe a su antigua compañera de clase, y piensa que la insistencia de Lorena quizá dé fruto. Su hermano necesita estabilidad, alguien que crea en él, que lo ayude a valorarse, a borrar de su cabeza los insultos, las palizas y las humillaciones del padre de ambos por no ser el hijo que él esperaba. Un fiel reflejo suyo, otro maltratador, otro monstruo. Como en la pintura de Goya que conserva Simón, un Saturno humano que devora a sus hijos en todos los sentidos.

*Alguien que lo ayude a olvidar lo que pasó. Lo que hizo.*

El viento arremolina las hojas muertas del suelo, y una gota cae sobre su rostro. Van a tener que salir corriendo. Vuelve la cabeza hacia la izquierda para ver al camarero, que se acerca con su cerveza, y al abuelo Josep que pasea a su perro. El animal camina sin prisa, bamboleándose bajo su peso. El abuelo la reconoce y le hace un gesto de saludo que ella devuelve.

—Está a punto de caer una buena —dice mirando al perro, que acaba de tumbarse en el suelo—. Creo que no me va a dar tiempo de tomarme la...

—¡Al suelo! ¡Pablo! ¡Al suelo! ¡Al suelo! —la voz de Simón.

En los días sucesivos, Sara se repetirá una y otra vez que todo sucedió por culpa suya. Si no hubiese estado distraída, si hubiese reaccionado una décima de segundo más rápido. Si hubiese previsto que aquello podía suceder. Si...

Al volver la cabeza vio a Simón, que, en evidente desventaja, forcejeaba con un hombre corpulento, vestido de negro, con aros plateados en las orejas, y que aullaba que iba a matar a Pablo. El desconocido liberó un brazo y Sara pudo distinguir el brillo de la hoja de la navaja que se clavó en el cuello de su hermano.

Después de eso fue como si el tiempo se ralentizase y todo transcurriese con la lentitud pegajosa de las pesadillas. Se encontró encima del desconocido, y había otros brazos, otros cuerpos que cayeron sobre los dos, arrojándolos al suelo. Oía gritos, alguien que voceaba el nombre de su hermano (¿Lorena?), arrastrar de sillas, su propia voz gritándole a Pablo que presionase la herida de Simón. Olía el sudor y la mugre reconcentrada del desconocido que se retorció, intentando escapar. Veía el rostro pálido de su hermano, desmadejado, en una posición antinatural cerca de ella, los ojos abiertos mirando al vacío. Parecía...

*Muerto. Parecía muerto.*

*¿Simón? ¿Simón? ¿Simón?*

## 52

Pablo cambia la postura y el dolor en el costado le hace apretar las mandíbulas. Se sienta lo más erguido posible en la incómoda silla de plástico y apoya la nuca en la pared. Los fluorescentes del techo parpadean. Llevan horas así, primero uno, y después el otro, como si siguiesen una pauta y fuesen retándose. Se pregunta cuánto tiempo pueden durar hasta que revienten del todo. Su padre, que ha sido electricista toda la vida, seguro que podría responderle.

Cierra los ojos y los vuelve a abrir al instante. Prefiere la fría y molesta luz de los fluorescentes, cualquier cosa antes que recordar la imagen de sus manos apretando la herida del cuello de Simón, o volver a sentir la sangre caliente de su amigo entre sus dedos, o escuchar su propia voz, gritándole que aguántase, que se quedase con él.

Cuando llegó la ambulancia y los sanitarios dijeron que todavía tenía pulso, se agarró a una esperanza que horas después se resiste a perder, a pesar de que los médicos que lo han operado han sido claros. Simón ha entrado en coma y no saben si despertará. Tal vez Sara pueda entrar a verlo unos minutos. Desde entonces, silencio. Y de eso hace una eternidad.

*No saben si despertará.*

*No puede ser*, se ha repetido cien veces. Es él quien tendría que estar en esa cama de hospital o, mejor aún, muerto ya, sin hacer sufrir a los demás. Porque el hijo de puta de Panzer iba a por él. Seguro que lo había seguido desde su casa en el Poble-sec hasta la avenida Mistral para matarlo, navaja en mano, en castigo por la detención de su jefe. Esperó a que hubiese menos gente en la calle, y el único que lo vio avanzar entre las mesas de las terrazas fue Simón. Debió de reconocerlo enseguida, la hebilla del cinturón con la calavera y las botas relucientes lo identificaban sin problemas. Pablo se lo

había descrito con detalle cuando le explicó cómo lo agredió en el portal de su casa. Y fue a pararlo, para protegerlo. Y recibió la puñalada que era para él.

Mira a Sara, que está sentada a su lado, los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos bajos, sin decir palabra. No le ha recriminado nada, tampoco ha querido escucharlo. La ve más pequeña, encogida, ni siquiera parece que respire. No ha derramado una sola lágrima. Llevan allí toda la noche y ya es mediodía, aunque en esa parte del hospital no existen el día o la noche. El tiempo no es más que una sucesión de números en el reloj, algo que recuerda angustiosamente a una cuenta atrás.

Pablo se levanta con cuidado y da unos pasos. Necesita estirar las piernas, aunque moverse le cuesta un mundo. Diez de ida y diez de vuelta. Otra vez.

—No hace falta que te quedes —dice Sara con voz ronca, sin mirarlo.

—No voy a marcharme. —Se acerca y se pone de cuclillas frente a ella, sin tocarla.

—No ha sido culpa tuya. Él lo sabe.

—Esa puñalada iba dirigida a mí.

—La única culpable soy yo. Simón no tenía que haberse metido en esta historia. Nunca debí permitirselo, yo sé el porqué de su obsesión con las mujeres desaparecidas, la misma que con las víctimas de Jack el Destripador. —Niega con la cabeza—. Siempre es lo mismo. Necesita hacer algo para redimirse, pero se equivoca.

—¿Redimirse? —Pablo vuelve a sentarse a su lado, sujetándose el costado—. ¿Qué quieres decir?

Sara alza la mano, se aparta el flequillo de la frente con rabia y vuelve el rostro hacia él.

—Esto. Y todas las cicatrices que tengo. Y las que tiene él. Peores que las mías, porque él arrastra un peso que solo es suyo. —Lo mira y en sus ojos hay una tristeza inmensa—. Se desprecia a sí mismo. Después del segundo intento de suicidio fue cuando empezó la terapia en la que os conocisteis. Nunca te dijo por qué, ¿verdad? —No espera la respuesta—. Simón mató a nuestro padre.

Pablo baja la mirada y le coge las manos. Las de ella están frías como el hielo.

—Tuvo un infarto. Era un caso clásico, el colesterol por las nubes, sedentario, con sobrepeso, y bebedor moderado de alcohol. Las arterias del

cuello obturadas, la presión arterial por las nubes y una válvula del corazón bastante calcificada. Ya había tenido algún aviso antes, pero ni caso. —Habla rápido, como si quisiera acabar pronto—. Esta vez se había salvado por los pelos. Los médicos dijeron que nos hiciéramos a la idea de que el corazón podía fallarle en cualquier momento. Así que nos turnábamos para que no estuviese solo, qué remedio. —Alza la mirada hacia él y sigue hablando más despacio—. Mi madre estaba con él la mayor parte del tiempo, y Simón y yo teníamos que rogarle para que se fuese a casa a descansar. No quería, porque decía que era su obligación, y vaya si lo era. Su querido marido se lo repetía constantemente. Además, era un mal paciente, se arrancaba las vías, quería levantarse, las enfermeras estaban hartas de él. —Le aprieta las manos con fuerza—. Era domingo por la tarde, pronto, sobre las tres. Mi madre había ido a casa a recoger algo, no recuerdo qué, y Simón fue a relevarla. Cuando llegó, su padre se despertó de golpe, haciendo aspavientos, se arrancó el oxígeno, yo qué sé más. Simón se asustó e intentó calmarlo. Lo ayudó a incorporarse y volvió a ponerle la mascarilla de oxígeno. Mientras le arreglaba la almohada, empezó a insultar a mi madre, a Simón, a mí, a todos. Lo de siempre. Que cuando fuera a casa nos íbamos a enterar, y que le iba a romper la cabeza a esa puta por no estar allí, en el hospital, como era su obligación. Esa puta era mi madre, según él. —Las manos de Sara tiemblan ahora, y su voz es un susurro—. Simón me lo explicó todo después. Dijo que no sabía qué le pasó. Estaba con la almohada en las manos, y de pronto se vio a sí mismo quitándole la mascarilla y apretándole el cojín en la cara. Fue un momento, porque, cuando comprendió lo que estaba haciendo, dejó de hacer fuerza. Salió corriendo a buscar ayuda, pero ya era demasiado tarde. Nadie sospechó nada. Tenía dieciséis años, Pablo.

—Sara...

—Le dije que ni se le ocurriera contarle. Hubiera muerto igual, estoy segura. A los médicos no les extrañó. Ya sé que no soy buena persona, eso de alegrarse de la muerte de un padre... No me disculpo, es lo que sentí, nos machacó siempre, ya lo sabes. Mi madre lloró como una tonta. En ese momento no lo entendí; era una liberación, se había terminado sufrir, era para alegrarse, ¿no? —Alza el rostro—. Luego comprendí. No lloraba porque hubiera muerto. Ella lo supo, lo leyó en la cara de Simón, aunque él nunca le dijo nada. Por eso, cuando enfermó, me pidió mil veces que cuidara de él, que

no lo dejara nunca, que me necesitaba.

—Eh, escúchame. Cuando entres a verlo, habla con él, dile que no se rinda, que tiene una vida que le espera. Que ha hecho algo increíble y...

—No lo hará, no va a luchar. No lo conoces; piensa que este es su castigo, que ahora paga por lo que hizo.

Una puerta se abre al final del pasillo y aparece una enfermera.

—¿Familiares de Simón Peña? Pueden entrar a verlo unos minutos. Solo una persona, por favor.

Sara suelta las manos de Pablo y se levanta despacio.

—Háblale, dile que no se deje ir, que lo necesitas —insiste él.

Ella asiente y va hacia la enfermera.

—Estaré aquí, Sara —dice él a su espalda.

Pablo se levanta con dificultad y camina en sentido contrario. A su derecha hay una escalera y empieza a subirla, mientras jadea por el esfuerzo. Llega hasta una puerta metálica, que empuja hacia fuera. Está en la azotea del hospital, y por las colillas que descubre en el suelo, no es el único que sube allí para fumar. El sol se oculta tras unas nubes grises y espesas, y el fuerte viento lo empuja hacia atrás, mientras consigue encender un cigarrillo. Agradece el aire fresco. Camina agarrándose a la barandilla que hay sobre el muro y saca del bolsillo del pantalón la bolsa con las pastillas que le vendió el barbero de la calle Aribau, en aquel domingo por la mañana que ahora le parece tan lejano. La deja caer y, con la suela de la bota, presiona hasta convertir las cuatro pastillas en polvo azul. Maldiciendo por el dolor en el costado, coge la bolsita y la abre. Deposita su contenido en la mano izquierda y cierra el puño con fuerza. Anda hasta situarse en un punto en el que el viento le empuja la espalda y mira el mar de tejados que tiene frente a él.

Piensa que no es ni mejor ni peor que los miles de personas que viven en esos edificios, gente que, como él, cargan con culpas, con recuerdos que oscurecen el presente, que a fin de cuentas es lo único que importa. No va a hacer planes, ni siquiera a imaginar que tenga algún futuro. Se trata de vivir el aquí y el ahora, que ya es bastante. Vivir de verdad, algo muy distinto a arrastrarse, que es lo que ha hecho hasta este momento. Y el primer paso es empezar a soltar lastre. Abre el puño, deja que el viento se lleve el polvo azul y frota la palma contra la pernera del pantalón para eliminar cualquier resto.

Jeanne ya no está en este mundo, y no va a volver. Tampoco los años que

ha perdido inútilmente, llenos de errores, como esas pastillas que acaba de machacar. Están sus padres, su familia. Está Sara. Está, tiene que estar, Simón. Y tantas cosas que le quedan por hacer, por demostrar, por demostrarse a sí mismo. Tira la colilla al suelo y se toca el cráneo, notando el cabello que ha empezado a crecerle.

Y está él.

Se da la vuelta y camina despacio hacia la salida para reunirse con Sara.

## 53

—¿Tienes frío, papá? Creo que ya va siendo hora de entrar —dice Miguel.

El anciano no le contesta. Con los ojos cerrados, tiene el rostro alzado hacia el sol y en sus labios hay una media sonrisa. Desde que Miguel va a verlo todas las tardes, se esfuerza por comunicarse con su hijo, por expresarse lo mejor que puede, aunque no sea capaz de mantener una conversación normal. De vez en cuando parece dormitar, aunque esos momentos no duran demasiado. Enseguida se espabila y le pregunta cualquier cosa, la mayor parte de las veces sin ningún sentido.

—Verlo cada día es la mejor de las medicinas, ya no se despierta gritando por las noches —le ha dicho una de las cuidadoras.

Están en los jardines de la residencia, frente al estanque, él sentado en un banco y su padre en su silla de ruedas, las piernas cubiertas con una manta. Si el tiempo lo permite, cada tarde empuja la silla por los senderos, mientras su padre intenta recordar qué es lo que ha comido para poder explicárselo, o vuelve sobre hechos del pasado que le relata una y otra vez. Miguel le contesta como si no le hubiese contado lo mismo el día anterior, sabiendo que mañana volverá a repetírselo. La diferencia es que ahora él tiene la calma suficiente como para disfrutar de esos pequeños momentos en su compañía, porque solo están ellos dos. Y así va a ser hasta el final.

—¿Y tu hermano? ¿Ya no viene a verme? —le pregunta cada día.

—No, papá.

Nunca le pregunta por qué. Miguel no sabría cómo responderle.

Reorganizar su vida y su mente después del caos de hace dos semanas le ha costado mucho. Todavía sufre pesadillas, en las que se ve a sí mismo en el fondo del acuario que había en casa de su madre, rodeado de piedrecitas

verdes. Aunque ahora es distinto. Sabe que no está loco. Que no estaba perdiendo el control. Que era su hermano mayor el que quería acabar con él. Cuando aquel hombre, el tal Manolo, estuvo sentado en el suelo de su cocina explicándole todas las barbaridades que había hecho para desestabilizarlo, todavía mantenía la esperanza de que fuese una invención de aquel tipo y que Ricardo no tuviese nada que ver.

Las investigaciones le quitaron esa ridícula esperanza. Ricardo había tejido un elaborado plan para que pensase que hacía cosas que luego no recordaba. La maleta en la cinta transportadora, y la caja con la medalla y la fotografía, fueron el inicio de todo. Si no hubiese salido bien, habría sido necesario buscar otra manera, ya lo habían intentado antes. Pero él picó. Se obsesionó con la maleta y su contenido, y a partir de aquí fue muy sencillo. Adriana cobró un buen dinero por sus servicios, por acercarse a él y suministrarle las drogas que le hicieron perder el control. Solo tuvo que soportar que la maltratase y luego desapareció. Ricardo se encargó de borrarle su número de la agenda del teléfono y vació el piso en el que supuestamente vivía la chica. Si hubiese reconocido al hombre cuando se hizo pasar por conserje, se habría ahorrado el destrozo de su casa, pero estaba demasiado alterado para ello.

El golpe de gracia era cambiarle las pastillas que le había recetado el psiquiatra por las que llevaba su esbirro el día que lo sorprendió en su cocina. La policía las había analizado y, además de contener lo suficiente como para tumbar a un elefante, hallaron cuatro productos químicos que se usan para matar a las algas en los acuarios. Los investigadores se lo describieron como unas pequeñas partículas verdes. Partículas verdes. Volvió a verlas en el líquido blanco y espeso que salía de la boca de su madre, la noche en que murió.

Estaba claro que su hermano no solo quería acabar psicológicamente con él, sino también con su vida. Miguel no podía entenderlo. Así como tampoco podía concebir que Ricardo estuviese al frente de una red de tráfico ilegal de órganos y hubiese cometido todos los horrores que la prensa y la televisión relataban una y otra vez. Su hermano no es esa persona. Es un tío trabajador, amable, enamorado de su profesión. Que ha estado a su lado siempre. Que se ha encargado de administrar el patrimonio de su padre cuando enfermó, preocupándose de que no le falte de nada. Y de que su hermano pequeño no

supiese a cuánto ascendía dicho patrimonio, habían añadido los investigadores.

Porque ahora ya lo sabía. El objetivo de Ricardo estaba claro. Tal y como le había asegurado la policía, las cuentas de la clínica RIMO no cuadraban. El centro era una máquina de gastar dinero que no recuperaba la inversión. Cortar con sus socios, Marín y Mesquida, le había salido muy caro; no le permitieron marchar sin antes soltar una suma importante que lo había dejado seco. No levantaba cabeza, y el patrimonio de su padre empezó a desaparecer de forma constante. Solo quedaban unos fondos de inversión, una finca y unos terrenos en Mataró. Finca y terrenos que necesitaba vender desesperadamente, aunque había un obstáculo. Miguel. Había que eliminarlo.

Todas las piezas habían ido encajando poco a poco en su cabeza durante los días anteriores, aunque no podía evitar seguir pensando que era imposible. Que eso no le estaba pasando a él. ¿Qué daño había hecho a su hermano para que quisiera liquidarlo de esa forma? Hubiera sido suficiente con pedirle el consentimiento para la venta. No era necesario llegar tan lejos. Aunque qué podía esperar de un monstruo que vendía personas a trozos.

Y que fue capaz de matar a su madre.

Nadie, solo Ricardo, pudo introducir esos productos químicos en las pastillas que Miguel le dio esa noche. Y quien ha cargado todos estos años con ese peso ha sido él mismo, pensando que tenía la culpa, que se había equivocado con las pastillas o con la dosis.

Sabía que no debía hacerlo, pero pidió una entrevista con Ricardo en la prisión en la que está ingresado. Necesitaba verle la cara, que le reconociera lo que había hecho y, sobre todo, exigirle que le dijera por qué. Por qué lo odiaba tanto. Por qué mató a su madre. ¿Para cobrar su parte de la herencia? ¿Tanto lo necesitaba?

Ricardo no ha querido verlo. Lo llamaron desde el centro penitenciario para decirle que no hacía falta que viniera, su hermano no accedía a la entrevista. Al principio estuvo a punto de presentarse igual, por si cambiaba de opinión. Luego pensó que tal vez era mejor así. Tampoco iba a entender los motivos de un psicópata, le convenía alejarse, poner distancia. «Si es cierto que mató a su madre para cobrar su parte de herencia, y hay motivos suficientes para pensarlo, ya no puede hacerse nada, el delito ha prescrito», le dijo Sara Peña, la *mossa d'esquadra*, a la que por fin ha puesto nombre hace

unos días, y a la que buscó para darle las gracias por haberlo escuchado.

—No vale la pena obsesionarse por algo que no podemos cambiar —le había dicho Sara—. Creo que ya has sufrido bastante.

Miguel pudo ver en sus ojos que ella también arrastraba sus propios fantasmas.

En unos días pedirá el alta para volver a trabajar. Ahora que está más centrado podrá rendir más, e incluso valorar si le conviene cambiar de sector. No sería mala idea marcharse del barrio, vivir fuera de Barcelona. Necesita un nuevo escenario, romper con todo. Sara tiene razón, de nada sirve vivir anclado en el pasado, solo trae parálisis y dolor.

Su padre abre los ojos y lo mira, desconcertado.

—¿Miguel? ¿Eres tú, hijo?

—Sí, papá, soy yo. Estamos en el jardín, vamos a ir para dentro. Se está haciendo tarde.

—Quería decirte una cosa —balbucea. Miguel tiene que acercarse a él para entender sus palabras.

—Dime.

—Ya no hay arañas enormes debajo de la cama. —Lo coge del brazo y se lo aprieta con fuerza—. Se han ido. ¿Sabes por qué?

—Eh..., no lo sé, papá. ¿Por qué?

—Porque estás aquí. Ya no se atreven, te tienen miedo. Gracias, hijo. — Sus ojos se humedecen.

Miguel le da un cariñoso beso en la mejilla, le acaricia el rostro y se pone en pie.

—Claro, papá. Vamos, que ya es hora de entrar, seguro que te echan de menos.

Empuja la silla en dirección a la residencia, dejando el sol a su espalda. Las sombras alargadas de ambos, padre e hijo, se confunden una con otra en el camino de tierra. Se cruzan con otros internos, acompañados de sus familiares, que los saludan. Como todos los días. Miguel devuelve el saludo, y por primera vez en mucho tiempo se siente bien. Sonríe.

# AGRADECIMIENTOS

Toda obra se debe al esfuerzo de su autor, pero siempre hay quien, de forma directa o indirecta, ayuda a que vea la luz. Así que tengo que agradecer a Gori, a Ilya y a Roger, de la editorial Alrevés, por creer en esta novela y hacerlo todo tan fácil. Gracias a Justyna, mi agente, por su buen hacer y su cariño.

Como ya viene siendo costumbre, gracias a Carlos, a Montse y a Pere, de Mossos d'Esquadra, que me asesoraron una vez más, al principio y al final del camino.

Gracias a José Carlos, que tuvo la paciencia de ser el primer lector, por sus consejos y por su ayuda. Y mil gracias a Juan Ramón, por su sabiduría y por escribir como lo hace.

Gracias a mi familia, siempre.

Y gracias a ti, lector. Porque leer es vivir y soñar. No dejes de hacerlo.